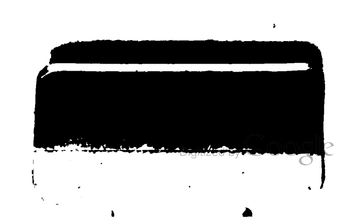




PEQUEÑECES...

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA

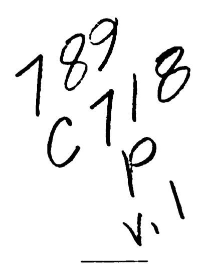
COMPAÑÍA DE JESUS

LIBRO PRIMERO

TERCERA EDICION

BILBAO:
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
CALLE DE AYALA (ENSANCHE)

1891



BILBAO.—Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7.



AL LECTOR (1)

LECTOR amigo... Si eres hombre corrido y poco asustadizo, conocedor de las miserias humanas y amante de la verdad, aunque ésta amargue, éntrate sin miedo por las páginas de este libro, que no encontrarás en ellas nada que te sea desconocido ó se te haga molesto. Mas si eres alma pía y asombradiza, si no has salido de esos limbos del entendimiento que engendra, no tanto la inocencia del corazon como la falta de experiencia, si la desnudez de la verdad te escandaliza ó hiere tu amor propio su rudeza, detente entónces y no pases adelante, sin escuchar primero lo que debo decirte.

(1) Al publicarse por primera vez esta novela en El Mensajero del Sagrado Corazon de Jesus, púsole su autor este prólogo dirigido á los lectores de dicha Revista, que por muchas y poderosas razones, nos ha parecido conveniente reproducir íntegro en esta tercera edicion. *(Nota de los editores.)*



Porque témome mucho, lector amigo, que de ser esto así, y si no te mueven mis razones, te espera más de un sobresalto entre las páginas de este libro. Yo dejé correr en él la pluma con entera independencia, rechazando con horror al trazar mi pintura, esa teoría perversa que ensancha el criterio de moralidad hasta desbordar las pasiones, ocultando de manera más ó ménos solapada, la pérfida idea de hacer pasar por lícito todo lo que es agradable; mas confiésote de igual modo, que si no con espanto, con grave fastidio al ménos, y hasta con cierta *ira literaria*, rechazé tambien aquel otro extremo contrario, propio de algunas conciencias timoratas, que se empeñan en ver un peligro donde quiera que aparece algo que deleita. Porque juzgo que por sobra de valor yerran los primeros, en no ver abismos donde puede haber flores, y tengo para mí que por hartura de miedo yerran tambien los segundos, en no concebir una flor sin que oculte detrás un precipicio. Y andando, andando, y partiendo los unos de un principio falso y los otros de una verdad santa, llegan todos de la exageracion al engaño, y pasan luego á la demencia, pareciéndole á aquéllos que pueden servir de guía á la juventud las crudezas de Zola, y creyendo éstos que no conviene enseñar á los niños el Credo y los Artículos de la Fe, sin introducir algunas prudentes modificaciones, de que pudiera yo citarte algun ridículo ejemplo. Extraño fenómeno y singular aprieto para el escritor, el de estos dos extremos opuestos, hijos legítimos de la confusion de ideas en todo órden de cosas que caracteriza nuestra época, y reconoce por orígen, entre otras mil causas, la orgullosa suficiencia propia, el desprecio de la autoridad que legítimamen-

te define, la falta de profundidad y método en los estudios, el magisterio superficial, intruso é interesado de los periódicos, y la funesta propension á juzgar lo que pasa en el corazon ajeno, por lo que sucede en el propio.

Cierto, ciertísimo, lector pío y discreto, que peca de inmoral y merece toda censura, el autor que encomia á los ladrones y recomienda sus hurtos y los facilita; ó el que protestando contra ellos y reconociendo su inmoralidad, traza, sin embargo, con buenas intenciones y poquísima prudencia, cuadros de peligrosa belleza, de tentacion seductora, que ejercen sobre el lector incauto y áun sobre el que por tal no se tiene, la atraccion siniestra del abismo. Mas no por eso has de deducir de aquí, lector pío siempre y esta vez no discreto si tal deduces, que sea igualmente inmoral el escritor que confiesa paladinamente qne hay ladrones, que da la voz de alerta contra ellos y los saca á la vergüenza pública, pintándolos con todas aquellas sus negras tintas que sufre el decoro y hacen al vicio antipático y odioso, y se ayuda así del mal para hacer el bien, á la manera que la primavera se ayuda del estiércol para fabricar la rosa.

Y no me digas que se corre siempre el riesgo fatalísimo de abrir los ojos á la inocencia, porque te diré entónces, que si el tal autor supo guardar ese *prudente decoro* que indiqué ántes y esa inocencia de que hablas es la verdadera inocencia del corazon, pura y santa, única que todo lo ignora, así en teoría como en práctica, preciso será que pase por aquellas páginas sin comprender lo que se dice entre líneas, y coja la rosa sin sospechar que existe el estiércol. Y si por ventura lo sospecha y lo descubre, señal clara y evidente de que no estaban esos

ojos tan cerrados como tú creias, y no siendo ya inocencia pura del corazon sino mera ignorancia del entendimiento, le aprovechará por ende, si no como medicina todavía, como preservativo al ménos, la leccion que encerró allí el autor en prudente logogrifo, y como estiércol sucio y hediondo aprehenderá forzosamente, lo que como tal se le presenta. Y si se le convierte en ponzoña la triaca, culpa será suya y no del médico, porque la malicia no estará entónces en el que escribe, sino en la propia voluntad del que lee; que como dijo un poeta antiguo:

Del más hermoso clavel,
Pompa del jardin ameno,
El áspid saca veneno;
La oficiosa abeja, miel.

Con este criterio, lector amigo, escribí yo el libro que entre las manos tienes, y lealmente te lo aviso para que lo arrojes á tiempo si mi modo de pensar no te satisface. Y si por acaso te maravilla que siendo yo quien soy me entre con tanta frescura por terrenos tan peligrosos, has de tener en cuenta que, aunque *novelista* parezco, soy sólo *misionero*, y así como en otros tiempos subia un fraile sobre una mesa en cualquiera plaza pública, y predicaba desde allí rudas verdades á los distraidos que no iban al templo, hablándoles para que bien le entendieran su mismo grosero lenguaje, así tambien armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que de otro modo no habian de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, que no podrian jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo.

Porque si tú, lector pío y candoroso, sentado á las márgenes de los arroyos de leche y miel que fertilizan la Jerusalen celestial que habitas, has creido que existe la nocion del bien y del mal en todos los corazones, con la misma claridad que tú la posees en tu entendimiento iluminado por la gracia, estás en un error crasísimo. En el mundo, y en cierta clase de mundo sobre todo, el mal suele desconocerse á sí mismo, por esa misma confusion de ideas que en todos los órdenes reina. Cuando la relajacion es general, sucede en una sociedad lo que á bordo de un barco acontece: que como todo se mueve igualmente, parece que nadie camina; preciso es que alguien se detenga para que haya un punto fijo que marque el atropellamiento de los otros y el rumbo peligroso de los que siguen caminando.

Jamás harás conocer á un bizco su propio estrabismo, si no le pones delante un espejo fiel que le retrate su torcida vista; porque el ojo de la cara que sirve para ver y conocer á los demás, no puede sin un milagro que equivalga á esta gracia que tú disfrutas, verse y conocerse á sí mismo. Grande y caritativa obra, por lo tanto, será la del libro que sirva de punto fijo para avisar á los del barco que se alejan de la orilla; que sirva de espejo fiel al bizco desdichado, para que comenzando por conocer allí su vista extraviada, acabe por odiarla en sí mismo.

Y aquí tienes explicado de paso el por qué me detengo á veces en pormenores harto nimios, que desdeñaria como artista y á que no descenderia como religioso. Porque el último parapeto del bizco que no quiere mirar derecho, es negar que entienda el que le reprende de achaques de vista; por eso, cuando le pone delante el censor

detalles íntimos conocidos sólo de los del grenio, concédele al punto la ventaja inmensa de la experiencia y se rinde á discrecion, pensando que si no fué tambien bizco allá en sus tiempos aquel que le reprende, entre muchos que bizqueaban debieron de apuntarle los dientes; y gran paso es ya este dado en el corazon que quiere ganarse, porque le invita á la confianza y le asegura la indulgencia, la idea de que aquel censor inexorable, estudió en su mismo libro y venció sus mismas flaquezas.

Y si todas estas cosas me concedes y me arguyes todavía, que no cuadra á la gravedad de EL MENSAJERO publicar historias tan profanas, pídote que consideres una cosa, en que de seguro no habrás parado mientes. No todos los suscritores de EL MENSAJERO son como tú, piadosos y espirituales; en sus listas, numerosísimas hasta un punto increible para lo que suelen ser estas cosas en España, figuran al lado de místicas Abadesas, señoras muy del mundo, y junto á congregantes de San Luis, hombres despreocupados y hasta jóvenes alegres. Preciso es, pues, que toda esta multitud heterogénea, encuentre allí alimento que la nutra y que le agrade, y la sana doctrina que paladea con delicia la Abadesa en la *Intencion* de cada mes, séria, profunda y devota, es manjar harto sublime para el embotado paladar de aquellos otros que sólo podrán tragar esa misma celestial doctrina, envuelta en una salsa lícitamente profana.

Dejen, pues, las almas pías ese rincon de EL MENSAJERO, para esos pobres hambrientos á quienes hay que alimentar por sorpresa con la sana doctrina de Cristo; que muy superior á la caridad que consiste en dar, es la que consiste en comprender y soportar las humanas fla-

queczas. Esa es la que me hace á mí tomar la pluma y escribir para ellos, áun á trueque de escuchar, como en cierta ocasion he oido, que rebaja el carácter sacerdotal escribir cosas tan baladíes. ¡Como si la caridad se rebajara alguna vez, por mucho que descienda!...

Y con esto, lector amigo, te dejo en paz, y libre quedas para entrarte, si te place, por las páginas de mi libro ó dar media vuelta á la derecha. Témome, sin embargo, y en tus ojillos devotos lo conozco, que ansías ya por leerlo, y no lo dejarás hasta devorarlo letra á letra; porque si mis razones no te han convencido como deseo, es fácil que la curiosidad te impulse contra lo que yo pretendo.

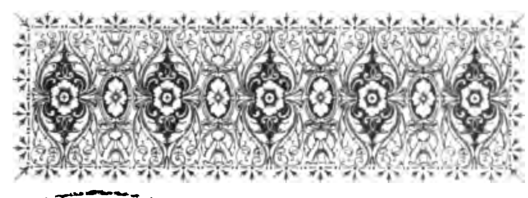
Quédate, pues, con Dios, y Él te bendiga, que yo por mi parte

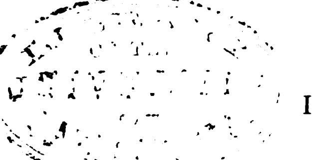
Con estas cosas que digo
Y las que paso en silencio,
Á mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

Bilbao 1.º de Enero de 1890.



LIBRO PRIMERO





I

Something is rotten in the state of Denmark.
Hay algo en Dinamarca que huele á podrido.

Shakspeare — Hamlet.

LAS dos torrecillas del colegio se levantaban agudas y airosas como flechas disparadas contra el cielo azul, sereno y radiante, que suele cobijar á Madrid en los primeros dias de Junio. La verdura del jardin parecia una esmeralda caida en la arena, un oasis de bosquecillos de lilas que ya se marchitaban y de azucenas que comenzaban á abrirse, perdido en las áridas llanuras que por el lado del colegio rodean á la corte de España. El agua saltaba en las fuentes y corria por los

pilones murmurando; oíanse alegres voces de niños en lo interior del edificio, gorjeos de ruiseñores y jilgueros en los árboles, y más allá, pasada la verja, ni niños, ni agua, ni flores, ni pájaros... Una llanura estéril, un pueblo de barracas, y allá en el horizonte, léjos, léjos, Madrid, la corte de España, asomando sus cúpulas y sus torres entre esa neblina que pone más de relieve la limpidez de la atmósfera; esa especie de vaho que se levanta de las grandes capitales, semejante á las emanaciones de una hedionda charca.

Terminaba aquel dia el curso, habia tenido ya lugar la distribucion de premios, y llegaba la hora de las despedidas. Cruzábanse por todas partes enhorabuenas y adioses, encargos y recomendaciones, y padres, madres, niños y criados, revueltos en confuso tropel, invadian todas las dependencias del colegio, rebosando esa satisfaccion purísima del premio justamente alcanzado, del trabajo concluido, de la esperanza cierta de descanso; esa ruidosa alegría que despierta en el escolar de todas edades, la mágica palabra: *¡Vacaciones!*

El acto habia estado brillantísimo: en el

fondo del salon ocupaban un estrado ricamente dispuesto, los cien alumnos del colegio, con sus uniformes azules y plata, agitados todos por la emocion, buscando con los ojitos inquietos, arreboladas las mejillas y el corazon palpitante, entre la muchedumbre que llenaba el local, al padre, á la madre, á los hermanos que habian de ser testigos y partícipes del triunfo. Coronaba el estrado un magnífico cuadro de la dolorosa, *Nuestra Señora del Recuerdo*, titular del colegio, y á su derecha presidia el acto el Cardenal Arzobispo de Toledo, bajo riquísimo dosel, y el Rector y profesores del colegio, sentados en torno. Llenaban el resto del inmenso salon los padres y madres de los niños, alternando la gran señora con la modesta comercianta, el grande de España con el industrial acomodado, alegres todos, satisfechos, mirándose entre sí y sonriendo amigos y desconocidos, como si el sentimiento de la paternidad igualmente herido, acortase las distancias y estrechase las relaciones, despertando en todas las almas idéntica felicidad, la misma dicha, igual deseo de considerarse y abrazarse como hermanos.

La orquesta dió principo al acto, tocando magistralmente la overtura de *Semíramis*. El Rector, anciano religioso, honra y gloria de la Orden á que pertenecia, pronunció despues un breve discurso, que no pudo terminar. Al fijarse sus apagados ojos en aquel monton de cabecitas rubias y negras, que atentamente le miraban, apiñadas y expresivas como los angelitos de una gloria de Murillo, comenzó á balbucear, y las lágrimas le cortaron la palabra.

—¡No lloro porque os vais,—pudo decir al cabo. Lloro porque muchos no volverán nunca!...

La nube de cabecitas comenzó á agitarse negativamente, y un aplauso espontáneo y bullicioso brotó de aquellas doscientas manitas, como una protesta cariñosa, que hizo sonreir al anciano en medio de sus lágrimas.

El secretario del colegio comenzó á leer entónces los nombres de los alumnos premiados: levantábanse éstos ruborosos y aturdidos por el miedo á la exhibicion y la embriaguez del triunfo; iban á recibir la medalla y el diploma de manos del Arzobispo, entre los aplausos de los compañeros, los sones de

la música y los bravos del público, y volvian presurosos á sus sitios, buscando con la vista en los ojos de sus padres y sus madres, la mirada de inmenso cariño y orgullo legítimo, que era para ellos complemento del triunfo. Un niño pequeñito de ocho años, subió gateando las gradas del estrado, púsose de puntillas para divisar á su madre, vióla á lo léjos, y con la punta del diploma, le envió un beso... Chicos y grandes aplaudieron con entusiasmo, los unos por ese instinto de ángel que hace comprender al niño lo que es santo y bello, los otros por esa tierna simpatía que despierta en el corazon de todo padre ó madre, cuanto tiende á revelar el puro amor de hijo.

El acto parecia ya terminado: el Arzobispo iba á dar la bendicion, y todo el mundo se levantaba para recibirla de rodillas... Un niño blanco y rubio, bello y candoroso como un ángel de Fra Angélico, se adelantó entónces á la mitad del estrado: realzaba el encanto de su edad y su inocencia, ese *no sé qué* aristocrático y delicadamente fino, que atrae, subyuga y hasta enternece en los niños de grandes casas, y su larga cabellera rubia cor-

tada por delante como la de un pajecillo del siglo XV, le daba el aspecto de aquel príncipe Ricardo que pintó Millais, en su célebre cuadro *Los hijos de Eduardo.*

Detuviéronse todos á su vista, quedando cada cual en su sitio, en el más profundo silencio. Volvió entónces el niño hacia el cuadro de la Vírgen sus grandes ojos azules, rebosando candor y pureza, y con vocecita de ángel, comenzó á decir (1):

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
Bendice á los que vamos á partir...
¡Oh Vírgen del Recuerdo dolorida,
Recibe tú mi adiós de despedida,
Y acuérdate de mí!...

—

¡Léjos de aquestos tutelares muros,
Los compañeros de mi edad feliz,
No serán á tu amor jamás perjuros:
Conservarán sus corazones puros;
Se acordarán de ti!

Un aplauso general salió del grupo de los niños, como un grito de entusiasta asentimiento. Los grandes no aplaudian; con el alma en los ojos y las lágrimas en éstos, escuchaban inmóviles. El niño se adelantó dos

(1) Esta poesía es original del P. Alarcon, y fué leida en una solemnidad semejante á la que aquí describimos.

pasos, y llevándose las manitas al pecho, prosiguió lentamente:

Mas siento al alejarme una agonía,
Cual no la suele el corazon sentir...
¿En palabras de niño quién confía?
Temo... no sé qué temo, Madre mia,
Por ellos y por mí...

Nadie respiraba: las lágrimas al caer, no hacian ruido. El niño volvió entónces al público los cándidos ojos, con esa mirada vaga de la inocencia que parece investigar siempre algo ignorado, y prosiguió con tristeza que conmovia y sencillez que llegaba al alma:

Dicen que el mundo es un jardin ameno,
Y que áspides oculta ese jardin...
Que hay frutos dulces de mortal veneno,
Que el mar del mundo está de escollos lleno...
¿Y por qué estará así?

—

Dicen que por el oro y los honores,
Hombres sin fe, de corazon ruin,
Secan el manantial de sus amores
Y á su Dios y á su patria son traidores...
¿Por qué serán así?

—

Dicen que de esta vida los abrojos
Quieren trocar en mundanal festin;
Que ellos, ellos motivan tus enojos,
Y que ese llanto de tus dulces ojos,
¡Lo causan ellos, sí!

Algunas mujeres enrojecieron, porque por la boquita del niño parecia hablar la voz de muchas conciencias; varios hombres bajaron la cabeza, y una voz enérgica, pero alterada, repitió á lo léjos:—¡Sí! ¡Sí!—Era un anciano general, abuelo de un alumno del colegio. El niño parecia conmovido, como pueden estarlo los ángeles á la vista de las miserias humanas; movió tristemente la cabecita, cruzó las manos, y prosiguió con la expresion de un querubin que mira á la tierra:

Ellos, ¡ingratos! de pesar te llenan...
¿Seré yo tambien sordo á tu gemir?
¡No!... Yo no quiero frutos que envenenan,
No quiero goces que á mi Madre apenan,
¡No quiero ser así!

—

En los escollos de esta mar bravia
Yo no quiero sin gloria sucumbir;
Yo no quiero que llores por mí un dia,
No quiero que me llores, Madre mia...
¡No quiero ser así!

—

Y mientras yo responda á tu reclamo,
Mientras me juzgue con tu amor feliz,
Y ardiendo en este afecto en que me inflamo,
Te diga muchas veces que te amo,
¿Te olvidarás de mí?

—

¡Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!
Siempre que luche en peligrosa lid,
Siempre que llore mi alma dolorida,
Al recordar mi adiós de despedida,
¡Te acordarás de mí!

—

Y en retorno de amor y fe sincera,
Jamás sin tu recuerdo he de vivir;
Tuya será mi lágrima postrera...
¡Hasta que muera, Madre, hasta que muera
Me acordaré de ti!

—

Tú en pago, Madre, cuando llegue el plazo,
De alzar el vuelo al celestial confín,
Estrechándome á ti con dulce abrazo,
No me apartes jamás de tu regazo,
¡No me apartes de ti!

Calló el niño, y no resonó un aplauso: sólo estalló un sollozo, un inmenso sollozo que pareció salir de mil pechos por una sola boca, arrastrando los encontrados afectos de amor, ternura, vergüenza, entusiasmo, piedad y arrepentimiento, que en aquellos corazones habia despertado la cándida vocecita del niño... A una señal del Rector, lanzáronse todos los que en el estrado estaban en brazos de sus padres, estallando entónces una verdadera tempestad de besos, gritos, abrazos, bendiciones, llantos de alegría y gemi-

dos de gozo. Sólo el niño que habia declamado los versos quedó solitario en su asiento, sin padre ni madre que le recibieran en sus brazos; la pobre criatura dirigió una larga mirada al dichoso grupo, y con sus premios en la mano salió lentamente por una ancha galería, en que comenzaban á amontonar ya los criados, los equipajes de los niños que se marchaban. Habia en un extremo un gran mundo, con las iniciales *F. L.* en la tapa, y sobre él se sentó el niño como esperando algo, con los premios al lado, la cabeza baja y la gorrita en la mano, triste, silencioso, inmóvil. La alegre algazara del salon llegaba á sus oidos, y poco á poco fuése levantando su pechito, hinchóse su garganta, y rompió á llorar amargamente, en silencio, sin sollozos, sin suspiros, como lloran los que tienen en el corazon el manantial de sus lágrimas. Los criados comenzaban ya á cargar los equipajes, y los grupos de padres y niños se dirigian á la puerta con alegre barullo, sin que nadie reparase en el niño solitario: á veces, un compañero le daba al pasar una palmada cariñosa, ó un profesor que corria apresurado le enviaba una sonrisa, y el ni-

ño sonreia tambien sorbiéndose las lágrimas.

Una señora gorda, de aspecto bondadoso, hallóse en aquellas apreturas al lado del niño, llevando de la mano á un chiquillo gordiflon, que sólo habia obtenido un premio de gimnasia. Notó éste las lágrimas de su compañero, y tirando de las faldas á la señora, le dijo al oido:

—Mamá... mamá...—Luján está llorando.

—¿Por qué lloras, hijo?—le preguntó la señora compadecida. Si has declamado muy bien. ¿No has sacado premio?...

Púsose el niño muy encarnado, y levantando la cabeza con infantil orgullo, contestó mostrando los que junto á sí tenia:

—Cinco... y dos *excelencias*...

—¡Digo!... ¿Cinco premios y todavía lloras?...

El niño no contestó; bajó la cabeza como avergonzado, y de nuevo corrieron sus lágrimas.

—¿Pero qué tienes, hijo?—insistió la se ñora. ¿Estás malo?... ¿Por qué lloras?

Un inmenso desconsuelo que desgarraba el alma en aquella carita de ángel, se pintó en las facciones del niño: con los dientecillos

apretados y los ojos rebosando lágrimas y amargura, contestó al cabo:

—Porque estoy solo.—Mi mamá no ha venido. ¡Nadie ha visto mis premios!...

La señora pareció comprender toda la profunda amargura que encerraba aquel sencillo lamento. Saltáronsele las lágrimas, y mientras con una mano acariciaba la rubia cabeza del niño, apretaba con la otra contra su seno la de su hijo, como si temiese que pudiera faltarle alguna vez aquel blando regazo.

—¡Angel de Dios!—decia al mismo tiempo. ¡Pobrecito mio!... Tu mamá no habrá podido venir: estará fuera sin duda... ¿Cómo se llama?...

—La Condesa de Albornoz,—respondió el niño.

Una violenta expresion de irá se pintó en el rostro de la señora, al oir este nombre: volvióse bruscamente hacia una jóven que la acompañaba, y exclamó con más impetuosidad que prudencia:

—¿Pero has visto?...—¡Si esto clama al cielo!... ¡Pícara! ¡Pícara madre!... Mientras este ángel llora, estará ella escandalizando á Madrid como acostumbra.

—¡Calla, mujer!—replicó la otra mirando con inquietud al niño.

—¿Pero quién ve con paciencia esto?... ¡Lástima de hijo para tal madre!... Desde el fin del mundo hubiera venido yo, por ver recibir al mio su premio de gimnasia... ¡Anda con Dios, hijo! eso indica que cuando seas grande sabrás tirar de un carro... ¡Con tal que me seas bueno!... ¿No es verdad, Calisto, vida mia?...

Y estampaba en las mofletudas mejillas de su hijo, esos estrepitosos y apretados besos de las madres, que parecen mordiscos del alma.

El niño, enjugándose sus grandes ojos de un azul profundo, como el mar visto de léjos, no se enteraba de nada. La señora volvió á decirle:

—Vamos, hijo mio, no llores... Anda, Calisto, no seas pazguato, dile algo á ese niño... ¿No ves que llora?... ¿Cómo te llamas, hijo?...

—Paquito Luján,—respondió el niño.

—Pues no llores, Paquito, que tu mamá te estará esperando en casa... Mira, Calisto; dale una de las cajas de dulce que te he trai-

do... ó mejor será que le des las dos, yo te compraré otras.

Y como viese que el niño rechazaba la linda cajita de la Mahonesa, que no del todo satisfecho le alargaba Calisto, añadió:

—Tómalas, hijo... Esta para ti, y la otra para tus hermanos... ¿No tienes hermanitos?..

—Tengo á Lili.

—Pues llévale una á Lili... Y llévale tambien esto...

Y la buena señora estampó en las mejillas del niño, llenas de lágrimas, otros dos sonoros besos, que en vano pretendian suplir en ellas el calor que les faltaba de los besos de su madre. Un lacayo con larga librea verde aceituna, coronas condales en los botones y sombrero de copa con gran cucarda rizada en la mano, se acercó entónces al grupo.

—Cuando el señorito quiera, está esperando el coche,—dijo respetuosamente al niño.

El pobre señorito se levantó de un salto, y abrazando con un movimiento lleno de gracia al gimnasta Calisto, se dirigió á la puerta, sin querer entregar al lacayo el envoltorio de sus premios. En la verja del jardin le detuvo el P. Rector, que allí estaba despidien-

do á los niños; besóle Paquito la mano, y abrazándole él cariñosamente, le habló breve rato al oido. Púsose el niño muy encarnado, corrieron de nuevo sus lágrimas, y con verdadera efusion llevó por segunda vez á sus labios la mano del religioso.

Poco á poco fueron desfilando los carruajes, y cesaron al fin los gritos de despedida.

—¡Adiós!... ¡Adiós!...—repetia el anciano.

Todavía aparecian algunas manitas saludando á lo léjos por las ventanillas de los coches:

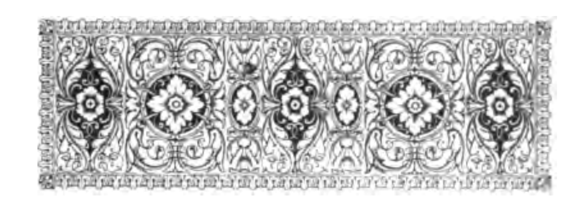
—¡Adiós!... ¡Adiós!...

Ocultáronse al fin todos en el último recodo del camino, y sólo quedó la llanura árida, lo polvorienta carretera, el pueblo de barracas, el colegio solitario, silencioso como una jaula de jilgueros vacía, y á lo léjos, acechando entre la bruma, Madrid, la gran charca.

El pobre viejo dejó caer entónces los brazos abatido, bajó tristemente la cabeza y entróse en la capilla murmurando:

¡Oh Vírgen del Recuerdo dolorida!
¿Se acordarán de ti?...





II

ERA aquella misma tarde poca la animacion y escasa la concurrencia en el *fumoir* de la Duquesa de Bara. Casi tendida ésta en una *chaise-longue*, quejábase de jaqueca, fumando un rico cigarro puro, cuya reluciente anilla acusaba su auténtico abolengo: tenia sobre las faldas, sin anudarlo, un delantalillo de finísimo cuero y elegante corte, para preservar de los riesgos de un incendio los encajes de su *matinée* de seda cruda, y sacudia de cuándo en cuándo la ceniza, en un lindo barro cocido, que representaba un grupo de amorcillos, naciendo de cascarones de huevo en el fondo de un nido.

Pilar Balsano fumaba haciendo figuras, otro cigarro no tan fuerte, pero sí tan largo como el de la Duquesa, y Cármen Tagle se desquijaraba chupando un *entreacto*, que se mostraba algun tanto rebelde.

—Está visto que no tira,—dijo de pronto.

Y para cobrar nuevas fuerzas se bebió poquito á poco, y con aire muy distinguido, una tercera copita del Wisky bastante fuerte, que juntamente con el té, los *brioches* y *sandwichs,* habian servido en rico frasco de cristal de Bohemia.

La señora de Lopez Moreno, gorda y majestuosa como las talegas de su marido, contraia sus gruesos labios para chupar un cigarrito de papel, y reíase maternalmente al ver á su hija Lucy, recien salida del colegio, dar pequeñas chupadas en el cigarro mismo de Angelito Castropardo. Chupaba la niña y tosia haciendo monadas, chupaba Angelito para darle magistral ejemplo, y tornaba á chupar y á toser la colegialita, encontrando el juego muy divertido. Parecia complacerla mucho tener por maestro á un Grande de España, y procuraba estudiar el *chic* de aquellas ilustres damas, que como modelos de

distincion le proponia su madre. Todavía, sin embargo, encontraban en ellas sus ojos de colegiala, cosas harto extrañas.

Disgustaban á la Duquesa las risotadas de la banquera; pero pasaban de dos millones las hipotecas que el cónyuge de ésta tenia sobre los bienes de aquélla, y ante la perspectiva de una prórroga necesaria, era preciso preparar el terreno con paciencia y amabilidades.

Leopoldina Pastor, varonil solterona que pasaba ya de los cuarenta, guapa y muy erudita, despachaba una buena racion de *brioche milanaise,* disputando con D. Casimiro Pantojas, antiguo director de Instruccion pública, académico de la lengua y celebérrimo literato. Habíase inaugurado aquella semana el tranvía del barrio de Salamanca, y lamentábase el académico de que el vulgo de Madrid se empeñase en hacer masculino el nuevo vehículo, contra el dictámen de algun colega suyo, que por femenino lo tenia. La señorita de Pastor, ardiente defensora de los fueros gramaticales, prometióle hacer por todas partes propaganda de la *tranvía;* pero escapósele al bueno de D. Casimiro, que

era el académico en cuestion D. Salustiano Olózaga, y Leopoldinita varió al punto de dictámen, exclamando muy enfadada:

—¡Imposible que sea femenino!... Olózaga es un indecente amadeista, que ha impuesto á Thiers el toison de oro, y eso no se lo perdona ninguna alfonsina... ¡Pues no faltaba más!... ¡El tranvía se dice, y el tranvía se dirá!...

Y todos convinieron en poner pantalones al tranvía, incluso Fernando Gallarta y Gorito Sardona, gomosos del Veloz, y el grave Marqués de Butron, ministro plenipotenciario ántes de la *gloriosa*, y gastrónomo distinguido únicamente despues de ella. Era el Marqués en extremo peludo, y la reina Isabel solia llamarle Robinson Crusoé, porque segun aseguraba, sólo con la cara de su ministro plenipotenciario, podia figurarse al famoso náufrago, vestido de pieles, en su isla desierta. Y en honor de la verdad, aquellos destinos del orbe entero, que encerraba Napoleon en el pliegue vertical de su frente, podian quedar entre las cejas del Marqués, perfectamente arropados, como entre dos pellejos de conejo.

Frunció, pues, Butron el formidable pliegue, y mirando la ceniza de su cigarro, dijo solemnemente:

—¡Olózaga!...—Él y sólo él sirve de puntal á esta situacion que se desmorona... Sin su habilidad y sus esfuerzos, tendríamos ya la Restauracion planteada hace medio año.

Indignáronse mucho las damas, y Cármen Tagle exclamó lastimeramente:

—¡Y tanta apoplegía vacante!... ¡Tanta pulmonía desperdiciada!...

El Marqués, que estaba realmente al tanto de los manejos de la política reaccionaria, siguió perorando, y Cármen Tagle dejó de prestar atencion, para ponerla á lo que pasaba á sus espaldas, detrás de un caballete de terciopelo rojo, medio cubierto airosamente con una pieza de seda del siglo XVI, sobre la cual se destacaba una linda acuarela de Worms. Asomaban por entre las rojas patas del caballete, las faldas de una dama y las piernas de un caballero, y eran estos incógnitos María Valdivieso y Paco Velez, que sostenian allí hacia media hora una pelotera de dos mil demonios. La colegialita Lucy alargaba tambien la oreja á ver si pescaba algo,

y pescó en efecto por dos ó tres veces el nombre de Isabel Mazacan, y el de cierto actual ministro, muy jóven y muy guapo, llamado García Gomez. A poco hizo otra pesca más gorda; habíasele escapado á la dama un iracundo—¡canalla!—y al caballero una grosera palabrota que hizo á Lucy pegar un respingo, poniéndose muy colorada, y á Cármen Tagle exclamar entre dientes, con su proverbial frescura:

—*¡O mon Dieu; quel gros mot!...*

Y levantando la voz un poco,—dijo volviendo el rostro hacia el caballete:

—¿Pero María, no vienes?... Mira, que se está enfriando el té...

Apareció entónces la Valdivieso por el laberinto de monerías y riquezas artísticas que llenaba la pieza, y vino á sentarse junto á Cármen Tagle muy sofocada, y echando por los ojos relámpagos de ira. Paco Velez salió por el otro lado del escondite con las manos en los bolsillos, coloradas las orejas y mordiéndose los labios, y se detuvo á examinar con aire de inteligente una bellísima lámpara de cobre repujado, que sobre una columna salomónica hacia *pendant* con el caballete.

Lucy, que no conocia á la Valdivieso, preguntó muy bajito á su maestro Castropardo, si aquel otro señor era su marido.

—¡Su marido!... ¡Jesus, y qué risa tan grande y tan guasona le entró entónces á Angelito Castropardo!... ¿Pero de dónde diablos habia sacado aquella criatura la peregrina idea de que fuese aquel un matrimonio?...

—¡Como reñian de ese modo!—dijo muy apurada Lucy.

Castropardo sufrió otro acceso de hilaridad, y pudiendo apénas decir entre su risa, —¡pues tiene sombra la preguntita!—fué á contar al oido de la Duquesa la ocurrencia de la colegiala.

Pasóseles por alto á todos los demás este pequeño incidente, distraidos con la negra pintura de la situacion actual, que deliberadísimamente les hacia el peludo diplomático; sabia muy bien que eran el brazo derecho de los políticos de la Restauracion las señoras de la grandeza, y tenia él á su cargo enardecer y dirigir el celo de tan ilustres conspiradoras. Ellas, con sus alardes de españolismo y sus algaradas aristocrátiras, habian conseguido hacer el vacío en torno de D. Amadeo

de Saboya y la reina María Victoria, acorralándolos en el Palacio de la Plaza de Oriente, en medio de una corte de *cabos furrieles y tenderos acomodados,* segun la opinion de la Duquesa de Bara; de *indecentillos*, añadia Leopoldina Pastor, que no llegaban siquiera á indecentes. Las damas acudian á la Fuente Castellana, tendidas en sus carretelas, con clásicas mantillas de blonda y peinetas de teja; y la flor de lis, emblema de la Restauracion, brillaba en todos los tocados que se lucian en teatros y saraos. Allí mismo y en aquel momento, la señora de Lopez Moreno llevaba una colosal empedrada de brillantes, y con mejor gusto para aquella hora y aquel traje, llevábanla tambien las otras damas, de oro mate con esmaltes. Leopoldina Pastor, lucia una de trapo del tamaño de una zanahoria, colocada en lo más alto de su sombrero.

Pavoroso era el cuadro que el Marqués dibujaba... Aislado el pobre Rey, miraba sin cesar hacia la frontera, esperando la contestación á su discurso del 3 de Abril, que aún no habia obtenido respuesta el 21 de Junio. Sucedíanse las crísis ministeriales, frecuentes,

periódicas, como calenturas de terciana, hasta engendrar un ministerio llamado de Santa Rita, por ser esta Santa abogada de imposibles. Sublevábanse en las provincias tropas y paisanos, los tenderos se amotinaban en Madrid y daban una pedrada al alcalde, y cinco dias ántes, el 18 de Junio, un populacho soez recorria las calles, apedreando los cristales, y rompiendo los faroles de la iluminacion con que celebraban muchos el aniversario del pontificado de Pio IX, miéntras un gentío inmenso de todos los colores y matices, aplaudia en los jardines del Retiro, *El Príncipe Lila*, grotesca sátira en que designaban al monarca reinante, con el nombre de *Macarroni I.* Varios gomosos del Veloz-Club, de los cuales era uno Paco Velez, habian pagado á tres saboyanitos, para que escondidos en un palco-proscenio del teatro á que asistia D. Amadeo, interrumpiesen de repente la funcion, cantando al son de sus violines y arpas, el conocido estribillo:

Cicirinella tenia uno gallo
E tutta la notte montaba á caballo;
Montaba la notte bella,
¡Viva il gallo de Cicirinella!

Divertia esto mucho á las damas, porque claro está que ello habia de allanar el camino á la Restauracion, porque ansiosas trabajaban; pero lo temible, lo negro—y el Marqués acentuaba los pavorosos tintes de su rostro, enarcando las pieles de sus cejas—era que los carlistas comenzaban á removerse en el Norte, y los republicanos en todas partes, y hacíase difícil defender de tanta boca abierta, la única y apetecida tajada.

—La Restauracion es cosa hecha, concluyó Robinson con acento profético; pero sólo llegaremos á ella atravesando un charco de sangre... Preveo para España un *noventa y tres* con todos sus horrores!!...

Sobrecogiéronse las damas, y en voz queda, contenida, cual si viesen asomar, como María Antonieta por las ventanas del Temple, la cabeza de la Lamballe clavada en una pica, comenzaron á hablar de la guillotina... Morir las aterraba. ¿Qué sabian ellas lo que era morir? Tan sólo lo comprendian en el teatro Real, dejándose caer poco á poco en la poltrona de Violeta Valery, cantando al compás de la orquesta y en los brazos de Alfredo: *¡Addio d'el passato!*

La Duquesa dijo con voz desfallecida, que ella habia visto en Lóndres, en la galería de Mme. Tussaud, la guillotina misma en que murió Luis XVI. La señora de Lopez Moreno se llevó la mano á su gordo pescuezo, como si ya sintiese allí el filo de la fatal cuchilla. Leopoldina Pastor no se asustaba: de morir ella, moriria como Carlota Corday, despachando ántes media docena de indecentes como Marat. Cármen Tagle dió un suspiro, sacó un poquito la lengua, y preguntó si aquello doleria mucho.

—Tan sólo se siente un ligero frescor,— contestó á lo léjos una voz cavernosa.

Volviéronse todos asustados, creyendo encontrar la sombra de Robespierre, que venia á comunicarles el dictámen de su experiencia...

Tan sólo vieron á D. Casimiro Pantojas, sonriente, apretándose con una mano el gaznate, rompiendo con la otra el rabo de un conejito de porcelana de Sajonia, que entre mil costosas baratijas adornaba una mesa. Distraido siempre el buen señor, trituraba de continuo lo que cogia al alcance de sus dedos de espárrago, y á estos destrozos sin cuento

de muebles y cachivaches, debia el apodo de *el ciclon literario*.

Riéronse todos, y la salida del académico, que no era otra sino el informe de Guillotin á la Asamblea francesa sobre su terrible invento, vino á aclarar algo la sombría atmósfera. Una racha viviente, un huracan femenino que apareció en la puerta, acabó de despejarla del todo: entró Isabel Mazacan, con su paso de Diana cazadora, alta la cabeza, altiva la mirada, demasiado señoril para *cocotte*, demasiado desvergonzada para gran dama.

Besó á la Duquesa, quitóse un guante, bebió dos sorbos de té...

—Butron, un cigarro,—dijo, y con el aplomo de un veterano, de repente, sin preámbulos, hizo estallar esta bomba:

—Está nombrada la Camarera mayor de Palacio...

La sorpresa hizo saltar en sus asientos á damas y caballeros, y desapareció como por ensalmo la jaqueca de la Duquesa.

—¿Quién es?...

—¿Pero quién podia ser?...

Porque ¿quién podia ser en efecto, si la

gran habilidad de las señoras alfonsinas había estado en desairar á la reina María Victoria, dejando vacante el cargo de Camarera mayor, que exige como requisito indispensable la grandeza de España, y es de suyo tan alto y delicado, que no recibe, sino presta autoridad á la persona misma de la Reina?...

—¡Bah!—exclamó al cabo la duquesa; alguna coronela de Alcolea...

—Alguna burguesa distinguida—dijo Cármen Tagle.

—Miss Zæo, artista ecuestre,—opinó Gorito Sardona.

Y Paco Velez, en crudo, sin repulgos, sin que ninguna dama se espantase, ni ningun caballero le cruzara el rostro de una bofetada, añadió:

—Paca la alta... *artiste anonyme*...

Angelito Castropardo, en pié detrás de la gorda Lopez Moreno, la designaba con gesto picaresco, guiñando un ojo como si preguntase si era ella: mas la Mazacan, con mucha pausa y sin que la voluminosa banquera pudiese comprender por la expresion de su rostro qué decia, ni á quién hablaba, le contestó subrayando las palabras:

—No es *gorda* de España... Es *grande* de España...

Recrudecióse la sorpresa con asomos de indignacion, y hasta el mesurado diplomático contrajo sus pellejos de conejo, exclamando:

—¡Imposible!... ¡Imposible!...

—Será alguna grande de provincia... Alguna indecente que nosotros no conocemos—dijo Leopoldina Pastor.

—No, señor: es grande de la corte, y de la cepa... y me extraña no encontrarla aquí...

—¿Aquí?—gritó la Duquesa irguiéndose amenazadora.

Y revolvió los ojos en todas direcciones, como buscando debajo de alguna mesa ó en lo alto de algun *étagère,* á la nueva Camarera.

—¿Pero quién es?... ¿Quién es?—gritaron todos.

Isabel Mazacan dejaba escapar una sonrisita maliciosa, como quien saborea un triunfo anticipado: presentó una copa á Paco Velez para que se la llenase de Wisky, vacióla de un trago, y acabó al fin de soltar la bomba.

—Curra Albornoz—dijo.

Lo enorme de la afirmacion destruyó su efecto. Un—¡Bah!—general de incredulidad brotó de todos los labios, y la Duquesa se hundió de nuevo en las profundidades de su *chaise-longue*, exclamando:

—¡Eso es un *canard!*

—¡Sí, señor!... ¡Un camelo!—añadió Gorito muy indignado.

Tocóle la vez de enfurecerse á Isabel Mazacan, y miéntras el viejo Butron disimulaba un repentino sobresalto, como si juzgase aquel nombramiento, cosa de grave peligro, dijo ella muy contrariada por el fiasco de su noticia:

—Pues, señor, ¡me pasmo de su pasmo de ustedes!... ¿A qué viene ese espanto?... ¿Acaso Curra ha tenido alguna vez vergüenza?...

—¡Eso es otra cosa!—replicó con fresquísima naturalidad la Duquesa. Pero la enormidad que tú le atribuyes, seria peor que una culpa; seria una pifia... ¡Camarera mayor de la Cisterna!... ¡Qué ridiculez!...

—Mira que lo sé de buena tinta...

—Vamos, mujer, dilo sin miedo, que ninguna de nosotras se ha de poner colorada, —exclamó María Valdivieso con la intencion

de un toro de ocho años. ¿Te lo ha dicho García Gomez?...

La Mazacan titubeó un momento, y sin ruborizarse tampoco por las comentadas intimidades que con el lindo ministro tenia, dijo al cabo:

—García Gomez me lo ha dicho.

—¡Pues aunque lo diga San García Gomez no lo creo!—replicó impertérrita la Duquesa. Necesitaria yo verla en el coche de la Cisterna para comprender...

—Ya lo irás comprendiendo, mujer, no te apures,—la interrumpió Isabel Mazacan con mucha sorna... ¿Te acuerdas de que Currita estaba en París cuando la abdicacion de la Reina?... ¿Te acuerdas de que nadie se acordó de invitarla á la ceremonia?... Bien se guardó ella de decirlo; pero su marido, ese Villamelon, que tiene más de *melon* que de *villa*, lo dejó escapar una noche en casa de Camponegro... ¡Pues ahí tienes la madre del cordero!... Ella no ha perdonado el desaire y quiere ahora sacarse la espina; porque, ¡pásmate, Beatriz, pásmate!... ¡Ni áun siquiera le han ofrecido el cargo; ella, ella es quien lo ha solicitado!!...

Horrorizáronse todos y la Mazacan continuó:

—Verdad es que se hace pagar carillo, porque ha sacado seis mil duros de sueldo, y...

—¿Seis mil duros de sueldo?... ¡Qué barbaridad!... Pero si ningun sueldo de Palacio pasó nunca de tres mil duros...

—Pues para Curra pasa de seis mil, porque ademas de ellos, ha sacado tambien...

Aquí intercaló la amiga de García Gomez una risita de todos los diablos, y añadió muy despacio:

—...la Secretaría particular de D. Amadeo, para ese Juanito Velarde, que es ahora su consejero íntimo.

—¿Velarde?—exclamó Pilar Balsano muy sorprendida. ¡Yo nada sabia!...

—¿Ahora te desayunas de eso?... ¡Vamos, Pilar! que estás siempre en Belen con los pastores...

—Lo veia mucho con Villamelon, pero nada sospechaba...

—¿Y querias mayor indicio?... En ese matrimonio modelo, son comunes hasta las afecciones; el consejero más íntimo de Currita,

es el amigo que Villamelon pasea... En eso conozco yo quién está de turno.

Riéronse todos, como siempre que la Mazacan empuñaba la tijera, y la señora de Lopez Moreno dijo muy satisfecha:

—¡Qué Isabel ésta!... ¡Con qué gracia crucifica á todo el mundo!...

No sentó bien á la Mazacan aquel familiar *Isabel*, y como no tenia sobre sus tierras hipoteca ninguna de la banquera, la contestó recalcando mucho el nombre de pila de ésta.

—Por eso tengo la seguridad de que á nadie calumnio, mi señora doña Ramona...

La Duquesa, que aún no se daba por convencida, quiso replicar algo; pero el Marqués, desasosegado y nervioso, impuso silencio, extendiendo una mano que parecia tener como las de Jacob, mitones de cabrito...

—¡Basta, basta, señores!—dijo; ¡están ustedes jugando con fuego!...

Y lanzando en torno una mirada escrutadora, que brillaba entre sus cejas como el sol entre nubarrones, añadió:

—Todos tenemos aquí los mismos intereses, y se puede hablar claro... De ser cierto

lo que Isabel dice, el tal nombramiento traerá cola... Lo de la abdicacion es exacto, pero fué un olvido: yo estaba allí tambien, y me lo contó Pepe Cerneta, y la misma Señora me lo repitió, lamentándose de ello... Por eso, cuando noté que Currita se habia resentido, escribí yo mismo á la Reina, aconsejándole que la desagraviara...

—¡Pues muy mal hecho!... ¡Lástima de tiempo perdido!—le interrumpió Isabel Mazacan con un mohin graciosísimo.

—¡No, Isabel, no!... Que cuando un partido está en desgracia, su política ha de ser siempre la de barrer para dentro!... Por eso la Señora me contestó hace poco, que la invitaria para la primera Comunion de nuestro Príncipe en Roma... ¡Figúrense ustedes el compromiso que será para mí, si la Señora da ese paso en falso!... ¡Jesus, Jesus, qué disparate!.. ¿Pero, Isabel, cabeza de pájaro, por qué no me dijiste eso á mí solo?...

—¡Pues me gusta la salida!...—¿Para que se lo guardara V. muy tapadito?...

—¡Pues claro está! ¡para eso mismo!... Es menester que todo esto quede entre nosotros, y hable yo cuanto ántes con Currita.

—Aquí la tendrá V. de un momento á otro.

—¿Aquí?...

—Aquí mismo.... Quedé citada con ella para ir á la visita de los niños de la Inclusa: ella es de la Junta de Damas.

—¡Oh sí!—exclamó Cármen Tagle en tono muy devoto. Currita tiene á esos pobrecitos niños un afecto tiernísimo...

—Maternal—dijo Gorito en el mismo tono.

—Verdaderamente maternal,—repitieron varios muy compungidos; y todos se echaron á reir, incluso la colegialita, con sencillez candorosísima, mientras Butron, muy apurado, repetia con el ademan de Neptuno pacificando los mares.

—¡Juicio, señores, juicio, por Dios!... Que nadie diga una palabra, ni se dén por entendidos con ella, hasta que yo le hable.

—¡Ay, no, no; lo que es eso no!—exclamó la Mazacan muy desolada. Por nada del mundo renuncio yo al gustito de hacerla rabiar un rato...

—Pero si eso no puede ser cierto... Si todo podrá arreglarse...

—Pues mientras V. lo arregla, nosotras nos divertiremos...

Butron quiso invocar los fueros de su autoridad, pero ya era tarde... A través de la puerta del *fumoir*, vieron todos adelantarse por el salon vecino, á una dama muy pequeñita, flaca, que caminaba con menudos pasos sobre sus altos tacones, dando golpecitos en el suelo, con el regaton del largo palo de su sombrilla de encajes. Tenia el pelo rojo, el rostro lleno de pecas y sus pupilas grises eran tan claras, que parecian borrarse á cierta distancia, haciendo el extraño efecto de los muertos ojos de una estátua.

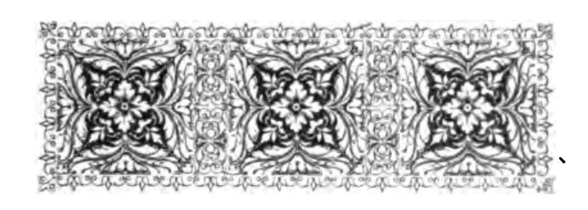
Al verla Leopoldina Pastor, corrió al soberbio piano de Erard, que estaba en un ángulo; arrancó de un solo tiron la rica y antigua colcha brocada que lo cubria, y se puso á tocar furiosamente el flamante himno de doña María Victoria, una de las intemperancias filarmónicas en que tan fecundo fué siempre el partido progresista. Gorito Sardona saltó frente á la puerta, sobre un *puff* de badana japonesa, y cogiendo á guisa de sombrero una de las bandejas del té, de cincelada plata antigua, se descubrió ante la dama lenta-



mente, tieso, sin mover la cabeza, extendiendo el brazo hasta formar con el cuerpo ángulo recto, como solia saludar por todas partes el rey D. Amadeo.

Currita se detuvo un momento en el dintel, sin perder su aire de niña tímida, de ingénua colegiala; oyó el himno, vió á Gorito, abarcó la situacion con una sola y rápida ojeada... y dobló de repente el cuerpo con distincion exquisita, para contestar al saludo amadeista, con otro saludo de corte, profundo, pausado, á la derecha, á la izquierda, al frente, poniendo en elegantísima caricatura, la ceremoniosa reverencia usual de la reina doña María Victoria.





III

El 21 de Junio de 1832 Fernando VII, arrastrando los pies más por la gota que por los años, y María Cristina, en todo el apogeo de su lozanía y su belleza, sacaban de pila en la colegiata é iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, del Real Sitio de San Ildefonso, á un niño que se llamó Fernando, Cristian, Robustiano, Cárlos, Luis Gonzaga, Alfonso de la Santísima Trinidad, Anacleto, Vicente.

Era hijo primogénito de los Marqueses de Villamelon, Grandes de España, gentil-hombre él de S. M. el Rey, y dama de honor ella de S. M. la Reina. Fué la última criatura que

apadrinó Fernando en este valle de lágrimas; quince meses despues bajó al sepulcro en el Real Palacio de Madrid, cumpliéndose á la letra el símil de la botella de cerveza, con que el socarron monarca comparaba á su pueblo. Él era el corcho que saltaba; la revolucion el espumoso líquido que se difundia por todas partes.

Aquella misma tarde quiso Fernando examinar de cerca á su ahijado, y en su propia cámara, hundido él en su poltrona, puso al recien nacido sobre sus rodillas, abrióle la boquita con un dedo, y metióle dentro su nariz de pura raza borbónica, como si quisiera examinarle la embocadura del exófago. El caso era portentoso, y asustado Fernando al cerciorarse de ello, retiró la nariz prontamente... El tierno Villamelon habia venido al mundo con toda la dentadura completa.

Enrique IV nació con dos dientes, Mirabeau con dos muelas, y quien de tal modo superaba al gran Rey, y se sobreponia al famoso tribuno, preciso era que diese tambien de sí grandes cosas. Villamelon padre, lloraba de gozo, y el Conde de Alcudia, que allí se hallaba presente, le aconsejó que emplea-

se para la lactancia de su hijo las veintisiete vacas y cuarenta cabras que servian de amas de cria al hipopótamo parvulito, regalo de Abbás-Pachá, que se criaba en París en el jardin de las plantas. Mas Fernando VII opinó que le diesen de mamar chuletas, y lo destetaran luego con aguardiente, y aquella misma noche envió á su ahijado, como regalo de padrino, un gran trinchante de oro macizo, que tenia esculpidas en el cabo las armas de España.

La Reina deseó tambien cerciorarse del prodigio, metiendo la punta de su rosado dedo en la boca de Villameloncito, y D. Tadeo Calomarde, que llegó en aquel momento, quiso hacer la misma experiencia, introduciéndole el suyo manchado de tinta. Mas el niño apretó entónces fuertemente sus precoces herramientas, haciendo lanzar al ministro un ligero chillido.

—Se conoce que no es tonto,—dijo Fernando VII.

Rieron todos la agudeza del monarca, y la frase salió de la cámara régia, cruzó por los salones, pasó por las antesalas, y al bajar las escaleras, comentábanla ya todos muy

admirados del talento de la criatura, asegurando que á los tres dias de nacida, habia recitado á su augusto padrino el Padre nuestro, el Ave María, parte de la Letanía lauretana, y una fabulita de D. Tomás Iriarte: aquella que empieza,

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré corria,
Volaba un conejo...

El caso era prodigioso, y de entónces dató la fama de hombre de talento que habia de gozar el Marqués futuro de Villamelon, hasta que los repetidos esfuerzos de sus majaderías dieran con ella al traste.

A los veinte años cumplidos, y puesto ya por muerte de su padre en posesion de su título, entró en la Academia de Artillería, y el año de 59 marchó á la guerra de Africa, á bordo de la escuadra que mandaba el general D. Segundo Herrera. Ansioso de pisar suelo africano y teñir su espada vírgen en sangre agarena, saltó Villamelon á tierra, en el sitio que llaman de Cabo Negro, con ánimos bastantes para atravesar todo Marruecos y llegar á Túnez, donde un su abuelo habia

ganado la Grandeza, entrando en la Alcazaba con D. Juan de Austria... Mas de repente brotaron de entre las cerradas malezas que cubrian la rojiza playa, como el áspero vello de una fiera bestia, varios riffeños dispersos, que recibieron á los exploradores con el fuego de sus espingardas... Villamelon no titubeó un momento: olvidóse de Marruecos, renunció á Túnez, y renegó de aquel su abuelo que ganó la Grandeza en la Alcazaba para ganar él la chalupa á toda prisa, y refugiarse en el último rincon de su camarote de la *Blanca*, sin que volviese á subir sobre cubierta, hasta regresar de nuevo á la Península con patente de enfermo. Los riffeños le habian parecido muy feos en aquella corta entrevista, y tan mal educados, que imposible se hacia á toda persona decente tener trato alguno con ellos.

Pidió entónces su retiro y entró en Madrid triunfante, como Napoleon en París de vuelta de la campaña de Egipto, precedido de la fama de sus hazañas en el combate *terro-naval* de Cabo Negro. El combate *terro-naval* corrió por toda la corte, ponderado por el héroe mismo, y un dia que daba la guardia

en Palacio, como Grande de España, y mencionaba por centésima vez durante la comida el combate *terro-naval* de Cabo Negro, le dijo de pronto la Reina:

—Mira, Villamelon; varía alguna vez, y que no sea siempre *terro-naval*... Siquiera por hoy, que sea *navo-terrestre*.

Y bautizado por los régios labios, *navo-terrestre* quedó Villamelon para todos los dias de su vida.

Era por aquel tiempo el Marqués, sin ser derrochador, bastante libertino; pero no con aquel aristocrático libertinaje de los Lauzun y los Frousac, señoriles hasta en sus vicios, caballerescos hasta en la infamia, que sacudian de sí todo lo vulgar y grosero, con la misma elegante pulcritud con que sacudian el polvillo del perfumado tabaco de sus chorreras de encaje. Su libertinaje era, por el contrario, aquel otro libertinaje tan comun en España entre los jóvenes de alta alcurnia; mezcla extraña, tipo híbrido del manolo y del *sportmen*, del gitano y del *muscadin*, que se diria nacido del antitético matrimonio de un torero andaluz con una *soubrette* parisiense. Harto al cabo de chulas y de *lorettes*, de

toros y de *handicaps*, de manzanilla y *champagne*, de callos y de *foie-gras*, resolvió á los treinta años *dar fin*; esto es, casarse... Mas para que Villamelon *diese fin*, preciso era que alguna hija de Eva *diese principio*, puesto que por una de esas anomalías que tienen su razon de ser en el torcido criterio de ciertas clases sociales, se ha convenido en que el hombre piense dar fin, en aquel mismo matrimonio en que juzga la mujer dar principio.

El trabajo de la eleccion, *l'embarras du choix*, como él mismo decia, no fué para Villamelon grande, porque en ningun órden de ideas era descontentadizo. Creia en Dios, como en una persona excelente con quien se cumple de sobra, dejándole de cuándo en cuándo una tarjeta en el cancel de una iglesia: el hombre era para él un tubo disgestivo muy bien dispuesto; la vida una peregrinacion, que con la bolsa bien repleta y el estómago bien lleno, podia hacerse cómodamente; y el matrimonio, la fusion de dos rentas y la prolongacion de una estirpe que habia de llevar su ilustre nombre, ni más ni ménos que llevan el suyo los toros de Veraguas ó las yeguas de Mecklemburgo.

Vióse, pues, á Villamelon, el héroe del combate *navo-terrestre* de Cabo Negro, que tanto se habia asustado con la desnudez relativa de los riffeños, pedir sin repugnancia y obtener sin espanto, la mano de una ilustre salvaje completamente desnuda de alma; porque así como en bosques y desiertos se encuentran salvajes que ofenden la decencia con la desnudez de sus cuerpos, así tambien se encuentran en plazas y salones otros salvajes vestidos por fuera, que insultan el pudor con la desnudez interna de sus almas. Para ellos son del todo inútiles cuantas prendas más ó ménos postizas usa la humanidad para encubrir sus vicios, y lo mismo el santo rubor que la falsa hipocresía, el noble decoro que la falaz preocupacion, les provocan la carcajada de extrañeza que causó á Cetewayo, destronado rey de los zulús, la camisa que le ofrecian sus vencedores ingleses.

Esta ilustre salvaje civilizada era la Excma. Sra. D.ª Francisca de Borja Solís y Gorbea, Condesa de Albornoz, Marquesa de Catañalzor, dos veces Grande de España por derecho propio, y Marquesa de Villamelon y de Paracuéllar, con otra grandeza, por el héroe

de la batalla *navo-terrestre* de Cabo Negro, su ilustre marido.

Pero por una de esas excepciones que apartan en algo al individuo de las reglas generales del tipo, para constituir en él un carácter propio, tenia la Condesa un pudor especial; un extraño pudor, que pudiera muy bien llamarse el pudor de su marido. Porque léjos de ser este matrimonio como tantos otros de su clase, la pareja de perros que se esfuerzan por andar tan apartados, como permite la trahilla harto elástica que los une, veíaseles, por el contrario, siempre juntos en todas partes, abrumando él á ella con cariñosas atenciones, correspondiendo ella á él con monadas de niña tímida, de candorosa colegiala cuyo encantador *enfantillage*, sobrepuesto á su desvergonzado cinismo, traia á la imaginacion el extraño fantasma de un caribe bebiendo en delicadísima copita de cristal de Bohemia, poquito á poco y sorbo á sorbito, espumante sangre caliente; de un antropófago que con tenedor y cuchillo de brillantísima plata, se comiese con la mayor pulcritud posible un *beefsteack* de carne humana.

Villamelon, sin embargo, habia realizado

su ensueño; porque su esposa prolongó su estirpe añadiéndole una niña y un niño, y la renta de él, que segun su frase, daba para comer, se unió á la de ella, que daba á su vez para cenar: para comer y cenar, se entiende, con todas las opíparas reglas del arte, porque Villamelon honró siempre su precocidad dentrífica y el trinchante de oro macizo, regalo de su augusto padrino, siendo gloton á la vez que gastrónomo, *gourmand* á la vez que *gourmet;* un tonel sin fondo en cuanto á la cantidad de lo que bebia y engullia, y un inteligente Brillat-Savarin en cuanto á la calidad y modo de lo que engullia, sordo siempre á los clamores de la indigestion, que de cuándo en cuándo se encargaba de predicar moral á su estómago.

La esposa, por su parte, era tambien feliz: zambullida en su desvergüenza, como los héroes griegos en la Estigia, habíase hecho como ellos invulnerable, y con su audacia infinita y su cínica travesura femenina, lograba el único fin de su vida, natural anhelo de su vanidad inmensa: sobreponerse á todo el mundo, ser siempre la primera, y lograr que todas las lenguas le rindiesen vasallaje, ocu-

pándose constantemente para bien ó para mal, que eso poco importaba, de su persona y de sus cosas. De ella hubiera podido decirse lo que de cierto personaje dijo un escritor elegantísimo: «Si asiste á una boda, quisiera ser la novia; si á un bautizo, el recien nacido; si á un entierro, el muerto.»

Y aunque nadie hubiera podido explicar la razon de ser de esta supremacía de que gozaba Currita en la corte, sin embargo, con esa vergonzosa condescendencia para el escandaloso, que es á nuestro juicio el pecado capital de la alta sociedad madrileña, y el orígen y fuente de sus deformidades, todo el mundo, desde el caballero cumplido hasta el tahur elegante, desde la dama honrada hasta la hembra sin decoro, se sujetaban á ella de modo más ó ménos directo, sin dejar por eso de proclamar que en belleza la aventajaban todas, en alcurnia la igualaban muchas, en riquezas la superaban bastantes, y sólo en audacia y desvergüenza caminaba siempre la primera... ¿Seria, pues, esta la razon de ser de aquella supremacía? ¿Será que á fuerza de ver refinado el vicio y respirar la atmósfera del escándalo, llegan ciertas socie-

dades á la aberracion de aquellos pueblos bárbaros que prestan su homenaje más profundo y su culto más entusiasta al ídolo más monstruoso?...

Limitémonos á indicar el hecho sin tratar de analizarlo, y veamos lo que hizo Currita aquella tarde en casa de la Duquesa de Bara.

Esta se habia medio incorporado en su asiento, y Currita llegó hasta ella saludando á derecha é izquierda al son del himno de doña María Victoria, repitiendo siempre con su cándida risita:

—¡Gracias! ¡gracias, amado pueblo!...

—*¡A tout seigneur, tout honneur!*—le dijo la Duquesa devolviéndole sus besos.

Agrupáronse todos en torno de Currita, que se habia sentado junto á la Duquesa, desairando una taza de té que le ofrecian: pidió en cambio una copita de Wisky, porque era de rigor en aquel tiempo, entre algunas damas elegantes que pretendian formar el cogollito de la *crème,* fumar y empinar de lo lindo, con mucha distincion y gracia. El respetable Butron la ofreció un cigarro:

—¡Ay no, no,—dijo ella con su melodio-

sa vocecita; eso es paja!... Dame tú uno más fuerte, Gorito...

Y mientras Gorito le daba un veguero, capaz de tumbar de espaldas á un sargento de caballería, y lo encendia ella pulcramente con una prosáica cerilla, le dijo la Duquesa:

—¡Pero vamos, mujer... cuenta, cuenta!...

—¿Y qué he de contar yo,—dijo ella entre dos chupadas, si veo que lo saben ustedes todo?...

—¿Pero es cierto?—preguntó Butron azorado.

—¡Ciertísimo!—replicó con énfasis Currita.

El peludo Butron levantó ambas manos al cielo, la Mazacan paseó por la horrorizada concurrencia una mirada de triunfo, y la Duquesa irguiéndose iracunda, exclamó violentamente:

—¿Y lo dices con esa frescura?...—¿Y tienes valor para venir á decirlo aquí, en mi casa?...

Currita pareció quedarse sorprendida, casi espantada, y paseando por todo el auditorio sus claros ojos admirablemente azorados, di-

jo con el tonillo lastimero de una niña á quien amenazan con azotes:

—Pero entendámonos...—¿Qué es lo que ustedes saben?...

—Que estás nombrada Camarera mayor de la Cisterna,—dijo Isabel Mazacan con todos sus bríos.

Currita pensó desmayarse.

—¿Yo?—dijo con la ruborosa indignacion de una vírgen de cuya virtud se duda. ¿Y ustedes lo han creido?..

—¡Nadie, nadie!—exclamó Butron soltando el resoplido inmenso de un gigante, á quien quitan de sobre el pecho una montaña. Nadie ha dudado ni por un momento de tu lealtad, hija mia querida, y cree qué...

—¡Jesus, señor, qué gentes!... ¡qué lenguas!... ¡Qué modo de tergiversar hasta lo más sencillo!—decia Currita con voz debilitada.

Y enjugándose con su finísimo pañuelo una lágrima, que falsa ó verdadera apareció en sus ojos, dejaba ver al descuido la bellísima flor de lis que traia en el pecho, y una magnífica pulsera de oro, en que con gruesos brillantes se leia incrustada la cifra de Isabel II.

—El caso no pudo ser más sencillo,—prosiguió con aquella suave vocecita que jamás dejaba un mismo y pausado tono. Ayer, en el Consejillo, trataron del nombramiento de Camarera; porque la verdad es que la posicion de esa pobre Cisterna, no puede ser más desairada... Pues nada, hija; el Ministro de Ultramar (1) tuvo la ocurrencia de proponer que me hicieran á mí la oferta.

—¡Indecente!—gritó Leopoldina Pastor. ¿Y tu marido no le ha dado ya una estocada?...

—Bien la merece; pero despues de todo, el pobre Fernandito es quien tiene la culpa,—continuó Currita con aire de pacientísima esposa. Se empeñó en que su amigo Juanito Velarde habia de ser secretario particular de D. Amadeo; habló al Ministro, éste le ayudó,

(1) Advertimos desde luego al lector, que ni en éste, ni en ninguno de los personajes que se presentan en los muchos episodios históricos de esta novela desempeñando cargos oficiales, se ha querido retratar ni áun siquiera aludir á los que realmente hubieran podido ocupar aquellos cargos en la época á que nos referimos. Por más que disten mucho ciertas personalidades de sernos simpáticas, nos inspiran á lo ménos compasion, y al fustigar sin piedad al vicio y al escándalo, nos guardamos muy bien de ensañarnos con persona alguna determinada, á que puede el arrepentimiento haber colocado ya al abrigo de toda censura. Con más razon que Crévillon podemos decir nosotros: *Jamais aucun fiel a empoisonné ma plume.*

y envalentonado con eso, se ha atrevido á tanto el Sr. Ministro... Lo que yo le decia á Fernandito; si le das el pié á esa gente, se tomarán la mano... En fin, hija, el Presidente del Consejo en persona, estuvo á hacerme la propuesta... ¡Por supuesto que yo no lo recibí; Fernandito se entendió con él, y tuvieron una escena!... Yo, muerta de susto, porque creí que lo iba á plantar en la calle, y acabaria la cuestion á tiros... En fin, se fué por donde habia venido, con las orejas calientes y sabe Dios lo que en venganza dirán de mí ahora... Esto ha sido todo: por eso, cuando al entrar oí el himno, y vi el saludo de Gorito, creí que era una broma que ustedes me daban...

Butron hizo una profunda señal de asentimiento, y la Duquesa, ya amansada del todo y queriendo remediar su anterior arranque, dijo vivamente:

—¿Pero podias creer otra cosa?

Y cogiéndole la muñeca en que traia la pulsera de Isabel II, besóle la mano con gran cariño, diciendo:

—Si fueras tú Camarera de la Cisterna, merecerias que se te volviese un grillete esta pulsera.

—¿No me la habias visto?—dijo con mucha naturalidad Currita. Me la regaló la Reina el último dia de mi santo.

Mientras la de Albornoz hablaba, Isabel Mazacan, muy impaciente, cuchicheaba al oido de Butron, diciéndole:

—¡Pero qué grandísima embustera!... ¡Pero qué modo de inventar historias!... ¡Mentira, Butron, mentira todo!... Si me dijo García Gomez, que justamente en el Consejillo habia dado cuenta el Ministro de Ultramar del deseo de ella, y entónces quedó acordado el nombramiento, supuesta la aprobacion de la Cisterna... Hoy, hoy por la mañana, es cuando debe de haber ido el Presidente del Consejo á notificárselo á Currita.

Y luego, no bien cesó de hablar ésta, se apresuró á decir en voz alta, con marcado aire de triunfo:

—¿Lo ven ustedes?...—¿Lo ven ustedes cómo era lo que yo decia?... Lo mismo, lo mismo que está diciendo Curra, fué lo que me contó á mí García Gomez.

Currita, que tenia sobradísimas razones para saber que García Gomez debia de haber dicho cosas muy distintas, dió un par de chu-

paditas al cigarro, que con tanto hablar ya se apagaba, y dijo á la Mazacan muy despacito:

—Pues mira; tambien tengo mi quejilla contra... *tu* García Gomez... Porque como Ministro de Estado que es, entretiene sus ocios registrando toda la correspondencia que viene de París... ¡Sí, hija mia, sí; no lo defiendas!... En el *gabinete negro* se abre toda la correspondencia ántes de que llegue á su destino, y por eso pudo decir en el Consejillo, que ayer vino para mí una carta de la Reina, que debió probar al Ministerio todo lo absurdo de sus pretensiones.

Comprendieron todos, y Butron el primero, á qué carta aludia Currita, y exclamaron en coro general, que dejaba sobresalir bastante las sordas notas de la envidia:

—¿Te ha escrito la Reina?...

—Sí,—replicó Currita; me escribe invitándome para la primera Comunion del príncipe Alfonso en Roma...

Y se quedó mirando de hito en hito á Isabel Mazacan, cuyas misteriosas ganas de acompañar á la Reina destronada en aquella expedicion, eran de todos conocidas. Esta, que hacia largo rato sentia furiosos hormi-

gueos en la lengua, se aprestó á soltar alguna de sus crudezas. Pero Butron, que no cabia en sí de gozo, al ver que su pifia diplomática quedaba orillada, se apresuró á detenerla, llevándosela al hueco de una ventana, donde por algun tiempo dialogaron vivamente.

Mientras tanto, Currita, con la vaga mirada fija en el espacio, como era siempre su extraña costumbre mientras hablaba, no los perdia de vista, trazando al mismo tiempo su itinerario. A principios de Julio pensaba marchar con Fernandito á Bélgica, para pasar un mes escaso con Mariano Osuna, en su Castillo de Beauraing; despues, no sabia á punto fijo donde iria á esperar el 15 de Octubre, fecha en que estaba citada con la Reina en Marsella, para emprender el viaje á Roma: quizá fuera á Trouville... El verano anterior lo habia pasado allí en una *villa* preciosa, frente al *Chalet Cordier*, que era el de Mr. Thiers... Y por cierto que era Thiers un vejete muy simpático, y muy limpio, á pesar de ser republicano: su mujer, una *bourgeoise* así, así... vamos; bastante pasable... ¿Pues y la cuñada, Mlle. Dosne, la ninfa Egeria del Presidente?... Era cosa graciosí-

sima, verla coser los botones de la bata de *son beaufrère Adolphe*... Parecia el ama de llaves de un notario acomodado.

—¡Era una trinidad deliciosa!

Y con su ingenuidad de colegiala, describió entónces Currita con todos sus pormenores, una picantísima caricatura de los esposos Thiers; una indecencia verdusca publicada en Burdeos y recogida al punto por la policía.

—A mí me proporcionó un ejemplar el Duque Decazes, y no pude resistir á la tentacion de enviársela por el correo, con una fajita, á Mlle. Dosne... ¡La cara que pondria!... ¡Ella que es tan pulcra, tan comedida!...

Y á reglon seguido, sin transicion ninguna, Currita se enterneció profundamente, al pensar en el gozo inmenso que la esperaba en Roma, besando la sandalia del Santísimo Padre Pio IX... ¡Qué figura tan gigantesca la del Pontífice! ¡Qué anciano aquel tan venerable!... Y todas las señoras comenzaron á ponderar su adhesion al Santo Pio IX, prontas á sacrificarle vida, hacienda, todo, todo ménos el alma, por tenerla ya de antiguo

comprometida con el diablo... Cármen Tagle dijo, que le habia mirado siempre como si fuese su abuelo; la señora de Lopez Moreno añadió muy conmovida, que ella le enviaba todos los años una pipa de doce arrobas, del riquísimo moscatel de sus soleras jerezanas; y la Duquesa, verdaderamente indignada, trajo á la memoria los atropellos á que cinco dias ántes se habian entregado las turbas, apedreando los faroles de la iluminacion con que celebraban los católicos el aniversario del Pontificado del augusto anciano: sólo en el palacio de Medinaceli, rompieron veinte y dos faroles y treinta y siete cristales... ¡Y mientras tanto, los Ministros y las autoridades se solazaban en un concierto instrumental, celebrado en Palacio!... ¡Qué Gobierno aquel, y qué populacho tan impío y tan asqueroso!... Siquiera ellas, veneraban la persona del Pontífice, encendiendo faroles en honra suya, y limitábanse tan sólo á apedrear á todas horas la moral divina del Dios á quien aquel representaba.

Esto no lo dijeron, por supuesto, aquellas señoras; pero lo pensó, sin decirlo, D. Casimiro Pantojas, que atentamente las escucha-

ba, despues de haber desorejado á toda una desdichada familia de conejitos de porcelana, y arrancado los rabos á una parejita de *bull-dogs*, fabricados en Bristol.

Y en esto concluyó Isabel Mazacan su aparte con el Marqués de Butron, y disculpándose con Currita de no acompañarla á la visita de la Inclusa, por habérsele ya hecho tarde, se marchó al parecer, algun tanto disgustada. Currita decidió entónces volverse á su casa, y el Marqués de Butron se despidió tambien en el acto.

—¿Tiene V. coche, Butron?—preguntó ella al diplomático.

—No,—respondió este presuroso, aprovechando la ocasion que tan pronto se le ofrecia, de hablar á solas con Currita.

—Pues le llevaré á V. en mi berlina á donde quiera.

—A la calle de Isabel la Católica...—Tengo que hacer en la embajada alemana.

—Justamente me coge al paso.

Currita bajó las escaleras apoyada en el brazo de Butron, encontrando al pié su berlina, preciosa monería, verdadero juguete forrado de raso azul con botones de tercio-

pelo, que parecia el delicado estuche destinado á guardar una joya.

El diplomático no las tenia todas consigo: para él era evidente que Isabel Mazacan no exageraba ni mentia, al repetir las noticias del lindo Ministro García Gomez. ¿Pero cómo interpretar entónces la repentina mudanza de Currita? La oportuna carta de la reina Isabel podia explicarla por completo, porque el olvido de la abdicacion quedaba con ella satisfecho, y desagraviada Currita, pudo á tiempo renunciar á su revancha. Tranquilo por esta parte Butron, quiso, sin embargo, asegurar más y más al partido la alianza preciosa de Currita; porque hay ciertas políticas indecorosas y á la larga funestas, que áun tendiendo á fines honestos, no saben prescindir de individualidades asquerosas. *Barrer para dentro*, era la política de Butron, como si la basura sirviera en alguna parte para otra cosa que para infestar el recinto que la encierra.

Fuése, pues, derecho al bulto, no bien el coche se puso en movimiento, y apoyado en la autoridad de sus años, en la confianza del parentesco que con Villamelon tenia, y en su dignidad de jefe de la *brigada femenina*

conspiradora, le pidió categóricas explicaciones del hecho... Mas Currita volviendo á abrir palmo y medio los claros ojos, y muy espantada y ofendida, y casi llorosa, se limitó á repetir la historia ya referida, con nuevas afirmaciones y protestas... Suponer otra cosa, era un insulto verdadero. ¿Por quién se la tomaba á ella? ¿Pues no habia dado toda su vida pruebas del más leal afecto á la real familia?... ¿Y áun cuando ella fuese capaz de semejante infamia, se la hubiera permitido acaso Fernandito, cuya sangre habia corrido en el combate *navo-terrestre* de Cabo Negro, al grito de Isabel II?... Justamente tenia él tal odio á la intrusa casa de Saboya, que jamás ponia el sello de una carta, sin colocar al pobre D. Amadeo con la cabeza para abajo. ¡Que lo habia dicho Isabel Mazacan, cuyas intimidades con el Ministro revolucionario debian hacerla á ella misma tan sospechosa!... ¿Pues no sabia todo el mundo que la tal Condesa de Mazacan era una intriganta, que andaba detrás del viaje á Roma con la Reina, para tapar á García Gomez ciertos lios antiguos que debia de arreglar allí con un príncipe italiano?...

Y tales cosas dijo Currita, y tales protestas hizo, y con tal acento las pronunció, que el mismo Butron, con ser tan ducho, se quedó perplejo, y entre las afirmaciones contrarias de aquellas dos Condesas igualmente tramposas, sólo sacó en claro una nueva confirmacion de aquel principio práctico, que de toda la vida habia profesado: La mujer aborrece á la serpiente, por celos y envidias del oficio.

Mientras tanto, la berlina corria desempedrando las calles y doblando las esquinas, con esas airosas vueltas que imprime á un fogoso tronco la hábil mano de un cochero experto. A la mitad de la calle del Turco, y dominando el ruidoso rodar del carruaje, llegó á oidos de la pareja un extraño rumor lejano; esa especie de sordo mugido, amenazador, imponente, que sólo es comun al mar encrespado y á las muchedumbres alborotadas... Currita y Butron miráronse sorprendidos, y repararon entónces en algunos transeuntes que venian presurosos de la calle de Alcalá, y en el conserje de la escuela de Ingenieros, que cerraba apresuradamente la puerta de este edificio. Era esto harto comun

en aquellos tiempos de alborotos continuos, y la berlina avanzó sin acortar su carrera, hasta la calle de Alcalá, para tomar luego por la del Barquillo.

Era esto, sin embargo, imposible; un largo y compacto cordon humano, compuesto de una muchedumbre heterogénea y abigarrada, llenaba de un cabo á otro la calle de Alcalá, cubriéndola en toda la gran extension que por ambos extremos abarcaba la vista...

Era aquella una manifestacion pacífica de la democracia, que con grandes clamores, y largos garrotes y extrañas banderas enarboladas, se dirigia á Palacio pidiendo la entrada en el Ministerio de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

El cochero de Currita, Tom Sickles, enorme tipo del automedonte británico, que pedia á voces el tricornio y la peluca empolvada, y se habia sentado en Lóndres en el pescante del Duque de Edimburgo, y en París en el de la princesa Matilde, dirigió los caballos corriendo á lo largo de la manifestacion, por ver si adelantaba la cabeza de ésta, y podia entrar por la calle del Caballero de Gracia ó por la de Peligros. Tambien era ya tarde, y vióse precisado á detenerse frente al Veloz-Club,

entre el remolino que allí se iba amontonando, de lujosos trenes que volvian de la Castellana, y humildes simones que pretendian inútilmente cruzar de un lado á otro. Butron quiso volver atrás, y salir por cualquiera boca-calle á la Carrera de San Jerónimo.

—¡Pero si esto es muy divertido!—decia Currita con infantil alborozo... ¡Qué delicia!... Mire V., Butron; mire V. qué graciosos van todos con sus cintitas encarnadas... ¡Uy aquel jorobadito!... ¡Qué mono!...—¡Ah pícaro... lleva una bandera en que pide *Reforma!*... ¡Pues claro está que la necesita—¡pobrecito! —sobre todo por la espalda!...

Otro carruaje se interpuso en aquel momento, entre la muchedumbre y la berlina, impidiendo la vista á Currita: en él iba el Gobernador civil de Madrid, muy rollizo y pomposo, que se dirigia á Palacio, y veíase forzado tambien á detenerse.

—Ahí va ese mastodonte,—dijo Butron al oido de Currita. En cuanto nos vea juntos, se figura que conspiramos.

Estas sencillas palabras del diplomático parecieron despertar en Currita una de esas ideas atrevidas que se conciben de repente,

por más que tarden en madurar años enteros. Asomóse á la portezuela como si desease que el Gobernador la viera, y sin contestar al respetuoso saludo que al divisarla éste le hizo, metióse bruscamente para dentro y se cubrió con el pañuelo parte del rostro, como si quisiera entónces esconderse.

—¡Qué mal huele la democracia!—decia para ocultar á Butron aquellas maniobras. ¡Pero qué peste echan!...

El coche del Gobernador arrancó al fin trabajosamente á lo largo de la calle, y desde aquel momento, nerviosa y agitada Currita, pareció impacientarse mucho por aquella misma detencion, que poco ántes la habia divertido tanto. Frente á frente de ella, un poco más hacia la Puerta del Sol, asomaban por los balcones del Veloz-Club, bajo sus toldillos de verano, aristocráticos racimos de cabezas de gomosos desocupados, que miraban el democrático desfile, con esa especie de medrosa curiosidad, burlona á la vez que tímida, con que se contemplan desde lo alto de un tendido los terribles retozos de una piara de ridículas bestias feroces: parecíales imposible en aquel momento, que la bestia

pudiera alguna vez alzar su zarpa hasta ellos. La vista de aquellos elegantes espectadores acabó de impacientar á Currita, y de tal modo se enardeció ante ellos su afan de exhibirse y singularizarse, que tiró del cordoncillo hasta descoyuntar el dedo del cochero, y sacó la cabeza por la ventanilla gritando:

—*¡Go on, Tom, go on! ¡Run through!... ¡Carry them off!...* (1)

Tom no se hizo repetir la órden: sacó el hercúleo pecho tirando de las riendas, con el esfuerzo de aquellos antiguos aurigas esculpidos por Fidias en los frontones del Parthenon, de pié sobre un carro, deteniendo con una mano el galope de cuatro caballos. Piafaron los suyos encabritándose, castigóles él suavemente con la fusta, y aflojando de repente las bridas, los lanzó con la velocidad y el empuje de una flecha á través de la turba democrática, desapareciendo como un relámpago por la calle de Peligros.

Un alarido terrible de terror y de ira salió de la muchedumbre, que se bamboleó á uno y otro lado del surco abierto por el coche: comenzó la gente á correr asustada, los gomo-

(1) ¡Adelante, Tom, adelante!... ¡Atraviesa!... ¡Arróllalos!...



sos del Veloz-Club se metieron para dentro, cerrando prontamente sus balcones, y el jorobado que pedia *Reforma*, estuvo á pique de sufrirla por completo, entre los pies de los caballos y las ruedas de la berlina.

Mientras tanto, asombrado Butron de aquel brusco arranque, y muerto de susto ante audacia tan temeraria, echaba á toda prisa las cortinillas para que no le viesen, y Currita, riendo como una loca, se asomaba por el vidrio de la trasera, para ver á los transeuntes refugiarse asustados en los portales, y á los guardias públicos correr detrás de la berlina, haciendo señas de que parasen. Mas Tom Sickles, arrebatada la cara de remolacha, hacia terribles visajes como si llevase los caballos desbocados, mientras con suaves vibraciones de las riendas, más y más los azuzaba. En la calle de Isabel la Católica, Tom Sickles hizo otro prodigio: coche y caballos quedaron parados en firme, de un golpe, ante la embajada alemana. La señora estaba servida, mereciendo él la corona triunfal de los Juegos Hípicos.

Currita encontró enfilados á la puerta de su casa tres coches, reconociendo al punto

en uno de los cocheros la escarapela encarnada, propia de los Ministros. Apeóse entónces en las mismas caballerizas, y por una escalera reservada para el uso de la servidumbre, llegó á sus habitaciones sin ser vista de nadie. Al ruido de la campanilla, acudió Kate, la doncella inglesa de la señora.

—¿Quién está con el señor?—preguntó ésta.

—El Sr. Ministro de la Gobernacion... El Sr. Duque de Bringas y D. Juan Velarde, juegan en el billar.

—Dile á D. Joselito, que no recibo á nadie... Tengo mucha jaqueca.

Kate pareció titubear un momento, y se decidió al fin á decir tímidamente:

—¿Ni tampoco á D. Juan Velarde?...

—Tampoco: á nadie, nadie...

De nuevo volvió á insinuar Kate con mucha delicadeza:

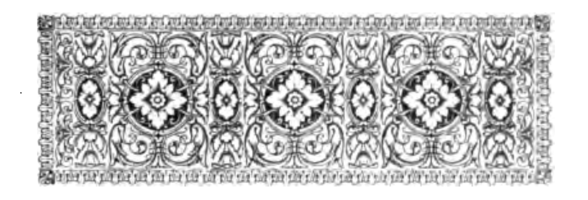
—El señorito volverá hoy del colegio...

—¡Es verdad!...—¡Pobre Paquito!...

—Y querrá ver á la señora...

—No, no... que se entretenga con Lilí... Mañana lo veré... ¡Tengo una jaqueca horrible!





IV

CUANDO Paquito Luján llegó á su casa, comenzaba á oscurecer, y la escalera y el vestíbulo estaban ya completamente iluminados: cuatro grandes estátuas desnudas, de mármol blanco, alumbraban éste y aquella, elevando en sus manos artísticos candelabros de bronce, con seis mecheros. Al pié de la escalera, un enorme oso de Noruega sentado gravemente sobre sus patas de detrás, presentaba con las de delante una bandeja de plata, destinada á recibir las tarjetas de visita. Era este un capricho del príncipe de Gales, que habia visto Currita en el palacio de Sandringham, y apresurádose á copiar á costa de dinero.

La afliccion del niño habia desaparecido, con esa dichosa rapidez con que se suceden en la infancia emociones á emociones. La impaciencia, la natural impaciencia, mezcla de la ternura de hijo y del deseo de ser alabado, era la que le agitaba en aquel momento, ansioso de caer con sus premios en los brazos de su padre, de su madre, de Lilí, su hermanita del alma... Sentado en el testero del carruaje, con sus premios muy agarrados, apoyaba los piececillos en el asiento de en frente, haciendo verdaderos esfuerzos para delante, que creia él ayudaban al coche á rodar más rápidamente.

Al entrar en Madrid hubo que perder cuatro minutos encendiendo los faroles, y un poco más allá, los empleados del resguardo detuvieron de nuevo el coche, para registrarlo todo de arriba abajo... ¡Qué desesperacion! ¡Qué feos y qué tontos eran aquellos hombres! De seguro que ninguno de ellos habia tenido nunca padre, ni madre, ni Lilí, ni sacado en todos los dias de su vida un solo premio... Cuando él fuera grande, habia de ahorcar á todos los empleados del resguardo, colgándolos como los chorizos que habia visto

una vez en la chimenea del capataz del Encinar, allá en Extremadura... ¡Y todavía, al doblar la esquina de la Universidad, se atravesó un coche, y despues un carro de mudanzas y luego un gran ómnibus, y hubo que perder otros tres minutos!... Al entrar al fin en la última calle, ya tenia el niño la mano en la llave de la portezuela, dispuesto á abrirla, asomando al mismo tiempo la carita, porque de seguro estarian esperándole en algun balcon, su padre, su madre, ó Lilí, ó quizá los tres juntos... Ya les enseñaria él desde allí abajo los premios, y creerian que no era más que uno, y verian luego que eran cinco y dos excelencias. ¡Qué risa entónces!... Pero los balcones estaban todos cerrados, y no se veia en ellos alma viviente: el coche entró al fin en la casa, haciendo retemblar los cristales de la gran mampara, y se detuvo al pié de la anchurosa y alfombrada escalera... Tambien estaba ésta vacía, y sólo vió el niño al pié de ella al grave oso de Noruega, *Bruin*, como le llamaban en casa, abriendo su gran boca armada de dientes enormes, y presentándole la bandeja, como si le invitara á depositar en ella sus premios. Mas no los soltó el niño y

oprimiéndolos contra su pecho, subió á brincos la escalera, hasta llegar al vestíbulo: cerróle allí el paso una extraña figura, que se paseaba de un lado á otro, con las manos á la espalda. Era un enano feísimo, pero perfectamente proporcionado; verdadero pigmeo, émulo de aquel famoso Roby que presentaron en la mesa del rey de Sajonia, dentro de un pastel de venado. Tendria poco más de un metro de altura, y hallábase correctamente vestido de etiqueta, frac y corbata blanca, calzon corto, media de seda negra y zapato con hebilla. Llamábanle en la casa *D. Joselito*, y cobraba siete mil reales de sueldo, con la sola obligacion de anunciar las visitas y realzar con su estrafalaria figura, la aureola de elegante originalidad que rodeaba en todo á Currita.

Inclinóse el enano respetuosamente ante el señorito, y con su vocecilla chillona y algun tanto imperiosa, díjole que no podria ver á la señora, por haberse acostado media hora ántes con una espantosa jaqueca. Un repentino vapor de lágrimas vino á empañar los hermosos ojos azules del niño; volvió bruscamente la espalda al enano sin decir pala-

bra, y echó á correr hacia las habitaciones de su padre.

Allí estaba Villamelon, repantigado en una butaca, hablando misteriosamente con el Ministro de la Gobernacion. Lanzóse el niño á su padre, y echándole los brazos al cuello, le dió dos besos.

—¡Hola, caballerito!—exclamó Villamelon. ¿Ya de vuelta?... ¡Me alegro!...

Y como viese que con cierto ruboroso orgullo le presentaba el niño sus premios, añadió sin tomarlos:

—¡Hola, hola, los premios!... ¡Pobre chiquitin!... ¡Muy bonitos!.. Bien, bien, me alegro... Ea, toma... toma, y dile á German que te lleve esta noche al Circo.

Y entregándole al niño dos pesetas, que habia sacado del bolsillo del chaleco, volvió á reanudar su misteriosa conversacion con el Sr. Ministro.

Quedóse el niño parado un momento, con los ojos muy abiertos: dió luego una repentina media vuelta, girando sobre una pierna, y encarnado como la grana, bamboleándose cual si estuviera ébrio, fué á arrimarse á una mesita llena de caprichosas chucherías: habia

debajo una figura japonesa, con la boca muy abierta, y por ella arrojó el niño, con mucho disimulo, el regalo de su padre, las ¡dos pesetas!... Luego echó á correr, saliendo disparado del saloncito; detúvose un momento en el dintel, detrás de las cortinas, y agobiado, con los bracitos colgando y caida la cabecita, siguió una galería que iba á parar á la *Nursery*, al destierro, á la Siberia de los niños, que el desapegado egoismo de la Condesa de Albornoz habia importado para sus hijos de Inglaterra á su casa (1).

Resonaba en el fondo de la galería un piano destemplado que parecia balbucear de mala gana un monótono tema de los ejercicios de Hanon. Esta música sonó, sin embargo, como un concierto celeste en los oidos del niño: desapareció su abatimiento, renació su alegría, y echó á correr de nuevo hacia aquella estancia.

—¡Lilí!..

—¡Paquito!..

Y un ángel, una bellísima muñeca de nue-

(1) Llámase en Inglaterra *Nursery* al departamento especial en que viven los niños con sus criados, completamente aislados del resto de la familia.

ve años, saltó del asiento del piano, para caer en los brazos del niño, confundiéndose por un momento sus besos, sus gritos, su risa, su alegría, sus almas inocentes y sus vidas inmaculadas, como se confundian los bucles de oro que rodeaban como una aureola de rayos de sol, las preciosas cabezas de ambos.

El niño se acordó al fin de sus premios.

—¡Mira!... ¡Mira!...

Lilí abrió mucho los ojos admirada, apretó los labios, y echó atrás las manitas: su crítica fué la crítica de las grandes admiraciones, la crítica monosilábica.

—¡¡Uy!!—dijo.

—¡Cinco... Son cinco, y dos excelencias!...

—¿Me darás uno Paquito?...

—¡Tonta!...—Esto no se da... Se pone en un marco... Pepito Vargas dice que su mamá se los pone en un marco...

—¿Grande... grande?—dijo Lilí indicando con sus manitas uno capaz de encerrar al *Pasmo de Sicilia*.

—Sí; grande, grande... Y mira; este es de Aritmética, y este...

No pudo continuar el niño: una mano seca

pegada á un puño inmaculado salió por entre las cortinas, y despues un brazo largo, y luego un hombro puntiagudo, y más tarde un rostro encarnado, característico, original, británico como la cerveza de Bass ó las galletas de Huntley...

—¡Mademoiselle!—dijo Lilí asustada.

Y la mano seca pegada al puño inmaculado, agarró á la niña por un brazo y se la llevó para dentro, oyéndose una voz metálica, estridente, que desgarraba el tímpano como un resorte que rechina.

—*¿Whast's that, Miss?... You have to learn your piano lesson untit eight o'clock...* (1)

Entónces huyó el niño de allí desolado; corrió ciego á la *Nursery*, y se arrojó de cabeza en su blanca camita, con la enconada amargura y la sombría desesperacion del suicida que se arroja solo y sin esperanzas, en un abismo oscuro, negro, profundo... El sueño, el sueño bendito, fiel amigo de los niños, suave consolador de todos sus pesares, vino al fin á acallar sus sollozos y contener sus lágrimas, adormeciéndole allí mismo, sin va-

(1) ¿Qué es esto, Miss?... Hay que estudiar la leccion de piano hasta las ocho.

riar de postura, vestido todavía y con sus premios en la mano...

Y mientras tanto Villamelon proseguia su misteriosa plática con el Ministro. Contaba por aquel entónces el Marqués más de cuarenta años, y los estragos de su juventud salíanle prematuramente al rostro. Colgábale la nariz encarnada y algo granujienta, hundíansele las mejillas dejando salir los pómulos, arqueábasele ya el abdomen, y todo anunciaba en él esa caricatura de la juventud, en que consiste la vejez de muchos. Su cuerpo habia sido gallardo y conservaba áun restos de arrogancia; mas su rostro ofrecia perfecta semejanza con el de aquel enano de Felipe IV, titulado *El Primo,* que retrató Velazquez y copió Goya, grabándolo al agua fuerte: tenia la misma nariz colgante, los mismos ojos tristes, el mismo bigote retorcido, la misma frente extensa y pensadora, con la sola diferencia de que Villamelon partia por medio su ya escasa cabellera, con una raya que arrancando de la raíz del pelo llegaba hasta el cogote, formándole sobre las orejas dos pequeños cuernecitos.

Y aquella frente elevada, de abultados pa-

rietales, que reclamaba para sí el dicho de la zorra al busto:— *Tu cabeza es hermosa, pero sin seso,*—tenia en efecto actitudes magníficas, cuando, surcada por un pliegue vertical, se inclinaba, como en aquel momento, al Exmo. Sr. D. Juan Antonio Martinez, Ministro de la Gobernacion, y le decia con el aire de Bismarck á Gorztchakoff, al restablecer entre ambos el equilibrio europeo:

—Desengáñese V., Martinez... La tésis del doctor Wood es absurda... Nadie me probará que el pastel de ratas, sea superior al de erizos y ardillas... ¿V. me entiende?...

El Excmo. Martinez hizo un gesto que no significaba si entendia ó dejaba de entender: desde que el pobre señor habia pasado el puente natural que lleva del banco azul á las grandes mesas de la corte, caminaba de indigestion en indigestion, y sentia en el estómago la nostalgia de aquellas nutritivas sopas de ajo, no digeridas del todo, que habian hecho de él un tan robusto hombre de Estado, y fueron su cotidiano alimento, en los tiempos en que rompia sus primeros calzones, entre los pilletes de cierta playa de las costas asturianas... ¡Santo Dios! y qué dolo-

res de tripas más atroces, le habia costado el *paté foie-gras* del último viérnes de Palacio! ¡Qué *coliquera* más terrible *le chou á la crême* que sirvieron dos dias ántes en la embajada francesa!... El Excmo. Martinez creyóse por un momento envenenado, y desde entónces fué para él artículo de fe aquel principio de Addison:

«Cuando veo las mesas á la moda, cubiertas de todas las riquezas de las cuatro partes del mundo, me imagino ver la gota, la hidropesía, la fiebre, el letargo y la mayor parte de las enfermedades, ocultas en emboscada debajo de cada servilleta.»

—Usted lo ha de ver, Martinez,—prosiguió Villamelon: el juéves próximo haré servir los dos pasteles, sin decir lo que contienen, y veremos por cuál se declaran las opiniones. ¿Me entiende V., Martinez?.. Excuso decirle que cuento con su voto.

Erizáronsele los cabellos al Excmo. Martinez ante la perspectiva de una indigestion de ratas... ¿Cómo podria curársela, si no era tragándose un gato?

—Y todo eso,—prosiguió Villamelon con ligerísima sonrisa, que denunciaba traidora-

mente su convencimiento íntimo de la superioridad con que manejaba el asunto, no es más que la excentricidad inglesa, influyendo y echando á perder su cocina... Y cuidado que yo soy imparcial; porque mi cocina, es la cocina ecléctica. Lo mejor de lo mejor, venga de dónde viniere: este es mi lema. ¿Me entiende V., Martinez?... Pero no hay que darle vueltas, amigo mio; y por más que digan, en la cocina como en todo, Francia camina la primera. Esto no tiene vuelta de hoja, Martinez... Los ingleses devoran, los alemanes zampan, los italianos comen, los españoles se alimentan; pero sólo los franceses gozan, y ahí está el *quid,* Martinez; en gozar, en gozar comiendo. ¿Me entiende V.?...

Martinez no entendia, y tomando por burla lo que sólo era cansada muletilla de Villamelon, tanto *Martinez* y tanto *¿me entiende?* se apresuró á responder algo amostazado.

—¿En gozar?... ¡O en reventar, Sr. Marqués, que no es lo mismo!...

—¡No, no, no y mil veces no, Martinez! —Eso es una de tantas preocupaciones. ¿Me entiende V.?... Cierto que el hombre es un sér débil, insuficiente, que apénas puede so-

portar ocho comidas diarias; pero la indigestion no proviene de comer mucho, sino de comer mal... Deme V. un cocinero de primera fuerza, de raza, *d'élan,* y yo le garantizo salud eterna... ¡Oh, bien lo entendia el príncipe Orloff con su ojo tuerto y su brazo manco!... Yo le he visto en París elegir cocinero en público concurso; acudieron diez á su palacio de la embajada rusa: yo fuí del jurado, y probamos ántes de fallar, ciento cuarenta platos (1). ¡Ah! no, no, Martinez; no es el comer mucho lo que trae la indigestion... Mi santa madre lo decia: Tripa llena, alaba á Dios.

Y se quedó tan orondo con la cita, porque una de las genialidades de Villamelon era, la de nombrar de continuo á su madre, anteponiéndole siempre el calificativo de santa, y poniendo en su boca aforismos tan singulares, y de mal gusto á veces, como el que acababa de soltar.

Entraron en esto el Duque de Bringas y Juanito Velarde, que habian terminado ya su partida de billar, y á poco anunció un criado

(1) Histórico.

que la señora Condesa no asistiria á la comida, por haber tomado ya un *consommé* en sus habitaciones, y acostádose al punto con una fuerte jaqueca.

Esta noticia pareció afectar muy poco al caro esposo de la dama y al Duque de Bringas: al Ministro de la Gobernacion hízole por el contrario malísimo efecto, dando á sospechar por sus muestras de disgusto, que algo que la ausencia de Currita chasqueaba por completo, le habia traido allí, y échole aguantar con paciencia las majaderías culinarias del héroe del combate *navo-terrestre* de Cabo Negro: como Butron temia, el nombramiento de Camarera mayor comenzaba á mover la cola. Juanito Velarde pareció tambien muy contrariado, comió poco y habló ménos durante toda la comida. Villamelon hizo el gasto como siempre, blandiendo el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII, que usó durante toda su vida, y pasando por las tres distintas faces que en aquella hora solemne se reflejaban en su persona; hondamente preocupado al principio, como hombre que tiene entre manos el más grave negocio; comunicativo, pero dogmático, afable, pero todavía

circunspecto á los medios, y alegre, bonachon, magnánimo y hasta tierno á los postres, como si la corriente de satisfaccion que le brotaba del estómago, le dotase de aquellas cualidades que no poseia en ayunas. Esta era la hora de pedirle favores, seguro de alcanzarlos, y esta era la hora tambien en que Villamelon, arrastrado por un resabio de educacion malísima, que jamás pudieron quitarle ni su santa madre, ni su dulce esposa, hacia bolitas de miga de pan con la punta de los dedos, y las disparaba á las narices de los comensales, con muestras del más cariñoso agasajo y el más tierno regocijo.

Mientras tanto, si algun diablo Cojuelo hubiese levantado el techo del *boudoir* de la Condesa de Albornoz, hubiérase descubierto una extraña escena: hallábase éste alumbrado por una gran lámpara, sostenida por un negro desnudo, de tamaño natural, admirablemente tallado en ébano, y Currita, sentada ante un pequeño *secrétaire* muy bajo, parecia completamente absorta en un singular estudio caligráfico, mientras vagaba por sus labios una finísima sonrisa, semejante, no en lo terrible, pero sí en lo solapada y astuta, á

la que puso el genio de Liezen-Mayer en los labios de Isabel de Inglaterra, al representarla en el acto de firmar la sentencia de muerte de su prima María Stuard.

Con su elegante letra inglesa, fina y corrida, habia escrito al frente de un pliego:—*¡Qué animal tan hermoso es el hombre!*—y con facilidad maravillosa iba copiando en distintos caracteres de letras, esta frase tan extraña y tan equívoca, que parecia ser el reflejo de esa idea íntima, ese pensamiento oculto que jamás se formula, y es, sin embargo, el primero que se apresura á estampar todo hombre, cuando algo que escribe y algo en que se puede escribir, le invitan á solas á trazar allí un concepto. La inscripcion se multiplicaba, unas veces en letras rechonchas y apretadas, otras en perfiles largos y finitos, algunas en caracteres diminutos, cual patitas de moscas entrelazadas, que se prolongasen en forma de cadeneta. En esta tarea empleó Currita media hora larga, con el esfuerzo y la atencion de un chiquillo aplicado que copia una plana, ó de un petardista prudente, que ensaya el modo de falsificar ó desfigurar una letra.

Dióse al fin por satisfecha de sus ensayos, y con los renglones de cadeneta y la letra de patitas de mosca, que no tenia con la suya ordinaria el más remoto punto de contacto, púsose á escribir una carta, en un pliego de papel sencillo, sin timbre ni inicial alguna. La carta no fué larga, y en el sobre decia:

EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL
DE
Madrid.

Faltábale todavía el sello, y púsoselo Currita sonriendo socarronamente, y cuidando de colocar con la cabeza para abajo el busto del rey D. Amadeo: afianzólo luego con dos ó tres puñaditas de su cerrada mano, que parecia complacerse en aplastar al pobre monarca, principio y fin de la dinastía saboyana.

Cualquiera hubiera creido con esto ya listo el negocio, y que sólo faltaba llamar á un criado, para enviar la misteriosa carta al correo. No lo juzgó así la ilustre Condesa: entróse en la estancia vecina, que era su alcoba, y volvió á salir al cabo de un buen cuarto de hora, completamente transformada. Ha-

bíase despojado de su elegante traje de calle, y puéstose en su lugar una falda de lana negra modestísima, y una mantilla muy usada, cuyo sencillo velo le ocultaba parte del rostro: traia en una mano una bujía encendida, puesta en una palmatoria de plata, y en la otra una llave de gran tamaño. Cogió la carta, y echó á andar: en aquel momento un reloj lejano daba las once y media.

Era el palacio de Villamelon uno de esos antiguos caserones, ya raros en Madrid, con anchas galerías, espaciosas salas y cómodos departamentos, rodeados por todas partes de pasillos y escaleras excusadas para el uso de la servidumbre. Comunicábanse las habitaciones de Currita con las de Villamelon por la alcoba, y por un cuarto contiguo al de baño, con un largo pasadizo: terminaba éste por un lado en el cuarto de Kate, la doncella inglesa, y por otro en una estrecha escalerilla, que iba á parar á un jardin muy reducido. Cerrando, pues, la puerta de la alcoba, la que habia á la mitad del pasillo, y la que ponia en comunicacion al *boudoir* con los dos salones de entrada, quedaba el resto de las habitaciones de Currita aislado

por completo, y en comunicacion directa con la calle: á ella daba salida una puertecita, abierta en la tapia del jardin á espaldas del palacio, detrás de un pequeño invernadero. Allí se dirigió Currita despues de dejar la luz apagada al pié de la escalera, con tal desembarazo y tan gentil desenvoltura, que conocíase bien á las claras no ser aquella la primera de sus nocturnas escapatorias.

Era la noche oscura, y la solitaria plaza á que la puerta del jardin daba salida, perdíase á lo léjos entre solares en construccion, alumbrada acá y allá por algunos faroles, cuyas luces parecian brillar en medio de un nimbo de vapor amarillento. La puerta de una tienda de ultramarinos dejaba escapar en la esquina próxima un cuadro de luz vivísima, y veíase en el fondo al tendero, inmóvil ante el mostrador, ajustando sus cuentas. A cuarenta pasos, debajo de un andamiaje, una farola hacia resaltar las negras siluetas de un chulo de chaquetilla corta, y una chula de falda almidonada y pañuelo de seda á la cabeza, que dialogaban vivamente. Aparecia lo demás oscuro y solitario, teniendo todo ello un aspecto de quietud, de vista panorá-

mica, que completaba allá muy léjos, desde un cuarto piso, el sonido de un mal piano, en que unas manos aleves asesinaban la inmortal cavatina de Bellini, *Casta diva chè inargenti...*

La Condesa, la gran señora que tan raras veces bajaba de su carruaje, como si se desdeñase de pisar con sus elegantes *brodequins* el polvo de que estaba formada, se internó por aquellos oscuros vericuetos, y atravesando varias callejas solitarias en aquella hora, que parecian serle muy conocidas, vino á desembocar en la plazuela de Santo Domingo. La afluencia de gente era todavía grande en aquella encrucijada tan concurrida siempre, y Currita bajó la cuesta para ganar al abrigo del jardinillo, la Costanilla de los Angeles. Atravesó rápidamente la calle del Arenal, entró por la de las Fuentes, y dando un gran rodeo por detrás del Ministerio de la Gobernacion, llegó al fin á la calle de Carretas y depositó por su propia mano en el buzon de la casa de Correos, la carta misteriosa... Si aquella mujer era una criminal, era sin duda de aquellos criminales avezados y prudentes, que miran siempre en todo cóm-

plice un camino peligroso que va á parar en presidio.

Entónces emprendió el camino de vuelta, por las mismas calles por donde habia ido, sin tener más que un tropiezo. Un viejo de aspecto decente, se detuvo de pronto ante ella: sorprendida Currita pegóse á la pared, y el hombre hizo entónces ademan de darle una moneda de cinco céntimos, una *perra chica*, como llamaban entónces, y áun llaman hoy á esas piezas pequeñas. Habíala tomado por una de esas pobres vergonzantes, que á las altas horas de la noche extienden en silencio su mano descarnada al transeunte que se retira solicitado por el descanso, ú hostigado por los vicios.

Así lo comprendió la Condesa, y con gran impulso de risa tomó la moneda, teniendo todavía valor para profanar en sus impuros labios aquella hermosa deprecacion, aquella santa respuesta que da la fe á su hermana la caridad, por la humilde boca del pobre:

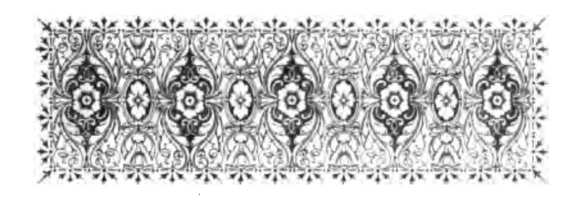
—¡Dios se lo pague!...

Cuando la Condesa entró en su *boudoir*, presentaba éste un aspecto siniestro: la lámpara agonizaba en manos del negro, cuyos

blancos dientes de márfil incrustado, resaltaban en la oscuridad, como la sonrisa del genio del mal, complaciéndose en las tinieblas.

Tres horas despues, resonaban gritos y lamentos al otro extremo de la casa... Era Paquito Luján, que entumecido por el fresco de la madrugada y aterrado por la oscuridad, despertaba allá en la *Nursery*, olvidado de todos en aquel suntuoso palacio, morada del padre y la madre que le habian dado el ser, y de diez y siete criados dedicados á su servicio!...





V

Rióse mucho al otro dia la Condesa de Albornoz al oir contar á su hijo Paquito sus extrañas aventuras de la noche precedente: al verse solo, á oscuras, vestido y acostado en una cama que no era la suya del colegio, comenzó el niño á gritar lleno de angustia, sin que nadie contestase á sus lamentos. Oíalos Miss Buteffull desde su cama, y comprendió al punto la causa: sin duda nadie se habia acordado en la casa de que el pobre niño habia vuelto del colegio; quizá se habia puesto malo de pronto; quizá habian entrado ladrones y lo estaban asesinando... Miss Buteffull compadecida, encendió la vela de su palmatoria.

Un decoroso reparo la detuvo de repente: el caso era grave... Tenia ella cuarenta y cinco años, once el niño, la hora de la noche era avanzada. ¿Cómo entrar sola en su cuarto?... Miss Buteffull apagó la palmatoria.

Mientras tanto los clamores desesperados del niño despertaban tambien á la doncella de Lilí, Magdalena, que dormia allí cerca, y acudia ésta presurosa en su auxilio; tranquilizábalo con gran cariño, hacíale acostar, y permanecia sentada junto á su camita, hasta dejarlo dormido nuevamente.

Esta relacion produjo en Currita una de las repentinas crísis de amor materno, que solian atacarle de vez en cuando en sus dias de aburrimiento. Solia entónces pasar horas enteras en la *Nursery* jugando con sus hijos: comíaselos á besos, llamábales sus *pichoncitos*, hacíales traer costosos juguetes y golosinas de todos géneros, y complaciéndose en poner en ridículo á Miss Buteffull y en decir pestes de los Padres del colegio, destruia en media hora todo lo bueno que, á costa de mil trabajos, habian sembrado y podian sembrar en adelante éstos y aquélla en los tiernos corazones de ambos niños; porque ¡uno

de los grandes escollos en que tropiezan los esfuerzos de las personas dedicadas á la educacion, consiste en la imprudente y culpable ligereza con que se complacen muchos padres en presentar ante sus hijos á preceptores y maestros, no como amigos íntimos encargados de guiar sus pasos, ni como seres benéficos que les dispensan el favor insigne de formar sus corazones y alumbrar sus entendimientos, sino como tiranos que les oprimen y mortifican, como carceleros cuya vigilancia hay que burlar con ardides y tretas más ó ménos inocentes. Destrúyese así la buena opinion necesaria á todo el que manda para ser respetado; la fe humana precisa á todo el que enseña para ser creido, y sólo una cosa existe, á nuestro juicio, que sea tan perjudicial á la educacion, como lo es esta misma: la pugna que á veces descubre el niño entre la moral de sus padres y la moral de sus maestros... Imposible es describir las angustiosas perplejidades, las dolorosas dudas que, con harto triste frecuencia, despiertan estas contradicciones en las almas de los niños: vese en ellos la lucha del entendimiento con el corazon, demostrándole aquél que es

sana la doctrina del maestro, esforzándose éste por persuadirle que no puede ser mala la práctica contraria del padre ó de la madre que tanto aman; que no puede ser cierto lo que, por el sólo hecho de serlo, ha de dar irremisiblemente á aquellos seres tan amados la patente de perversos... ¡Ah! jamás olvidará el que escribe estas líneas las angustias de un pobre niño, modelo de candor y de juicio, al oir explicar cierta leccion del Catecismo: quedóse el niño muy pensativo, fuése luego poco á poco angustiando, hasta exclamar al fin convulso, con el corazon encogido, los ojos llenos de lágrimas y temblorosas las manitas.

—¡Entónces... entónces... mi papá es muy malo, muy malo... y se va á ir al infierno!...

Importábasele todo esto muy poco á Currita, y sus granizadas intermitentes de besos, de mimos y de imprudencias, borraban por completo en el ánimo candoroso de Lilí los largos olvidos y la egoista indiferencia de su madre; mas no lograban lo mismo en el niño aquellas sensiblerías tempestuosas. Habia en el fondo de aquel tierno corazoncito un rinconcillo oculto, en que la memoria iba

depositando con implacable fidelidad la lista de todos los agravios, como un grano de simiente venenosa entre una vegetacion salubre, con un tallo de cicuta que habia de hacer brotar en aquella selva vírgen el sombrío rencor, el rencor callado y paciente, árbol siniestro que produce á la larga los envenenados frutos del odio. Todavía aquel corazon angelical perdonaba fácilmente lo que reputaba por injuria; mas ya habia dado un paso adelante, ya le era imposible olvidarlo por completo.

No era, sin embargo, el aburrimiento el que habia traido aquella mañana á la Condesa de Albornoz á entretenerse con sus hijos: parecia, por el contrario, preocupada, un poco inquieta, y notábase en ella esa agitacion nerviosa de todo el que espera algo que teme ó le importa. Lilí tuvo una idea felicísima: propuso á su madre que hiciese retratar á Paquito con sus premios. Púsose el niño muy encarnado, y movió negativamente la cabeza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Currita encantada. Sí, sí, ahora mismo... ¡verás qué bonito!... ¿A ver, German?... Avise V. al señor

Marqués que vamos á subir á la *cabaña*, á que nos haga un retrato...

Desprendióse el niño al oir esto de los brazos de Lilí que saltando de alegría le abrazaba, y exclamó con enérgica ira:

—¡No! ¡no!... ¡Papá, no!...

—¿Pero por qué?—dijo sorprendida Currita, agarrándole por un brazo.

Forcejeaba el niño por desasirse, muy colorado y conmovido, y con los hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero por qué, por qué?—repetia Currita.

—¡Me dijo que me fuera!... Me dió dos pesetas!—gritó al fin el niño con gran desconsuelo; y sollozando amargamente, escondió la preciosa carita en el seno de su madre.

¡Qué rayo de luz hubiera sido aquel lamento del niño, para una de esas madres santas y prudentes que estudian y dirigen hasta el más ligero latido del corazon de sus hijos!... En él aparecia revelado un noble pundonor que iba ya camino del orgullo, y una precoz propension á la venganza, que espera oculta y paciente la hora de devolver

desaire por desaire y ofensa por ofensa. Mas Currita sólo vió en todo aquello un capricho de niño voluntarioso, y entre caricias y reflexiones, halagos y amenazas, intentó persuadir al niño á que se dejara hacer el retrato: cedió éste en la apariencia, y Currita subió con ambos niños de la mano á la espléndida *cabaña* en que tenia el Marqués de Villamelon su taller fotográfico.

Porque el ocio, esa gran pesadumbre de los grandes, que en vez de lágrimas tiene bostezos, habia despertado en el ilustre prócer y guerrero invicto la aficion á la fotografía, no encontrando en él la aptitud necesaria para el cultivo de otras artes más elevadas. Comer, beber, dormir y retratar á todo bicho viviente que cruzaba ante la magnífica lente de su cámara oscura, erán las útiles tareas que llenaban, y áun hacian rebosar, la vida de aquel ilustre prócer, á cuyos abuelos cabia tanta parte en las gloriosas empresas de la antigua España.

Acudió, pues, Villamelon presuroso, como siempre, á la menor indicacion de Currita, envuelto en su fresca bata escocesa, que apénas le pasaba de la cintura: venia con él uno

de esos magníficos perrazos de Kamschatka, de un blanco amarillento, que arrastran en su país pesados tríneos, y habia sido el paje continuo de Currita en una larga temporada, en que le pareció muy espiritual hacer grandes excursiones á caballo.

Villamelon comenzó al punto á preparar la máquina con sus dedos manchados de nitrato de plata, y Currita disponia mientras tanto el artístico grupo, en que habian de retratarse los niños. Colocóse en el centro un gran sitial gótico, preciosa joya arqueológica y artística, y hundidos en él ambos niños y estrechamente abrazados, habian de aparecer examinando juntos el diploma de los premios, un exacto facsímile de una bellísima miniatura del siglo XV: tendido á la larga ante ellos, Tock, el perrazo amarillento, apoyaba el hocico en el rojo almohadon de terciopelo en que descansaban los pies de los niños.

—¡Delicioso!—exclamaba encantada Currita. Mira, Fernandito, parece un cuadro de Meissonnier...

Los premios, sin embargo, no parecian por ninguna parte, y Paquito se encogia de

hombros, asegurando ignorar dónde los habia puesto.

—¡Tonto!—gritó Lilí dándole una palmada; si los dejaste abajo...

Y en ménos de dos minutos fué por ellos y los trajo, mostrándose muy sorprendida de que los vivos colores del diploma, apareciesen desteñidos en algunos sitios como por gotas de agua. El niño se puso muy encarnado, y no dijo una palabra: sus lágrimas de la noche anterior, eran la causa de aquellas manchas.

En aquel momento anunció un criado á Currita que el señor Ministro de la Gobernacion deseaba hablarla con urgencia. Volvióse ella bruscamente á su marido, dejando caer el diploma que tenia en la mano, y él se incorporó asustado, quedándole por la cabeza el paño negro con que se cubria para enfocar la máquina; por debajo asomaban sus bigotes retorcidos, su nariz colgante, sus ojos azorados en aquel momento, fijos en Currita con la medrosa expresion del escolar desaplicado cogido infraganti.

La esposa dió dos pasos hacia el esposo, desmitiendo con los rayos, que de sus cla-



ros ojos brotaban, la suave vococita y el pausado tono con que dijo:

—¿Pues no comió ayer aquí ese buey Apis?...

—Es un animal,—replicó el marido; y para ocultar su turbacion escondióse bajo el paño negro, poniéndose á enfocar de nuevo la máquina.

—Oyeme, Fernandito, que te estoy hablando,—añadió Currita con relamida pausa.

Incorporóse de nuevo Fernandito, cada vez más turbado, sin quitarse el paño negro de la cabeza.

—¿Dijo anoche algo el buey Apis sobre el nombramiento?

—Nada,—balbuceó Villamelon.

—¿Nada?...—¿Estás cierto?...

Los labios de Villamelon temblaron, como tiemblan los del chico que va á soltar una mentira.

Y pensándolo mejor sin duda, recordó al cabo Fernandito que el Ministro de la Gobernacion, el buey Apis, como por razon de su corpulencia le llamaban, tan sólo le habia dicho que el pastel de ratas debia de ser muy indigesto. ¡Vaya V. á ver que ton-

tería! Pero en cambio manifestó á Juanito Velarde, que aquello no podia quedar así, que nadie se burlaba impunemente del Gobierno, y que estaba decidido á reclamar de Currita la aceptacion del nombramiento, apoyándose en una carta que—¡frase poco ministerial!...—habia de refregarle por los hocicos...

—¿Una carta?—exclamó Currita realmente sorprendida.

—¿Pero de quién?...

—¡Mia... mia!...—balbuceó Villamelon; y comprendiendo que con esto soltaba el trueno gordo, pidió á la tierra que se lo tragase. Mas la tierra no tuvo por conveniente darle gusto. Currita avanzó otros dos menudos pasitos, y suavizando más y más su acento, mientras más y más se encolerizaba, añadió:

—¿Pero tú le has escrito, Fernandito?...

Villamelon bajó la cabeza anonadado.

—¿Pero no te dije que fueras á hablarle?... ¿Qué en todo este negocio no habia que soltar por escrito una sola letra?... ¿Lo ves, Fernandito?...

Villamelon retrocedió un paso como quien espera un cachete, y Currita adelantó otro, diciendo despues de una pausa:

—¿Y dijo que iba á... á... á presentarme esa carta?...

—Eso decia Velarde.

—¿Estás seguro?...

—Segurísimo...

Villamelon dió otro paso atrás y Currita otro adelante, repitiendo con tan suave voz que parecia una caricia:

—¿Lo ves?...—¿Lo ves, Fernandito?...

Y tirando de repente con rabioso arranque del paño negro, hundióle la cabeza á su ilustre esposo en la especie de saco que aquel formaba: volvió luego la espalda pausadamente, y sin perder su suavidad, salió de la *cabaña*.

Lilí se reia á carcajadas al ver á su padre forcejeando por sacar la cabeza del saco negro, y corrió á Paquito para decirle al oido un secreto muy grande, muy grande...

—¡Pero qué tonto es papá!...

Paquito no la escuchaba, sin embargo: durante toda esta escena habia sentado en el sitial gótico á Tock, el perrazo amarillento, que se dejaba manejar con esa especie de cariñosa paciencia, con que á los niños soportan los perros. Colgóle despues de su

collar de hierro repujado las cinco medallas de los premios, y colocándole en la cabeza el diploma en forma de cucurucho, gritó á Lilí con extraño acento:

—¡Anda!...—¡Que lo retrate papá!... ¡A Tock le doy yo todos mis premios!...

Mientras tanto, pasmábase el lacayo al oir que su señora le daba, al pasar, la extraña órden de encender sin pérdida de tiempo la chimenea del *boudoir:* era aquel dia el 25 de Junio, y el calor comenzaba ya á ser sofocante. Obedeció, sin embargo, con esa especie de impasibilidad automática, propia de los criados de grandes casas, y cuando el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion, D. Juan Antonio Martinez, buey Apis por otro nombre, entró en el *boudoir,* ardia ya en la chimenea un alegre fuego, y á su lado le esperaba Currita, tendida en una *chaise-longue*, envuelta en una bata de raso, perfectamente enguatada, y arropados los pies con un *plaid* escocés finísimo: descansaba su cabeza en una gran almohada con lazos color de rosa, y tendiéndole, al verle entrar, su flaca manecita, dijo con la débil voz de un enfermo desahuciado:

—¡Adiós, Martinez!... Sólo á V. hubiera yo recibido hoy.

El buey Apis dió un mugido, expresion fiel de la admiracion, la sorpresa y el sobresalto que al punto le embargaron, y comenzó á sudar á la vista de la chimenea encendida.

—¿Pero qué es esto, señora Condesa?—exclamó desolado. ¿Sigue la jaqueca?...

—Fatal... ¡fatal estoy!—contestó Currita. Creo que tengo calentura... ¡y unos escalofrios!...

Y la muy ladina estremecia el débil cuerpecillo, señalando al mismo tiempo al Ministro una pequeña *marquesita* colocada junto al fuego, y al alcance de su mano: en ella se sentó el Excmo. Martinez, dispuesto á dejarse tostar en su mullido asiento, como San Lorenzo en las parrillas.

—¡Lo siento... lo siento en el alma!—dijo.

Y con sencillez verdaderamente progresista, añadió, recordando la rústica farmacopea de su tierra nativa:

—¿Por qué no se pone V. dos ruedas de patatas en las sienes?... Eso alivia mucho.

—¿Patatas?—exclamó Currita estreme-

ciéndose de espanto. ¡Jesus, Martinez, por Dios!... Prefiero la jaqueca.

Martinez comprendió que habia asomado la oreja lugareña bajo la piel de Ministro cortesano, y entró en materia dejando á un lado compasivos preámbulos y recetas caseras.

—Siento entónces venir á aumentarle á usted la jaqueca; pero el negocio es grave y urgente...

La Condesa acomodó la roja cabecita en su blanda almohada con lazos rosa, y fijó en el Ministro sus claros ojos, que expresaban admirablemente la extrañeza. Afianzóse Martinez las gafas de oro, torció la descomunal cabeza, y amenazando á Currita con su gordo y porron dedo, como hace el dómine que echa al niño una reprimenda cariñosa, le dijo:

—En Palacio están muy disgustados...

Currita se encogió de hombros haciendo un gracioso pucherito, como quien dice: ¿Y á mí qué me cuenta V.?...

—Sí, señora,—prosiguió el Ministro. S. M. el Rey muy ofendido... S. M. la Reina, sentidísima.

Dióle á Currita gana de reir la pomposa hinchazon con que pronunciaba el Ministro

demócrata aquellas sonoras palabras: Palacio... Majestad... Rey... Reina, que parecian llenarle la ancha bocaza, y preguntó con su suavidad acostumbrada:

—¿Quién?...—¿La Cisterna?...

Crecióse el Ministro como un toro de Veraguas á que plantan una pica.

—No, señora,—exclamó ofendido en su orgullo dinástico; S. M. la Reina de España, doña María Victoria.

—¡Ya!—dijo Currita... ¿Y qué tengo yo que ver con los sentimientos de esa señora?...

—¿Qué tiene V. que ver?—exclamó el Ministro sofocado por el calor de la chimenea y la calma zumbona de Currita?... ¿Pues le parece á V. poco solicitar el cargo de Camarera mayor, para desairarlo luego despues de concedido?... ¿Así se juega con una Reina modelo de virtudes? ¡Pues sepa V. que el Gobierno está decidido á reclamar enérgicamente!...

Y el Ministro, descompuesto, sudando la gota gorda, colorado como una remolacha, y con ambos puños apoyados en las respectivas rodillas, fijaba en Currita sus ojos de besugo, como si pretendiese tragársela de un

solo bocado. No le intimidaban, sin embargo, á ella los mugidos del buey Apis: incorpórose un poquito, y muy extrañada y ofendida, y con los claros ojos fijos siempre en el vacío, comenzó á decir con su suave vocecita algun tanto apurada:

—Pero, Martinez, por Dios; no se descomponga así... ¡Se pone V. tan feo!... Preciso es que haya en eso alguna equivocacion, algun *quid pro quo,* para que un hombre de su talento de V. diga semejantes desatinos... ¿Yo, Camarera de la Cister... quiero decir, de doña Victoria?... ¿De dónde ha salido eso?

—¡De V. misma, señora Condesa, de V. misma!—gritó el Ministro... ¿Se atreverá V. á negar delante del Ministro de Ultramar que ha solicitado el cargo de Camarera, con tal que diesen á Velarde la Secretaría del Rey, y á V. seis mil duros de sueldo?...

—¡Pues ya lo creo que lo negaré!—contestó Currita con todo su desparpajo.

—¿Sí?... Pues veremos si su marido de V. lo niega igualmente, cuando todos los periódicos de Madrid publiquen esta carta...

Y el buey Apis sacó una del bolsillo, que puso extendida ante los ojos de Currita, como

si pretendiese cumplir su bestial amenaza, de refregársela por los hocicos. La Condesa fué á echar mano al papel con grande prisa, pero el Ministro lo retiró al punto, diciendo brutalmente:

—¡Cá!...—Esta no la suelto yo ni un momento; pero ahora mismo la oirá V. de cabo á rabo.

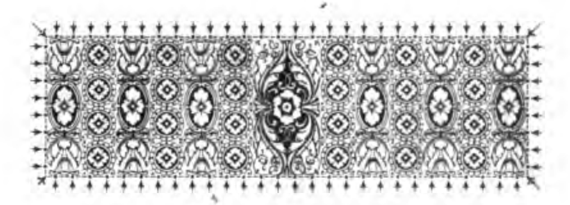
Y poniéndose las gafas sobre la frente, porque era miope, comenzó á leer la carta: en ella, el Marqués de Villamelon, de acuerdo con su esposa, pedia para ésta, por medio del Ministro de Ultramar, el puesto de Camarera mayor de la Reina, con las dos condiciones indicadas ántes por Martinez: la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Velarde, y los seis mil duros de sueldo, para la dama misma. La prueba no podia ser más concluyente, y Currita pudo comprender toda la imprudencia de su caro esposo, al dejar escapar aquella prenda. No se apuró mucho, sin embargo: mientras el Ministro leia habíase ido incorporando poco á poco, haciendo mohines de espanto y gestos de protesta, y de repente, con la agilidad de una gata cazadora que se lanza sobre el in-

cauto ratoncillo, arrancó de manos del Ministro la peligrosa carta, y la arrojó en el fuego... El papel se enroscó un segundo entre las llamas quedando al momento convertido en cenizas.

Atónito el Ministro, retrocedió bruscamente en la butaca, soltando una palabrota; mas Currita, sin ofenderse por ella ni asombrarse tampoco, dejóse caer de nuevo en su almohada como si tal cosa, diciendo con su cándida risita:

—¡Vamos, vamos, Martinez!...—Preciso será que se ponga V. dos parches de patatas... ¡Eso refresca mucho!...





VI

JAMÁS habia pasado el pacífico portero de Villamelon susto tan tremendo, como el que le tenia reservado el señor Gobernador de Madrid para aquel dia memorable, 26 de Junio... Eran las diez de la mañana, y Baltasar, sin haberse vestido aún la larga librea azul con anchas franjas en las bocamangas y cuello, cubiertas de escudos heráldicos, limpiaba cuidadosamente el polvo á las soberbias arcas florentinas, los enormes sitiales antiguos y las armaduras de brillante acero, que adornaban el vestíbulo. Púsose despues á peinar las largas lanas de Bruin, el oso de Noruega, su mudo compañero, y en esta

operacion se hallaba, cuando un tropel de gente sospechosa invadió de repente la casa, en actitud nada tranquilizadora. Asustado Baltasar cerró de golpe la gran mampara de cristales; pero á los repetidos porrazos que en ella dieron los que de fuera entraban, cayeron rotos dos de los magníficos vidrios esmerilados que ostentaban en medio la cifra y corona de Villamelon, y aterrado entónces Baltasar, huyó escaleras arriba con el mandil remangado, atropellando á su paso al diminuto D. Joselito, que pacíficamente frotaba con cáscara de limon las varillas metálicas que sujetaban la mullida alfombra en cada peldaño de la escalera. El enano huyó tambien dando gritos, y á poco la servidumbre entera del palacio corria por todas partes azorada, abriendo y cerrando puertas, é infundiendo la alarma por todo el vecindario.

Mientras tanto los invasores llegaban á una antecámara completamente desierta, y el que parecia capitanearlos comenzó á golpear el suelo con su baston de borlas, citando á la Condesa de Albornoz en nombre de la justicia. Era este individuo el jefe de órden público, y venia en nombre del Gober-

nador á registrar el palacio de la Condesa, é incautarse de todos sus papeles. Acompañábanle media docena de guardias municipales, un alcalde de barrio y hasta diez ó doce hombres de mala catadura, provistos de grandes garrotes, que parecian por las trazas pertenecer á la por aquel tiempo famosa *partida de la porra*. Guardáronse todas las puertas, quedando franca para todo el mundo la entrada, prohibida para todos la salida.

Mientras tanto dormia Villamelon el sueño del justo: Currita, por el contrario, levantada contra su costumbre desde muy temprano, como si algo esperase, notó al punto el alboroto: púsose muy pálida, y una sonrisa de diablillo crispó por un momento sus delgados labios. Temblando como una azogada, entró Kate, la doncella inglesa, á participarle lo ocurrido: pareció entónces azorarse mucho la dama, como si de nuevo le cogiese, y quiso á toda prisa avisar al Marqués de Butron lo que acontecia. Las puertas estaban ya, sin embargo, guardadas, y prohibida la salida: púdose á pesar de todo hacer saltar la tapia del jardin á un pinche de cocina, y este fué el encargado de llevar

al diplomático la embajada de la Condesa.

El despertar de Villamelon fué horrible: la imágen del terror habia quedado grabada de antiguo en su cerebro, bajo la forma de los salvajes riffeños de Africa, y ellos con sus espingardas fueron los primeros fantasmas que vió asomar en su imaginacion en ese primer momento de confusion de ideas, que sigue al despertar de todo hombre. El Excmo. Martinez, el colosal buey Apis, vino al punto á destacarse entre ellos, presentándole con una mano su imprudente carta, echándole la otra al pescuezo para conducirle sin piedad al Saladero... Villamelon pensó morirse del susto, porque á su carta, y sólo á su carta, como muy bien le habia profetizado el dia ántes Currita, podia atribuir la repentina llegada de la policía. Pronto, sin embargo, tomó su partido: acurrucóse de nuevo en la cama, y juzgó lo más prudente darse allí mismo por muerto. ¿No era Currita quien le habia metido en aquellos berengenales?... ¡Pues allá se las compusiera ella como buenamente pudiese!... En vano le instaba la Condesa temblando de ira, para que se levantase y saliera á recibir la caterva

de polizontes: Villamelon contestaba que estaba constipado, que estaba sudoroso, y cogeria de seguro un pasmo á poco que le diese el aire.

El tiempo urgia, y la intrépida Currita vióse al fin precisada á salir ella misma al encuentro de los invasores: no lo hubiera hecho con más arrogancia la viuda de Padilla, al presentarse á las tropas de Cárlos V en el Alcázar de Toledo. Con altivo continente pidió al jefe de órden público el mandato del Gobernador legalizado por el juez, único que, segun las leyes vigentes, podia autorizar aquel atropello: presentóselo respetuosamente el funcionario, y rasgólo ella en dos pedazos despues de leerlo. Hizo entónces una valiente protesta en que sacó á relucir sus leales opiniones alfonsinas, y mandando á un viejo, empleado en la contaduría de la casa, que guiase á sus habitaciones á aquellas gentes y presenciara el registro, retiróse dignamente á la sala de billar, seguida de sus doncellas como una reina de sus damas: allí hizo traer á los dos niños, Lilí y Paquito, y abrazándolos tiernamente y sentándolos en sus rodillas, parecia parodiar el triste grupo de

la reina María Antonieta, refugiándose con sus hijos en un rincon de las Tullerías, invadidas por el populacho. Kate lloraba desconsolada: Miss Buteffull se habia puesto el sombrero y los guantes, como si esperase la órden de marcha.

No hacia Currita aquellos alardes artísticos-sentimentales á humo de pajas: la noticia habia corrido en un segundo por los círculos políticos y aristocráticos de la corte, extendiéndose despues por casinos y cafés, tiendas y plazuelas. El pueblo comenzó á agolparse con estúpida curiosidad á las puertas del palacio, y á poco una larga hilera de coches ocupaba toda la calle, suspendian un momento su pausada marcha, abríanse y cerrábanse con estrépito las portezuelas, y bajaban encopetados señorones, aristocráticos gomosos y damas elegantes: venian éstas de trapillo, mirando á todas partes entre asustadas y curiosas, y abrazaban á Currita haciendo exclamaciones de sorpresa, de indignacion, de entusiasmo y de lástima. Esto era lo que esperaba la taimada Condesa; con su sonrisa de colegiala apretaba á unos la mano en silencio, repetia á otros la relacion

del atropello, y elevaba los ojos al cielo con aire de víctima resignada, que se inmola, abrazada á sus hijos, en aras de la proscripta dinastía. ¿Qué seria de ellos?... ¡Pobres hijos suyos!... ¡Y Fernandito tan afectado, tan nervioso, postrado en cama é inspirando su salud serios cuidados! Quizá les esperaba el destierro, quizá la cárcel, quizá... ¡Oh! las damas se estremecian de furor y de espanto, hablando todas á un tiempo, confortando á la víctima con sus consejos, y dándose todas al diablo allá en sus adentros, porque era á Currita y no á ellas, á quien habia tocado la suerte de hacerse sospechosa á la policía, y llegar al apogeo de la celebridad de un solo salto.

Llegaron tambien varios periodistas á caza de noticias, lápiz en ristre y reparos á la espalda, y fueron muy bien recibidos, dignándose la misma Currita darles noticias del suceso. Pedro Lopez, el cronista de los salones elegantes, que acudia á comidas y saraos con los bolsillos del frac forrados de hule, para poderse llevar á mansalva dulces y emparedados, estuvo admirable. Currita le tendió una mano, enternecida á la vista de aquel fiel

amigo, que tantas veces habia descrito los primores de su falda: él se la estrechó en silencio, repitiendo por tres veces:

—¡Ominoso!... ¡ominoso!... ¡ominoso!...

Y apartándose un buen trecho, púsose á garrapatear con ardor fébril en su cartera, no sin que todas las damas y muchos caballeros vinieran á hacérsele presentes, mendigando una mencion honorífica en aquella crónica, que habia de ser al otro dia la *great attraction* de la corte. La apoteosis de Currita prometia ser ruidosísima, y preciso era figurar en ella, aunque sólo fuera de comparsa.

Llegó Leopoldina Pastor sofocadísima, con un devocionario enorme en la mano: venia de Misa, porque estaba haciendo en San Pascual una novena, para impetrar del cielo una apoplegía fulminante para D. Salustiano de Olózaga. Irritóse mucho de que Currita no hubiese tirado por la ventana al jefe de órden público; juró que no saldria de allí aquel indecente sin oir ántes de sus labios cuatro palabritas bien dichas, y alborotando y accionando, y sacando la lengua á los agentes de órden público que encontró al paso, fué á parar al comedor, porque eran ya las doce,

estaba en ayunas, tenia hambre, y se hacia imposible salir de allí hasta que terminara el registro. Muchas damas y caballeros la siguieron, dispuestos á caer sobre las provisiones de Villamelon, como una nube de langostas, y el pasmo de todos fué entónces grande... Sorprendieron al moribundo Marqués en un rincon del comedor, apoyado en un trinchero de roble, zampándose de pié y á toda prisa y mirando á todas partes azorado, una inmensa jícara de suculento chocolate, con una pirámide colosal de dorados picatostes... Pasado el primer susto, y no escuchando ya en la casa otro ruido extraordinario que el incesante ir y venir de la gente que de la calle entraba, Villamelon sintió en toda su pujanza el aguijon más terrible que podia hostigarle, ¡el aguijon del hambre! En vano llamó una y otra vez, para que le trajesen como todos los dias,

> Ancha bandeja con tazon chinesco,
> Rebosando de hirviente chocolate.

Los criados, diseminados por la casa, no acudian á su llamada, y prefiriendo Villamelon los riesgos de otra muerte á la muerte de hambre, decidió al cabo levantarse y escur-

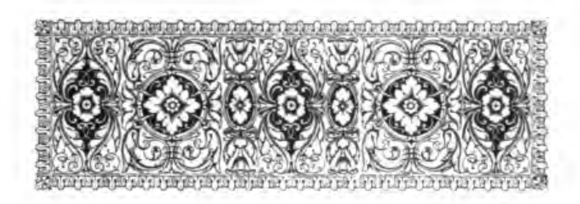
rirse por pasadizos y corredores hasta la misma cocina, en busca del cotidiano alimento: una vez en posesion de él, refugióse en el rincon más cercano, y allí comenzó á devorarlo.

La llegada de los importunos huéspedes hízole levantar el campo, huyendo hacia el interior con el chocolate en una mano y los picatostes en la otra. Mas con grandes risotadas le detuvo la señoril y hambrienta turba, y alcanzándole Leopoldina Pastor por los cortos faldones de la bata, le gritaba muerta de risa:

—¿Pero á donde vas, Fernandito?... ¡No te vayas, hombre!... ¡Si para sentir es menester comer!... Si nosotros venimos á ayudarte...

Y desde el *maître d'hotel* hasta D. Joselito, comenzaron á trabajar, sin dar apénas abasto, en servir á la emocionada concurrencia un *lunch* improvisado, un *pic-nik* sustancioso.





VII

ERA el Marqués de Butron una de esas medianías que en los tiempos de escasas notabilidades pasan por eminencias, debiendo sólo su altura á las escasas proporciones de los hombres y cosas de su época. Hase dicho, sin embargo, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y no se libraba el gran Robinson de esta ley general de las ilustres celebridades. Consistia, pues, una de sus secretas flaquezas, en teñirse cuidadosamente la barba, blanca ya por completo, para ponerla al nivel de su todavía abundante cabellera, que se conservaba negra como las alas del cuervo.

Disponíase, pues, el respetable diplomático en aquella mañana del 26 de Junio á esta operacion importantísima, cuando le pasaron precipitadamente el recado de Currita. El peludo señor perdió por completo la cabeza, y temiéndolo todo de la bellaquería de la Condesa, que tenia él muy bien conocida, pidió á toda prisa un simon, y sin acordarse para nada de que su barba sin teñir iba á revelar el hasta entónces bien guardado secreto á las lenguas más hábiles en cortar sayos que encerraba la corte, corrió al palacio de aquella equívoca oveja, que tanto le importaba conservar en el redil alfonsino. Los polizontes que guardaban la puerta le dejaron pasar segun la consigna, mirándole con esa especie de receloso respeto, que á las gentes bajas de un partido causan siempre los pájaros gordos del partido contrario.

La noticia de su llegada causó sensacion profundísima entre la turba de amigos y amigas que invadia el palacio, y todos, hasta los que en el comedor se hallaban, corrieron á su encuentro. Su presencia allí daba al suceso una importancia y un colorido, que habia muy bien calculado Currita al mandarle bus-

car con tanta urgencia. El gran Robinson extendió ambos brazos al verla, exclamando:—¡Hija mia! y la dama se dejó caer en ellos con filial abandono, sollozando fuertemente y mostrando á sus hijos, que se agarraban asustados á la falda de Miss Buteffull, siempre tiesa é impasible.

El coro general de damas comenzaba á emocionarse; pero acertó á reparar Gorito Sardona en la desteñida barba del diplomático, y apresuróse á comunicar el descubrimiento al oido de Cármen Tagle: echóse á reir ella, díjolo á su vecina, ésta al que tenia al lado, y á poco, una porcion de solapadas risitas hacian fracasar por completo la parte patética del espectáculo.

Butron, sin embargo, no cayó en la cuenta, y con el majestuoso continente que las circunstancias requerian, arrastró con suavidad á Currita al próximo gabinete. Sudaba como un pato, y la camisa no le llegaba al cuerpo, temiendo alguna nueva trapisonda de la ilustre Condesa, que viniera á desacreditar sus manejos diplomáticos. Azorado y en voz baja y mirando á todas partes, como si temiese ver aparecer á los

polizontes que invadian el palacio, le dijo:

—¿Pero qué es esto?... ¡Habla, hija mia!...

Currita se dejó caer en un sofá cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—¡Estoy perdida!—dijo.

El respetable Butron abrió la boca, como si fuera á tragarse un queso entero.

—¡Fernandito es un imbécil!—continuó Currita muy afligida.

Butron movió de arriba abajo la cabeza en señal de profundo asentimiento.

—¡Le ha engañado Martinez...—Me ha comprometido atrozmente... Es horrible, horrible... Infame, Butron, infame!

—¡Habla bajo!—exclamaba el diplomático sobresaltado... Sosiégate, hija mia, sosiégate... y cuenta para todo conmigo... Para todo ¿lo oyes?... para todo. .

Y con las dos peludas manos, apretaba Robinson con efusion paternal la mano de Currita.

—Lo sé, Butron, lo sé, y por eso acudí á usted al punto,—dijo ella más sosegada... ¡Pero es horrible, horrible!... ¡Figúrese V. que todo lo que decian de mi nombramiento de Camarera, es cierto!...

—¿Cierto?—exclamó Butron como si se le atragantase en el exófago el queso que ántes parecia tragarse.

—Fernandito le escribió al Ministro solicitando para mí el cargo... ¡sin decirme nada, Butron!... ¡sin contar conmigo!... ¡Vamos, si es horrible, horrible!... ¡Ay qué marido!... Le aseguro á V. que, si no fuera por mis hijos, entablaba el divorcio...

Aquí derramó Currita algunas lágrimas en aras del honrado Himenco, cuya antorcha corria riesgo de apagarse, y continuó muy bajito:

—Por eso, como yo no sabia nada, dije ántes de ayer en casa de Beatriz lo que creia, ¡claro está! la verdad... Que el Ministro vino á ofrecerme el cargo, y yo me habia negado á aceptarlo muy ofendida, tomándolo por una majadería de esa gentuza... Figúrese V. mi sorpresa, cuando ayer se me entra por las puertas ese animal de Martinez, tan ordinario, tan groserote, muy ofendido con mi negativa, gritando como un energúmeno que nadie jugaba con el Gobierno, y amenazándome con una carta de Fernandito, que iba á refregarme... ¡por los hocicos, Butron, por los hocicos!...

Y aquí ahogó de nuevo el llanto la voz de Currita, prosiguiendo á poco entre sollozos:

—¡Qué ultraje, Butron, qué vergüenza!... ¡Creí morirme de sentimiento... ¡Al padre de mis hijos debo esta ofensa!... ¡Bien se lo he dicho mil veces.—Tu condescendencia con esa gentuza, nos va á perder, Fernandito!...

—¿Pero viste tú esa carta?—exclamó Robinson estupefacto.

—¡La vi, Butron; la he leido!... ¡Qué vergüenza!... ¡Creí morirme!... Decia el buey Apis, que el Ministro iba á publicarla en los periódicos si yo no aceptaba el cargo. ¡Lloré, supliqué, pidiéndosela en nombre de mi honra, en nombre de mis hijos!... Todo en vano: ó aceptaba yo el cargo, ó la carta se publicaba... Entónces le ofrecí dinero, y mi hombre empezó á blandearse... Me pidió cinco mil duros: luego tres mil, ¡regateando, Butron, regateando como un judío!... Por fin, se cerró el trato en los tres mil, y anoche á la una volvió á entregarme la carta y recibir el pago... Porque claro está; yo no tenia dinero bastante, tampoco podia pedirlo á Fernandito, y he tenido que empeñar una porcion de joyas...

Butron escuchaba asombrado, tragándose una á una como un bolonio toda aquella sarta de mentiras, diestramente entrelazadas con algunas escasas verdades: cruzó las manos con trágico ademan, y exclamó con el aire de un Caton escandalizado:

—¡Eso es nauseabundo!

—¡Pero si hay más, Butron, si hay más!... ¡Si es infame!—prosiguió Currita muy animada. A la una me entregó anoche el buey Apis la carta... A las diez, llega hoy de repente la policía, á registrarme mis papeles... ¡Negocio redondo que buscaba el gran canalla! .. Coger de nuevo la carta, y quedarse con mi dinero!...

—¿Pero la han cogido?—exclamó Butron consternado.

—¡Cá!...—¡Primero me quitan la vida!... Tuve tiempo de romperla y echar los pedazos por el vertedero del baño.

—¡Berrrrr! hizo Butron como si le dieran náuseas; y con las manos cruzadas á la espalda, actitud de las grandes perplejidades, y fruncido el formidable guarda-polvo de sus cejas, señal en él de graves preocupaciones, comenzó á medir á grandes pasos la estan-

cia. Currita le miraba marchar con el rabillo del ojo, dando de cuándo en cuándo nerviosos suspiritos.

Indudable era para Butron que la dama era una tramposa; pero lo que decia era todo perfectamente verosímil, y explicaba por completo la extraña visita de la policía. ¿Qué habia ido si no, á buscar en aquella casa?... Por otra parte, aquel repentino suceso aseguraba al partido la alianza de aquella mujer que dominaba al Madrid elegante con el poderoso imperio de la moda, y esto bastaba á las teorías del diplomático: detúvose, pues, de repente ante ella, y díjole solemnemente:

—Es preciso hacer una manifestacion ruidosísima, que levante el espíritu y sirva de protesta á este atropello...

Currita se encogió de hombros, disimulando bajo una perplejidad afectada el rayo de vanidosa alegría que iluminó su semblante.

—¡Pero Butron, por Dios!—dijo... Por mí no hay inconveniente; pero ya ve V. que quien pierde aquí es Fernandito.

—Mira Curra...—Fernandito no pierde nada, porque nada tiene que perder... Tu

marido es un imbécil, y eso lo sabe todo el mundo!

—Es verdad,—dijo con heróica conformidad Currita.

—Además, yo te garantizo el secreto... El negocio es grave, y puede sacarse de él mucho partido.

—Eso bien lo veo yo... Por eso no me opongo... Despues de todo, lo primero que hay que mirar es el bien de la causa... Yo todo se lo sacrifico... Bien lo he probado siempre... ¡Bien lo estoy ahora probando!...

Y Currita se enterneció otra vez, emboscando entre sus nuevas lagrimitas este ruego inocentísimo:

—Lo único que pido es, que escriba V. mismo á la Señora la verdad de lo que está pasando... ¡Le tengo un miedo á los enredos, á los chismes de este Madrid!... ¡Esa Isabel Mazacan es tan chismosa... me tiene una envidia!...

Cuadróse Butron delante de la dama, y dijo golpeándose el pecho:

—¡Confía en mí, Curra... Yo respondo!

En aquel momento llamaron á la puerta: el registro habia ya terminado, y el jefe de

órden público pedia permirso á la señora Condesa, para presentarle sus excusas.

—¡Ay no, no!—exclamó Currita. Dígale V. que puedo muy bien pasarme sin ellas.

—Y añádale,—dijo Butron con toda la majestad olímpica que su mision allí requeria, que la señora Condesa de Albornoz se reserva el derecho de protestar en todos los terrenos de semejante atropello... Y dígale tambien, que toda la aristocracia española y todas las gentes sensatas y honradas, están á su lado para apoyarla, y defender la causa santa que ella representa en estos momentos!...

Esto dijo Butron con arrogante tono, y acentuando mucho la palabreja *causa*, paseó despues una larga mirada por la concurrencia, como quien dice:—¿Habeis entendido?—y entróse por los grupos, dejando caer palabras huecas, que la curiosidad y la necedad rellenaron de grandes cosas.

—El negocio es grave,—decia... ¡Currita, admirable!... ¡Una heroina!... ¡Mariana Pineda!...

Entró entónces el viejo empleado en la contaduría, D. Pablo Solera, que habia pre-

senciado el registro: traia las orejas muy coloradas, y un gran papel en la mano, que presentó á la Condesa... Rodeáronle todos llenos de curiosidad, haciéndole mil preguntas que el viejo se apresuró á satisfacer, aturdido en parte al verse ante tan ilustre concurrencia.

El registro habia sido escrupuloso en demasía, y durado dos horas enteras: el jefe de órden público habia leido todas las cartas que encontró á mano, sin perdonar pesquisa alguna, registrado todos los papeles, hojeado todos los libros y puesto aparte todo aquello en que creyó encontrar miasmas conspiradores, para sujetarlo al exámen del Gobernador de la provincia. El prudente viejo le exigió entónces un recibo, firmado por el mismo jefe de órden público, en el cual habian de consignarse todos los papeles que se llevaba, y este era el documento que D. Pablo presentaba á la Condesa.

—¿Hay algo importante?—preguntóle Butron en voz baja, leyendo la lista al mismo tiempo que Currita.

—¡Psch!... Nada—contestó ésta.

Mas sus ojos se fijaban con extrañeza, en

esta partida inventariada en la larga lista: «Un paquete de veinticinco cartas, atado con una cinta color de rosa.»

El respetable Butron tomó de nuevo la palabra. El peligro habia pasado, pero era necesario sacar todo el partido posible de aquella victoria: hacíase indispensable meter mucho ruido, gran ruido; propagar el escándalo por todas partes, para despertar la indignacion y excitar los ánimos en contra del Gobierno y de la dinastía intrusa... Para ello, todas las señoras acudirian aquella tarde á la Castellana, con las airosas mantillas españolas y las clásicas peinetas de teja, que eran ya señal convenida de valiente protesta; y á la noche siguiente, él, Butron mismo, daria un gran baile en honra de Currita, de puro carácter político, al cual podian ya darse por convidados todos los presentes... Las señoras, lucirian todas en la cabeza la flor de lis, emblema de sus esperanzas; los caballeros, un lazo blanco y azul en el ojal del frac, colores propios y significativos de los desterrados Borbones.

El entusiasmo fué entónces indescriptible; las damas rodearon el grupo que Currita y

Butron formaban, empujándose unas á otras, charlando todas á un tiempo, esgrimiendo los colosales abanicos que por aquel verano estaban de moda, con el poco elegante nombre de *Fericones*.

—¡Bien!... ¡Bravo!—gritó Gorito Sardona... ¡El coro de los puñales!... ¡Butron, á V. le toca bendecirlos!

Y se puso á cantar el

Giusta é la guerra, é in core
Mi parla un santo ardore,

de Meyerbeer en los *Hugonotes*.

Esto hizo reir mucho á todas aquellas señoras, y unas en pos de otras comenzaron á retirarse, nerviosas, entusiasmadas, confesándose mútuamente que era muy entretenido conspirar danzando y luciendo trapos en la Castellana, que era más fácil de lo que ellas creian derribar un trono á abanicazos.

Mientras tanto, Villamelon, escurriéndose tras cortinas, puertas y tapices, miraba desfilar la ilustre concurrencia, sin osar presentarse ante ella. Lo que más le incomodaba á él era, que le hubiesen roto dos cristales, allá abajo en la mampara.

Al verse á solas Currita, preguntó al viejo empleado enseñándole la lista:

—Pero diga V. D. Pablo... ¿De quién eran esas veinticinco cartas?...

El viejo se encogió de hombros.

—No sé,—contestó... El jefe de órden público leyó tres ó cuatro, y se las guardó con una risita que me dió mala espina.

—¿Pero dónde estaban?

—En aquella arquita antigua que está en el gabinete de la señora Condesa... En un cajoncito con secreto.

—¿En el *secrétaire* del *boudoir*?—dijo Currita aún más sorprendida. ¡Pero si allí no había nada!... A ver, venga V. conmigo.

Habia, en efecto, en un rincon del *boudoir*, una preciosa *arquilla*, obra acabadísima de marquetería italiana del siglo XVI, de ébano tallado, con ricas incrustaciones de carey, plata, jaspes y bronces. Currita abrió la gran tapa delantera, cuyas bisagras y cerrajas doradas dejaban ver, á través de sus artísticos calados, un fondo de terciopelo rojo, y entónces apareció el interior de aquel precioso mueble, compuesto de bellísimos arquitos, de galerías en miniatura en que encajaban

infinidad de cajoncitos, ocultándose los unos á los otros con múltiples secretos.

—¿Pero dónde estaban esas cartas?—preguntó Currita impaciente, abriendo uno á uno los lindos cajoncitos.

—Aquí abajo,—contestó D. Pablo.

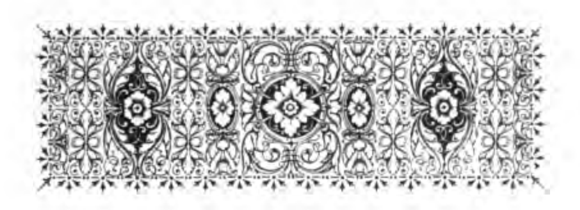
Y apretando un resorte de bronce, hizo saltar otro cajoncito oculto, que dejó escapar al abrirse un suave olor de violetas secas. Currita metió dentro la mano, y encontró en el fondo un ramo marchito de aquellas fragantes flores: mirólo algun tiempo con cierta extrañeza, como quien pretende recordar algo, y exclamó al fin cayendo en la cuenta:

—¡Ya!...

Y de repente, poniéndose muy seria y con la enfurruñada cara de quien se teme un chasco pesado, murmuró muy enfadada:

—¡Pues tendria que ver!...—¡Estaria bonito!...





VIII

BUENO estaba para bollos el horno del Sr. Gobernador, á las dos de la tarde de aquel mismo dia 26 de Junio. La noticia de la visita de la policía al palacio de Villamelon, habia llegado á las altas esferas del Gobierno, causando en ellas sorpresa y disgusto: ignorábase allí la causa de aquella violenta medida del Gobernador, y esperábase todavía, por otra parte, obligar á la Albornoz á aceptar el cargo de Camarera, á pesar de la escena cómico-dramática que entre ella y el Excmo. Martinez habia tenido lugar la víspera. Porque como el lector habrá ya adivinado, no obstante los enredos de la tramposa señora, los compromisos de ésta con el Gobierno eran

tan reales y positivos, como habia asegurado dos dias ántes la Condesa de Mazacan, en casa de la Duquesa de Bara.

Resentida profundamente Currita, por lo que ella creyera desaire de la abdicacion, habia decidido al punto pasarse con armas y bagajes al enemigo, satisfaciendo de este modo sus femeniles deseos de venganza, y realizando al mismo tiempo su continuo anhelo de dar qué hablar á todo el mundo, y ser siempre la primera de la primera línea. El nuevo monarca era jóven y era guapo, y una vez teniéndole ella á su alcance en el puesto de Camarera, parecíale fácil amalgamar en poco tiempo en sí misma, dos personalidades históricas que le eran muy simpáticas: Mademoiselle de la Vallière y la Princesa de los Ursinos.

Costóle, sin embargo, algun trabajo reducir á Villamelon á secundar sus planes, porque encastillado éste en lo que llamaba su honor, empeñábase en vivir y morir fiel á la dinastía caida: supo al cabo Currita convencerle, y cauta siempre, y sin dar ella la cara, encargóle á él entablar las negociaciones con D. Juan Antonio Martinez y el Ministro de

Ultramar, personajes ambos que con traidora prevision habia procurado desde mucho tiempo ántes atraer á su casa, importándosele un bledo los aristocráticos aspavientos de sus ilustres amigas. Las condiciones impuestas por la Condesa, eran un considerable aumento de sueldo para ella, y la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Velarde, adorado amigo que á la sazon privaba.

El encargo era fácil, dado el afan que de llenar aquel desairado cargo con una Grande de España, existia en la corte y en el Gobierno: Villamelon, sin embargo, cometió una pifia contra las terminantes prescripciones de Currita. Habíale encargado ésta que por ningun concepto soltara prenda por escrito, en el manejo de aquel negocio, y por no faltar el majadero á una cita que con cierta viuda problemática tenia, á la misma hora en que le citaba tambien el Ministro, dejó escapar aquella malhadada carta dirigida á éste, que tan serias complicaciones habia de traer más tarde.

Mientras tanto, la carta de la reina Isabel vino á desbaratar todo lo hecho, y con su desfachatez sin igual volvióse atrás Currita,

dejando á la corte y al Gobierno burlados, y en las astas del toro á su marido. No satisfecha con esto, y para acallar los peligrosos rumores que atizados por Isabel Mazacan corrian de lo sucedido, imaginó denunciarse á sí misma al Gobernador, escribiéndole un anónimo en que con pruebas patentes y señales manifiestas aseguraba, que la Condesa de Albornoz y el Marqués de Butron urdian un complot vastísimo, existiendo en poder de ella papeles muy importantes para la causa alfonsina. El incauto Gobernador cayó en el garlito, y ya hemos visto la admirable oportunidad con que secundó los atrevidos planes de aquella ilustre bribona, cuyas mezquinas intriguillas traian en conmocion á toda la corte. La visita de la policía afianzaba para siempre la fama de su lealtad alfonsina, dándole una importancia en el partido, que la ponia por completo á cubierto de las pretensiones de la corte amadeista. Así lo comprendió el Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martinez, y hecho un basilisco fué á pedir al Gobernador cuenta de su torpeza: alborotóse éste, y guardándose muy bien de confesar que sólo en un anónimo cifraba él

las pruebas del complot de Currita, aseguró campanudamente que le constaba la existencia de una vasta conspiracion alfonsina, que el Marqués de Butron la dirigia, y que la señora Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo.

—¡Si me lo querrá V. decir á mí!—exclamó el buey Apis resollando por la herida.

Y contó al Gobernador con todos sus pormenores, la historia del nombramiento de Camarera y la escena de la carta arrojada al fuego, que habia ya hecho desternillar de risa, en las narices mismas del Ministro, á todos sus compañeros de Gabinete. Mordióse el Gobernador los labios, comenzando á sospechar que habia hecho un pan como unas hostias, y el *pas crop de zèle* de Talleyrand, acudió á su mente como un reproche. Detuvo, sin embargo, un momento su cólera y sus temores, la entrada del jefe de órden público, que venia á entregarle los papeles sorprendidos en poder de Currita.

Lanzóse el Gobernador sobre ellos con todo el ardor de su picado amor propio, y púsole su mala suerte ante los ojos lo primero, un plieguecillo de esquela, con el timbre de

la Condesa de Albornoz, y escrito en él con diversos caracteres de letra, este extraño letrero:—*¡Qué animal tan hermoso es el hombre!*—Examinaba atentamente el Gobernador el papelillo, creyendo encontrar alguna clave oculta ó algun santo y seña misterioso entre aquellos diversos caracteres de letras, rechonchas y apretadas unas, largas y finitas otras, diminutas cual patitas de moscas entrelazadas que se prolongasen en forma de cadeneta, las últimas. Estas despertaron en su mente un vivo recuerdo: buscó apresuradamente el anónimo que encerraba la denuncia, cotejó ambas letras, y el velo se rasgó entónces por completo. ¡Era la misma!... Probado quedaba que la Excma. Sra. Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo, y el Excmo. Sr. Gobernador de Madrid, un majadero de siete suelas.

Su furor no tuvo entónces límite, y vino á aumentarlo el cazurro Martinez, que con los carrillos hinchados y la boca llena de risa, reventaba por soltar la presa, y soltóla al fin, diciendo á modo de fisga:

—¡Abortó la conspiracion!...—¡España puede ya dormir tranquila!...

Su Excelencia encontraba cierto maligno gustito, en no ser la única víctima de los enredos de aquella grandísima tuna, que tan pesados chascos estaba dando á los Epaminondas y Arístides de la España con honra. El Sr. Gobernador comenzó á echar sapos y culebras por la boca, lo mismo que cualquier rufian de callejuelas, y volviendo y revolviendo los papeles, vino á topar con el paquete de las veinticinco cartas. Su gozo fué entónces inmenso: tenia ya asegurada la venganza.

La noche anterior habia hecho Currita un escrupuloso escrutinio en sus papeles, quitando de en medio lo que podia comprometerla, y poniendo bien á la vista lo que favorecia sus planes: excusado es decir, que la carta de la reina Isabel quedó en puesto tan visible, que presto pudo dar con ella el jefe de órden público. Dos descuidos imperdonables tuvo sin embargo: quedósele traspapelado en la cartera de escribir el plieguecillo en que habia hecho sus pruebas caligráficas, y olvidóse por completo de que en un cajoncillo oculto de la arquilla antigua del *boudoir*, existia hacia más de tres años un paquete de cartas. Eran éstas de cierto capitan de artille-

ría andaluz, de gran familia, arrogantísima figura y poquísima vergüenza, que habia antecedido á Juanito Velarde en el puesto de confianza que á la sazon ocupaba éste en la casa.

Triunfante el Gobernador, preguntó á Martinez si le parecia conveniente publicar aquellas cartas en los periódicos.

—Pero hombre, no sea V. mentecato—replicó el Ministro. ¿Cree V. que hay alguien en Madrid, que no sepa ó suponga que esas cartas existen ó han existido?...

—¿Pero entónces,—qué partido sacamos de ellas?

—Uno muy sencillo... ¿No tiene V. que devolverlas á la Condesa?

—¡Claro está!... Como que el jefe de órden público le ha dejado recibo.

—Pues en vez de enviárselas V. á la mujer, se las envia al marido... Es la única manera de practicar en este asunto, la obra de misericordia de enseñar al que no sabe.

—¡Magnífico!—exclamó el Gobernador admirado de la maquiavélica política de su Excelencia.

Y sin pérdida de tiempo, púsose á escribir

un atento B. L. M. al Marqués de Villamelon, presentándole mil excusas por el mal rato que le habia dado aquella mañana, anunciándole la devolucion de los papeles incautados, y suplicándole cortesmente los repasase uno á uno, y muy en particular las veinticinco cartas del paquete, no fuera que por casualidad se hubiese alguna de ellas traspapelado.

En aquel momento un portero entregó al Sr. Gobernador una esquelita perfumada, que parecia ser de una dama coqueta, y era del lindo Ministro García Gomez, el elegante de la situacion, el *dandy* de aquel Gabinete eminentemente progresista. Enterado por su amiga Isabel Mazacan de la órden del dia dada por el Marqués de Butron en casa de Currita, apresurábase á poner en conocimiento de la primera autoridad de la provincia, la manifestacion de mantillas y peinetas que las damas de la aristocracia preparaban para aquella tarde en la Fuente Castellana. El Gobernador comenzó á bufar de nuevo, amenazando entre enérgicas interjecciones, hacer con mantillas y peinetas, lo que Esquilache hizo con capas y sombreros:

—¡Pero hombre, no sea V. mentecato!—

volvió á decir el Ministro con su risa de paleto. Eso tiene fácil remedio.

—¿Cuál?

—Llame V. á Cláudio Molinos.

Llegó Cláudio Molinos, bribon consumado, especie de baratero político que en aquel tiempo alcanzó gran boga, y era, segun la voz pública, el Galeoto del Gobierno en sus enjuagues de mala ley, y el reclutador y generalísimo de la partida de la porra. Recibiéronle ambos personajes de igual á igual, y con grandes extremos, y despues de una corta conferencia, tornó á salir Cláudio Molinos muy apresurado. Martinez salió tambien con gran pachorra, inclinada la cabezota, y las manos y el baston á la espalda, y quedóse el Gobernador muy satisfecho, restregándose las manos chiquitas y regordetas, con alguna que otra uña no limpia del todo.

A las seis y media de aquella misma tarde no se veia un solo carruaje en el Retiro ni en el Parque, y centenares de ellos, por el contrario, atravesaban al trote largo el Paseo de Recoletos, atestado ya de gente, y seguian en confuso remolino hacia la Fuente Castellana. Jamás Viena corriendo hacia el

Práter, Berlin hacia el Linden, París hacia el Bosque, habian presentado espectáculo tan original y pintoresco, como el que ofrecia á la puesta del sol aquella inmensa avalancha de trenes lujosísimos, la mayor parte descubiertos, atestados de mujeres de todos tipos, de todas edades, con trajes de colores vivos, mantillas blancas ó negras, peinetas de teja y flores en la cabeza, en el pecho, en las manos, en los asientos y portezuelas de los coches, en las frontaleras de los caballos y en las libreas de los cocheros; confundiéndose, sin atropellarse, en aquella barahunda ordenadísima, carruajes, caballos, jinetes, arneses, prendidos, libreas, cocheros con la fusta enarbolada, lacayos con los brazos cruzados, retintines de bocados y crujidos de látigos, efluvios de primavera y perfumes de tocador, olor á búcaro de la tierra recien regada y fragancia de lilas, azucenas y violetas; envuelto todo como en una gasa en un polvillo fino y brillante, iluminado todo con golpes de luz bellísimos, por los reflejos del sol poniente que penetraba por entre las copas de los árboles, haciendo brotar resplandores de incendio en la plata de los arneses,

los botones de las libreas y el herraje de los coches.

Por las anchas aceras de la calle de Alcalá, desembocaba tambien en Recoletos muchedumbre compacta de gente de á pié, destacándose, de trecho en trecho, grupos de mantillas más ó ménos bien llevadas, peinetas de teja puestas en cabezas más ó ménos airosas. No correspondia, sin embargo, la animacion y la algazara, al número y al lujo de aquella muchedumbre: marchaban los paseantes con esa curiosidad más ávida mientras más medrosa, que inspira siempre un espectáculo peligroso; con esa curiosidad propia del cobarde, que espera oir á cada momento el estampido de un arma de fuego. Las damas de los coches, por su parte, cruzaban entre sí saludos, señas y sonrisas, sin poder disimular un involuntario azoramiento, semejante al del chico descarado que se resuelve á hacer una travesura, en las barbas mismas del maestro.

De repente, á la altura de la Casa de la Moneda, paráronse los paseantes agrupándose bajo los árboles, y los coches moderaron su carrera, llamándose á derecha é izquierda pa-

ra dejar una calle en medio... Por ella se adelantaba al trote largo un magnífico landó de Binder, caidas á uno y otro lado las capotas de *chagrin* finísimo, arrastrado por dos soberbios bayos oscuros, dos *steppers* de grande alzada y poderoso trote, que la mano férrea de Tom Sickles manejaba tan fácilmente, como movia el viento los ramos de lilas y claveles que lucian los nobles brutos en las brillantes frontaleras. Tendida en los almohadones de raso con aire distinguidísimo, paseaba la Condesa de Albornoz su desvergüenza, dando la derecha á su amiga y parienta la Marquesa de Valdivieso: vestian entre las dos primas los colores nacionales, traje amarillo con mantilla negra la de Albornoz, rojo con mantilla blanca la Valdivieso, y grandes peinetas de carey una y otra, con ramos de claveles blancos y encarnados en la cabeza y en el pecho. Arremolinábase la gente al verla pasar, las damas la saludaban con los pañuelos desde los coches, arrojándole flores muchas de ellas, y una turba de gomosos á caballo, trotaban á uno y otro estribo del coche, á guisa de caballerizos. De esta manera triunfal, hizo Currita su entrada en la Castellana.

Formaban ya allí los carruajes ordenada fila, y entónces pudo apreciar el Marqués de Butron, todo el número y arrogancia de sus huestes femeninas. Allí estaba él, en un landó de colores oscuros, teniendo á su derecha á la Marquesa, respetable señora que llevaba uno de los nombres más ilustres de España, y podia hacer gala de una de las reputaciones más sin tacha de la corte. Más léjos iba Isabel Mazacan con Leopoldina Pastor, en un *milord* preciosísimo; Pilar Balsano, la Duquesa de Bara, Cármen Tagle y otra infinidad de estrellas y constelaciones del gran mundo, entre las que descollaba la señora de Lopez Moreno con su hija Lucy, vestida ella de azul con mantilla blanca y grandes rosas en la cabeza, ocupando casi por completo una gran carretela con arreos á la calesera, y cochero y lacayo con sombrero calañés, pantalon y chupa de oscuro terciopelo. Todas ellas, mujeres problemáticas, y otras mil y mil, mujeres frívolas y superficiales en apariencia, pero honradas en el fondo las más, sólidamente virtuosas y sensatas muchas de ellas, saludaban al pasar á la ilustre bribona, inclinándose todas

á su paso, rindiéndole el homenaje de sus sonrisas y su envidia, haciéndose reas de la perniciosa condescendencia con el vicio, llaga mortal de las grandes sociedades, contribuyendo con su presencia y con su lujo, por necedad, por debilidad ó por malicia, al gran pecado del escándalo, al triunfo de la más ruin bellaca que urdió jamás trapisondas en la corte.

No duró mucho, sin embargo, la apoteósis... Nadie ha podido nunca explicar cómo sucedió aquello: unos dicen que vino del Hipódromo, otros que del barrio de Salamanca, algunos que de un hotelito que, emboscado en un jardin, existe en la Castellana. Es lo cierto, que de repente apareció en la fila de coches un gran landó á la Daumont con cuatro caballos blancos: venian dentro dos mujerzuelas de vida airada, abigarradamente vestidas de encarnado, con pomposas mantillas y enormes peinetas, poniendo en asquerosa caricatura á las damas de la aristocracia. En el asiento de enfrente, un rufian con sombrero de copa un poco ladeado y largas patillas postizas, parecia parodiar á cierto prócer famoso, que

en aquel tiempo hacia gran papel en las filas alfonsinas (1).

Aquello no fué un bofeton: fué una coz, una patada del Excmo. Martinez, que acababa de un golpe con las peinetas y mantillas, con más facilidad que acabó Esquilache con los sombreros y las capas. Díjose luego, que desde una ventana del hotelito escondido, habia él presenciado la escena, con las manos á la espalda, sacudiendo la cabezota, dejando oir su risa de cazurro, de paleto empingorotado.

—¡Ju, ju, ju, ju!...

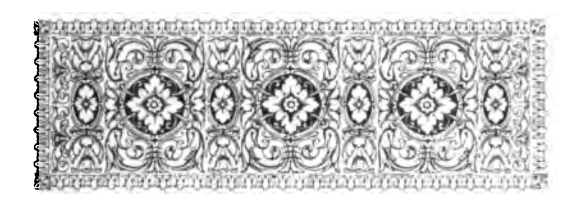
Entónces hubo un momento de confusion grandísima, de alarma verdadera: algunos hombres de á pié y de á caballo se lanzaron sobre el coche con los bastones enarbolados, para hacerlo salir de la fila. Intervinieron los guardias de órden público en favor de las mujerzuelas, y mientras tanto huyeron en un segundo los lujosos trenes, al galope, á la desbandada, mordiéndose los hombres el bigote de despecho, escondiendo las mujeres llenas de vergüenza los rostros azorados.

(1) Histórico todo.

Sólo quedó Currita, incorporada en su coche, abriendo mucho los claros ojos, abofeteando á todas aquellas mujeres honradas, cuya culpa consistia en admitirla á ella en su trato, con estas candorosísimas palabras dichas para tranquilizar á su prima:

—Pero mujer... ¿Qué ha sucedido?... ¿Por qué se van?... Que haya otras dos más, ¿qué importa?...





IX

Los periódicos ministeriales de la tarde, guardaban un estudiado silencio sobre la visita de la policía al palacio de Villamelon, como si obedeciesen todos á una misma consigna. Los diarios oposicionistas por el contrario, soltaban ocupándose del suceso, todos los registros de sus respectivas trompeterías, prorumpiendo en gemidos ó gritos de horror, segun les soplaba el viento á la elegía ó al ditirambo.

Ningunos gemidos, sin embargo, tan perfumados, ningunos gritos de horror tan rítmicos, como los lanzados por la pluma del espiritual Pedro Lopez, en el artículo *El pri-*

mer paso, que publicaba aquella tarde *La flor de Lis*. Indudable era que Pedro Lopez habia mascado raíz de lirio ántes de lanzar aquellos suspiros confitados, que habia modulado sus gritos de horror sobre aquellos trinos de Stagno:

Voi parlate di patria
E patria piu non e;

que habia llorado sobre el rosado papel lágrimas de agua de colonia, que habia, en fin, creido al empuñar la pluma en sus manos lavadas con *pâte agnel*, tremolar una bandera con un palo de sombrilla por asta, y un encaje de Bruselas por lienzo... ¡Ooooh!... Cuando Pedro Lopez posó su turbada planta en el palacio de los Marqueses, cuando vió profanadas por groseros pies de sicarios de un poder bastardo y despótico, aquellas mullidas alfombras que tantas veces habian hollado en rítmicos movimientos del baile, las bellezas más valiosas de la corte, angustia mortal oprimió su corazon, nube de sangre cegó sus ojos, y una palmada de su propia mano vino á herir su frente, sin que—¡pásmese el lector!—notase Pedro Lopez que sonaba á hueco... Sonóle á un ¡ay! fatídico, á voz triste, lejana,

misteriosa, crespuscular, que murmuraba á lo léjos.—¡El primer paso!... El primer paso dado hacia el Noventa y tres... el primer paso dado hacia el Terror!... ¡Ooooh!... Allí habia visto Pedro Lopez sumida en el más profundo desconsuelo, y vistiendo elgante *saut du lit*, con falda *plissée* de fular de seda y enca jes crema, á la bella Condesa de Albornoz, ideal como la Ofelia de Shakspeare á orillas del lago, digna como la María Stuard de Shiller en el castillo de Fotheringhay, sublime como la princesa Isabel, la hermana de Luis XVI, que llamó la posteridad el *ángel de la guillotina*... ¡Aaaah!... Allí habia visto Pedro Lopez y estrechado su mano, al hidalgo caballero, al pundonoroso Marqués de Villamelon, postrado en el lecho del dolor, cual leon enfermo, derramando lágrimas de varonil despecho, por no poder desenvainar en defensa de su noble hogar allanado, la gloriosa espada de cien ilustres progenitores... ¡Ooooh!... Y en torno de aquellas dos nobles figuras realzadas aquel dia por el infortunio, elevadas por ruin despotismo de un Gobierno sobre el gloriosísimo pedestal de la picota de sus iras, Pedro Lopez habia visto agru-

parse, más hermosas mientras más doloridas, y tan elegantes en su sencillo *negligé* de mañana, como en sus soberbias *toilettes* de otras ocasiones, á las bellísimas Duquesas de A., B. y C.; á las lindísimas Marquesas de D., E. y F.; á las encantadoras Condesas de G., H. é I.; á las preciosas Vizcondesas de J., K. y L.; á las monísimas Baronesas de M., N. y Ñ., y á las espirituales señoras y señoritas de O., P. y Q. Tambien el sexo feo estaba dignamente representado por el venerable Marqués de Butron, espejo de caballeros, y por los Duques, Marqueses, Condes, Vizcondes, Barones y señores de tal ó cual, y por otras muchas personas notables, que en lo inmenso de su emocion, quizá dejaba Pedro Lopez involuntariamente de enumerar... ¡Aaaah! ¡El primer paso!... Todas las frentes parecian inclinarse bajo el peso de un mismo pavoroso pensamiento... Mas habló el ilustre Marqués de Butron, y al eco de su mágica palabra, irguiéronse las nobles cabezas, y viéronse allí ilustres vendeanos dispuestos á disputar palmo á palmo el terreno; garridas Marfisas y Bradamantes, capaces de realizar con el brillo de sus ojos, las proezas de aquellas he-

róicas amazonas de las primeras cruzadas...

Aquí ponia Pedro Lopez cuatro líneas de puntitos suspensivos, y añadia luego:

«Nosotros oimos sus palabras, y un rayo de celeste esperanza, se deslizó en nuestro pecho.

Más puntitos suspensivos.

«El villano atentado del Gobernador de Madrid, ha sido el primer paso dado hacia el Terror... Mas,—¡renazca la esperanza!—ya

··· El leon de Castilla,
Sacude la melena!!!»

Y á renglon seguido:

«Excusado es decir, que la esplendidez proverbial de los Marqueses de Villamelon, proporcionó á la ilustre concurrencia un exquisito *lunch* improvisado, en que llamaron la atencion de todos, los delicados sorbetes de naranja, servidos en la misma cáscara de la fruta, que no obstante lo impropio de la hora, hizo el calor del dia deliciosos. Felicitamos á los Marqueses de Villamelon por haber introducido esta elegante novedad, que no tardará en ser imitada en las mesas y salones de la corte.»

Todas estas y otras majaderías por el esti-

lo leia Currita con ávido deleite, mirando con desden, desde la altura de su triunfo, á Metternich y á Pitt, á Cavour y á Bismarck. Parecíale muy natural que la llamasen á ella Ofelia, María Stuard y Angel de la Guillotina; reíase allá en sus adentros de ver transformado á su marido en leon enfermo y pundonoroso caballero, y dejábalo correr todo junto, porque sabia muy bien que nadie sube hoy al templo de la fama, sin alas hechas de recortes de periódicos. Vino entónces á colmar su satisfaccion el director de cierta famosa revista, que con grandes reverencias y aspavientos, y presentándole una tarjeta en que el Marqués de Butron eficazmente le recomendaba, manifestó su deseo de publicar en la revista el retrato de la heróica Condesa, y algunos grabados de actualidad relativos al suceso que todo Madrid discutia. Recibióle ella con esa amable condescendencia, propia de las grandes señoras con cualquier pelafustan que las adula, y concedióle su peticion al punto, quedando convenido que la revista publicaria el retrato de la Condesa, con el traje que habia de lucir aquella misma tarde en la manifestacion de mantillas y peine-

tas de la Castellana, y otros dos grabados conmemorativos, representando uno la fachada del palacio en el acto de ser invadido por la policía, y otro el momento en que salió Currita con varonil entereza, al encuentro de los invasores.

—Convendria entónces,—dijo el periodista, tener algunas fotografías del local, que sirvan de pauta al artista para marcar bien los detalles.

—Desde luego,—replicó Currita muy complacida. El Sr. Marqués es muy aficionado al arte, y tendrá gusto en proporcionárselas á V. él mismo.

Y sin pérdida de tiempo, envió un recado á Fernandito suplicándole viniese en el acto al salon en que se hallaban. Pronto trajo un lacayo la respuesta: el Sr. Marqués habia pedido á los cuatro la berlina, y aún no habia vuelto á casa.

Fernandito corria en efecto, en aquel momento, detrás de una duda misteriosa que ansiaba resolver. Con grandísima zozobra habia recibido el B. L. M. del Gobernador, y tranquilo ya despues de leerlo, púsose á registrar curiosamente los papeles devueltos.

Leyó la primera de las veinticinco cartas sin comprenderla: en la segunda, tropezóse con esta frase escrita de puño y letra del artillero: «En cuanto á tu marido, bueno será que le suprimamos el *villa*, y le dejemos el *melon:* está probado que el pobre pertenece á la familia de las *Cucurbitáceas.*»

Fernandito no leyó más: con la boca y los ojos muy abiertos quedóse largo tiempo suspenso, hasta que levantándose de repente y entrando en su cuarto de vestir, cogió un baston con puño de plata, una delgada caña de bambú nudosa y flexible que cortaba el aire con silbidos de culebra, al esgrimarla con gran furia Villamelon, dirigiéndose presuroso y descompuesto á las habitaciones de la espiritual Currita, de la vaporosa Ofelia, de la sentimental María Stuard, á quien amenazaba sin duda, en vez del poético lago ó del dramático tajo, un trancazo soberano, una paliza descomunal.

No quiso Dios, sin embargo, que acabase de manera tan prosáica, criatura tan ideal: á la mitad de una gran galería, adornada con plantas exóticas, jaulas de pájaros raros y curiosidades de todos géneros, salió al encuen-

tro de Villamelon el gran perro de Kamschatka, meneando cariñosamente la cola. Miróle el Marqués un momento cara á cara, y de repente, cual si resonasen en sus oidos aquellos acentos de Otelo:

... á compir la vendetta
il ciel me invita,

descargó en la cabeza del perro el trancazo descomunal que reservaba sin duda para la poética Ofelia... Luego, como el borracho que engolosinado con la primera copa, no para ya hasta apurar la botella, comenzó á menudear sobre los lomos del animal una granizada de golpes, una lluvia de palos, como jamás se registró igual en los anales perrunos de la helada península de Kamschatka. Jadeante y sudoroso volvió á su cuarto; desnudóse apresuradamente y se metió en la cama.

¡Morro, ma vindicato
Si, dopo ley morro!...

Diez minutos despues volvió á levantarse y pidió la berlina: fuése derecho á Fornos, despues al Casino, luego al Veloz, y recibiendo por todas partes enhorabuenas é interpelaciones acerca del suceso que todo Madrid comentaba, hacia con gran reserva y disimu-

lo, al oido de cuantos amigos prudentes se iba encontrando, cierta pregunta misteriosa.

Encogíanse algunos de hombros, otros se echaban á reir, contestábanle todos que no, y Villamelon seguia adelante con su enigmático empeño. Encontróse al cabo en un apartado gabinete del Veloz, á un viejo con grandes patillas canas, y una cabellera blanca y espesísima, más digna de coronar la frente del rey Lear, que aquel rostro encarnado y granujiento, en que habian dejado impresa su huella todos los vicios. Contrastaba su indisputable aire de gran señor, con su traje abandonado y hasta sucio, y dábale todo ello el aspecto de un anciano monarca, disfrazado de tendero. Hallábase sentado ante una gran botella de ginebra, que despachaba poco á poco en una inmensa copa de cristal, echando de vez en cuando algunos terrones de azúcar. Llamábase Pedro de Vibar, era segundon de una gran casa, vivia del juego el tiempo que no estaba borracho, y hacíanle famoso en Madrid su cinismo y sus cuentos chocarreros, conociéndole todo el mundo por el nombre de Diógenes. Era de esas personas que han llegado á tener *cosas*, y una

vez en posesion de esta ejecutoria, pueden ya cometer á mansalva toda clase de desmanes, sin otro temor que el de ver á las gentes encogerse de hombros, murmurando:

—¡Cosas de fulano!

Sabíalo él muy bien, y aprovechábase de ello para decir á todo el mundo las mayores desvergüenzas con el acierto que le inspiraba siempre su claro entendimiento, y su mucha práctica de mundo. Era un sinapismo ambulante, que dejaba siempre al pasar algunas ampollas levantadas.

Acercósele, pues, el inocente Villamelon preocupado con su idea, y despues de algunas palabras insignificantes, que dieron tiempo á Diógenes para vaciar por dos veces su copa, soltó al fin la pregunta misteriosa, mirando á todas partes con cuidado:

—Hombre, Diógenes...—Tú que conoces á todo el mundo, ¿podrias decirme quién es la familia de Cucurbitáceas?...

Miróle Diógenes un momento de hito en hito, pensando sin duda que más presto se conoce la necedad ó el talento de un hombre por sus preguntas que por sus respuestas, y díjole al cabo:

—¡Ya lo creo!...—Ven acá...

Y llevándole frente á un espejo, y cogiéndole con una mano por el cogote, dióle con la otra una gran palmada en la cabeza, añadiendo muy serio:

—Aquí tienes á la madre...

Luego gritóle desaforadamente al oido:

No se envanezca de su ilustre raza,
Quien debió ser melon y es calabaza!!!...

Al otro dia, los periódicos ministeriales de la mañana rompiam al fin la estudiada reserva que se habian impuesto, y uno de ellos, *La España con honra*, publicaba un pequeño suelto, en que se veia la manaza de Martinez levantando la punta del velo que encubria el suceso, con esa táctica refinada de la malicia, que sin necesidad de nombrar designa señalando con el dedo.

«Ayer, decia el periódico, ha sido objeto de grandes comentarios en todos los círculos, la visita de la policía al palacio de los señores Marqueses de Villamelon, prévio auto del juez y órden del Gobernador, segun prescriben las leyes vigentes. Por un lamentable descuido del jefe de órden público, fueron comprendidos entre los paqeles políticos in-

cautados en las habitaciones de la señora Marquesa, algunas cartas importantes de índole puramente doméstica. El Sr. Gobernador devolvió al punto caballerosamente estos papeles al Sr. Marqués de Villamelon, comprendiendo que en asuntos conyugales, sólo al marido toca hacer reclamaciones. Creemos, sin embargo, que el lance no tendrá consecuencias de ningun género, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas.»

Otro periódico ministerial, *El puente de Alcolea*, completaba estas noticias con el siguiente sueltecito, en que no asomaba ya la manaza, sino la pataza del Excmo. Martinez, descargando una coz digna de la formidable pezuña del legítimo buey Apis:

«Es completamente inexacto que el registro llevado á cabo por la policía en el palacio del Sr. Marqués de Villamelon, no produjese resultado alguno. El Sr. Gobernador no erró la pista: tan sólo equivocó la pieza, y en vez de saltar una liebre, saltó un venado.»

Y más adelante, añadia describiendo el concurso de personajes ilustres que habia

acudido al palacio de Villamelon, en aquellos momentos críticos:

«Con gran asombro de todos, llegó tambien presuroso el Sr. Marqués de Butron, trayendo blanca por completo su poblada barba, negra de ordinario como las alas del cuervo. No es creible que el sentimiento ó el sobresalto del Sr. Marqués fuesen tan grandes, que le hicieran encanecer la barba de repente: creemos más bien que habria olvidado aquella mañana los secretos de alquimia de su tocador, sin duda por no tener presente la siguiente anécdota que le recomendamos:

«Cuentan de Cárlos V, que visitando una vez cierto convento de Alemania, vió un monje que tenia la barba negra y el pelo blanco por completo. Preguntóle la causa de tan extraño fenómeno, y el monje le contestó:

—Señor... He trabajado más con la cabeza que con los dientes.

Presentóse algunos meses despues al César un embajador polaco que tenia el cabello negro y la barba blanca. Recordó entónces Cárlos la respuesta del fraile, y dijo á sus cortesanos:

—He aquí un embajador, que ha trabajado más con los dientes que con la cabeza.

«Sea, pues, más cauto en lo sucesivo el ilustre diplomático, si no quiere que se haga sobre su persona, la reflexion que sobre el embajador polaco hacia Cárlos V.

Villamelon y Currita leyeron cada uno por su parte todas estas noticias, y guardáronse muy bien de comunicarse mútuamente sus impresiones, pareciéndole á ella más prudente hacerse la sueca, y á él más fácil hacerse el desentendido. El Marqués, por su parte, habia ya desahogado su corazon en el perro amarillento de Kamschatka, y Currita se apresuró á desahogarlo tambien en la fina amistad de Juanito Velarde, qué acudió muy alarmado á pedir categóricas explicaciones del hecho. La sola fecha de las cartas bastó para tranquilizarle por completo, y este fiel amigo tomó entónces á su cargo acortar las distancias y echar á la mar pelillos, repitiendo al oido de uno y otro cónyuge, la frase del pato de la fábula:

¡Paz, caballeros, paz!

Firmáronse, pues, éstas, sin grandes re-

pugnancias, y aquella noche comieron los tres juntos en familia, para ir luego á casa del Marqués de Butron, donde Currita queria presentar á su amigo y protegido Juanito Velarde.

Mientras tanto, las gacetillas de *La España con honra* y *El puente de Alcolea* corrian por todo Madrid, entre las rechiflas, burlas y sarcasmos de tirios y troyanos, capuletos y montescos. ¡Cosa singular! Los que con más ahinco clavaban el diente, y más satisfechos corrian de un lado á otro comentando la noticia, eran los ellos y las ellas que la tarde ántes honraban á Currita en la Castellana como á una reina, y se aprestaban á honrarla del mismo modo aquella noche, en el baile del Marqués de Butron; que no parece sino que en ciertas sociedades, quita la envidia con una mano lo que la adulacion da con la otra, sin comprender que mientras más al desnudo deja la deformidad del ídolo que adora, más indecoroso y repugnante aparece el culto que le tributa.

A las once, el calor y la afluencia de gente hacian ya insoportable la estancia é imposible el tránsito por los salones del Marqués

de Butron: hallábanse abiertas de par en par, cuantas puertas y ventanas habia en la casa, y más que concurso de gentes, parecia aquello un confuso revoltijo de joyas, plumas, flores, telas vistosísimas y mujeres medio desnudas, entre las que se destacaban las manchas oscuras de los hombres, revolviéndose entre ellas sofocados y sudorosos, como un enjambre de gusanos negros que hubiera fermentado aquella compacta masa de mundo, demonio y carne... En el gabinete más próximo al vestíbulo, el Marqués y la Marquesa de Butron recibian á sus convidados, viendo desfilar con la misma amable sonrisa grandes nombres y grandes vergüenzas, inocencias completas y malicias refinadas, honras sin tacha y reputaciones escandalosas, barajadas y confundidas en aquella casa, sin disputa alguna noble y honrada, por la impúdica y funesta tolerancia de las grandes sociedades modernas.

A las doce ménos cuarto llegó la Condesa de Albornoz, imponiendo á todo el mundo su desvergüenza y su cinismo, haciendo fango en el mismo cieno, segun la enérgica expresion de un historiador antiguo. Venia apo-

yada en el brazo de Juanito Velarde, y caminaba á retaguardia su marido: el Marqués y la Marquesa de Butron salieron á su encuentro, y mientras Fernandito les presentaba al adorado amigo, decia Currita con su encantadora vocecita de niña tímida:

—¡Es un pícaro, Butron, un pícaro!...— No diré yo que sea un converso; pero es un catecúmeno que por primera vez se pone hoy nuestra enseña.

Y con su abanico de plumas, señalaba la fiel partidaria de los Borbones el lacito azul y blanco que una vez desechada la Secretaría particular de D. Amadeo, aparecia tambien en el frac de Juanito Velarde. Butron estrechó la mano de éste murmurando algunas frases corteses, y metiendo Currita la cabeza entre ambos con el descoco más infantil del mundo, dijo muy bajito, saltando casi de alegría, con la pueril vanagloria de la niña que pescara en una fuente un pececillo encarnado:

—¡Conquista mia, Butron, conquista mia!.. Ya ve V. si me debe el partido...

Mientras tanto, la llegada de Currita habia producido un murmullo general y unísono en que se hermanaba la obscena chocarrería que

con guiño truhanesco cambiaron entre sí los lacayos del vestíbulo, con las pulcras y aceradas observaciones que se comunicaban al oido las damas más relamidas que llenaban los salones. Nadie, sin embargo, dejó de apretarse y estrujarse por estrechar la mano de la heroina del dia, y alcanzar, aunque sólo fuera desde léjos, alguna de las sonrisas de sus labios, que á diestro y siniestro iba ella prodigando.

Bailóse entónces en honra suya una especie de rigodon de honor, en que tomaron parte las damas más ilustres y los caballeros más empingorotados que se hallaban presentes. Butron bailó con Currita, la Marquesa con Fernandito, Juanito Velarde, como presentado de la heroina, con la Duquesa de Astorga, una de las mujeres más sensatas y honradas que figuraban en la corte.

Creció la marejada al compás de aquel rigodon, comenzando á sublevarse los pudores de todas las que se creian con derecho á tomar parte en aquella honorífica cuadrilla. El calor arreciaba con la mayor afluencia de gente, y muchas señoras se habian refugiado en un salon bajo, que se prolongaba en un pe-

queño jardin, tambien atestado de gente, y vistosamente iluminado con farolillos á la veneciana. Varios lacayos con pelucas empolvadas y gran librea verde y amarilla, colores de la casa, cruzaban por todas partes, ofreciendo á la concurrencia en grandes bandejas de plata *sorbetes á la Albornoz*. Eran los famosos helados de naranja, servidos en la mitad de la cáscara de la fruta, artísticamente vaciada al efecto. Currita, impulsada por el repostero de Butron, llegaba á las columnas de Hércules de la celebridad femenina.

—¡Magnífico!—exclamó tomando uno la Duquesa de Bara. El pensamiento es oportuno... Curra simbolizada por un sorbete... No se puede dar imágen más completa de su frescura. ¿No es verdad, Diógenes?...

Diógenes acudió arrastrando los pies, y se dejó caer en una silla:

—Estoy malo,—dijo.

—¿Qué tienes, hombre?...

—¿Qué ha de tener?—dijo Cármen Tagle. Lo que tienen las cepas: oidium...

Diógenes soltó una atrocidad, acompañada de la interjeccion favorita que solia emplear entre señoras, sustituyendo á otras más

enérgicas. ¡Polaina!... Habia merendado aquella tarde en San Antonio una ensalada de pepinos, y se le habian indigestado algun tanto. Riéronse mucho las damas, entonando el consabido estribillo.—¡Qué cosas tiene!—y Cármen Tagle, para desagraviarle, le ofreció un sorbete diciendo:

—Vamos, hombre...—Tómate *un Curra Albornoz* y te curas... No es más indigesta la ensalada de pepinos que el suelto de *El puente de Alcolea,* y ahí la tienes á ella bailando tan fresca.

—¡Si es mucha Curra esa!—dijo lastimeramente una señora vieja, avellanada, pringosa, que asomaba entre rasos y blondas, como en su papelillo calado un dulce de almíbar.

—Yo nunca creí que tuviera valor para presentarse aquí esta noche, observó otra.

—¡Bah!...—A eso y mucho más llega su desvergüenza.

—¿Su desvergüenza?—preguntó Diógenes. ¿Y por qué?...

—¿Por qué?...—Capaz serás tú de defenderla.

—Pues ya lo creo que la defiendo!... ¡Su

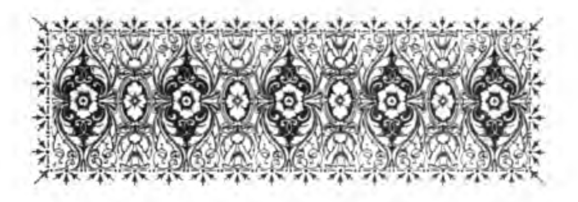
desvergüenza!... ¡La desvergüenza de ustedes, justifica la suya!... Si vosotras la teneis para recibirla, ¿por qué no la ha de tener ella para presentarse?...

—¡Vaya!—exclamó escandalizada la Marquesa de Lebrija, presidenta general de tres asociaciones piadosas. Yo quisiera que me dijera V., qué se hace entónces en Madrid con esa clase de personas...

Miróla Diógenes de hito en hito, y con la procaz desvergüenza de su lenguaje de taberna, con la inexorable lógica de su profundo buen sentido, contestó al cabo:

—¡Cerrarles á piedra y lodo la puerta, ó no quejarse, señora mia!...—¡Polaina!... Si levanta V. la tapa del comun, ¿con qué cara viene á quejarse luego de que apeste?...





X

SE ha dicho que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud, y es igualmente cierto que la falsa idea del honor, es un acatamiento que los bribones hacen á los hombres de bien, esclavos del honor verdadero. Este es un hijo humano de la moral divina del evangelio, aquél una teoría convencional, dictada por la moral acomodaticia de los pícaros y los necios: aquél defiende cual una coraza de brillante acero la pureza del alma y la rectitud de la conciencia, y éste pretende defender con la celada de Bayardo, al gran polichinela social, revestido de todas las miserias y todas las ridiculeces humanas.

De aquí que el honor, segun éstos, nunca pueda perderse, y se ofenda con razon el embustero porque le digan que miente, y el ratero pida una satisfaccion al que le acusa de robo, y el presidiario que arrastra una cadena, pueda llevar al campo del honor, al juez que se la ha impuesto. De aquí tambien que la sangre que mancha la conciencia, lave el honor hasta dejarlo limpio, y sean llamados á resolver casos de honra hombres que jamás conocieron la vergüenza, Eacos, Minos y Radamantes, vacíos de mollera ó cargados de picardías, que sólo por deficiencias del Código, no llevan otra cadena que la que les sujeta el reloj en el chaleco. De aquí tambien que la Condesa de Albornoz tuviese asimismo su cachuco de honor, y se lo hubiera herido profundamente el suelto de *La España con honra*.

Hay personas que padecen una especie de estrabismo moral, que les hace ver lo flaco donde está lo gordo, y lo gordo donde sólo lo flaco existe. Villamelon no vió otra cosa que le llegara al alma en el registro de la policía, sino el que le hubiesen roto dos cristales de la mampara, y dió órden de que jamás se

compusiesen, recordando que Wellington nunca reemplazó los de su casa, rotos por el pueblo de Lóndres, un dia que éste se olvidó de Waterloo: todo lo demás, echábalo él en el monton de las bagatelas enojosas, indignas de ocupar la atencion de un hombre serio, de las *pequeñeces* de una sociedad corrompida y etiquetera, que rotulaba con la manoseada frase de *cuestiones bizantinas*.

Currita, por su parte, tampoco halló otro motivo de ofensa en lo que acerca de su persona publicaban los periódicos, que aquella coletita de *La España con honra*. «Creemos, sin embargo, que el lance no tendrá consecuencias, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas.»

Tenia Currita puesta la celada de Bayardo sobre su fama de mujer á la moda, y esto iba á pegarle en la cimera, á herir directamente su honor, significando, como significaba en sustancia, que era ella una Jimena sin ningun Cid que la defendiese; atroz insulto, ofensa imperdonable hecha á una dama, que sobrepujaba en celebridad á cuantos toreros, cantantes, saltimbanquis, pulgas industriosas y

monos sabios, habian hasta entónces alcanzado fama en la corte.

—¡Lo veremos!—dijo la fiera Albornoz; y nombró al punto paladin de su causa, á su buen amigo Juanito Velarde.

Larga entrevista celebraron ambos á solas hasta bien entrada la noche, y al despedirle Currita en la puerta del *boudoir*, díjole con sus suaves mimitos.

—Con que quedamos en que yo encargaré el almuerzo en Fornos... y habrá *écrevisses á la Bordelaise*...

Velarde hizo una mueca, que parecia una sonrisa, y siguió adelante: detúvose en la puerta del salon y volvió la cabeza. Hízole entónces ella otra cariñosa señal de despedida, y él salió al fin lentamente, preocupado, como si le arrancasen de allí á la fuerza.

La noche estaba hermosísima, y Velarde siguió á pié por las extraviadas calles que llevaban al palacio de Villamelon, tropezando á cada paso con los humildes vecinos de las buhardillas y sotabancos, que tomaban el fresco sentados en las aceras. Presto llegó á la Plaza de Oriente: dió dos vueltas en torno

del jardin circular, y sentóse al cabo en un banco, frente al Palacio.

Por la puerta del Príncipe, salia un chorro de luz vivísima, que cortaba con un gran rectángulo las negras sombras del adoquinado: á su reflejo, distinguíanse los centinelas, arma al brazo, á la puerta de sus garitas: gente de medio pelo, soldados y criadas de servicio, por ser aquel dia domingo, poblaban los jardines, ya sentados, ya paseando: algunos grupos de chiquillos trasnochadores corrian de acá para allá con gran algazara, riéndose porque se caian, riéndose porque se levantaban, riendo siempre con esa alegría de la infancia espontánea y comunicativa, que recuerda la alegría de los pájaros cuando se saludan al alba. Una rueda de niñas giraba al lado mismo de Velarde, cantando acompasadamente:

Luna, lunera,
Cascabelera,
Dame dos cuartos
Para pajuela...

Él, extraño á todo, con ambos codos apoyados en los muslos, dibujaba caprichosas figuras en la arena, con su elegante *róten* con puño de malaquita... Al amanecer del dia si-

guiente, debia de batirse con el director de *La España con honra:* así se lo habia exigido Currita, ávida siempre de ruido, confundiendo la voz de la celebridad con los gritos del escándalo, creyendo que aquel desafío habia de colocar la única perla que faltaba, á la corona merecida en su última escaramuza. En vano le hizo presente Velarde el ridículo inmenso que atraeria aquel duelo sobre Villamelon, sobre ella, sobre él mismo: habia ya Currita tirado su programa, y su espíritu inquieto, arrastrado siempre por mil objetos que le atraian sin satisfacerle, habíase fijado en aquel duelo, que ansiaba ver realizado, con esa fuerza expansiva del vapor comprimido, que caracteriza los deseos en las almas de temple enérgico.

—¿Acaso tenia ella la culpa de que Villamelon fuese un Juan Lanas?... ¿Iba á dejar ella que un periodistilla cualquiera se riese de su aislamiento? ¿Seria capaz de abandonarla en aquel trance, él, su único amigo, el hombre en que habia puesto su amistad y su confianza?... Y, por otra parte, la suerte de ambos estaba ligada y érales necesario desde luego hablar gordo á aquella gentuza: á ella,

para que entendiesen de una vez para siempre que sabia hacerse respetar; á él, porque era muy jóven, comenzaba su carrera en el mundo, y ningun paso más acertado, ningun exordio más oportuno, que poner el pié en esta senda erizada de peligros, descalabrando á un periodista; que no en balde se ha dicho:

En aquesta salvaje y fiera liza,
Lleva más razon quien más atiza.

Ademas, ella no pedia ninguna catástrofe, ningun duelo á muerte: contentábase con un poco de ruido, un duelo de mojiganga como tantos otros: cruzar un par de tiros, é irse despues á almorzar en Fornos... Ella se encargaba del almuerzo, y haria poner desde luego *écrevisses á la Bordelaise*, que era en sus dias de broma, el plato favorito del buen Juanito Velarde. ¿Acaso podia darse atencion más exquisita? ¿Por ventura, habia en todo aquello algo de particular?...

—¡Nada, absolutamente nada! pensaba el paladin trazando monigotes en la arena; pero ante la perspectiva del duelo, ante la idea de cruzar un par de tiros, parecíale oir ya el estampido de las armas de fuego, y á este eco siniestro surgia en su mente el fantasma

del crímen primero, el de la muerte despues, el del infierno por último, donde no hay reposo, ni paz, ni descanso, ni esperanza; sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia!... Velarde quiso reirse de esta idea que habia oido llamar tantas veces espantajo de niños y de viejas; mas la risa volteriana no encajaba entónces en sus labios, y se reia, sí, se reia; pero sintiendo al mismo tiempo en la raíz del pelo, cierta especie de molesto escalofrio. Porque aquel hombre no era un malvado: era un pobre muchacho lleno de ilusiones, á quien la vida del gran mundo se le subia á la cabeza, como se sube un vino de mucho cuerpo, en un estómago acostumbrado sólo al agua. Al llegar de su provincia, trayendo por todo patrimonio algo semejante á lo que el antiguo fuero de Vizcaya asigna á los segundones de casas nobles, un árbol, una teja y una armadura, encontróse de repente en medio de aquel brillante mundo, cuyas puertas le franqueaba su ilustre nombre, y parecióle entónces, como á Galo en Roma, que detrás de aquella asamblea de dioses, nada habia ya. Quiso entónces tomar en ella asiento por derecho propio, y la casua-

lidad y su bonita figura le depararon á Currita, Angélica á la sazon vacante, á quien plugo darle en su casa el destino de Medoro. Dióle esto gran importancia á Velarde, y agarrado á las faldas de Currita y á los faldones de Villamelon, fuése introduciendo en todos los salones de la corte, mientras se preparaba á entrar con algun brillante destino, en aquel Palacio real que tenia delante, prefiriendo su vanidad y su haraganería la vida aparatosa del palaciego, á la vida activa del político. Así se lo prometia Currita á todas horas, y así se lo habia prometido la noche ántes el Marqués de Butron, el astuto viejo que barria para dentro en los tiempos de desgracia, mientras no llegaba la hora de barrer para fuera, que seria seguramente la hora del triunfo.

Velarde dejó de mirar á la tierra, para mirar al Palacio que tenia delante, morada del monarca cuyo secretario particular habia estado á punto de ser... ¡Qué fastidio, tener que esperar de nuevo tanto tiempo!... Porque preciso era que se fuese *aquel*, y que viniese despues el *otro*, y mientras tanto ¿quién sabe?... ¡Quizá alguno de aquellos tiritos que

iban á cruzarse, vendria á hacer trizas el cántaro de la lechera que Currita y Butron le ayudaban á fabricar!...

De repente vino á interrumpir sus reflexiones un vozarron juvenil que resonaba á su lado, modulando entre sus discordantes notas, todas las delicadezas del cariño y la ternura.

—Pero ajonde V., madre,—decia... ¡Si es que no coge V. náa!...

Velarde volvió la cabeza, y vió un aguaducho á su espalda: sentados á una mesilla de hierro, habia un muchachote que parecia un obrero, y una vieja que era sin duda su madre. Un vaso de horchata helada de chufas estaba en medio, y ambos metian dentro la cuchara, tragándose él con delicia cuanto salia, mirándole ella con plácida sonrisa, y mojando apénas su cuchara, como si le dejase á él saborear á sus anchas la golosina, y le bastase á ella saborear la dicha inmensa de ser aquel un obsequio del hijo de su alma.

Velarde comprendió al punto todo lo que aquello significaba, el valor inmenso de aquella dicha comprada por ocho cuartos, y una oleada de afectos y sentimientos dormidos se levantó entónces en su corazon, po-

niéndole de repente delante todo el pasado, con la amargura del bien por nuestra culpa perdido, con la poesía que reviste en la mente de la juventud todo recuerdo, con ese vago hormigueo de sombras queridas, que despierta en la imaginacion toda época lejana... En medio estaba su madre, cuyo primogénito era, y en torno sus hermanos pequeñitos, llorando todos, como les habia dejado él tres años ántes al darles el último abrazo. Ella le habia estrechado entónces contra su corazon con delirio, con fuerza increible, como si quisiese incrustarle á él en el pecho todo lo que le amaba, ó quisiera incrustarse en el suyo propio aquella imágen tan querida: su frente ya arrugada descansaba en su hombro, y sus labios temblorosos le dijeron al oido:

—¡Juan, hijo mio!...—¡Que seas buen cristiano y reces á la Vírgen de Regla!... ¡Que te acuerdes de tu padre, que murió como un santo!... ¡Te lo digo, hijo, te lo digo: lo sé, lo sé; que no puede morir bien quien no vive como cristiano!...

Y luego, más tarde, allá por la madrugada, cuando preocupado él con su viaje cerraba las maletas en su cuarto, oyó en el silen-

cio de la noche moverse la llave en la cerradura: salió al punto, y encontró á su madre á medio vestir, descalza, que venia cautelosamente de puntillas á mirar por el ojo de la llave.

—¿Qué es eso, mamá?... ¿Tiene V. algo?

—No, hijo, nada: no tengo nada... ¡Es que queria verte otra vez, hijo del alma!... ¡Es que te vas mañana!...

Y volvió á decirle al oido, llorando, con la energía de la fe que ofrece un remedio seguro, con la angustia del amor que se agarra á una esperanza.

—¡Que reces á la Vírgen de Regla, Juan!... ¡Que seas siempre buen cristiano, hijo del alma!

Velarde sintió vergüenza de sí mismo, y la ola misteriosa subió, subió del corazon á los ojos, hasta hacerle llorar con la cabeza entre las manos, llorar á lágrima viva, llorar tambien sollozando, con más debilidad que una mujer, con más pavor que un niño... ¡Su madre sí que le adoraba!... No le aconsejaria ella cruzar un par de tiros, ofendiendo á Dios; ponerse delante de una bala con riesgo de perder la vida, con riesgo de perder el

alma!... ¡Y se habian pasado ya tres años sin verla!... ¡Y estaba tan léjos la santa viejecita! ¡Y acababa él, ingrato y perverso, de dejar pasar cerca de dos meses sin escribir una letra á la pobre anciana!...

Velarde sintió la necesidad de escribirle al punto, de vaciar en un papel aquel cariño, aquella angustia, aquellas lágrimas que le asfixiaban, y á grandes pasos tomó el camino de su casa, repasando lo que habia de decirle, hilvanando una carta llena de cariño, de protestas, de esperanzas halagüeñas, de todo lo que á ella más le gustara!... ¡Celebraba ella tanto sus gracias! ¡Cuánto se habia reido veinte años atrás, cuando explicándole un dia el catecismo, se espantaba él de que fueran sólo tres los enemigos del alma!—¿Náa más?—decia muy asombrado; y la madre se reia, se reia... ¡Dios mio! de qué manera tan distinta se reia él veinte años despues, en medio de sus lágrimas!... ¡Ay! entónces tenia él seis años, y preciso fué que pasaran otros veinte para hacerle comprender que eran sólo tres en efecto, y que con ellos solos bastaba y sobraba!...

A la mitad de la calle del Arenal, comen-

zó á seguirle un muchacho, empeñado en venderle un décimo de la lotería.

—¡Mañana se juega!—gritaba.

Velarde lo rechazó por dos veces, impaciente, dándole la última vez un palo; mas variando de pronto de opinion, volvió atrás y le compró no sólo el décimo, simo el billete entero. ¡Si aquel billete saliese premiado, cuántas cosas habia de hacer entónces!... Y pensando en ello y haciendo combinaciones, llegó Velarde al final de la calle del Príncipe, donde estaba situada su casa: pidió luz y se encerró en su cuarto. En un cajon de su escritorio estaba en un cuadrito, la estampa de la Vírgen de Regla que el dia de su marcha le habia regalado su madre: púsola en pié, delante de sí, apoyada en el tintero, y comenzó á escribir, á escribir, y se llevó dos horas escribiendo... Estaba contentísimo: sus negocios marchaban muy bien, y la Restauracion era cosa segura. La Condesa de Albornoz...

—¡Oh, no, no, no!...—¡Imposible que figurara aquel nombre en aquella carta!...

Borrólo, pues, con apretadas y menudas tachaduras, para que no pudiera entenderse,

y puso en su lugar, el Marqués de Butron... El Marqués de Butron le habia asegurado que no tardaria un año, y prometido para entónces un porvenir brillantísimo. Esta seria la ocasion de pensar en el de los niños: Enrique y Pedro, podrian venirse con él á Madrid, y Luisito, el chiquitin, su niño querido, su ojito derecho, podria quedarse allí hasta que se graduara de bachiller... Pero de esto ya hablarian despacio, porque pensaba... ¡Ah! pensaba... ¿No lo habia ella adivinado?... ¿El corazon no se lo habia dicho?... Pues pensaba ir á pasar con ellos todo el mes de Agosto, y quedarse allí hasta el ocho de Setiembre, para hacer con toda la familia la novena de la Vírgen de Regla... Luego venian las preguntas sin fin, despues los encargos sin cuento, y á lo último, el trueno gordo, lo que habia de hacer estallar de gozo y de consuelo, el corazon de su pobre viejecita... El dia tres de Julio, aniversario de la muerte de su padre, iria á confesar y comulgar, para solemnizar en lo posible aquella tristísima fecha...

Y conforme lo iba escribiendo, así lo iba pensando el desdichado, pidiéndole al mismo

tiempo á la Vírgen de Regla, que le sacara en bien de aquel par de tiritos que á la mañana siguiente habian de cruzarse... Porque claro está que en aquello estaba ya su honor interesado, era negocio resuelto, pecado cometido de que le era ya imposible excusarse.

Echó entónces él mismo la carta en el correo, y á las dos se acostó sin desnudarse del todo, para descansar hasta el alba. El cansancio de la noche precedente, pasada en el baile del Marqués de Butron, le rindió bien pronto, y durmióse al fin pensando en su madre, que le llevaba de la mano, como cuando era niño, al santuario de la Vírgen de Regla, encaramado sobre un peñasco, dominando al mar que se confunde en el horizonte con el cielo, como si fuese imposible presentar dos imágenes distintas del infinito, y vuelve despues, soberbio siempre y constante, á estrellarse contra las rocas de la costa, mugiendo como una desesperacion eterna é impotente...

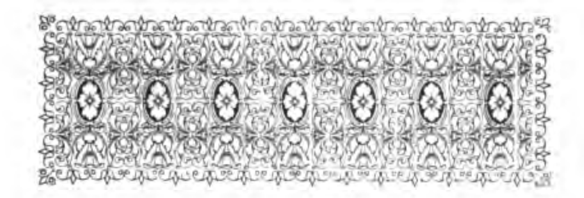
A las cuatro despertó Velarde despavorido, porque su criado le sacudia bruscamente por un brazo: habian llegado dos señores en un coche, y se espantaban y no podian creer que estuviese durmiendo todavía. Vistióse

apresuradamente, bajó azorado, aturdido, y entró con ellos en el coche, y éste comenzó á rodar, sin que él se diese cuenta de lo que hablaba, ni de lo que le decian, ni del camino que tomaban, ni pudiera definir otra cosa en su mente, que un cartel de toros pegado en la esquina de la casa de Alcañices, y un guardia que al pasar ellos abria la verja del Retiro, con grandes patillas blancas, iguales á las de Diógenes. ¿Por qué tendria aquel hombre patillas y no bigote?... Esto le preocupó un momento, y volvió á acordarse de ello cuando una hora despues se detenia el coche á la entrada de una inmensa alameda, formada por árboles frondosísimos, en que miles y miles de pájaros cantaban en todos los tonos las maravillas de Dios... Habia allí un hombrecillo con patillas ralas y gafas de oro, tan pálido como él, tan azorado y tembloroso, con otros dos señores muy serios. Parecióle á Velarde que hablaban entre sí, y median el terreno, y le daban á él una pistola, y otra al hombrecillo, y los ponian á los dos frente á frente. Sonó luego una palmada, despues un tiro... Velarde dió un salto atroz y un alarido horrible, y árboles, montes, tierra y fir-

mamento giraron bruscamente derrumbándose sobre él para aplastarle: cególe despues una nube de sangre, luego otra negra, y despues nada... nada más vió en la tierra...

Sólo veria en lo alto á Jesucristo, vivo y terrible que se adelantaba á juzgarle, y detrás la eternidad, oscura, inmensa, implacable...





XI

La noticia de la muerte de Velarde llegó á Madrid al punto, y la Condesa de Mazacan fué la primera que se presentó en casa de la Albornoz, con la intencion dañadísima de darle la triste nueva. Inmutóse Currita atrozmente, y por un momento pareció que el mundo entero se le venia encima.

—En Madrid ha hecho esto una impresion horrible,—dijo la Mazacan apretando el torniquete; todo el mundo habla de su pobre madre: era él su único amparo...

Currita comprendió el terrible reproche que esta intencionada observacion encerraba, y sin tiempo para reflexionar, y convirtiendo

en ira contra los demás el propio remordimiento, achaque comun de todos los mezquinos, olvidóse de su suavidad y su mansedumbre, y se revolvió furiosa, como una gata arisca á que pisan el rabo; en la impetuosidad de su ira, cometió la imprudencia de disculparse.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?—gritó. ¿Acaso le he dicho yo que se bata? ¿Quién le mandó meterse en camisa de once varas?... Tambien el papel de D. Quijote tiene sus quiebras, hija mia...

—Y las suyas el de Dulcinea del Toboso, querida,—replicó la Mazacan comenzando á sulfurarse.

—¡Ya lo creo que las tiene!...—Sobre todo, cuando se atraviesa lo que yo me sé...

—¿Y qué es ello?...

—La envidia, hija, la envidia.

—¿La envidia?...—¿De quién?

—Tuya, por ejemplo.

La Mazacan saltó á su vez hecha una hiena, porque el tiro fué á dar en el blanco.

—¿Mia?—gritó... ¿Yo... envidia... de... ti? ¿De la Villamelon?... ¿De la Vi...lla...me...lo...na?...

Y se reia con una carcajada en que iban envueltos todos los rencorcillos mujeriles de tiempos atrás almacenados, mientras acentuaba las sílabas de aquel Vi...lla...me...lo... na, que era por una extraña manía, el mayor insulto que podia hacérsele á Currita.

Entónces comenzó entre la espiritual Ofelia y la Diana cazadora, una contienda digna de tener á Pedro Lopez por cronista. Peleáronse como dos rabaneras, lanzándose á la cara verdades y calumnias, puñados de fango amasado con agua de Colonia, con el desparpajo y el encono de dos Marfisas ó Bradamantes de cabo de barrio, dispuestas á agarrarse por el moño y rodar por la mullida alfombra, lo mismo que ruedan las otras por en medio del arroyo. La Mazacan habia roto los guantes apretando los puños, y daba gritos con su hermosa voz de soprano. La otra, tiesa en su asiento, erguida la cabecita como la de una víbora que se defiende, escupia sus desvergüenzas sin moverse, sin mirar á ninguna parte, como una figurilla de ira petrificada.

En mitad de la contienda aludió Isabel Mazacan á las cartas del artillero, y este re-

cuerdo trajo otro á la memoria de Currita, que pareció causarle grande sobresalto. Marchóse atropelladamente dejando á su rival con el insulto en la boca, y corrió en busca de Kate, su doncella. Juanito Velarde debia de tener una porcion de cartas suyas, y era preciso recogerlas sin pérdida de tiempo, ántes de que fuesen á parar á otras manos, y resultase algun compromiso como el de marras. Kate subió apresuradamente á un coche, y una hora despues entregaba todas las cartas á su señora: entre ellas venia por equivocacion el billete de la lotería, que la noche anterior compró Juanito Velarde al retirarse á su casa. ¡Extraña burla de la suerte! Aquel billete estaba premiado con 15.000 duros, que despues de tirar muy despacio sus planes, se apresuró á cobrar la Condesa de Albornoz secretamente.

Madrid entero comenzó á desfilar otra vez por casa de Currita, dándole el pésame por aquella desgracia, con uno de esos cinismos de que ofrece la corte frecuentes ejemplos... Ella estaba pasada de pena; habia sentido en el alma la muerte de aquel pobre muchacho, tan simpático, tan cariñoso, apegado como

un perro á Fernandito y á ella... El golpe habia sido atroz, y se encontraba mala de resultas; porque ella no sabia nada, nada... ¡Claro está! Habíase guardado muy bien el pobrecillo de decirles una palabra á Fernandito y á ella, comprendiendo que por delicadeza le impedirian desde luego semejante disparate... Porque despues de todo, habia sido aquello una impertinencia de buenísima intencion; una de esas pruebas de amistad que se prestan á interpretaciones á pesar de su heroismo, y llegan hasta á ofender el decoro..., y por otra parte, traia aquello una cola larga, larga, que les era muy gravosa...

Aquí bajaba Currita la voz, y añadia en el mayor secreto, al oido de los charlatanes y charlatanas de profesion, que más fama de ello gozaban en la corte:

—Figúrese V. que esa pobre gente no tiene fortuna, y la madre queda en la miseria... Yo no la conozco; pero claro está, que es cuestion de delicadeza... Por eso Fernandito y yo hemos tenido que hacer un sacrificio, y ya están depositados en el Banco de España 15.000 duros para que esa infeliz cobre la renta...

Y así era en efecto: Currita habia depositado en el Banco de España los 15.000 duros ganados á la lotería por Velarde, y escrito luego una carta á la madre de éste, dándole el pésame por la *heróica muerte* de su hijo, y lamentándose de aquel duelo á que su excesiva caballerosidad le habia arrastrado. Añadíale despues, con un rodeo no exento de habilidad ni de ficticia delicadeza, que siéndoles conocidas las circunstancias de su posicion á su marido y á ella, querian ambos demostrar la amistad íntima que con el simpático Juanito les unia, ofreciéndole á ella una renta y un capital, que quedaban depositados en el Banco de España y cuyos resguardos le enviaba adjuntos.

Y una vez terminada esta carta, Currita se encogió de hombros y se quedó tan fresca.

Mientras tanto, nadie se cuidaba de preparar á aquella pobre madre para el golpe atroz que la amagaba, y feliz ella con la carta de Juanito, disponíase con la exagerada prevision del cariño, que se complace en forjar necesidades que no existen, por el solo gusto de ponerles remedio, á preparar las habitaciones de aquel hijo querido, que no obs-

tante su ingratitud y sus defectos, se le presentaba entónces como el modelo más acabado de amor de hijos. Nada hay tan dispuesto á perdonar como el corazon de una madre, ni nada tampoco como la ausencia, para borrar de la memoria los defectos de las personas queridas, y poner sólo delante sus buenas prendas y los momentos de dicha debidos á su cariño.

Entró, pues, en aquellas habitaciones cerradas tres años hacia, santuario de su amor de madre que ella sola visitaba, y comenzó á disponer lo que habia de retirarse, lo que habia de sustituirse y lo que se habia de añadir, para que nada faltara al huésped, y encontrase allí satisfechas todas las nuevas necesidades que hubiese adquirido en la corte. Anunciáronle entónces la visita del párroco, y ella bajó algun tanto extrañada, porque era la hora intempestiva por todos conceptos. El buen señor habia leido en los periódicos la terrible catástrofe, y corrió desalado á casa de la infeliz madre, para prepararla poco á poco, ántes que algun indiscreto le diera la noticia de un golpe.

Con mil angustias y rodeos y sin saber él

mismo lo que se decia, comenzó su triste tarea, viniendo á decirle al cabo que su hijo estaba enfermo en Madrid y muy grave.

La pobre mujer saltó de la silla, blanca cual un papel, extrañada y casi irritada, como si fuese aquello una broma horrible que vinieran á darle.

—¡Imposible!—gritó. ¡Si me escribió ayer!... ¡Si tengo yo aquí la carta!...

Y daba vueltas como loca por el cuarto buscándola, y la puso abierta ante los ojos del cura, temblando como una azogada, con los ojos desencajados, sintiendo horribles escalofrios que le comenzaban en la nuca y le seguian por toda la espalda.

—¿Lo ve V?... ¿Lo ve V?... decia... Y viene por el mes de Agosto... hasta la Vírgen de Regla... Y el dia tres se va á confesar... ¡No, no, imposible que se muera! ¡Hijo de mi alma!...

Acudieron los tres chicos y las dos criadas, demudados todos, presintiendo al oir los gritos de su madre despues de la entrada del cura, alguna espantosa catástrofe. Este tomó la carta, y comprendió por la fecha, que la habia escrito el desdichado algunas horas ántes de su muerte.

—Por desgracia mis noticias son posteriores,—dijo... Despues de escrito esto, le atacó una apoplegía fulminante, y está muy grave... muy grave.

—¡Jesus del alma!... ¡Vírgen de Regla!—exclamó la madre; y clavando su mano en el brazo del cura, é hincándole los ojos en la cara, le preguntó con los labios blancos:

—¿Y se ha confesado?...—¿Sabe V. si se ha confesado?...

El cura no respondió, y ella volvió á repetir la pregunta sacudiéndole el brazo.

—¡Su alma, señor cura, su alma sobre todo!—exclamaba con angustia que hubiera roto un corazon de piedra.

Preciso fué decirle que nada se sabia de aquello, y ella dominó de repente su dolor, poniéndose á dar órdenes para marchar á Madrid aquel mismo dia, en aquel mismo momento; órdenes secas, lacónicas, terminantes, crujidos de su dolor inmenso, que aguijoneaba la impaciencia... El correo pasaba á las cuatro, y se necesitaban dos horas de coche para llegar á la primera estacion de la vía férrea. Enrique vendria con ella: Pedro, á un gesto de su madre, corrió al parador á

encargar un coche; las criadas salieron á disponer las maletas; Luisito, el chiquitin, comenzó á llorar: su madre le besó en la frente.

—No llores—le dijo.

Ella no derramaba una lágrima: asustado el cura, queria detenerla.

—Pero si no alcanzará V. el tren,—le decia.

—Se pone uno especial.

—Eso cuesta muy caro.

—Tengo diez mil reales en casa... Y si no, se vende todo... Se pide de limosna.

—Pero señora, espere V...

—¿Y su alma, señor cura, y su alma?—gritaba ella con los ojos muy abiertos. ¿Acaso esperará la muerte?... ¡Y estará allí solo... solo, el hijo de mi vida, sin su madre que le haga confesar, que le ayude á bien morir si Dios le llama, que le cierre los ojos y le acueste en la tierra!...

Volvió Perico demudado, temblándole las manitas, queriéndose sonreir y no pudiendo... La voz le faltaba: no habia llegado al parador. ¿A qué correr tras la desdicha, si salia al encuentro la esperanza?... En el camino habíale dicho Martin Romero, que él tenia

noticias, que Juanito estaba mejor, casi bien del todo...

—¿Lo ve V.?... ¿Lo ve V.?—gritó la madre triunfante.

Y tuvo una explosion de alegría formidable, rompiendo á reir violentamente, y entrecortando su risa con profundos sollozos sin lágrimas.

El cura se apresuró á desmentir aquella falsa nueva, hija de una compasion estúpida, y preciso fué ya decirle de una vez que su hijo habia muerto... Pero el cura se detuvo allí espantado, y no tuvo valor para decirle cómo ni cuándo.

Ella recibió el golpe encogiéndose, retrocediendo, oscilando, dejándose caer en una silla, sin voz, sin pulso, sin alientos, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios como una idiota, llevándose ambas manos al corazon, donde sentia algo que se le moria de pronto, cierta cosa helada y terrible como debe de ser la muerte...

El cura lloraba como un niño, y procuraba consolarla: ella le escuchaba con los ojos fijos y enjutos, como se escucha un viento que brama, sin comprender lo que dicen sus

mugidos que aterran, pero sabiendo bien que traen consigo el rayo y la tormenta. Sus hijos se arrojaron en sus brazos llorando, y al contacto de aquellas tres cabezas despertó su corazon de madre, desgarrándole el pecho un sollozo inmenso, y encontrando al fin su dolor una salida, un alivio, un consuelo. ¡Las lágrimas!...

Todo el mundo en el pueblo respetó aquella pena sin medida, y nadie tuvo valor para referirle los horribles detalles de la muerte de su hijo. Mas á los tres dias llegó la carta de Currita, y allí los encontró todos juntos la mísera anciana.

Su instinto de madre le hizo adivinar cuanto allí habia, y sin proferir una queja, ni desplegar los labios lívidos por el dolor y la ira, hizo pedazos los resguardos del Banco, los metió en un sobre con la carta que los acompañaba, y lo devolvió todo á la Condesa sin añadir una sola letra.

Quedóse ésta estupefacta al recibir aquella extraña respuesta, y se encogió de hombros murmurando:

—Será alguna vieja rara... ¡Vaya V. á ver: una cosa hecha con tanta delicadeza!...

Y quedóse luego muy pensativa, porque no sabia qué hacerse con aquellos 15.000 duros, que habia pretendido regalar á su legítima dueña. Sus escrúpulos de Zapiron se resistian á embolsárselos del todo, y el recto tribunal de su conciencia, le aconsejó entónces emplearlos en alguna obra benéfica. Ocurriósele dar un gran baile, una fiesta ruidosísima y brillante, á beneficio de los niños de la Inclusa; pero la estacion estaba ya muy adelantada, todo el mundo habia creido asfixiarse pocas noches ántes en el baile de Butron, y ella debia tambien emprender al fin de la semana su viaje á Bélgica. Entónces tuvo una idea felicísima: hacer con aquel dinero un espléndido donativo al Papa Pio IX, cuando fuera á visitarlo en Roma, á principios de otoño. Entusiasmóla por completo este pensamiento que acallaba sus escrúpulos y satisfacia su vanidad, imaginándose ver ya en todos los periódicos de Europa, pomposos elogios tributados á la piadosa munificencia de la Excma. Sra. Condesa de Albornoz.

Aquella noche llegó María Valdivieso muy animada, cerca ya de las nueve... Era preci-

so, indispensable y urgentísimo, que Currita se viniese con ella al Circo del Príncipe Alfonso... *Debutaba* Miss Jesup, una *diva* monísima, hija de un general yankee. Habia venido recomendada á Pepa Alcocer, y á otras varias de la grandeza. Paco Velez se lo habia dicho.

—El lúnes pasado, justamente el dia que murió Velarde, cantó en casa de Alcocer el rondó final de *Cerenéntola*.... ¡Chica! en mi vida he oido cosa igual: va á tener un *succès* asombroso... Con que vístete y vámonos, que no quiero perder el ária final del primer acto... ¡Chica! ¡Qué gran verdad aquella!... Yo me la apropio.

Y se puso á cantar con malísima voz y detestable oido, el

Sempre libera deggio
Transvolar di gioja in gioja,

de la *Traviata*, ópera á la sazon muy en boga, y escogida por Miss Jesup para presentarse por primera vez en la escena madrileña.

—¡Ay no, no!—dijo Currita muy displicente. No tengo ganas de ópera.

—Pero mujer...—¿Te vas á enterrar en vida?... Tres dias hace que no sales.

—Y ademas, ya tú ves, el luto...

—Pero si llevas ya cinco dias... ¿A cuando aguardas para dejarlo?... No me lo hubiera yo puesto diez minutos por Juanito Velarde; porque por más que tú digas, era muy soso, hija, muy sosito.

—Entónces me pondré esta noche medio luto... Justamente tengo un vestido sin estrenar, blanco y negro; es bonito, pero no creo que pueda servir para otra cosa.

—Pues aprovecha la ocasion, tonta... Pero anda lista, que es muy tarde.

Y ella misma se levantó para tirar de la campanilla, y dar á Kate las órdenes necesarias.

Currita se vistió en breve tiempo, y mientras tanto, dábale conversacion la Valdivieso, ponderándole la voz y la hermosura de Miss Jesup, y lo bien que habia estado Stagno la noche anterior en *Un ballo in Maschera*, sobre todo en el aria final, cuando lo asesinaban. Paco Velez se lo habia dicho.

—Oye, y á propósito de muertos...—¿Te contestó ya la madre de Velarde?...

—Justamente hoy he tenido carta...—Por cierto que debe ser una vieja rara...

Kate se permitió interrumpir á las dos primas, preguntando si la señora Condesa llevaria guantes blancos ó negros.

—¿Qué te parece, María?

—Los blancos irán bien...

—Me parece que caerán mejor los negros.

—Traiga V. un par de cada color y lo veremos.

—Pues sí; debe de ser una vieja rara... Figúrate que se niega á recibir la pension.

—¡Jesus, mujer, que rareza!

—Lo que oyes... Me escribe una carta muy agradecida, muy altisonante, con su poquito de deberes morales y de Providencia divina, y concluye diciendo que nada necesita, y que todo le sobra.

—Pues mejor para ti...—Eso más te encuentras.

—Sí, pero ya tú ves; yo tenia hecho ya por el pobre Juanito ese sacrificio, y no porque la doctora de su madre se niegue, me voy á volver atrás... Por eso he pensado, cuando vaya á Roma por Octubre, hacer el donativo de esos 15.oco duros

al Padre Santo, para que le conceda indulgencias...

María Valdivieso se quedó muy edificada, y las dos primas salieron, cogiendo Currita, distraida con la conversacion, un guante blanco y otro negro. Echó de ver su error al ir á ponérselos, ya cerca del teatro, y quiso volver á su casa para cambiarlos. Mas la Valdivieso, riendo como una loca, le dijo:

—Pero mujer, no seas tonta; póntelos... Lo tomarán por una originalidad, y mañana tienes ya la moda en planta.

—¡Pues es verdad!—exclamó encantada Currita.

Y así sucedió en efecto: á todos pareció muy *chic* aquel nuevo capricho, y á la noche siguiente, se veian por todas partes en el teatro, trajes de dos colores diversos, con guantes de dos colores distintos.

El *debut* de Miss Jesup alcanzó una ovacion ruidosísima, y sólo hubo que lamentar un chistoso ridículo. Al final del último acto, cuando la heroina acababa de espirar en la escena, y Alfredo, su padre y el doctor, entonaban el último terceto, una racha de viento colado pilló descuidada á la *diva*, y le

arrancó despues de difunta un estrepitoso estornudo.

Al dia siguiente no se hablaba de otra cosa en Madrid, que de la ovacion de la Jesup, de su importuno estornudo, y de los guantes de Currita; nadie se acordaba ya del nombramiento de Camarera, ni de la muerte de Velarde, ni del registro de la policía.

Currita respiró ya tranquila, viendo cortada por completo, gracias á sus manejos, la larga cola que habia profetizado Butron, á su nombramiento de Camarera; su consecuencia política quedaba fuera de toda duda, produciendo entre otros resultados, tres *pequeñeces* diversas.

Una madre desolada.

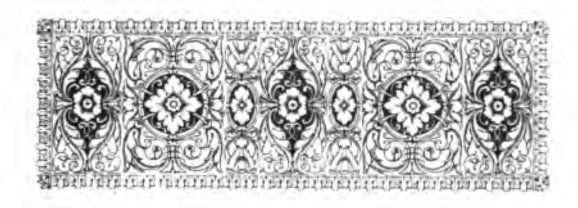
Un alma en el infierno.

Y la moda de los guantes distintos.

Mientras tanto, Villamelon preparaba con grande afan, las fotografías de donde habian de sacarse los grabados para la *Revista ilustrada;* todo lo demás, habíalo echado en el cajon de las *cuestiones bizantinas*.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO



I

EL tren expreso de Marsella á París traia cuatro horas de retraso, por haberse roto un puente la noche ántes entre Gallician y Saint-Gilles. Los viajeros llegaron á las cuatro y media á la gran capital, apeándose en la *gare de Lyon*, hambrientos y mal humorados. Un hombre de unos treinta años saltó el primero de un *sleeping-car*, y atravesando el anden ántes que la multitud lo invadiese, llegó al *carrefour*, con ese aire seguro y exento de toda perplejidad, que anuncia siempre al viajero práctico en añagazas de aduanas, estaciones y caminos de hierro.

Hizo allí una seña al primero de los mu-

chos coches de alquiler que en ordenada fila esperaban, y el cochero acudió presuroso, midiendo ántes con la vista de pies á cabeza, la traza del viajero. Traia éste por todo equipaje una de esas *fundas* inglesas, arrolladas en correas, que encierran tanto en tan poco trecho, y bastan para guardar todo lo necesario á cualquier *touriste* inglés que se dispone á dar la vuelta al mundo.

El cochero pareció quedar satisfecho de su exámen: entre las ricas pieles que forraban el abrigo del viajero, habia descubierto su vista perspicaz, lo que basta para constituir un gran personaje á los ojos del vulgo parisiense: asomaba una cintita amarilla y blanca por el ojal de su americana. *¡Il était decoré!...*

Al poner el pié en el estribo, limitóse á decir el viajero en francés muy bien acentuado.

—*Grand-Hôtel... Boulevard des Capucines...*

El coche arrancó dando tumbos como cualquier simon de nuestra España, y el viajero no pareció experimentar esa sorpresa mezclada de admiracion, curiosidad y entusiasmo, que embarga á todo el que llega á

París una, dos, tres y hasta cuatro ó cinco veces.

Arrellenóse en los almohadones de raido paño azul del coche, y sin conceder siquiera una mirada al primer aliento de París, que comenzaba ya á ensordecer y atronar sus oidos, arrancando de la gran plaza irregular de la Bastilla, en que desembocan cuatro *boulevards* y diez calles, púsose á pasar revista con gran cuidado á los papeles contenidos en una bolsa de viaje, cuya correa le cruzaba el pecho de derecha á izquierda.

Ninguno de ellos faltaba: en la bolsa de la derecha, habia varias cartas abiertas, algunos papeles sueltos y un pequeño atadito de billetes de Banco: en la de la izquierda, un gran cartapacio sellado con una corona real, sobre lacre rojo. En el sobre decia:

Á SU ALTEZA REAL EL DUQUE DE AOSTA,
REY DE ESPAÑA

El viajero dió varias vueltas al cartapacio con cierta curiosidad contenida, y áun llegó á mirar al trasluz, con el intento de distinguir algo de lo interiormente escrito, á través del sobre. La satinada superficie del rico papel de hilo, no dejaba, sin embargo, tras-

lucir su secreto, y el viajero tuvo que contentarse con leer una y otra vez aquellas letras gordas y corridas del sobrescrito, trazadas por una mano más acostumbrada á firmar y anotar que á escribir extenso, y tan orgullosamente italiana sin duda, que anteponia el triste ducado de Aosta á la corona real de España.

El coche habia cruzado mientras tanto el *Boulevard Beaumarchais* y el de *Filles du Calvaire*, y llegado al del Temple, sin que el viajero hubiese dirigido una sola mirada á las magnificencias que va presentando París á los ojos del que llega, á medida que se avanza hacia el *Boulevard des Italiens* y el de *Capucines*, centro vertiginoso de la gran Babilonia, y lupanar dorado y perfumado donde acuden á revolcarse á costa de su oro, el vicio y la locura de los cuatro ángulos de la tierra. Allí la calle se convierte en plaza, la acera en calle, la multitud en torrente que se precipita con cierto relativo silencio por entre dos paredes de cristal, formadas por los escaparates inmensos de las tiendas, atestados de cuanto puede dar de sí la industria humana para transformar lo supérfluo en ne-

cesario, lo elegante en fastuoso, lo precioso en maravilla, la vida en fiebre de vanidades locas y concupiscencias monstruosas.

El viajero, abismado en sus reflexiones en medio de aquella multitud inmensa, cuyo rasgo característico es el de ofrecer siempre el aspecto del ocioso que corre en pos del placer, y no del que marcha en busca del trabajo, habia acabado por sacar una carterita de piel de Rusia y puéstose á ajustar en ella enmarañadas cuentas. Al frente de una hoja escribió *esperanzas*, y al frente de la otra *realidades*, y así debajo de aquello que sin duda esperaba, como debajo de aquello otro que al parecer poseia, comenzó á amontonar guarismos que formaban números, y estos á su vez sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, que se confundian en caos aritmético, y vinieron á producir al cabo en la columna de las esperanzas, bajo una raya horizontal, esta cifra preñada de misterios.—*Doscientos mil duros y una cartera.*—En la hoja de las realidades, el resultado no necesitaba interpretacion alguna: decia simplemente:—*Cero.*

Y como si todavía hubiese podido desli-

zarse en aquella absoluta carencia de realidades, algun error ilusorio, el viajero, rascándose á veces un momento con el extremo del lápiz la ancha y hermosa frente, prosiguió trazando guarismos y haciendo cálculos, hasta tirar otra raya horizontal, derecha, negra é inflexible como un destino adverso, por debajo de la cual apareció esta vez algo ménos que cero, una cantidad negativa, una deuda formidable, que era sin duda alguna, la única realidad con que aquel hombre contaba en el mundo.

¡¡—150.000 duros, al 15 por 100!!...

El viajero quedóse un momento mirando aquella cifra angustiosa, y apretando el lápiz entre sus blancos dientes, hasta romperle la punta, apartó al fin los ojos como asustado, para fijarlos en el golpe de vista más admirable que puede ofrecer la inmensa Babilonia de París.

El coche atravesaba entónces la plaza de la Concordia, regada con la sangre de María Antonieta y Luis XVI: al frente se extendia la calle Real, cerrada en el fondo por la soberbia fachada de la Magdalena, descansando sobre sus cincuenta y dos gigantescas

columnas corintias; á la espalda, el palacio Borbon, asomando por detras del puente de la Concordia, rodeado de jardines y de estátuas; á la izquierda, la avenida de los Campos Elíseos, cerrada á enorme distancia por el arco de la Estrella; á la derecha, del lado de acá del rio y entre los frondosos jardines imperiales, lo que quedaba entónces de las Tullerías: algunos muros calcinados por el incendio, un tremendo desengaño histórico, una imágen de la majestad real, abofeteada, escupida y asesinada á garrotazos por Rochefort y Luisa Michel; y en medio de la plaza, levantándose entre las dos fuentes monumentales, como un gigante de otras edades, el decano de París, el obelisco Luqsor, el amigo de los Faraones, el testigo de las épocas fabulosas, que cuenta por meses las centurias, y se rie acordándose de sus momias egipcias, de aquel hormiguero humano que á sus pies se agita, haciéndole repetir lo que puso años ántes un poeta en su lengua de granito:

¡Oh! dans cent ans, quels laids squelettes
Fera ce peuple impie et fou,
Qui se couche sans bandelettes
Dans des cercueils qui ferme un clou!...

El viajero paseaba por todo la vista sin fijarse en nada, con esa indiferencia con que se mira lo que hasta la saciedad nos es conocido. Tan sólo al salir de la calle Real, asomó curiosamente la cabeza, y sus ojos buscaron á lo léjos la famosa terraza del *Petit-Club*, más familiarmente *Baby*, que domina toda la plaza de la Concordia, y es punto de reunion y observatorio predilecto de la *haute gomme* parisiense.

El dia estaba magnífico, y bajo un pabellon de dril listado de blanco y rojo, veíanse algunos socios del Club, fumando y conversando: en la balaustrada de piedra que da á la plaza, dos ó tres jóvenes, echados de bruces, veian desfilar los carruajes que por la calle de Boissy d'Anglas se dirigian al Bosque. El viajero experimentó al ver el pabellon del Círculo cierto impulso de alegría, y por un movimiento espontáneo que tenia mucho de pueril, quitóse el sombrero como para saludarle á tan enorme distancia, con tanto respeto y entusiasmo, como si á su sombra hubiera de encontrar, los *ménos 150 mil duros al 15 por 100*, que daban por suma total los varios sumandos de sus realidades.

Sin duda sabia muy bien, que en el *Petit-Club*, en el inocente *Baby*, se juega gordo.

Al descubrirse el viajero quedó por completo á la vista su fisonomía, presentando un extraño prodigio... Hubiérase dicho que Lord Byron en persona, abandonando su tumba de Nottingham, atravesaba la plaza de la Magdalena en un coche de alquiler, saludando al pabellon del *Baby* cual si fuera la bandera de Inglaterra.

Tenia aquel hombre la misma hermosura varonil del gran poeta; la misma bella cabeza airosamente puesta sobre un cuello nervudo, dispuesto siempre á enderezarse con la altanera inflexion del desden. Formaba su rostro el mismo óvalo perfecto, con la barba un poco saliente, los ojos pardos hermosísimos, el cabello castaño, encrespado en artísticos remolinos naturales sobre una frente ancha y nobilísima, que parecia hecha expresamente para ceñir los laureles de una corona. Crispaba sus labios en ambas extremidades, aquel pliegue oblícuo, huella de la amargura, del desprecio, del escepticismo, del vicio cansado siempre y no satisfecho nunca, que aparece tan al vivo en los bue-

nos retratos de Byron como si por allí se deslizaran todavía aquellas abrumadoras palabras de su *último lamento:*

¡Por todas partes implacable y frio,
Fué detrás de mis pasos el hastio!...

Dos cosas faltaban sin embargo al viajero, para hacerle en todo semejante al poeta gran señor: su pié izquierdo no cojeaba, ni brillaba tampoco en su frente el rayo de genio que inspiró el *Childe-Harold*. Si por un prodigio del cielo era Byron aquel hombre, habia vuelto sin duda al mundo dejándose en Nottingham su genio y su cojera, y trayéndose tan sólo la hermosura de sus veinte y cinco años y los vicios de toda su vida. Aquel Byron no hubiese ido á la Grecia para libertarla, sino para explotarla; en sus ojos no brillaba el ánsia de lo ideal, sino el reflejo de la sensualidad ansiosa de encontrar dinero.

Todo en él era, sin embargo, elegante y aristocrático, y desde las correas de piel de Rusia con hebillas y asa de plata, que sujetaban su exíguo equipaje, hasta la cartera de la misma piel en que habia ajustado sus cuentas de realidades y esperanzas, revelaban ese señoril lujo de nimios detalles, pro-

pio de las personas nacidas y acostumbradas á vivir siempre en medio de la opulencia.

Una sola nota discordante resultaba en su traje: un detalle cursi, cursísimo, que sólo pudiera concebirse en algun peluquero afamado ó en algun cantante italiano de segundo órden: la cintita amarilla y blanca que asomaba por el ojal de su americana de viaje. Mas esto probaba, por el contrario, un profundo conocimiento de aquel terreno que pisaba, en que cualquier cintajo honorífico asegura el respeto y las consideraciones debidas á un personaje. Era una precaucion prudentísima, una especie de broquel con que se resguardaba el viajero, de mil impertinencias pàra todos molestas, y para él tal vez peligrosas.

El coche se detuvo al fin en el *Boulevard des Capucines,* ante el vasto pórtico del *Grand-Hôtel:* el nuevo Lord Byron pagó con esplendidez al cochero y subió ligeramente las gradas, topándose en la misma puerta con un viejo alto, con grandes patillazas blancas, que se dirigia á la calle arrastrando los pies.

Volvióse el viajero rápidamente al verle como para evitar su encuentro, y entróse en

el *bureau de rèception* para entregar su tarjeta. Mas el viejo, aligerando el tardo paso y alcanzando al fin al fugitivo, le gritó en castellano:

—¡Jacobo!—¡Polaina! ¿Me huyes?... Señal de que traes dinero...

—¡Diógenes!... ¿Tú aquí?—exclamó Jacobo volviéndose muy sorprendido y alborozado y estrechándole ambas manos con gran cariño.

Mas Diógenes, sacudiendo la gran cabeza y dándole palmadas en la espalda, dijo sentenciosamente:

—El hombre que nace pobre,
Con el frio es comparado:
Todos le huyen el cuerpo
No les suelte un resfriado.

—¡Falso, falsísimo!—gritó Jacobo riendo. Ni tú has nacido pobre, ni...

—No lo soy de nacimiento, pero lo soy por enfermedad.

—Pues júntate conmigo: el constipado que tú me sueltes, rechazará al que yo te suelte á ti... Ya sabes, querido: *Similia similibus curantur.*

—¿Y qué has hecho entónces en Constan-

tinopla, embajadorcillo?... Yo creí que te traerias hasta las barbas del Sultan.

Jacobo levantó á la altura de las narices de Diógenes su exíguo equipaje, diciendo como Simónides:

—*¡Omnes divitiae sunt mecum!*

—¡Honrado plenipotenciario!—exclamó Diógenes. Quien no te conozca que te compre: ya habrás dejado el botin en la estacion, farsante... ¿De dónde vienes ahora?...

—De Génova...—¿Y tú que haces aquí?...

—Pasar la pena negra, chico... Anoche me desplumó una sota: cinco mil francos se llevó de un golpe.

—¿Pero es posible?...—¿Todavía te dura la aficion?... Yo creí que te habias cortado la coleta.

—Hasta que me entierren, chico, hasta que me entierren... Ya te darás una vuelta por el *Petit-Club;* se juega gordo... Anoche, ese guacamayo de Ponoski, hizo un copo de dos mil luises.

—¿Está aquí Ponoski?...—Con gusto le veria; pero me voy mañana.

—¿Mañana?... ¿Y á dónde demonios vas?...

—A Madrid.

—¿A Madrid?...—¡Polaina!... ¿A que te peguen un balazo?...

—¡Chico, chico!... ¿Se reparte por allí eso?...

—¿Pues de dónde sales tú, embajadorcillo?... ¿No has visto los partes?... Hoy por la mañana se ha largado Amadeo á Lisboa, diciendo:—Ahí queda eso—y á estas horas, Figuerillas y el lorito de D. Emilio estarán barriendo las calles de Madrid á cañonazos, para instalar decentemente la República... Te desbancaron, chico, te desbancaron...

Quedóse Jacobo estupefacto al oir tales noticias, y cogiendo á Diógenes por un brazo, exclamó muy inmutado, como si aquella inesperada catástrofe política, tuviera para él grande importancia.

—¿Pero qué estás diciendo?...—¡Eso es imposible!

—¡Polaina!... Ven acá y te lo dirá quien lo sabe... Ayer presentó el italiano su renuncia á las Cortes, y una hora despues estaba aceptada... Hoy ha salido para Lisboa á las seis, y á estas horas estará ardiendo Madrid por todos cuatro costados... Más de veinte telegramas hay ya en el *Grand-Hôtel* pidiendo cuartos.

Y mientras esto decia Diógenes muy acalorado, subia con Jacobo las gradas que llevan del patio á la terraza del *Grand-Hôtel*.

Cualquiera hubiérase creido allí en un salon aristocrático de la corte de España: oíase hablar por todas partes en castellano, con esa vehemencia y esos gritos propios de los españoles cuando se exaltan, y en grupos y corrillos acá y allá diseminados, veíanse damas y gomosos de la aristocracia madrileña, hombres políticos del partido de Isabel II, y algunos de esos personajes inominados, que suelen verse á todas horas y en todas partes, sin que nadie pueda decir de ellos sino que son un tal Sanchez ó un tal Perez.

Todos discutian las noticias de España, haciendo pronósticos segun las fuerzas de su imaginacion y la vehemencia de sus deseos, y mientras unos creian ver ya al príncipe Alfonso en el trono abandonado por Aosta, otros se figuraban la República arraigando al amparo de las masas populares, y no pocos veian á las partidas carlistas á las puertas de Madrid, apoderándose del palacio vacío y de la corona vacante.

El miedo y la distancia ennegrecian todos

los colores, y unos y otros convenian en que Madrid debia de estar á aquellas horas, convertido en un charco inmenso de sangre: esperábase, pues, con grande ansiedad la llegada del correo, y con más impaciencia todavía la vuelta del tio Frasquito, que habia ido al Pasaje Jouffroy, en busca de noticias, y la del general Pastor y Cánovas del Castillo, que habian sido llamados con grande urgencia al palacio Basilewsky por la Reina destronada.

A la derecha de la última puerta del salon de lectura que se abre en la terraza, hallábanse algunas señoras sentadas en bancos de hierro: entre ellas estaban Currita Albornoz y la Duquesa de Bara. Más léjos, de pié en medio de un grupo de hombres, peroraba Leopoldina Pastor con gran vehemencia, optando por empuñar las armas, y exponiendo su plan estratégico...

La cosa era sencillísima; bastaba con que la colonia madrileña residente en París se presentase en la embajada española, cogiera por un brazo al embajador, y lo plantase en la calle, proclamando allí mismo por rey de España al príncipe Alfonso. ¡Ya contestarian al

punto del otro lado de los Pirineos!... Que chillaba el embajador; pues se zambullia al embajador en el Sena, que ya tenia el tal don Salustiano vientre bastante para sobrenadar lo mismo que una boya... Que Thiers se enfadaba; pues se cogia á Thiers por su copetito de pelos, y se le enviaba á cuidar de su casa, dejando en paz la del vecino, y ¡chiton, chitito!...

Reíanse los caballeros oyendo á Leopoldina, y ella les tiraba de los botones del chaleco, llamándoles indecentes. ¡Ah, si tuviera ella pantalones!... Y casi, casi estaba por ponérselos como Miss Walker, la médica del Serrallo de Túnez, que paseaba en aquellos dias los *boulevards* con calzones zuavos y chambergo.

La llegada de Jacobo produjo mala impresion en todo el concurso: ligábanle con la mayor parte de los presentes lazos de amistad y parentesco, así por parte de su familia como por la de su mujer, que llevaba un título ilustre entre la grandeza. Mas separado de ésta diez años ántes, habia hecho en París y en Italia lujosísima vida de soltero, hasta que perseguido por sus acreedores vino á refugiar-

se de nuevo en España el año 68, tomando parte activísima en la Revolucion, y recorriendo al lado de Prim las provincias andaluzas, arengando á las muchedumbres, montado como Lafayette en un caballo blanco. Formó parte de las Cortes Constituyentes del 69, y de repente, cuando el asesinato de Prim, desapareció otra vez de Madrid, apareciendo á poco en Constantinopla de Ministro plenipotenciario.

Extrañó, pues, á todos verle aparecer en tan críticos momentos, abandonando su alto puesto, y recibiéronle con el despreciativo recelo que infunde siempre el enemigo derrotado, que se pasa despues de la batalla al campo victorioso.

Jacobo, sin embargo, aparentando no echar de ver la frialdad con que le recibian, cercioróse por sí mismo de la verdad de las noticias de Diógenes, sin dejar traslucir tampoco la inquietud que al pronto le habian éstas causado. Él lo ignoraba todo, ó aparentaba ignorarlo; habia salido dos meses ántes de Constantinopla para Turin, marchado luego á Florencia y Génova, y hecho despues un viaje delicioso, á lo largo de la Corniche ita-

liana, deteniéndose en Bordighera, en Niza, y últimamente, en Mónaco cerca de una semana.

Currita miraba atentamente desde su asiento al apuesto viajero, retrato de Lord Byron, su héroe favorito, tipo adorable de hombre segun ella, cuyo magnífico busto desnudo, esculpido en mármol blanco, tenia en su *boudoir*, siempre á la vista. Al pronto no le habia conocido, porque difícil era reconocer en aquel arrogante mozo, al débil jovencillo Jacobo Tellez-Ponce, casado doce años ántes con la Marquesa de Sabadell, prima lejana de Currita: desde entónces no habia vuelto á verle ésta, y jamás le hubiera reconocido, si, corriendo á ella Leopoldina Pastor, no le dijera:

—¿Has visto á Jacobo Tellez?...—Decian que se habia casado en Constantinopla con una turca monísima... ¿Qué traerá aquí ese indecente?

La Duquesa de Bara contestó una indecorosa paparrucha mirándole con desprecio: las señoras se echaron á reir, y Currita exclamó muy admirada:

—¿Pero es ese Jacobo?...—¡Dios mio! Si

me estaba pareciendo desde aquí Byron en persona, mi poeta querido... ¡Que semejanza tan exacta!...

Y sin esperar más explicaciones, levantóse vivamente para ir á su encuentro: la Duquesa de Bara la detuvo bruscamente por el vestido, y ella, procurando desasirse, decia:

—Pero mujer, si es mi primo... La abuela de su mujer y la mia, primas segundas... ¿Cómo voy yo á desairar á un pariente?...

Este, atraido sin duda por el amor de la familia, acercábase en aquel momento al grupo de las señoras; saludólas besando la mano á la Duquesa y á Currita que eran sus más allegadas, y ésta, con mil cariñosas monerías, hízole sitio á su lado, en el banco de hierro.

La conversacion giró un momento sobre el viaje de Jacobo, hasta que vino á interrumpirla la entrada del tio Frasquito, que volvia del Pasaje Jouffroy cargado de noticias. Todos corrieron á su encuentro, y Jacobo el primero; mas ántes, deteniéndole Currita por el brazo, con familiaridad de prima cuarta de su esposa legítima, le dijo:

—¿Nos veremos, Jacobo?...—Quiero pre-

sentarte á Fernandito... Vivimos en el segundo piso, número 120.

La Duquesa se inclinó al oido de Leopoldina, diciendo:

—¿Oyes?...—Quiere presentarlo á Fernandito...

Leopoldina hizo una mueca, y replicó:

—Pues entónces... ¿verde y con asa?...

—¡Alcarraza!—concluyó la Duquesa.

Y las dos se echaron á reir, con inocente regocijo.





II

ENGOMADO, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los pies, por no permitirle andar de otra manera el calzado estrechísimo, que le torturaba sin disimularlos del todo, dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el *tio Frasquito*, tio universal de toda la grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo órden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorrones de oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid* de

la corte, el abigarrado *dessus du panier* del gran mundo madrileño.

Llamábale todo este mundo el *tio Frasquito*, porque el buen tono así lo habia decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo ántes ó siglo despues, con la suya preclarísima; á los demás, sin rechazar tampoco lo apócrifo del parentesco, colocábalos con cierta protectora condescendencia, en la categoría de *sobrinos espurios*.

En medio, pues, de esta familia universal se destacaba el tio Frasquito hacia medio siglo, viendo desfilar generaciones y generaciones, legítimas ó espurias, de sobrinos y sobrinas que nacian y crecian, se casaban y multiplicaban, se morian y se podrian, sin que abroquelado él tras el corsé apretadísimo que sujetaba las insolentes rebeldías de su abdómen, hubiese pasado jamás de los treinta y tres años: los suyos, semejantes á las semanas de Daniel, eran años de años, aunque más complacientes que aquéllas, se alargaban ó encogian, segun demandaban las circunstancias. Treinta y tres contaba

cuando en el año 40 asistió á la boda de la reina de Inglaterra, acompañando al enviado extraordinario de la corte de España, y los mismos tenia cuando en 1853 presenció la de su *sobrina* Eugenia de Guzman, con el emperador Napoleon III; casamiento desigual, *messa allianza* humillante que reprobó en absoluto el tio Frasquito, por no satisfacerle del todo la prosapia de Bonaparte, y aunque nunca llegó á relegar al nuevo sobrino á la categoría de los espurios, tampoco consintió en designarle de otro modo, que con el nombre de: *Mi sobrino el Conde consorte de Teba* (1).

Susurraba la leyenda que el tio Frasquito llevaba en su cuerpo treinta y dos cosas postizas, entre las cuales se contaba una nalga de corcho. Es lo cierto, que en el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, volviendo del Pasaje Jouffroy, para confirmar á sus compatriotas la abdicacion del Duque de Aosta, la obesidad habia trocado su talle de palmera en puchero de Alcorcon, y el arte, la industria y hasta la mecánica, traba-

(1) Sabido es que la emperatriz Eugenia, ántes de casarse, llevaba por su ilustre familia el título de Condesa de Teba.

jaban de consuno y á porfía, en la restauracion diaria de aquel Narciso trasnochado, en riesgo siempre de convertirse en acelga, como en flor se convirtió el antiguo Narciso de la Mitología griega.

El tio Frasquito era soltero, rico, vivia ordenadamente, no tenia vicios conocidos, ni tampoco deudas; era afable, cortés, servicial, complaciente, tenia modales de doncella pudorosa, y cadencias en la voz de damisela presumida. Coleccionaba sellos diplomáticos, bordaba en tapicería, tocaba desastrosamente la flauta y pronunciaba las *erres* de esa manera gutural y arrastrada, propia de los parisienses, que imitan en España algunos afrancesados elegantes, y es defecto natural en otros muchos, para quienes se inventó aquello de: *El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramon Ramirez se lo ha robado.*

Diógenes le llamaba de ordinario *Francesca di Rimini*, á veces *señá Frasquita*, y perseguíale y acosábale por estrados y salones, y hasta entre las faldas de las damas donde el afeminado prócer acostumbraba á refugiarse, con intempestivos abrazos que le arrugaban y tiznaban la inmaculada pechera, besos

extemporáneos que obligaban á la pulcra víctima á lavarse y frotarse con *cold cream,* pisotones disimulados que le deslustraban el calzado y le reventaban los juanetes, ó bestiales apretones de manos que le descoyuntaban los dedos, poniendo en riesgo de esparcirse por todas partes los treinta y dos componentes que asignaba á su cuerpo la leyenda.

Aquellos dos viejos de caracteres y costumbres tan diversas, eran, sin embargo, dos tipos rezagados de la misma sociedad, dos ejemplares fósiles de aquellos próceres del pasado siglo, manolos viciosos y cínicos unos, petimetres insustanciales y afeminadcs otros, que prepararon en España la ruina y el descrédito de la grandeza.

Entró, pues, el tio Frasquito en la terraza con ademanes de doncella atribulada, y todos se agolparon en torno suyo, acosándolo á preguntas... ¡Todo, todo quedaba por nuevos partes confirmado, y el *sauve qui peut* era en Madrid general!!!...

Corroborábase la noticia de que D. Amadeo habia huido á Lisboa con su familia, y el telégrafo trasmitia los nombres de los in-

dividuos que formaban el primer ministerio de la recien nacida República.

—¡De la Rrrepública española! – exclamó el tio Frasquito quitándose el sombrero, con burlesca solemnidad.

Y entre risas despreciativas y observaciones irónicas, comenzó á leer en su elegante carterita, donde estaban apuntados, los nombres de los nuevos ministros... (1). ¡Pero qué nombres, Vírgen Santísima! ¡Si aquello era cosa de morirse de risa!... Figueras, Castelar, Pí y Margall, los dos Salmerones, Nicolás y Paquito... Córdoba.

—Córrrdoba, señorrres, Córrrdoba!... Ferrnandito Córrrdoba rrrepublicano!... ¡Quién lo creyerra, cuando íbamos juntos á casa de la Benavente, cuando Fernando VII lo envió á Portugal con su hermano Luis, detrás del infante D. Cárrlos y la Princesa de Beyrra!...

(1) Suponemos que el lector comprenderá que los juicios sobre personas determinadas que aparecen en boca de los personajes de esta novela, no son juicios propios del autor, sino reflejo de los que formaba en aquella época la parte de la sociedad que dichos personajes representan. El autor, que tan sin escrúpulo de ningun género ataca de frente al vicio y á la insolencia, se reserva siempre su juicio sobre individuos determinados, y se halla muy distante de pretender herir personalidad ninguna, por despreciable que le parezca.

Porr supuesto que yo era entónces un niño, una verdadera criaturrra...

El tio Frasquito no cayó en la cuenta de que segun aquellos datos, debió de haber asistido seis años ántes de su nacimiento á los saraos de la Duquesa de Benavente, y prosiguió enumerando á los ministros restantes, Echegaray, Beranger y Becerra!... ¡Santo Dios!... Si esto era para España la coz del asno, y aquellos enanillos de gorro frigio, encadenando al leon de Castilla, recordaban aquella grandiosa imágen:

Ce grand peuple espagnol, aux membres enervés,
Expire dans cet antre ou son sort le termine,
Triete comme un lion rongé pour la vermine!

¡Y qué chistosamente cursis resultaban siempre aquellos demócratas!... ¿Pues no se les habia ocurrido lo primero, ir á darle una serenata al interesantísimo D. Emilio, tocando la Marsellesa?...

Ah ça ira, ça ira, ça ira...
Celui qui s'eleve on l'abaissera.
Celui qui s'abaisse on l'élévera
¡Ah! ¡ça ira, ça ira, ça ira!!...

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. ¿Y no les echó él un discursito?...

—¡Ya lo creo!... Desde el balcon, como cantaba la Nilson en Viena; y luego obsequió á la concurrrencia con carrramelos y cigarrritos...

—¡Qué monada!... De seguro que este invierno tendrá recepciones.

—¡Sí! para los ciudadanos *sans culottes*.

—¡Polaina!—exclamó Diógenes. En cuanto cuelgue un jamon en la puerta, tiene allí á Madrid entero, y tú, Curra, irás la primera.

Azoróse el tio Frasquito al oir la voz de Diógenes, y temiendo alguno de sus amagos de intempestivo cariño, fuése escurriendo con disimulo, soltando casi á media voz su última noticia. Anunciaba tambien el telégrafo que D. Cárlos habia entrado en España por Zugarramurdi, y que aprovechando sus parciales aquella confusion, aprestábanse á hacer un supremo esfuerzo para apoderarse de la corte.

Disgustó esto mucho á toda la concurrencia, por parecerle más temible el carlismo que la República, y en aquel momento llegó á confortar los ánimos un viejo alto, de aspecto marcial, y largos y retorcidos bigotes blancos: era el general Pastor, hermano de

Leopoldina, que volvia del palacio Basilewsky de conferenciar con la Reina.

Entró, pues, el general radiante y satisfecho cual si viese ya en lontananza la cartera de la Guerra, y contestando con sonrisas y palabras huecas á las mil preguntas que de todas partes le dirigian, apresuróse á dar cuenta á la Condesa de Albornoz y á la Duquesa de Bara, de una embajada de S. M. la Reina... Esta las designaba para acompañarla al dia siguiente á la capilla expiatoria del *Boulevard Haussman,* donde debia celebrarse la Misa de aniversario, algun tanto retrasada aquel año, del infortunado Luis XVI: el espectáculo prometia ser curioso, porque los príncipes de Orleans, reconciliados con el Conde de Chambord, asistirian por primera vez en público, á aquellas simbólicas honras.

Abrió entónces el saco de noticias el general Pastor, y dando á entender con cierta vanidad política, que callaba mucho más de lo que decia, confirmó todo lo dicho por el tio Frasquito, añadiendo que la proclamacion de la República era un paso gigantesco dado hacia la Restauracion; que los desórdenes más terribles no tardarian en estallar en

España, y alarmadas las potencias europeas con los escarmientos de la *Commune* en Francia, se apresurarian á intervenir en favor del príncipe Alfonso. Notas secretas de algunos embajadores extranjeros habian llegado ya al palacio Basilewsky, y Thiers mismo, temeroso de que el zurriago de las monarquías coligadas le deparase á él algun latigazo, negábase á reconocer la nueva República.

Tan sólo Mr. Hamlin, embajador de los Estados-Unidos en España, habíase apresurado á reconocer el nuevo órden de cosas en nombre de su Gobierno, presentándose en el Palacio de la Presidencia con todo el ceremonial de costumbre en tiempos de la Monarquía, y asegurando en su discurso, con la truhanesca formalidad de Jonatham en persona, que: «Los Estados-Unidos de América, no podian ménos de contemplar con emocion y simpatía, convertido en República, el imperio de Fernando é Isabel.»

—¡Pues vaya con el indecente!—exclamó Leopoldina Pastor hecha una furia. Para esos yankees farsantes, igual da Figueras que Fernando el Católico, y lo mismo representa una corona que un gorro de algodon. ¡*Cotton*

is King!... ¡Monísimo!... ¡Y pensar que hace tres semanas bailábamos todas en su casa!... ¡Vamos! si despues de todo resulta que cuando se trata de divertirse, perdemos todas la vergüenza...

—¡*Tu dixisti!*—gritó Diógenes con grande ahinco.

—Y lo repito,—prosiguió Leopoldina. Pero yo le aseguro á ese indecente, que ha de oir de mis labios cuatro palabritas bien dichas... ¡Oh, si yo lo tenia previsto! En el último baile que dió, llevaba medias azules de algodon...

—Como que su suegro tiene en Boston una fábrica.

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. Pues cuando den la *Jarretière* al yerno, ya puede el suegro regalarle la media.

—De seguro que las habrá él anunciado en la Presidencia al terminar su discurso, como aquel *preacher* yankee, que terminaba su sermon:—«Ya os he demostrado, mis buenos hermanos, que sólo por la virtud se gana el cielo. Sólo me resta, para terminar, recomendaros la magnífica sombrerería de Mr. Francis Morton, 24, Catherine Street.

Allí todos los artículos son distinguidos y baratos.—*Net cash.*—Que viene á ser: *No se fía.*»

El timbre eléctrico que anuncia *aux hommes d'èquipes* la llegada de nuevos viajeros, comenzó á repicar en aquel instante, y á poco llegó Gorito Sardona, muy conmovido, anunciando que la señora de Lopez Moreno se apeaba en aquel momento en el *Grand-Hôtel,* que venia de Madrid, y que á poco más la asesinan en el camino.

—¡Trae una oreja colgando!—añadió tirándose de una suya.

Horrorizóse la concurrencia, y todos salieron á su encuentro, deseosos de ver á la banquera desorejada. La Duquesa, sin embargo, temiendo sin duda que trasladase ésta á sus orejas, las famosas hipotecas que sobre sus tierras tenia, quiso escurrirse por la sala de lectura con tan mala suerte, que fué á toparse en el patio mismo con la Lopez Moreno, su hija Lucy, dos doncellas, un criado, diez y siete baules y número ilimitado de cajas y sombrereras. La banquera llegaba pálida y abatida, y traia en efecto ensangrentado el lóbulo de la oreja izquierda.

Al verse cogida la Duquesa, salió al encuentro de la Lopez Moreno, exclamando muy cariñosa:

—¡Pero, Ramona!...—¿Cómo no me ha avisado V.?...

—¿Avisar?—exclamó con espanto la Lopez Moreno. ¡Gracias que llego con vida!... ¡Qué viaje, Duquesa, qué viaje!... En el camino, á poco más me asesinan... ¡Nací ayer!... ¡Un milagro: un milagro!...

—¡Qué horror!—exclamó la Duquesa.

Y mirando en torno suyo, con la esperanza de que el prodigio divino no hubiera alcanzado tambien al señor Lopez Moreno, añadió:

—¿Pero dónde está su marido de V.?... ¿No viene?...

La tierna esposa hizo otro gesto de espanto, y contestó sin enternecerse demasiado:

—En Matapuerca está... ¡si es que vive!...

—¿En Matapuerca?—exclamó Diógenes. ¡No puede ser!... Será en Matapuerco...

—No, no; en Matapuerca,—replicó la Lopez Moreno sin comprender la pulla del viejo.

Y rodeada de todos los españoles, que

atraidos por la curiosidad iban poco á poco acudiendo, la voluminosa señora comenzó el relato de sus infortunios... De aquella hecha se llevaba la trampa á la España entera: la gente se escapaba de Madrid á bandadas, y no parecia sino que la trompeta del juicio final habia sonado en la corte.

—¡Me alegro!—exclamó Diógenes. A esa trompetita estoy yo aguardando... ¡Qué cosas han de saberse cuando diga el ángel: Cada peso duro con su dueño, y cada hijo con su padre!...

La Duquesa le hizo callar de un abanicazo, y la Lopez Moreno, llena de satisfaccion al verse objeto del interés de todos, continuó el relato de su susto, un susto atroz, una barbaridad de susto... El tren traia cuarenta y dos coches atestados de gente, que iba á Biarritz, á San Juan de Luz, á Bayona, á cualquiera parte con tal de pasar la frontera. En Vitoria añadieron otra máquina, y entraron cuatro compañías del Regimiento de Luchana. ¡Malo!... Por la noche todo fué bien; pero al llegar á Alsásua, ¡Vírgen Santísima!... ¡¡Los carlistas!! Y de pronto—¡¡prurrrruumm!! —¡Una descarga atroz!...

—Pero de repente, hija, de repente; sin avisar siquiera, sin decir agua va: nada, nada, nada.—¡Prurrrruumm!—caiga el que caiga... La tropa ¡claro está! contesta—¡prurrrruumm! —otra descarga... Yo muerta, Lucy muerta, debajo del asiento, sin resollar siquiera, y— ¡prurrrruumm!—arriba—¡prurrrruumm!— abajo, hora y media de tiritos... De pronto, se abre la ventanilla, entra una mano, me arranca una oreja, y se va...

—¡Qué atrocidad!—exclamaron todos; y Gorito Sardona, con su guasona formalidad, añadió:

—¿Pensarian hacer una chuleta?...

—No, señor,—replicó la víctima algun tanto ofendida. Lo que pensaron fué llevarse un brillante de quinientos duros que traïa en ella, y se lo llevaron en efecto... Decian luego que fué un pillete de la estacion; pero á mí no me quita nadie de la cabeza, que fué el cura Santa Cruz... Como que esto era en mitad del túnel, á oscuras, y en la pared de en frente, vi yo la sombra del sombrero de teja...

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero V. vió á los carlistas?...

—¿Que si los vi?... Al salir del túnel, en un altito, habia un monton de ellos, y en medio uno con entorchados, que era D. Cárlos... Lucy decia que no; pero yo creo que sí. Uno chiquitillo, vizco, con barba rubia, picado de viruelas, que nos hizo con el puño así...

Y la señora de Lopez Moreno enarbolaba el suyo robustísimo, con gesto horrible de amenaza.

—Pero si D. Cárlos es muy alto, moreno, con barba negra... Yo le conocí en Vevey...

—Pues vendria disfrazado; no es tan difícil teñirse la barba de rubio.

—Pero es imposible teniendo dos metros de largo, encogerse hasta tener la mitad.

—Podrá ser que me equivoque, pero lo dudo,—replicó la Lopez Moreno, que no renunciaba fácilmente á la honra de haber sido amenazada por un puño real.

El general Pastor oíalo todo complacidísimo, viendo en aquella catástrofe los primeros truenos de la terrible tempestad que comenzaba á desencadenarse en España. De aquel cáos habia de salir la Restauracion, y la política del partido dirigia, por lo tanto, todos sus esfuerzos, á excitar y mantener el

desórden. Una palabra imprudente del general, reveló á los más avisados que estaba bien al tanto de aquellos manejos: preguntó á la señora de Lopez Moreno, si al salir ella de Madrid, no se decia nada en la corte de levantamientos socialistas en Andalucía.

—¿Y me lo dice V. á mí?—exclamó la banquera con enérgica ira. ¿Pues no saben ustedes lo de Matapuerca?...

—¡Ay, por Dios, señora!—la interrumpió Currita con toda su aristocrática impertinencia. ¿No podria ser Mata... cualquiera otra cosa?...

—Pero si se llama Matapuerca... Es una dehesa magnífica en la *provincia* de Extremadura, de más de tres mil aranzadas, con veinte y siete caseríos... En fin, un pequeño reino... Era de los frailes Agustinos, y mi marido la compró cuando lo de Mendizábal...

Currita hizo un gesto de resignacion pacientísima, y preguntó:

—¿Y qué ha sucedido en el pequeño reino de Mata... esos animalitos?...

—Pues nada; ¡una friolera!... Que en cuanto proclamaron la República, invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, asesina-

ron al aperador y á tres guardas, y se repartieron las tierras... Lopez Moreno salió para allá corriendo, y estoy inquietísima... No sé lo que va á hacer...

—¿Pues qué ha de hacer?—exclamó Diógenes. ¡Polaina! Lo que hicieron los frailes Agustinos, cuando su marido de V. y Mendizábal le quitaron la dehesa... ¡Tener paciencia!... A cada puerco le llega su San Martin, doña Ramona; figúrese V. si no le llegará tambien en Matapuerca... Amigo, ¡los socialistas, los socialistas!... Esos han aprendido lógica; ahí tiene V. los nuevos desamortizadores...

La Lopez Moreno iba á contestar muy picada, pero el general Pastor, frotándose las manos de júbilo, la contuvo diciendo:

—Nos trae V. excelentes noticias, señora... La cosa marcha viento en popa: mejor de lo que yo esperaba.

—¡Pues me hace gracia!—exclamó la banquera estupefacta. No diria V. lo mismo si le hubiesen robado una dehesa, y arrancado una oreja con un brillante de quinientos duros...

—Nada, doña Ramona; hay que resignar-

se por algun tiempo á ser reina destronada de Matapuerca... La Restauracion la restablecerá á V. muy pronto en su trono... ¿Y sabe V. lo que estoy pensando?—añadió el general como asaltado de una idea repentina. Que la Reina tendrá mucho gusto en oir de V. misma esas noticias. ¿Tendria V. inconveniente en venir á palacio?...

La banquera pensó ahogarse de satisfaccion, y la Duquesa, que se apresuraba á pagarle con honras y relumbrones, lo que no le pagaba en dinero, exclamó vivamente:

—¡Magnífica idea! Yo misma la llevaré... Mañana pido á la Señora la audiencia...

—¡Pues ya lo creo, que la Reina tendrá mucho gusto en oirla!—observó pausadamente Currita... Doña Ramona narra muy bien, y usa unas armonías imitativas de muchísimo efecto... Cada vez que dice—¡prurrrruumm!—parece materialmente que se huele á pólvora... ¡Qué delicia!... oirle contar la *degringolade* de Matapuerca!...

La señora de Lopez Moreno no se enteraba de nada de esto, ocupada en dar gracias, enternecida, al general y á la Duquesa... El sueño dorado de toda su vida, ser recibida en

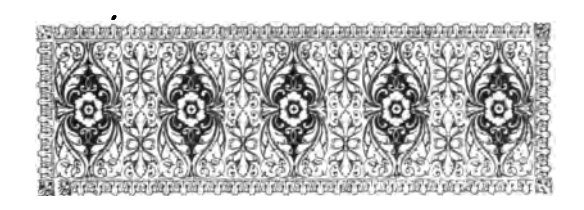
palacio, iba á realizarse, y no le parecia cara tamaña honra, al precio de una oreja desgarrada y una dehesa perdida.

El general, por su parte, seguia la política de Butron, barrer para dentro, y calculaba ya las copiosas sangrías que en nombre de los conspiradores podria hacer su espada victoriosa, en las repletas arcas de los consortes Lopez Moreno.

Durante toda esta escena, Currita no habia perdido de vista un momento á Jacobo, que escuchaba atentamente sin darse prisa por subir á su cuarto á lavarse y descansar. Al disolverse la reunion, porque la hora de comer se aproximaba, echóle de ménos Currita en la terraza: asomóse vivamente á la sala de lectura, salió al patio, y no le encontró por ninguna parte.

Por la escalera de en frente, subia en aquel momento el tio Frasquito, dando el brazo á su sobrina espuria, la reina destronada de Matapuerca, que se detenia en cada peldaño para ponderarle lo terrible de su susto, lo soberbio de su dehesa, el dolor de su oreja, lo pavoroso de aquellas descargas atronadoras...

—¡Prurrrruumm!...



III

La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar á tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades, y ceñido los laureles á infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que le favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, *momento histórico* oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hércules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los tiempos caballerescos, serian un Quijote en los tiempos de la partida doble y el tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizábal, por el contrario, hubieran sido en aquellas

épocas remotas, prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.

Jacobo Tellez creia haber tenido la desgracia de errar al nacer, en las circunstancias de lugar y tambien en las de tiempo. Entre el oleaje sangriento de la gran Revolucion francesa, juzgaba él que hubiera sido, por su talento, un Mirabeau; por su valor, un Laffayette; mas entre los cenagosos remolinos de la Revolucion española del 68, tan sólo fué, á juicio de los que le conocieron, como político, un pobre demonio; como caudillo, un gran mentecato.

Aquellas dos grandes figuras de aristócratas renegados como él, le sedujeron por completo; mas el peluquin del uno y la casaca del otro le venian grandes, y al querer amalgamar en sí mismo aquellas dos personalidades, rompiendo los lazos morales como el primero, y seduciendo á las multitudes como el segundo, resultó tan sólo un bribon infatuado. Así y todo, hizo papel, porque hay Arístides grandes y Arístides chiquititos; Cincinatos de dos en libra, de tres al cuarto, y de á ochavo la *jartaá*, que es como venden en Andalucía los higos chumbos.

Este, pues, higo chumbo revolucionario, no llegó desde la aristocrática piña en que habia nacido, hasta la plebeya tuna en que vino á florecer, ni por peripecias dramáticas, ni por trágicas evoluciones: llegó naturalmente, con suavidad, como tras de la hinchazon viene el pus, y tras el pus la gangrena. Llegó resbalando sin violencia por la voluptuosa pendiente que lleva del placer al vicio, del vicio á la aberracion, de la aberracion al tedio, al desencanto, al espantoso vacío del corazon que produce vértigos en la cabeza, y despeña al hombre en todas las locuras y en todas las infamias, en busca de placeres nuevos que despierten su sensualismo embotado, de impresiones desconocidas que sacien la voracidad de sus concupiscencias estragadas.

Nada hay más peligroso para el hombre que pasar en breve tiempo por todas las ilusiones de una larga vida, y Jacobo, con ese afan de gozar que caracteriza la sociedad presente, que teme dejar para mañana el placer de que puede disfrutar hoy, que precipita las edades y pasa de la infancia á la vejez decrépita, suprimiendo la juventud, si es que por juventud se entiende esa edad venturosa en

que brotan del corazon nobles impulsos, y bullen en la mente generosas ideas, que constituyen más tarde, despues de solidificadas, los grandes caracteres; Jacobo, decíamos, habia recorrido aquella larga jornada, en ménos de treinta años!...

A los quince, libre ya de ayos y maestros, era el *sietemesino* más galan que aspiraba á afeitarse, y dirigia cotillones en los grandes salones de la corte; á los veinte, era un afortunado Tenorio de mala ley, que hacia gala en el Veloz-Club de sus aventuras escandalosas; á los veinte y cinco, era un perdido aristocrático, elegante, modelo, que no retrocedia ante una estocada de mentirijillas, ni ante un *steeplechasse*, ni ante un copo de veinte mil duros, y derrochaba los millones de su mujer, con la misma facilidad con que la varilla encantada de un mágico hace fluir del centro de la tierra tesoros escondidos y guardados por gnomos y salamandras.

A los treinta, habia visto como Salomon *cuncta quae fiunt sub sole*, pero no comprendia como él que todo fuese vanidad y afliccion de espíritu, sino que lloraba como Alejandro, porque no habia otro mundo de go-

ces que disfrutar; y seco su corazon, embotada su inteligencia por el prematuro desarrollo de las pasiones, arruinada su casa por locas prodigalidades, era un fruto podrido que no habia madurado nunca, un hombre en la flor de la vida á quien faltaba el objeto de la vida, un ruinoso despojo del placer y la impiedad, que no interrogaba como Hamlet lo eterno, sino que se arrastraba por todos los rincones de lo terreno, buscando un charco de placeres desconocidos en que zambullirse, y revolcarse y gozar!...

Entónces, por curiosidad, por diversion, por aburrimiento, por encontrar en las tenebrosidades del misterio, algo desconocido que se resolviese en placer y en dinero, se hizo hombre político. Garibaldi le inició en las logias de Milán, y Prim le introdujo en Inglaterra, en el complot que grandes traidores urdian contra el trono de España...

La Revolucion triunfó, y á las agitadas emociones del conspirador, sucedieron en Jacobo las halagüeñas embriagueces del triunfo, las cínicas rapacidades de Pretor romano, las ruidosas apoteosis de arcos de carton y farolillos de papel, á que le llevaban en hom-

bros masas estúpidas arrastradas por su verbosidad, multitudes frívolas que por tener algo de mujer, prendábanse de su gallardía y gentileza, y se prometian llevarle á defender la soberanía popular en los escaños del Congreso, á él, aristócrata orgulloso, tan sólo de nombre renegado, que se reia de ellos llamándoles paletos, babiecas y burgueses mentecatos, y corria al separarse de estrechar sus manos á lavarse, y enjabonarse y perfumarse, para echar léjos de sí aquel insoportable *hedor de la canalla!*...

A poco abríase en su vida un paréntesis negro, tenebroso, ante el cual la maledicencia misma se detuvo aterrada, temerosa de resbalar en un charco de sangre...

Un dia; el 27 de Diciembre, un trabucazo tendió en la calle del Turco, á la audacia más temeraria que dió impulso á la Revolucion. El general Prim habia sido asesinado, y su amigo íntimo, su porta-estandarte, el Marqués de Sabadell, indicado ya para la cartera de Fomento, desaparecia súbitamente de la corte, á la misma hora en que corria la falsa nueva de que las heridas del general no eran de muerte, y se ha-

bian escapado de sus labios terribles revelaciones.

Prim murió, sin embargo, el dia 30, llevándose á la tumba la clave del misterio, y tres meses despues publicaba la *Gaceta* un real decreto, nombrando al Marqués de Sabadell, Ministro plenipotenciario de la corte de España en Constantinopla. «Me he convencido, escribia al Presidente del Consejo el nuevo embajador, que mis disposiciones naturales son para la vida de Oriente, y pongo todas mis ilusiones en el Cairo, Bagdad, Ispahan ó Constantinopla.»

El resultado de estas ilusiones no tardó en presentarse.

Una mañana, la Cadina Saharaí no se asomó á su dorada celosía, para mirar las azuladas montañas del Asia, y la puerta de su kiosko permaneció cerrada. Susurrábase en el palacio, que la noche ántes habia resonado allí un lamento, y vístose dos sombras que se perdian en el laberinto de corredores oscuros, llevando una cosa negra...

El centinela de la torre del mar de Mármara, habia escuchado sobre el agua un golpe siniestro.

A la mañana, al otro lado del Bósforo, apareció en la orilla opuesta el cadáver de un ennuco estrangulado. Desde la embajada española, allá en lo alto de Pera, veíase flotar sobre el límpido azul de las olas, su largo leviton oscuro, ceñido por el zurriago de cuero de hipopótamo, insignia de su clase, que habia servido de dogal.

El embajador no pudo verlo: habia salido aquella noche de Constantinopla con tan grande urgencia, que sólo llevaba por equipaje una pequeña maleta de mano... Y con esta pequeña maleta de mano hemos visto á Jacobo llegar al *Grand-Hôtel*, despues de merodear dos meses por las logias más tenebrosas y los garitos más elegantes de Italia.

El Ministro fugitivo de Constantinopla, hallábase alojado en el cuarto piso del Hôtel, en una habitacion de doce francos diarios, harto opulenta para quien sólo contaba en el mundo con tres millones de deuda al 15 por 100, y sobrado mezquina para lo que juzgaba indispensable á su decoro el Excelentísimo Sr. D. Jacobo Tellez-Ponce Melgarejo, Marqués consorte de Sabadell.

A la luz de un candelabro de cobre que ardia en uno de los extremos de la chimenea, devoraba Jacobo los periódicos españoles que relataban el nuevo cambio político acaecido en España, y los franceses que lo comentaban haciendo pronósticos y formulando juicios. Frecuentes exclamaciones y áun palabras groseras que se escapaban de sus labios, revelaban en él esa sorda cólera que despiertan en el ánimo violento las grandes contrariedades.

Arrojó al fin los periódicos, y agitándose furioso un instante, y apretando los puños lleno de rabia, quedóse largo tiempo pensativo, hundido en la poltrona en que se hallaba sentado, contraida la boca, fruncido el entrecejo, fijos los ojos en el fuego de la chimenea, cuyas movibles llamas prestaban á su rostro un resplandor rojizo.

Hubiérase dicho que meditaba un crímen, y tambien que lo habia decidido, cuando dando un fuerte puñetazo en el brazo de la poltrona, se levantó de repente. El espejo que coronaba la chimenea reflejó entónces su fisonomía descompuesta, y al verse allí retratado, tuvo uno de esos miedos solitarios,

pueriles, que cortan de un solo golpe á la audacia sus alas gigantescas.

Miró en torno suyo: en la alcoba, forrada de papel oscuro, se movia suavemente una cortina, á impulsos del aire levantado por él mismo al volverse. Arrojóse á ella vivamente y la descorrió de pronto, y riéndose entónces de sus miedos infantiles, dirigióse á una gran cómoda de nogal que habia en el fondo.

Sobre ella, hallábase abierta y extendida la pequeña maleta, y en el cajon superior, cerrado con llave que tenia él en su bolsillo, estaba la cartera de viaje. Sacó el gran cartapacio que dentro venia, y púsolo sobre un velador que habia en el centro.

Resonaron en esto pasos en el corredor de fuera, y Jacobo corrió vivamente de puntillas á la puerta, escuchó un instante, y con el menor ruido posible, echó la llave por dentro. Escogió entónces en un pequeño *nécessaire* de viaje un instrumentito con mango de carey, una especie de limita para las uñas, con hoja delgadísima y perfectamente afilada, y púsose á caldearla con gran cuidado en la llama de la chimenea.

Aún vaciló un momento, y miró á todas partes otra vez, y prestó oido atento á los lejanos rumores del *Boulevard*, bocanadas de locura y de placer que escalaban las ventanas, y se decidió por último...

Con ligereza suma introdujo la hojilla caldeada por debajo del lacre del cartapacio, y haciéndola girar lentamente, desprendió el sello tan entero y tan intacto, que de nuevo podia volverse á pegar sin rastro alguno de fractura. Despues, púsolo con grande precaucion en un extremo del velador, sobre una hoja de papel blanco.

Quedó abierto el misterioso cartapacio, y Jacobo, con avidez no exenta de temor, púsose á registrarlo. Dentro venia una carta en italiano, no muy larga, de la misma letra gorda y corrida del sobre, firmada por *Vittorio Emmanuele:* venian tambien otros dos grandes sobres en blanco, sellados con la insignia de la francmasonería, un compás y una escuadra cruzados en forma de rombo, sobre lacre verde.

Mirólos Jacobo por todos lados sin muestra alguna de sorpresa, y con la misma habilidad y ligereza de ántes, arrancó tambien

los sellos de ambos: el primero contenia un gran pliego, escrito de letra menuda, marcados sus párrafos con números romanos, en forma de artículos, y anotados varios de ellos al márgen, por la misma letra gorda de la carta y el sobrescrito.

Jacobo leyó todo ello con atencion, mas sin sorpresa, como si todo lo que allí se trataba le fuera conocido: tan sólo al recorrer los últimos artículos en que el nombre del Marqués de Sabadell aparecia consignado, una sonrisa truhanesca entreabrió sus labios, mientras murmuraba:

—¡Ah pillo!...

Llególe entónces su turno al último paquete, que era el más voluminoso: abriólo con mucho tiento, por haberse pegado una esquinita del sobre, y al punto salieron de él otros dos en blanco, y un tercero en que venia escrito un nombre que hizo á Jacobo pegar un salto, murmurando una de esas palabrotas groseras, familiares en momentos de cólera ó sorpresa, áun á personas que presumen de cultas.

Habíase quedado estupefacto: latíale el corazon, temblábanle las rodillas y revolvia

aquellos papeles con el ánsia temerosa, el gozoso terror, si así es posible sentirlo, del débil hombrecillo que se encontrara de repente entre las manos, fabulosas riquezas de un gigante formidable, que no ha de dejárselas arrebatar. Por dos veces dirigió una mirada furtiva á la puerta, como si temiera verla abrirse á pesar de la llave que la cerraba por dentro.

Habia allí un verdadero arsenal de cartas y papeles comprometedores, importantísimos por los nombres que los firmaban, perfectamente ordenados y clasificados, en una especie de memoria adjunta, en que una pluma muy hábil habia estampado datos interesantes y preciosas observaciones. Era aquello un tesoro de gran valor, una palanca formidable que bien manejada, podia dar al traste en breve tiempo, con gran parte de los políticos revolucionarios que pululaban en España. Eran letras de cambio pagaderas á la vista, que cualquiera podia cobrar en poder ó en dinero.

Todo lo devoró Jacobo línea á línea, letra á letra, pasando por todas las emociones de la sorpresa, el pasmo, el rencor, la esperan-

za, el recelo, hundiéndose ambas manos en su crespa cabellera y apretándose el cráneo, como para impedir que su atencion se distrajese, oprimiendo algunos de aquellos papeles entre sus dedos temblorosos, como si quisiera indicar que eran suyos, que á él solo pertenecian, y nadie en el mundo se los habia de arrebatar: á veces, deteníase un instante, cerraba los ojos, y respiraba con fuerza, como si le faltase el aliento...

Cuando acabó de leer estaba pálido, y la vaga y temerosa mirada que arrojó en torno, expresaba la desconfianza, el temor, que hace creer á todo criminal, áun en medio de un desierto, que le miran y le acechan ojos escrutadores.

Levantóse entónces y comenzó á pasear, haciendo gestos de temor y de alegría, piruetas de niño y de loco, parándose ante el espejo como si quisiese interrogar á su propia imágen, deteniéndose ante el velador para coger las gotas de esperma que se deslizaban á lo largo de las bujías color de rosa, y estrujarlas entre los dedos haciendo bolitas, con ademan reflexivo, imponente, amenazador...

De pronto pareció estorbarle la luz y las mató todas de un soplo; luego abrió la ventana de par en par, y se echó en ella de bruces. El frio era grande, y la muchedumbre siempre compacta de París lo desafiaba, precipitándose por el *Boulevard* entre torrentes de luz, sin detenerse un momento, sin descansar nunca, como un alma réproba condenada por Dios á una fiesta eterna.

Entre los remolinos de aquella muchedumbre y los mil cambiantes de luces de todos colores y reflejos, que asemejaban el *Boulevard* al fantástico escenario de un baile de hadas, Jacobo sólo veia un pensamiento, un plan cuyas primeras líneas se le torcian á cada instante, empujadas por ideas opuestas, por inconvenientes inesperados, por temores fundadísimos que le hacian titubear, gimiendo de dolor como un niño caprichoso á quien quitan de las manos una golosina, rugiendo de rabia como un leon encadenado á quien arrancan de las garras su presa; que esto era para él la idea de devolver aquellos documentos, de no quedarse con ellos utilizándolos en provecho propio, y siendo actor principalísimo en vez de mero instrumento...

¿Mas cómo responder entónces á la reclamacion del terrible propietario? ¿Cómo evitar la sospecha de aquel robo, hecho á un ladron sin duda, pero al fin y al cabo robo? ¿Cómo prevenir la venganza terrible é inevitable que habia de seguirse al descubrimiento?...

Entre las mil mojigangas ridículas de que tantas veces se habia reido en las logias, destacábase entónces en su imaginacion algo terrorífico, algo amenazador, que tomaba forma sensible en aquella palabra misteriosa que siempre habia pronunciado riendo, y recordaba ahora temblando:

—¡*Neckan!*—¡Venganza!...

Preciso era obrar con prudencia, y reflexionar, y pesar, y medir y decidir sin tardanza...

Y como si esperase hallar con el movimiento alguna de esas ideas que se ocurren de repente al volver una esquina, ó brotan en medio del arroyo, lanzóse á la calle despues de encerrar en la cómoda todos los papeles, y siguió por el *Boulevard de Capucines*, y entró por el de la Magdalena, y recorrió luego toda la calle Real, y entróse despues por un laberinto de calles desconocidas, para

volver á las dos horas al Hôtel, rendido, fatigado, sin haber pensado nada, ni decidido nada tampoco...

Porque era Jacobo de esos hombres audaces á la vez que irresolutos, en quienes la reflexion, léjos de allanar el camino al entendimiento que plantea, y tirar de la brida á la apasionada voluntad que se desboca, sólo consigue enredar al primero en intrincadas imaginaciones, y exasperar á la segunda hasta hacerla saltar al fin, de repente, de un golpe, cuando ménos lo requiere la oportunidad y lo aconseja la prudencia. Caracteres por lo general fogosos, impacientes, que obran por brotes más bien que por razonamientos, y tomando por realidades las perspectivas de la imaginacion, edifican sobre ellas fuertes castillos, sin más cimientos que el aire.

Por la escalera, agarrándose á la balaustrada, subia renqueando un viejo, envuelto en un largo y ámplio gaban de mackintosh, capaz de preservar de todas las humedades á un explorador del polo.

Parecióle á Sabadell aquella estantigua el tio Frasquito en persona, y comenzó á subir

ligeramente con la idea de alcanzarlo. Mas el viejo, al notar que le perseguian, zambulló el rostro en su gran cuello de pieles, y ocultando con presteza en el bolsillo del gaban algo que en la mano llevaba, entróse prontamente en el cuarto contiguo al de Jacobo. Quedósele este mirando sorprendido y receloso, y dudando entónces de que fuese el tio Frasquito, entró tambien en su aposento.

En el fondo de éste, habia una puertecita de escape, que dividia en dos un solo departamento, cerrado para ello con doble pasador por una y otra parte. Acercóse á ella Jacobo de puntillas, y púsose á escuchar atentamente. Oyó entónces que echaba un fósforo el vecino, y aseguraba la puerta del corredor cerrando la llave por dentro... Oyó despues acercarse á la débil puertecilla, unos ligeros pasos que no ahogaba del todo la alfombra, y sintió un leve crujido en el pasador por la parte opuesta...

Azorado Jacobo dió un paso atrás, conteniendo casi el aliento, y lanzando una rápida mirada á la cómoda que guardaba los papeles, sacó del bolsillo del pantalon un revól

ver de seis tiros... El vecino le espiaba, y en su acalorada fantasía vió ya el mason traidor, los puñales de todas las logias de Italia, dispuestos á reclamarle el precioso depósito.

El pestillo crujió de nuevo mientras tanto; indudable era que el vecino lo echaba ó descorria, y como natural era suponerlo echado, podia muy bien sospecharse que intentaban abrirlo. La puerta, charolada con gran primor, no presentaba agujero ni resquicio alguno, que permitiera la vista.

Los ligeros pasitos volvieron á resonar otra vez alejándose, y Jacobo tornó á acercarse con el revólver montado y el oido atento. A poco sonó una tos sospechosa: no era la pulcra, perfumada y cadenciosa tos del tio Frasquito, sino una tos asmática, tos de viejo, que recordaba esos crujidos peculiares que anuncian en las casas ruinosas el próximo hundimiento.

Otro ruido extraño vino á aumentar su zozobra: oyóse un ligero golpe metálico, argentino, semejante al de la hoja de un puñal, chocando con precaucion sobre una superficie cristalina ó marmórea: despues,

á intervalos y por largo rato, un ruido sordo, de algo que frotaba con rapidez y ligereza...

Quizá el vecino afilaba el puñal: quizá lo estaba envenenando.

Todo quedó en silencio un breve rato: oyéronse despues los ligeros pasitos en diversas direcciones, tornáronse á acercar á la puerta, sintiéndose tras ella el roce del vecino sospechoso que espiaba, y más tarde, al dar la una en el reloj del Hôtel, oyóse un golpe semejante al de un cuerpo pesado que cae sobre un colchon de muelles; despues un—¡Aaaaaah!—prolongadísimo, un bostezo formidable, que vino á tranquilizar á Jacobo.

Nadie que va á matar se prepara bostezando.

Tranquilo ya entónces, aunque siempre receloso, puso el revólver sobre una mesa, y con el deleite del avaro que revuelve sus tesoros, engolfóse de nuevo en la lectura y exámen de los papeles.

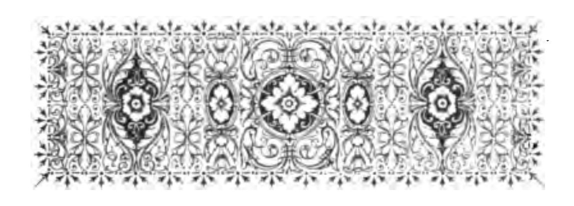
De repente, saltó otra vez azorado en el asiento, echando mano al revólver: en el cuarto vecino habia resonado un salto vio-

lento, pasos precipitados, varios golpes en la puerta, y al punto, una voz cascada, angustiosa, que gritaba en castellano: ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Despues, con el intervalo de un lamento, volvió á escucharse en francés:

—*¡Au secours!... ¡Au secours!...*





IV

De malísimo humor volvió aquella noche al *Grand-Hôtel* el tio Frasquito: habia aguantado dos horas el aristocrático aburrimiento del *Círculo de la Union, sancta sanctorum* del *Faubourg Saint-Germain* masculino, en que tan escasos profanos logran entrada franca, y es por lo mismo objeto codiciado por todos los vanidosos ilustres. Siempre la gallina del vecino nos parece una pava, y bostezar en compañía de los Montmorency y los Rohan, no deja de tener cierto encanto, áun para los que suelen unir sus bostezos á los de los Osunas y los Medinacelis.

Solia quejarse el tio Frasquito con harta frecuencia de dolor de muelas, y aprovechaba esta ocasion para desplegar toda la boca con gesto doloroso, poniendo de manifiesto una magnífica dentadura, limpia, igual y blanca como las teclas de un piano, que le habia costado diez mil francos en casa de Ernest, famoso dentista de Napoleon III.

Lamentábase entónces de sufrir dolores tan acerbos con una dentadura tan sana, y guardábase muy bien de añadir que radicaban estos en cierta muela rezagada, única propia, existente allá en los confines de sus encías, como una piedra miliaria en mitad de un desierto.

La impresion del frio produjole á la salida del Círculo una ligera punzada en la muela fósil, y apretó el paso sobresaltado para llegar pronto al Hôtel y tomar buchadas de elixir, que le librasen de una noche toledana. En mitad de la escalera miró á todas partes con grandes precauciones, y no descubriendo alma viviente que sorprendiera su secreto, sacóse prontamente la dentadura y envolvióla en el pañuelo: esto le aliviaba mucho, y le desfiguraba tanto, que parecia entónces su

fisonomía una burlesca caricatura de sí misma.

El tio Frasquito tenia su habitacion en el piso cuarto, y al llegar al segundo, notó con sobresalto que alguien le seguia por la escalera... Apretó el paso azorado, y mirando con el rabillo del ojo, descubrió al Marqués de Sabadell que subia de dos en dos los escalones, para alcanzarle sin duda. ¡Santo Dios, y qué apuro más grande!...

Zambulló la cara hasta las cejas en el gran cuello de pieles, guardóse prontamente en el bolsillo la dentadura, y apretó á correr hasta llegar sin resuello á la puerta del aposento.

—¡Perrrverrsa suerrte!...

Sabadell le seguia sin descanso, y deteníase al fin á la puerta del cuarto vecino, sin osar acercársele, pero mirándole de hito en hito, extrañado, atento, receloso...

—¡Se tragó la parrtida!—pensó el tio Frasquito. Mañana sabe todo Parrrís que no tengo dientes.

Y afligido con esta idea, entróse atropelladamente en su cuarto, encendió luz y corrió á asegurar la puertecilla de comunicacion por la parte de dentro, temeroso de que el importuno vecino acechase sus secretos.

Este, parecia en efecto abrigar intenciones perversas, porque el tio Frasquito percibia claramente del otro lado del tabique, ruidos extraños, que le desasosegaban, poniéndole nervioso: la puertecilla, sin embargo, no tenia rendija alguna traidora que diera paso á una mirada, y esto le tranquilizó algun tanto.

Tomó sus buchadas de elixir, desaparecióle por completo el dolor de muelas, y púsose á limpiar la dentadura, frotándola con un cepillo de mango atornillado de plata, que producia al chocar contra el cristal ó el mármol del lavabo, sonidos metálicos.

Hecha esta operacion, comenzó el tio Frasquito á desprenderse de sus accesorios componentes para meterse en la cama; mas ántes, de puntillas y ya en mangas de camisa, hizo un tercer viaje de exploracion á la puertecilla sospechosa: el vecino parecia tranquilo, y el tio Frasquito emprendió el viaje de vuelta, dando largas y sigilosas zancadas, y tarareando muy bajo, con pueril satisfaccion, aquello de Campanone:

Tranquila está la venta,
No se oye ni un mosquito...

Quitóse con grandes precauciones la per-

fumada peluca, y calóse prontamente un gorro de dormir de forma piramidal, terminado en una borlita: un sencillo y majestuoso *casque á mêche*, de aquellos que recomendaba Jerónimo Paturot á sus parroquianos, por usarlos así Mr. Víctor Hugo. Sabido es que el *bonnet de nuit* es entre los franceses una veneranda institucion social, que nivela todas las cabezas, como las niveló en otro tiempo la cuchilla de la guillotina. Felipe Augusto y el último de los albigenses, aparecian tan iguales á la sombra del primero, como Robespierre y Luis XVI aparecieron siglos despues, bajo el filo de la segunda.

Media hora larga tardó el tio Frasquito en desarmarse del todo, y cuando envuelto en su largo camison se dejó caer en la cama, hubiérase dicho que el tio Frasquito que se acostaba, era la raíz cúbica del tio Frasquito que rellenado y compuesto, se exhibia por todas partes.

A la luz de la palmatoria que sobre la mesilla de noche ardia, púsose á leer, segun su costumbre, una novela del Vizconde d'Arlincourt, para conciliar el sueño. Gustábale el género romántico, y pasábansele á veces las

noches de claro en claro, cual si tuviese quince años, compadeciendo los dolores de alguna Clarisa, ó participando de las ternezas de algun Adolfo. La primera cabezada del sueño, hízole dar con las narices en la mesilla de noche, y el libro rodó por el suelo: inclinóse, sin embargo, á recogerlo, porque el capítulo era interesante y queria terminarlo.

A poco un fuerte olor á trapo quemado llegó á sus narices, haciéndole incorporarse con sobresalto, temiendo los riesgos de un incendio. Miró á todas partes: nada se descubria por ningun lado que denunciase el voraz elemento, y sin embargo, el tufillo á trapo quemado seguia dándole en las narices con progresiva persistencia.

Asomó la cabeza fuera de las cortinas del lecho, miró bajo la almohada, entre las mantas, en la fosforera de porcelana que sobre la mesilla tenia... ¡Nada! ¡nada! Quizá habia caido alguna prenda de vestir en la chimenea: algun calcetin, algun pañuelo...

El tio Frasquito saltó fuera de la cama y corrió allí muy alarmado... ¡Tampoco!... El fuego ardia en la chimenea moderadamente,

y la espesa *grille* metálica que la cerraba, no permitia el paso á ninguna brasa.

—¡Cosa más singularrr!...

¿Seria quizá en el cuarto del vecino, ó en el corredor de entrada, ó tal vez en el *Boulevard*, algun incendio formidable que hiciera penetrar á través de las maderas sus inflamados miasmas? El tio Frasquito corrió primero á la puerta de entrada, á la de comunicacion luego, y á la ventana por último, sin encontrar rastro alguno de incendio, con las narices abiertas, olfateando siempre, y percibiendo mientras más se movia de una á otra parte el alarmante tufo más marcado.

—¡Perrro señorr, qué se quema?... ¡Si esto parrrece cosa de magia! pensaba el tio Frasquito en camisa en mitad del aposento, con los brazos cruzados, el cuello tendido, y dirigiendo á los cuatro ángulos sus narices dilatadas y sus ojos muy abiertos.

Parecióle entónces sentir un calorcillo alarmante en lo alto de la cabeza, y miró al techo... ¡Nada tampoco!... Volvióse rápidamente, y un grito de espanto se escapó de sus labios, al verse frente á frente de un espejo... En él se reflejaba su estrafalaria figura, cu-

bierta por el largo camison, y coronada por el gorro de dormir, en cuya punta brillaba una rojiza llamita... ¡Cielo divino... allí estaba el incendio!!...

El miedo no raciocina nunca, y el que sintió el tio Frasquito impidióle comprender que la borlita del gorro se habia inflamado en la palmatoria, al inclinarse para recoger del suelo el malhadado libro... Perdió, pues, del todo la cabeza el pobre viejo, lanzóse al timbre eléctrico, corrió luego á la puerta pidiendo socorro, y aporreando despues la de Jacobo, gritó de nuevo:

—¡*Au secours!*... ¡*Au secours!*...

Abrióse entónces violentamente la puertecilla, y apareció en ella Jacobo, revólver en mano... Imposible era reconocer al tio Frasquito en aquel esperpento, y Jacobo no vino en la cuenta de quién era, hasta que tendiendo el fantasma hacia él los brazos abiertos, gritó angustiado:

—¡Jacobo!... ¡Jacobo!...

Este, sin comprender nada todavía, dióle por primera providencia un gran sopapo en la cabeza, y el gorro inflamado rodó por el suelo, dejando al descubierto una calavera

monda y lironda, blanca y reluciente como un melon invernizo.

Fué todo aquello una grotesca escena de sainete acaecida en un segundo, y sin embargo, aquella pequeña y ridícula trivialidad de la vida, decidió para siempre de la suerte de Jacobo...

El criado de servicio en aquel departamento, llamaba, atraido por el timbre, á la puerta del cuarto: comprendió entónces el tio Frasquito lo ridículo de la situacion, y cada vez más angustiado, calóse prontamente una gorra de pelo, envolvióse en un abrigo de pieles, púsose la dentadura, y refugióse en el aposento de Jacobo, diciéndole á éste medio lloroso y suplicante:

—¡Contesta tu Jacobito!...—¡Que no me vean!...

Entónces, de repente, entre la espesa bruma de temores y perplejidades que envolvia la mente de Jacobo como una cerrazon del océano, paralizando su natural audacia, brotó un punto luminoso... El tio Frasquito era rico, influyente, tenia entrada en todas partes, y aquella ridícula aventura le ponia en su poder atado de pies y manos, dadas las

femeniles manías del presumido viejo. Las torcidas líneas de su plan comenzaron al punto á enderezarse, y una idea germinó al fin en su mente, vaga todavía é indecisa, pero visible ya, como el capullo del gusano de seda á través de su sedosa borra.

Despidió al criado, disculpando al tio Frasquito con una alarma infundada, apagó el gorro todavía inflamado en la jofaina llena de agua, abrió un poco la ventana para renovar el aire, y volvió presuroso á su cuarto, donde el tio Frasquito le aguardaba.

Este, sosegado ya y tranquilo, hallábase arrellanado en la poltrona, al calor del fuego: cuando entró Jacobo, examinaba atentamente con aire de aficionado, los tres sellos de lacre arrancados á los cartapacios por el mason traidor, y olvidados en su azoramiento encima de la mesa.

Los papeles estaban á buen recaudo, encerrados bajo llave en la cómoda del fondo.

—¡Qué alboroto más necio!—exclamó el tio Frasquito al verle.

Y queriendo atenuar lo ridículo de la escena, no dándole inportancia alguna, añadió en seguida:

—¿Qué sellos son estos?...—No los conozco...

El tio Frasquito coleccionaba sellos diplomáticos, segun ya dijimos, y tenia un álbum de curiosos ejemplares que compraba á precios muy subidos. Dias ántes, habia pagado doscientos francos por un sello antiguo de cera, de Yakoub Almanzor, que ostentaba en letras árabes esta hermosa leyenda: *Que Dios juzgue á Yakoub, como Yakoub haya juzgado.*

—La corrrona esta es de Italia: corrrona rreal sobre la cruz de Saboya—prosiguió el tio Frasquito. Uno idéntico tengo de Víctor Manuel—perrro, estos otros no los conozco...

Embarazado Jacobo al ver en manos del tio Frasquito aquella prueba flagrante de su atentado, no contestaba, y el viejo, volviendo y revolviendo en todas direcciones los dos sellos verdes, preguntaba sin cesar:

—¿De quién son?...—¿Te sirven?

Jacobo más y más embarazado, contestó por decir algo:

—¿A qué no lo aciertas?...

—¡Tomá!—exclamó de repente el tio Frasquito. ¡Ya lo creo! El compás y la es-

cuadra y la rramita de acacia en medio... ¡Torrpe de mí! ¡Si esto huele á logia que trasciende!...

Jacobo se echó á reir forzadamente, y el tio Frasquito, con el ardor de un *amateur* que tropieza con una ganga, añadió entusiasmado:

—Pues me los vas á darr, Jacobito.—De estos no tengo ningunos, y son curriosísimos... Supongo que no te serrvirán: á lo ménos uno me llevo...

¡Cosa extraña y sin embargo harto comun en caracteres como el de Jacobo! Cuatro horas llevaba este batallando consigo mismo sin osar decidirse, y de repente, en un momento, con cuatro palabras tan sólo quemó sus naves y decidió su suerte.

—Llévate los tres si quieres—dijo encogiéndose de hombros.

¡Alea jacta est!... Una vez entregados los sellos, imposible era colocarlos en su lugar y devolver los papeles, conservando copia de ellos, como habia sido su primera idea, y hacíase preciso correr los riesgos de aquel audaz atentado, sin que hubiese ya lugar al arrepentimiento. Aquel punto luminoso le

deslumbraba sin duda, ó el capullo de su idea iba poco á poco aclarando la borra nebulosa en que ántes aparecia envuelto.

El tio Frasquito no se hizo repetir la invitacion: envolvió los sellos con gran cuidado en el papel en que se hallaban puestos, y guardóselos prontamente en el bolsillo, como si temiese que Jacobo revocase la dádiva. Este le miraba hacer con una extraña sonrisa, y cuando el terrible papelito desapareció en el bolsillo del viejo, murmuró en lengua turca:

—¡Olsum!... (1).

Y levantándose de pronto propuso al tio Frasquito pedir un *bowl de punch* bien caliente. Excusóse éste dando por pretexto lo avanzado de la hora: mas Jacobo, con frases cariñosas y expresivas y cierto aire melancólico, que sentaba muy bien á su varonil hermosura, le instó á que se quedase. ¿Iba á negarle aquel rato de expansion?... ¡Estaba tan triste, tan abatido, tan solo en el mundo!...

Miróle el tio Frasquito extrañado, y la curiosidad, que es la fuerza de resistencia más

(1) Amen.

sufrida que se conoce, le clavó en el asiento... Quizá iba á despejar la X misteriosa que se debatia aquella misma tarde en la terraza del *Grand-Hôtel,* la incógnita que representaba la presencia intempestiva de Jacobo en París, abandonando su embajada de Constantinopla. El tio Frasquito recordaba haber aprendido en el colegio Imperial, allá cincuenta años ántes, aquello de Horacio: *¿Fecundi calices quem non fecere disertum?* y el ponche fué aceptado con disimulado entusiasmo.

Horacio no se equivocó en efecto: Jacobo comenzó *inter pocula* sus confidencias hablando lentamente, muy bajo, á retazos, como un hombre agobiado de pena, que destila gota á gota por los labios, la amargura que inunda su alma... Abrumábale el peso de un remordimiento, de una espantosa catástrofe de que habia sido él causa involuntaria, obligándole á huir de Constantinopla con el corazon hecho pedazos y la conciencia salpicada de sangre...

El tio Frasquito pegó un brinco en el asiento, abriendo los ojos tamaños, y Jacobo inclinó la cabeza entre las manos, mirando aten-

tamente su copa vacía y guardando silencio.

—¡Hombre, hombre... eso es serio!—murmuró el viejo asustado; y como viese que el otro prolongaba su silencio, tiróle de la lengua diciendo:

—Seria cuestion de faldas sin duda...

—O de pantalones, que para el caso vienen á ser en Turquía lo mismo,—replicó Jacobo.

Y de repente, de un tiron, con el violento esfuerzo de un hombre que arroja léjos de sí un peso que le abruma, refirió con todos sus detalles, la terrible historia de la Cadina Saharaí... El tio Frasquito escuchaba con la boca abierta, encogiéndose, encogiéndose en la poltrona, convencido de su pequeñez, á medida que lo novelesco y lo terrible agigantaban en su imaginacion la figura del héroe de aquella aventura legendaria, de que era el primer confidente y esperaba ser futuro cronista... Y á la idea de ser el primero en lanzar á los cuatro vientos de la publicidad la trágica aventura, el tio Frasquito se alargaba, se alargaba en la poltrona, hasta hombrearse con el héroe, como la sombra se hombrea con el cuerpo, y el eco con la música,

y Homero con Aquiles, y el inmortal Virgilio con el divino Eneas. ¡Y pensar que era ya demasiado tarde, para correr de casa en casa aquella misma noche dando la noticia!...

Jacobo leia en la cara de Babieca del tio Frasquito lo que allá para sus adentros iba pensando, y no pudo contener una sonrisa de triunfo, al ver conseguido su primer intento. Al dia siguiente, la historia de la Cadina correria por París entero, justificando gloriosamente su fuga de Constantinopla, y rodeándole á él de la aureola de lo novelesco, de lo absurdo, de lo imposible; pedestal el más alto sobre que suele colocar sus ídolos de un dia, el público de papanatas ilustres que anda á caza de novedades y cuentos.

Harto conocia Jacobo aquel público, y necesitaba y le bastaba un solo dia, para asentar seguramente el pié en el nuevo terreno á que sus planes le llevaban. Quiso, sin embargo, remachar el clavo, y levantóse sin decir palabra, fuése á la maletilla abierta sobre la cómoda, revolvió un poco, y arrojó despues sobre el velador, delante del tio Frasquito, un pequeño objeto, diciendo:

—¡Unico recuerdo de mi idilio de Oriente!...

Era una babucha; pero una babucha inverosímil por su tamaño, de raso blanco, con puntera de filigrana de oro, y lazos de pluma de cisne sujetos con esmeraldas: una preciosidad artística cortada sin duda alguna á la medida del pié de una hada, y hecha más bien que para encerrar un pié humano, para guardar joyas y dijes sobre el tocador de una dama...

El tio Frasquito se quedó pasmado, viéndose otra vez chiquitito, chiquitito como el *little man* Cárlos Statton, que podia bañarse en aquella ponchera, y figurándose á Jacobo alto, alto como el Napoleon de la columna Vendôme, que mira á los hombres por la coronilla...

Un deseo irresistible, tentador, nació entónces en su alma, y se detuvo en sus labios tímido y respetuoso. Hubiera dado su más preciada joya, su dentadura misma de Ernest, por tener tan sólo veinte y cuatro horas aquella presea de la Cadina, y pasearla por todos los salones y enseñarla á todos los curiosos, desempeñando así un *bout de rôle,* en aquella novelesca tragedia que habia de ser al dia siguiente tema obligado de todas las conver-

saciones. París entero correria á postrarse ante aquel exótico zapato, y él seria entónces el sumo sacerdote que mostrase la reliquia á la turba de noveleros.

Y como si Jacobo leyese en su frente aquel deseo, y desde las alturas de la columna de honor en que el viejo le colocaba, se dignase realizarlo, le dijo de pronto:

—Tio Frasquito...—hazme un favor...

—¿Qué?...

—Guárdate eso...

—¡Perrro hombrre!...

—¡Sí, sí!... Llévatelo y que no lo vea más... Para mí es un recuerdo triste, y para ti es un *bibelot* curioso, que puedes colocar encima de tu mesa...

—Perrro Jacobito, hijo... no sé si debo...

—Sí debes, hombre, sí debes... Ahí llevas la zapatilla de Ceneréntola; el dia en que encuentres una mujer que pueda calzársela, ese dia me la devuelves.

—Pues entónces es mia para siempre,—replicó el tio Frasquito encantado. No creo que fuerrra de Turrquía, se calcen las mujerrres con hojas de lirrrio...

Despidióse, al fin, el tio Frasquito de Ja-

cobo, con las mayores muestras de cariño, y no bien se vió á solas en su cuarto, comenzó á examinar la babucha por todos lados, acabando por meter dentro las narices... Retiróla sin embargo al punto, haciendo un gesto de disgusto: no encontraba allí aquel suave perfume de Smyrna, mezcla de aloe y de incienso, que se figuraba él habia de dejar donde quiera que se posase el pié de una odalisca: léjos de eso, olia mal, muy mal,—y el tio Frasquito fruncia la boca y arrugaba las narices,—olia á una cosa rara, así como mezcla de cuero sin adobar, y engrudo medio podrido...

Miró entónces á la suela, y estaba esta limpia, flamante, como si jamás se hubiera puesto en contacto con el suelo, ni sufrido la presion de la más ligera golondrina... ¡Hum!... ¿Si resultaria despues de todo que el tal Jacobito era un grandísimo embustero, que le habia encajado una sarta de mentiras?...

Y pensando en esto el tio Frasquito, quedóse largo rato inmóvil, mirando atentamente la suela del zapato, como si interrogase á la Esfinge... Encogióse, al fin, de hombros: despues de todo, aunque la reliquia resultase

apócrifa y tuviera que ver con la Cadina, lo que sus calzones de él con los del gran Turco, nada se perdia en ello... *Si non'e vero é ben trovato.*—¡Mayores *pamphlets,* habia visto él correr por el mundo!...

De pronto se acordó de una cosa importantísima, y corrió á dar discretos golpecitos en la puerta de Jacobo: este, con su truhanesca sonrisa estereotipada sobre los labios, ocupábase en aquel momento en esconder en el último rincon de la maleta, la babucha compañera de la regalada al tio Frasquito... La historia de la Cadina era cierta; mas la babucha, habíala comprado él en el Gran Bazar, por mero capricho, á uno de esos viejos turcos de rostro impasible, ojos de vidrio, enorme turbante y caftan naranjado, que recuerdan todavía en la Constantinopla moderna, los tiempos de Bayaceto y Soliman el Magnífico. El tio Frasquito asomó tímidamente la cabeza diciendo:

—Jacobo, Jacobito... dispensa... Me parrece lo mejor, que no digas nada de aquello...

—¿Y qué es aquello?

—Pues hombrre, aquello... Lo del gorrro; lo del incendio...

—¡Ah, ya! ni siquiera me acordaba.

—¡Pues clarrro está! Es una tonterrría... ¡Perrro ya tú ves; la gente es tan necia!... Se rrie de todo, y lo pone á uno en rridículo...

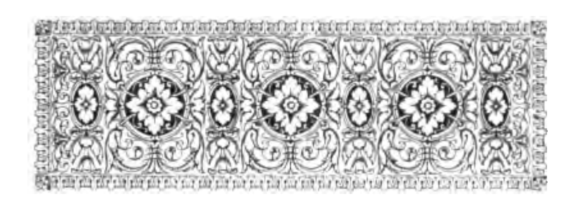
—Descuida, hombre, descuida...—¿A quién voy yo á contar semejantes sandeces?...

—Pues buenas noches, Jacobito... Dispensa... Si ocurre algo, pega en el tabique... Yo tengo el sueño de un pájarrro; en eso parrrezco un viejo...

El tio Frasquito acostóse al fin muy satisfecho, pensando en mañana, y al apagar la luz, esta vez con grandes precauciones, tuvo un escalofrio de espanto... Parecióle que se arremolinaban las tinieblas en medio del aposento, y surgia de ellas mismas el ennuco estrangulado, con el dogal al cuello, los ojos fuera de las órbitas, el paso lento, la mano extendida, fria, yerta, que se alargaba, se alargaba hacia él... y le tiraba de las narices.

El tio Frasquito se tapó la cabeza con la sábana, apretó mucho los ojos, y por tres veces se santiguó muy de prisa.





V

EL certámen de belleza femenina, celebrado primero en Spa, y luego en Buda-Pesth, despertó en la Condesa de Albornoz la felicísima idea de hacer circular por toda la Europa artística y civilizada, la suya propia. Verdaderamente era para ella una desgracia llamarse Albornoz, porque de ser su nombre ménos ilustre, hubiera corrido á la capital del antiguo reino de los Estéban y Vladimiros, á disputar el premio de hermosura, á Cornelia Szekely, la húngara laureada.

No pudiendo, pues, ganarlo en persona, ideó ganarlo en efigie, discurriendo para ello hacerse retratar por Bonnat, y enviar la obra

maestra de Exposicion en Exposicion, para que apoderándose de ella el buril y la fotografía, no quedara rincon del mundo en que se ignorase que la Condesa de Albornoz tenia los ojos, segun la frase de Diógenes, pasados por agua. Así y todo, creíalos ella, allá en las morbosas excitaciones de su amor propio, capaces de realizar el sueño de Alejandro y de Napoleon: someter el universo.

Esta idea trascendental deteníale en París desde el mes de Noviembre, y tres veces por semana dignábase *poser,* para bien de la humanidad, en el estudio del gran artista. El retrato debia de estar concluido para la próxima Exposicion de Viena, y costábale el caprichito la friolera de cuarenta mil francos. Carillo era sin duda; ¿pero para qué, si no, le habia dado Dios el dinero?...

Aquella mañana habia enviado Currita un recado á Bonnat para que no la aguardase, á causa de tener que acompañar á S. M. la Reina á la capilla expiatoria del *Boulevard* Haussman. Las once habian dado ya en el reloj del *Grand-Hôtel*, y Kate, la doncella inglesa, prendia con dos largas agujas de oro en la cabeza de Currita, la riquísima mantilla

española de encajes, con que se proponia la dama quitar la devocion á los pocos que la tuviesen en las honras fúnebres del infortunado Luis XVI.

La Duquesa de Bara habíale ya avisado con su doncella que la estaba aguardando, para ir juntas al palacio Basilewsky, y Currita, nerviosa é impaciente, preguntaba sin cesar á Kate, si el Sr. Marqués no habia vuelto.

—No señora,—respondia la doncella.

—¿Pero á qué hora salió?...—¿Cómo ha madrugado tanto?...

—Si no ha salido...

—¿Pues cómo es eso?...

—Porque desde anoche no ha vuelto.

—¡Ya!—exclamó Currita.

Y mirándose en el espejo, se arregló con sumo cuidado, un rojo ricito que con gran prudencia encubria sobre su frente una manchita de pecas.

La Duquesa de Bara, cansada de aguardar, llegó en busca de la perezosa.

—¿Pero Curra, qué haces?...—Mira que la Reina estará aguardando,

—¡Vamos, vamos Beatriz!...—Parece que

no conoces á la Señora: las doce nos darán sin salir de la Cámara.

Y observando que completaba tambien la *toilette* de luto de la Duquesa, una mantilla española, exclamó muy alborozada:

—¡Mujer, hemos tenido la misma idea!... ¡Qué delicia!... *Les grandes esprits se rencontrent...*

—Para representar á España, no se podia ir de otra manera... Lo que siento es no haber pensado en el abanico...

—Pues por lo mismo compré yo ayer uno... Míralo: no es feo... ¿Quieres otro igual? Kate te lo traerá en un momento: lo compré en *La Compagnie Lyonnaise*, ahí á la vuelta de la esquina.

La Duquesa, ante la perspectiva de un abanico gratis, sintió aminorarse su prisa. Era un abanico muy bonito, de nácar quemado muy oscuro, con país de seda negra. Kate lo pagaria en la tienda, y ella se olvidaria de seguro de pagarlo á Kate; porque en estas cosas de pagar era la Duquesa mujer muy distraida... Al salir Kate, avisó que el Sr. Marqués habia vuelto.

—Dispensa un momento, Beatriz,—excla-

mó vivamente Currita. Voy á decir adiós á Fernandito.

La Duquesa hizo un gesto de complacencia íntima, ante la ternura conyugal de su amiga.

—¡Qué par de tortolos!—dijo. Te aseguro que me das envidia.

Y Currita, con patética entonacion, contestó desde la puerta:

—Verdaderamente que es un don del cielo, no haber tenido en catorce años de matrimonio un solo disgusto.

Fernandito acababa de llegar, y á la verdad que no eran sus trazas de haber estado rezando el rosario. Traia en pié el cuello del gaban, ajada la camisa, un apabullo en el sombrero, rojos é hinchados los ojos, y trascendíale el aliento á vino trasnochado. Quedóse muy sorprendido y turbado á la vista de Currita, y con la forzada sonrisa del escolar que encubre una picardihuela con una mentira, le dijo:

—He estado á ver los antropófagos... en el Jardin de las Plantas.

Ella, con tiernísima solicitud, exclamó muy alarmada.

—¡Jesus, Fernandito, me dan miedo esas cosas!... ¿Están sueltos?... ¿Muerden?...

—¡Cá, no!... Si son unos negros cualquiera... ¡Más feos!...

Y se abrochaba con disimulo el gaban para ocultar á Currita que llegaba su consideracion á los antropófagos, hasta el punto de visitarlos á las diez de la mañana, de frac y cobarta blanca. Ella, con su sencillez columbina no reparaba en esto, y se apresuró á preguntar con ingenuidad adorable:

—¿Hiciste mi encargo?...

—¿Qué encargo?...

—¡Pues me gusta!...—¿No te dije que fueses á ver á Jacobo Tellez?...

—¿A Jacobo Tellez?... ¿Y quién es Jacobo Tellez?...

—Pues hombre, Jacobo Sabadell; el marido de mi prima Elvira.

—¡Ah, ya!...—Si yo creia que se llamaba Benito...

En los claros ojos de Currita brilló un relámpago de ira, y á poco más, pierde su mansedumbre.

—Y aunque se llamara Policarpo—excla-

mó. ¿Es razon esa para no hacer lo que te digo?...

—Pues nada—hija, se me olvidó... ¿Qué hemos de hacerle?...

—¡Ir ahora mismo!—¿Te enteras?... Y convidarlo á almorzar... Mira que á mi vuelta he de encontrarlo aquí contigo.

—Bien—hija, descuida; así se hará... ¿Dices que se llama Benito?...

—¡Dale con Benito!... Se llama Jacobo, y es un muchacho distinguidísimo, á quien quiero que consideres como mi primo que es.

Currita disertó un momento sobre el amor de la familia, y el imperioso deber que tiene todo ciudadano de estrechar estos lazos venerandos, y dejando ya convencido á Fernandito, marchó á reunirse con la Duquesa.

Al subir al carruaje ambas damas, apareció el tio Frasquito presuroso, muy lozano, pulcro y resplandeciente, haciéndoles señas de que le aguardasen. Subió con ellas al coche, sacó del bolsillo una curiosa cajita de carton y púsola sobre sus rodillas. Las damas le miraban atónitas, y él sonreia picaresco: levantó al fin la tapa con mucho mis-

terio, y entre perfumados papeles de seda apareció la babucha.

Mientras tanto, Jacobo, sin salir de su aposento del *Grand-Hôtel,* daba vueltas á su proyecto. La claridad de juicio va en razon directa de la conveniente distancia á que se contemplan los hechos, y al despertar aquel dia, libre ya de las perplejidades y angustias que atormentaban su ánimo, pudo apreciar su situacion con exactitud verdadera.

Las líneas de su plan aparecieron entónces claras y firmes en todos sus contornos, á la manera que despues de una inundacion y cuando las aguas ya se retiran, aparece distintamente la altura de los collados, y lo extenso de los llanos y lo profundo de los valles. Encontróse entónces Jacobo con que sus collados eran montañas, y sus llanos desiertos y sus valles abismos...

Y lo peor del caso estaba, en que el primer abismo que se abria á sus pies y le era forzoso salvar, habíalo abierto él con sus propias manos la noche ántes, por jugarlo todo impremeditadamente á una sola carta, olvidando que era su juego de cartas dobles y complicadas. Porque la babucha comprada

en el Gran Bazar y la necedad del tio Frasquito, iban á colocarle aquel mismo dia en lo alto de la columna del escándalo, en la gloriosa picota de la Moda, que asentaba esta vez sus cimientos sobre los cadáveres de dos seres degradados, muerto el uno con un dogal, cosida la otra á puñaladas y arrojada en un saco de cuero, sin espirar todavía, viva y palpitante, en lo profundo del mar de Mármara.

Mas desde aquella columna donde se podian dictar leyes al mundo del fausto y del escándalo, sólo se lograba inspirar desprecio y repugnancia invencible, á ese otro mundo, no más pequeño, pero sí más desconocido, de la honradez y la virtud, y justamente en aquel mundo callado y oculto era donde se escondia la persona que á toda costa necesitaba él en aquellas circunstancias... ¿Y quién ponia ya diques al viento? ¿Quién sujetaba al tio Frasquito, que babucha en mano recorria ya las calles de París, en busca de un pedacito de celebridad, de un solo rayito de la aureola del héroe?...

Preciso era tirar por otro camino, y la casualidad trajo á Jacobo quién habia de indi-

cárselo. Era éste Diógenes, que acudia muy de mañana atraido por el dinero que se le figuraba traer el plenipotenciario, como los buitres acuden al olor de la carne muerta.

Diógenes no era como Sabadell, que jamás se apeaba de su papel de gran señor, y lo mismo gastaba en boato y en caprichos en tiempo de las vacas gordas que en tiempo de las flacas, con la sola diferencia de pagar en los de aquéllas y no pagar en los de éstas. Diógenes, por el contrario, vivia en una modesta *maison meublée,* y sentábase de diario á la primera mesa que hallaba puesta, sin esperar á que le invitasen, por cierta especie de derecho de cuchara que garantía su poquísima vergüenza; por una tradicion constante que la inveterada costumbre habia convertido en ley escrita en las pandectas de la capigorronería madrileña. Cuando tenia dinero lo derrochaba espléndidamente, y cuando no lo tenia pedíalo prestado, con la intencion jamás retractada de no pagarlo nunca, segun su axioma favorito: Cobra y no pagues, que somos mortales.

Aquella mañana habíase propuesto almorzar con Jacobo, y llevárselo despues al *Petit-*

Club, á tirar de la oreja á Jorge, con ánimo deliberado de darle por el camino algun *sablazo* bien dispuesto.

Su sorpresa fué pues, grande, cuando Jacobo, con la austeridad de un San Pablo primer ermitaño, y la fortaleza de un San Antonio en el desierto, se negó rotundamente á salir del Hôtel, diciendo que habia jurado no pisar el impuro suelo de París, que jamás tomaria en la mano una carta, y que no pareciéndole ya conveniente marchar á Madrid, á causa del cambio político, habia decidido salir á la mañana siguiente para Biarritz, donde pensaba intentar una reconciliacion, con—¡Polaina!—¡con su mujer!!!...

Escuchábale Diógenes en silencio, mirándole de hito en hito, clavados en sus ojos los suyos abotagados por la borrachera continua. Cuando acabó de hablar, díjole muy serio:

—¡Vamos!...—Tú dices lo del gitano del cuento. ¡Señó! Toos pien el pan de cada dia... Yo sólo pio que me pongan donde lo haiga, que ya yo me arreglaré...

—No te entiendo...

—Pues vaya más claro... Tú dices: mi mu-

jer ha ganado su pleito con la Monterrubio, y tiene una porcion de miles de renta... Yo tengo el hambre del hijo pródigo; pues me voy allá y me como el ternero...

Alborotóse Jacobo al oir tan fielmente expresado, parte al ménos de su pensamiento, y con aire de dignidad ofendida, exclamó:

—Te aseguro...

—¡Vamos, Jacobito!...—¿Si conoceré yo á los cojos en el modo de andar?...

—Te digo...

—¿Si sabré yo el lino que cardo, Jacobito?...

—Cree lo que quieras; pero yo...

—Si querrán los pollos engañar á los recoberos, pichon dorado... Mira, niño: ni tú tienes vergüenza ni yo tampoco; pero para ser pillo, lo primero que se necesita es talento; y cuando tú vas, ya estoy yo de vuelta. ¿Estamos?...

La dignidad sublevada de Jacobo pareció sosegarse mucho, y despues de un momento de silencio, preguntó:

—¿Segun eso, te parece mi plan un disparate?...

—¿Un disparate?—Para ti un negocio redondo; para ella un robo á mano armada.

—¿Y crees que Elvira?...

—¿Se dejará robar?... ¡Pues ya lo creo!... Lo que es por ella, en cuanto le guiñes el ojo... Si te quiere, hombre; te quiere lo mismo que el primer dia en que la engañaste. ¡Mentira parece!...

—Pues entónces...

—Entónces, queda el rabo por desollar.

—¿Y de quién es ese rabo?...

—Amigo mio... del P. Cifuentes.

—¡Ya!... Ya me lo habian dicho.

—Pues no te engañaron.

Quedóse Jacobo un momento pensativo, y rascándose despues levemente la cabeza, añadió con su truhanesca sonrisa:

—Entónces... será preciso confesarse con el P. Cifuentes.

Diógenes se puso muy serio.

—Mira, Jacobo—le dijo... ¿Me ves tú á mí?... Soy un truhan, un borracho, un pérdis, que todo lo que no sea matar, todo lo he hecho... Pues para que veas; las cosas de Dios yo las respeto... Las respeto, porque lo mamé. ¡Polaina! lo mamé con la leche... No soy bueno, porque no quiero jorobarme siéndolo; pero al que se joroba y lo es, yo lo ve-

nero; que no porque merezca yo un presidio, dejo de conocer que hay quien merece la gloria; y no porque me revuelque en un lodazal, dejo de ver que hay estrellas en el cielo...

Jacobo escuchaba estupefacto la extraña salida de Diógenes, que pronunciaba su arenga babeando la ancha bocaza, dando golpes ora en su propio pecho, ora en la mesa.

—¿Y á qué viene todo eso?—preguntó al fin Jacobo.

—¿A qué?...—A que dejes tranquila á tu mujer, porque sólo con pensar en ella la manchas.

—¡Pues me hace gracia!...—¡Valiente paladin le ha salido á la Elvirita!... ¿Y dónde han hecho ustedes su compadrazgo? Supongo que no será en el confesonario del P. Cifuentes.

—No por cierto...—La veo y la he sabido apreciar, en casa de María Villasis, que es su amiga íntima.

—¿Con que amiga íntima de tu íntima amiga la Villasis?... ¡Ahora lo entiendo!... ¿Y qué hace esa perfecta viuda, como la llama-

ba la de Bara en otro tiempo?... Supongo que te habrá sucedido con ella, lo que sucede con los perros chinos, que de puro feos hacen gracia... ¿Y mi mujer será sin duda vuestra confidente?...

—¡Alto ahí, canalla, ó te rompo el morro!—exclamó Diógenes poniendo su formidable puño en las narices mismas de Jacobo. ¿Qué es lo que buscas tú?... ¿Dinero?... Pues ahí tienes á la de Albornoz; una... pelona como tú, que te dará lo que quieras... ¿Qué más te da llamarte Jacobo, que *Monsieur Alphonse?*...

¡Oh!... Jacobo se incomodó esta vez de veras, porque jamás le habian refregado por la cara una verdad tan áspera. Contúvose, sin embargo, porque sabia cuán terribles eran las embestidas de Diógenes, y con forzada sonrisa contestó:

—Mira, Diógenes,—la borrachera de ayer te dura todavía... ¿En qué cabeza cabe sino en la tuya de bala rasa, que fuera yo á venderme á mi mujer por un puñado de duros?...

—Amigo, cuando no dan más en la puja, hay que decir lo del otro gitano del cuento...

Se confesó de haber robado tres pesetas, y el cura le dijo: ¿No te da vergüenza, infeliz, de condenarte por tres miserables pesetas?...

—¿Y qué queria V. que *jiciese*, si no habia más?...

Aquí interrumpió la disputa el Marqués de Villamelon, que entraba restaurado ya por completo de sus desperfectos de la mañana. Al verle Diógenes, cogió prontamente un periódico y púsose á leer junto á la chimenea, en el lado opuesto.

El Marqués fuése derecho á Jacobo, que ceremoniosamente se levantaba para recibirle, y apretándole ambas manos, díjole con grande afecto:

—Adiós, Benito. ¿Cómo te va?... Tú siempre tan famoso...

Y con protectora afabilidad, dióle dos cariñosas palmaditas en el hombro izquierdo.

—Dispensa que no viniera á verte ayer, Benito,—prosiguió Villamelon sentándose. Pero en este París, ¿me entiendes? no hay tiempo para nada... Curra te espera á almorzar. ¿Lo sabes?... A las dos: un poco tarde quizá; pero hoy está de servicio con la Reina. ¿Me entiendes?

Ofendióse la altivez de Jacobo con los aires protectores del héroe del combate *navo terrestre* de Cabo Negro, y quiso declinar friamente la honra del convite; mas Villamelon le atajó la palabra, diciendo:

—¡Nada, nada, nada!—¿Me entiendes?... No admito excusas, Benito; y Curra se ofenderia de muerte. ¿Sabes?... Tiene debilidad por la familia, y lo que es por ti, delira. Siempre está con Benito arriba, Benito abajo...

Diógenes gritó desde su asiento.

—Pero Villamelon... quiero decir, ¡majadero!... ¡Si no se llama Benito!...

—¡Ay! es verdad, que era... ¿Cómo era?...

—Jacobo.

—¡Eso es, Jacobo!... Pues dispensa, Jacobo; pero tengo una memoria infelicísima, y lo peor es que cada dia se me va debilitando...

Quejábase con harta razon Fernandito de su falta de memoria, síntoma fatal á veces, de los reblandecimientos cerebrales. Mas Diógenes, que no perdonaba ocasion de descargar su terrible mandoble, púsose á recitar como si leyera en el periódico:



Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó:
—¿Te acuerdas tú?—Y respondió:
—Esperen que haga memoria.
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento:
—Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo.

Jacobo y Villamelon se miraron entre sí, miraron despues á Diógenes, y tornando á mirarse ambos, echáronse á reir, diciendo al cabo Fernandito:

—¡Qué cosas tiene!... No hay más remedio que dejarlo ó matarlo. ¿Sabes, Benito?...





VI

El tio Frasquito no podia ya con las piernas, y esforzábase en vano por discurrir algo parecido á la hazaña de Churruca en Trafalgar, cuando privado tambien de una de las suyas por una bala de cañon, siguió mandando el combate desde el puente del navío, metido en un tonel de afrecho.

—¡Oh!... Si aquello le hubiese sucedido á él veinte años ántes, cuando en un solo dia hizo sesenta y nueve visitas para anunciar el primero aquel famoso casamiento que alistaba en el número de sus sobrinos á Luisito Bonaparte, el Conde consorte de Teba!...

Y lo peor del caso era, que cuando á las

cuatro de la tarde volvió al *Grand-Hôtel,* rendido y desalentado por no haber podido enseñar más que á las dos terceras partes de la colonia española, la babucha apócrifa de la Cadina, encontróse con que la trágica historia tenia una segunda parte interesantísima tambien, pero pía, devota, sentimental, romántica, en que cabia á su persona no sólo el papel de cronista, sino el de agente poderoso, de intercesor eficacísimo, de *ama de llaves de la Providencia,* que hubiera dicho Diógenes, en el bello final de aquel drama que comenzaba su accion en las barbas del Sultan, é iba á terminarse bajo el manteo del P. Cifuentes. Acordóse el tio Frasquito de Matilde y Malek Adhel, y se sintió enternecido: la emocion le produjo un golpe de tos violentísimo, que fué necesario calmar con tres caramelos de malvabisco.

Porque Jacobo habia acudido á él de nuevo en demanda de auxilio y abiértole su corazon hasta lo más recóndito. Era singular lo que por él pasaba, y en vano habia intentado explicárselo... La noche ántes daba vueltas en el lecho inquieto y desvelado, viendo desfilar en su memoria los treinta y tres años

de su vida cargados de placeres, de aventuras, azares sin mañana, flores sin raíces, gozos sin recuerdo, locuras sin felicidad que le causaban entónces en el ánimo, la impresion de repugnancia que causa al estómago ahito é indigestado el recuerdo de manjares sustanciosos.

El tio Frasquito le escuchaba atento y boquiabierto, creyendo ver apuntar en el corazon apasionado de Malek-Adhel, aquellos albores misteriosos que trocaron los de Rancés y Mañara... Mas de repente, dejando Jacobo el tono sentimental de su perorata, preguntóle en prosa llana dónde andaba á la sazon su mujer, Elvira.

El tio Frasquito hizo una mueca de disgusto, como si viera trocar á Malek-Adhel el blanco turbante por el sombrero de copa alta, ó le hicieran saltar de una página de Mme. Cottin, á otra de la *Guía de forasteros*.

—¿Elvirrra?—contestó... Pues no sé; perrro debe de estarr en Biarrritz... Ayerr dijo la Lopez Morrreno, que la habia visto.

Quedóse Jacobo mudo y pensativo por un momento, y el tio Frasquito, reventando de

curiosidad, se apresuró á añadir muy atento y oficioso.

—Perrro si quierrres noticias cierrtas, yo conozco á una perrsona que puede dármelas.

—¿Quién?...

—El P. Cifuentes.

—¡Hombre!...—¿Conoces tú al P. Cifuentes?...

—¡Ya lo creo!... Si es mi sobrino: hermano de madre de la Vegallana... Es hijo de Tonito Cifuentes, que fué subsecretario de Estado en tiempo de Izturrriz, y entró en la Compañía cuando...

—¿Pero está tambien en Biarritz?

—No: está aquí, en Parrrís; en la *rrue de Sêvres*... Desde el 68 no ha estado en España sino de paso...

Y con cierto delicado recelo, añadió tímidamente:

—¿Quierrres que lo vea?...

—No...—Quiero verlo yo mismo.

El tio Frasquito brincó otra vez emocionado, viendo ya á Malek-Adhel fundando como Rancés una Trapa, ó un hospital como don Miguel de Mañara... ¡Todo, todo iba saliendo lo mismo, igual, idéntico que en la *Favorita!*...

Fernando, *la bella del Re*, Fr. Baltasar... Faltaba tan sólo el convento, y ansioso él de poner la primera piedra, se apresuró á decir:

—Pues te llevarrré cuando quierras.

—Mañana mismo.

—Conforrmes.

Cauto sin embargo el tio Frasquito, y deseando prevenir en el ánimo del novicio las deficiencias que pudiera tener en su papel de Fr. Baltasar el P. Cifuentes, apresuróse á decirle que era éste un cuitadito, un infeliz sin pizca alguna de mundo, que hablaba *oportune et importune* del infierno, pintando unos diablos feotes y groseros, que en nada se parecian á los diablillos correctos, perfumados, elegantes, que se figuraba el tio Frasquito de frac y corbata blanca, pelo rizado, gardenia en el ojal, monóculo en el ojo izquierdo, y un lazo de color de fuego en la punta del rabo.

—Porque mirra, la verdad,—prosiguió con aire de íntima confianza. Yo soy muy católico, muy creyente, perrro lo que es el clerro, deja mucho que desearr en todas parrtes... No se encuentra un sacerrdote que nos conozca bien, que sepa amoldarrse á nuestro mo-

do de serr, al modo de sentirr de las gentes de nuestro círrculo... El mismo P. Cifuentes, el otro dia, en el entierrro del generral Tercena, me dió la tarrde, hijo, me dió la tarrde... Empeñado en convencerrme de que yo me habia de morrrirr tambien, y que era menesterr prepararrse y pensarr en lo eterrno... En fin, hijo, me angustió, ¡me angustió de verrras!... Y cuando lo de Pepita Abando, ¿tú no sabes?... Estuvo atrroz, atrroz, cruelísimo... Una muchacha tan buena, tan elegante, tan carrritativa, que nunca tuvo más pasion que Pablo Verrra, y todo Madrid lo sabia y lo sancionaba, y hasta su mismo marrrido se hacia carrgo... Pues nada, hijo, el P. Cifuentes no se lo hizo: se puso malo Pablitos, y Pepita, ¡clarrro está! atropelló porr todo, y se instaló á su cabecerrra. Avisarrron al P. Cifuentes, y éste contestó que no podia entrarr en aquella casa, sin que Pepita salierra primerrro... ¡Figúrate tú, que exigencia!... Ella se negó porr supuesto y Pablitos tambien, y porr más vueltas que dierrron parrra convencerr al santo varrron de que era una crueldad separarrlos, y que todo el mundo le criticarrria á ella, abandonarrlo en

la última horrra, nada, nada, nada... *Têtu*, como un arrragonés: se metió las manos en las mangas, y dijo que no, y que no, y que no, y lo dejó morrrir como un perrro... Y eso que iban ya á pedirr la bendicion á Su Santidad, y todo, todo...

—Te advierto esto,—prosiguió el tio Frasquito, empinando el dedo, porrque si piensas consultarrle alguna... vocacion ó confesarrte...

—¿Confesarme yo?—exclamó muy ofendido Jacobo. ¿De dónde sacas tú eso?...

—Como decias que deseabas hablarle...

—¿No es el P. Cifuentes el confesor y el director íntimo de mi mujer?...

—Sí, porr cierrto...

—Pues lo que yo quiero exigir de él es, que obligue á Elvira á acceder á mis pretensiones.

—¿Perrro cuáles son tus pretensiones, Jacobito?—preguntó el tio Frasquito muy alarmado.

—Una muy sencilla y muy cristiana... Reunirme con mi mujer y olvidar todo lo pasado.

—¡Aaaah... yaaa!—exclamó el tio Fras-

quito estupefacto y desolado, al ver que la Trapa se quedaba sin fundar y el hospital sin concluir, y el novicio sin tomar el hábito.

Y rabiosillo y enfurruñado de que la leyenda de Malek-Adhel, tuviera el ramplon desenlace de cualquiera comedia moratinesca, dejóse llevar de su espíritu de chismografía hermafrodita, diciendo:

—¿Perro has meditado bien tus pretensiones?

—¿Te parecen acaso imposibles?...

—Hombrre, imposibles no... ¿Perrro sabes tú la vida que Elvirrra hace?

—Justamente iba á preguntártelo.

El tio Frasquito hizo dos ó tres visajes remilgados de—reviento si no lo digo—y contestó titubeando:

—Hombre, te dirrré... La cosa es pública... perrro yo no sé si debo...

—¿Pues no has de deber, tio Frasquito? —exclamó Jacobo violento y azorado. Yo tengo el derecho de preguntar, y tú si eres mi amigo, tienes el deber de responderme.

—¡Ya lo creo que soy tu amigo, Jacobito! ¿Lo dudas?... Y lo fuí de tu padre, y de tu abuelo... quiero decir, á tu abuelo lo conocí

siendo yo una criaturrra... Perrro hay cierrtas cosas...

—¿Pero qué cosas?...—¡Dilas, hombre, dilas!...

—Pues mirrra, Jacobo,—la verdad... Tu mujerrr ha dado mucho que hablar en todas partes...

—¿De veras?...

—Lo que oyes: siento mucho decírtelo, perrro es muy cierrto... Está *declassée*, hijo, *declassèe* por completo. Todo Madrid le ha dado de lado, y sólo se trata con mi sobrina Villasis ¡otra que tal!... Perrro si quierrra esta es mujerr de arrranque, y gasta y hace rrruido...

—¿Pero qué es lo que hace Elvira?...

—¡Horrrorrrres, Jacobito, horrrorrrres!... Empieza porque desde que se separó de ti, no se la ha vuelto á verr en ninguna parrte; ni en un teatro, ni en un baile, ni en la Castellana, ni siquierrra un domingo en casa de Montijo... Dicen que está fanatizada... ¡Cárrmen Tagle tuvo una doncella que habia estado en su casa, y contaba unas cosas!... Siempre detrás de los criados, porrque hoy errra dia de ayuno, y mañana de Misa, y al

otro dia de vigilia... En fin, insufrible: ninguno le paraba... ¡Y ella, unas rridiculeces!... Decian que dorrmia sobre una tarrrima, y ayunaba á pan y agua, y á ejemplo de no sé qué varrron piadoso, se disciplinaba con un gato (1).

—¡Qué atrocidad!...—¿Con un gato?... ¡Pero eso es imposible!...

—Pues, hijo, así lo asegurrraban... No te puedes figurarr lo que nos rreimos una noche en casa de Cárrmen Tagle, discutiendo el asunto... Algunos pensaban que el gato estarrria muerrto: lo que es así, tambien yo me disciplinaba... Lo mismo podia hacerrse con un plumerrro...

Jacobo pareció tranquilizarse por completo al oir los *horrrorrrres* que el tio Frasquito le relataba, y cortóle el hilo del discurso, diciendo:

—¡Bah!...—Si no es más que eso, de mi cuenta corre desfanatizarla.

El tio Frasquito iba á replicar muy disgus-

(1) En la vida del V. P. Eusebio Nieremberg se cuenta, que solia disciplinarse con uno de esos instrumentos de garfios de hierro llamados *gatos*, y sin duda á este *gato* y á este varon ilustre, son á los que alude el tio Frasquito.

tado, pero Jacobo le atajó la palabra, preguntándole:

—¿Y cómo vive Elvira?... ¿Gasta mucho?...

—¡Cá!... Si parrrece la viuda de un cesante... Está seca, desgavilada; ella que tenia un cuerrpo tan airrroso, tan elegante... En fin, hijo; un dia la vi en casa de mi sobrina Villasis, y me parrreció hasta sucia... Como si parrra ser santa, se necesitarra serr puerrca, cuando el aseo es una virrtud que se ejerrcita con agua fresca y un estropajo... De la casa no te digo nada, porque no la he visto: tres veces estuve allí por currriosidad, y no me rrecibió ninguna. Perrro vive un principal muy modestito, allá junto á las Carbonerrras...

—Eso no es extraño: la pobre debe andar mal de cuartos.

—¡Cá! no lo creas... ¿Perrro tú no sabes?... Si está rrica: como que ganó el pleito con la Monterrrubio y debe de tenerr de quince á veinte mil durrros de rrenta.

—¡Hombre!... ¡Lo siento!—exclamó Jacobo muy pesaroso.

—¿De verrras?

—Y tan de veras... Porque siendo ella

más rica que yo, no faltarán malas lenguas que atribuyan al interés mi vuelta á su lado.

—¡Oh, no, no, Jacobito, por Dios! ¡Por Dios, Jacobito!... ¡Quien piense eso... no te conoce!

—En fin, ya lo veremos... Lo que importa ahora es que yo me entienda con el P. Cifuentes.

—Pues si te parrece, mañana iremos.

—Sin falta.

El tio Frasquito, resignado con el giro clásico que tomaba la leyenda, convino con Jacobo la hora en que habian de hacer al otro dia la trascendental visita, porque el arrepentido esposo queria marchar á Biarritz cuanto ántes.

Despidiéronse al cabo protector y protegido, y aquel, para lanzar al público sin pérdida de tiempo la noticia, corrió á ponerse desde luego de punta en blanco, para sus nocturnas correrías, y bajar de seguida á la terraza del Hôtel, donde toda la colonia española esperaba como siempre la llegada del correo.

Pero ni la incertidumbre de nuevas desdichas en la madre patria, ni los mil chismes

que por la patria adoptiva corrian, lograron apartar la conversacion general de la novelesca historia de la Cadina, cuya apócrifa babucha habian contemplado todos, despues de algunas prudentes precauciones que para la *mise en scene,* juzgó indispensables el tio Frasquito. Porque temeroso éste de que algun ánimo suspicaz pusiese en duda lo auténtico de la presea, apresuróse ántes de presentarla á la veneracion pública, á frotar la suela sobre el pavimento á fin de que apareciese usada, y á desvirtuar con ricas esencias aquel importuno hedor á zapato nuevo, que la noche ántes habia despertado en sus narices dudas tan peligrosas.

La Duquesa de Bara no habia encontrado todavía ocasion oportuna de hacer el análisis crítico de la solemnidad religiosa-política á que habia asistido horas ántes, y hasta la señora de Lopez Moreno, reina destronada de Matapuerca, habíase olvidado por un momento de la honra insigne que al dia siguiente la aguardaba. La Duquesa le habia anunciado que S. M. la Reina se dignaba recibirla, y á renglon seguido, como quien no quiere la cosa, habíale pedido prórroga para

el pago de aquellos piquillos, que hacia varios años le adeudaba.

—¡Pues no faltaba más!... ¡Lo que V. quiera!—habia contestado la generosa acreedora.

Y á renglon seguido tambien, y como quien no quiere la cosa, habia plantado esta estaquita matrimonial, con sonrisa indagatoria:

—Lucy y Gonzalito (primogénito de la Duquesa), encantados de verse juntos... ¡Qué pareja tan mona hacen!... Hoy se han ido al *Skating-Rink*, porque Gonzalo está enseñando á patinar á Lucy...

La Duquesa pescó al vuelo la indirecta, y contestó tan sólo con una fina sonrisa, que encubria este pensamiento:

—¡Estás fresca!... ¡Cualquier dia te cobras, endosándome á la niña por nuera!... ¡Una Duquesa de Bara, *née* Lopez Moreno! ¡Dios nos asista!

Currita, por su parte, guardaba aquella tarde un solemne silencio, hijo de una rabieta de dos mil demontres, que le bailaba por dentro. Jacobo habia desairado su almuerzo con el frívolo pretexto de que necesitaba descansar del viaje, y ella habia descargado su ira sobre el indefenso Villamelon, que sentado á

su espalda en actitud pensadora, se consolaba de los rigores de su esposa pensando en las musarañas, y distrayendo su imaginacion con vivos recuerdos de su visita á los antropófagos...

Leopoldina Pastor alborotaba por ciento, proponiéndose referir á Octavio Feuillet la historia de la Cadina, para que escribiese un cuento oriental, y lamentándose de que Jacobo Sabadell no apareciese por ninguna parte, aguardándole todos tan impacientes para tributarle el justo homenaje de admiracion que su novelesca aventura les inspiraba, tan distinto del frio recibimiento con que le habian acogido la víspera.

Apareció entónces el tio Frasquito, vestido ya de gran gala, cargado de perfumes y de noticias, que como las burbujas el hervor del agua, anunciaba en su rostro una significativa y prolongada sonrisa. La inesperada resolucion de Jacobo causó en el auditorio sensacion profunda, y cuando el tio Frasquito anunció que el héroe pensaba marchar á Biarritz quizá al dia siguiente, dos personas, Diógenes y Currita, no pudieron contenerse... Levantóse el primero, y fuese derecho al

tio Frasquito como si quisiera pegarle, y la segunda, sin que denunciase su violenta ira más que una extraña vibracion en su dulce vocecita, comenzó á vomitar injurias y vituperios contra la Marquesa de Sabadell, su muy amada prima, con gran pasmo de Villamelon, que recordaba todavía el sermoncito sobre el amor de la familia, que habia escuchado aquella mañana.

La grey femenil hizo coro á los vituperios de Currita, y todos convinieron en que la Marquesa de Sabadell era una intriganta, una beata hipocritona, una mala esposa que habiendo campado por su respeto diez años entre curas y monaguillos, queria ahora oscurecer al pobre Jacobo bajo la tutela del P. Cifuentes, y que era caso de conciencia y obligacion imprescindible de todo fiel cristiano, arrancar á la pícara el antifaz, y advertir al cándido muchacho el lazo que le tendian.

Diógenes, que á mitad del camino pareció hacer de repente al tio Frasquito gracia de la vida, arremetió briosamente contra la hueste femenina, diciendo que era maldicion de gitanos—¡en lenguas de hembras te veas! —que quien dijo mujer dijo demonio, y que

tan de mala ralea era la casta, que todos, todos los bichos, hasta las chinches—¡Polaina!—eran mujeres....

Riéronse mucho todas las presentes de la ocurrencia de Diógenes, y éste, más que por darles placer, por machacarles las liendres, contóles entónces que Dios no habia formado á nuestra madre Eva de la costilla de Adan, sino del rabo de una mona... (1). Porque aunque este fué su primer intento, y tenia ya la costilla en la mano, para formar de ella á la que habia de ser causa de tantas desdichas, una mona que le miraba hacer atentamente, arrebatóle de repente el hueso, y echó á correr para esconderlo en su madriguera. Quiso el Señor perseguirla y alcanzóla por el rabo; mas tan fuerte tiró la mona, que el rabo se le arrancó, quedándosele al Señor en la mano. Encogióse entónces de hombros, y dijo:

—Para lo que voy á hacer, lo mismo da...

(1) Este cuento y el siguiente, son antiquísimos cuentos populares en Andalucía, recogidos por el autor é inventados por el gracejo, profundo á veces, de los campesinos de aquella tierra. La sencillez misma de su forma, y lo manifiesto de su inocente al par que picaresca intencion, excluyen de ellos toda otra idea irreverente.

Y de aquel extraño utensilio, formó á la madre del linaje humano.

Alborotáronse las damas con el cuento de Diógenes, y Currita, pesarosa de haber dejado escapar en la explosion de su ira, algo que le convenia tener muy guardado, apresuróse á seguir la broma diciendo:

—Pues mira, Diógenes, quizá tenga algo de verdad tu historia; porque á mí me contaron con respecto á la formacion del hombre, otra muy parecida... Dicen que Dios habia criado ya á todos los animales; pero le faltaba todavía crear al hombre, era ya muy tarde y estaba cansado. Entónces, por ahorrarse tiempo y trabajo, cogió al primer animalito que encontró á mano, y le dijo:

—Mira, habla tú.—Y quedó formado el hombre...

Y al decir Currita—habla tú—dió un golpecito con la punta de su abanico en el hombro del Marqués de Villamelon, su caro esposo. Este, interpretó la seña como una muestra de reconciliacion, y sonrió satisfecho, dulce y placentero, mientras Currita, inclinándose á su oido, le dijo muy bajo:

—Mira Fernandito...—me parece natural que vayas á ver si ha descansado Jacobo, y que le convides á comer... Dile que le espero sin falta, porque tengo que hablarle de cosas que le interesan.

Anunciaron en aquel momento la llegada del correo, y Diógenes aprovechó la confusion natural que esto produjo, para acercarse al tio Frasquito, y cogerle sin miramiento alguno por la abierta solapa de su rico gaban de pieles, que dejaba al descubierto una pechera inmaculada, en cuyo centro relucia, bajo la corbata blanca, una bellísima turquesa, celeste como el cielo.

Azoróse el tio Frasquito al verse solo y sin defensa en las garras de Diógenes, y procuró encubrir sus temores acogiéndole humilde, sonriente, cariñoso, llamándole *Perriquito,* y ofreciéndole ricos cigarros que él no fumaba nunca, pero llevaba siempre á prevencion para casos apurados. Mas Diógenes, fijando en él sus ojos abotagados por el ron y la ginebra, con el maléfico influjo de la serpiente que magnetiza al incauto pajarillo, le preguntó con muy malos modos despues de un imperioso—oye, Frasquita—

si era cierto que andaba en compadrazgos con Jacobito.

¡El con Jacobito!... ¡Jesus!... Pues si justamente era Jacobo una persona que le estaba reventando desde su cuarto, y que sin saber por qué se le habia indigestado... Verdad era que le habia pedido una recomendacion para su sobrino el P. Cifuentes, y él—¡claro está!—por salir del compromiso, le habia ofrecido una tarjeta; ¿pero en qué cabeza podia caber que fuera él á acompañarle, ni á mezclarse en asuntos de familia, ni á meterse en *tripotages* de mala ley, con un loco semejante?...

Y mientras esto decia el tio Frasquito, iba poco á poco escurriendo, escurriendo su solapa de manos de Diógenes, hasta que libre al fin, abrochóse prontamente el gaban hasta la barba, para poner á cubierto su nívea pechera de cualquier acometida de Diogenes. Este, dejándole hacer, tornó á preguntarle:

—¿Y cuándo se va Jacobo á Biarritz?...

—Mañana por la noche...

Y con ademan misterioso y tono de íntima confianza, añadió:

—Por supuesto, que Jacobo sólo va allí al olorcillo de los millones de la Monterrubio, que disfruta hoy Elvirrra... ¿Y qué harrrá ella?... Porque no cabe en cabeza humana que una muchacha tan buena: tan santita, quierrra hacerr de nuevo *ménage*, con ese Poncio Pilatos...

Diógenes le volvió la espalda sin preguntarle nada más, y el tio Frasquito, gozoso de verse libre al solo precio de hacer traicion á su amigo, corrió á noticiar á Currita que Diógenes tomaba partido por la Sabadell, y á lamentarse con la de Bara de que la policía correccional no pusiera coto, ni en España, ni en Francia, á los desafueros de aquel cínico viejo.

Este, habia salido de la terraza por el salon de lectura, y entrando en un gabinete cogió pluma y papel, y con letra inverosímil, púsose á escribir esta carta:

«Mi querida María...»

Aquí se atascó Diógenes, y rascándose la nariz con el cabo de la pluma, quedóse perplejo, hasta que añadió por fin al encabezamiento, esta reverente coleta:

«...muy respetada: Mañana sale de aquí

para esa el perillan de Jacobito Sabadell, que lleva las de Caín, pues trata nada ménos que de intentar una reconciliacion con su pobre mujer Elvira. Anda huido de Constantinopla, donde ha hecho no se qué atrocidades, y por lo visto ha olido que Elvira tiene dinero, y quiere ahorrarle el trabajo de guardarlo. Mañana, ántes de salir, tendrá una conferencia con el P. Cifuentes, en que *Francesca di Rimini*, le servirá de tercero...»

Aquí notó Diógenes que la concordancia era vizcaina, y añadió:

«...ó de tercera. Te advierto todo esto, por si puedes hacer algo por esa pobrecita, que será capaz de entregarse atada de pies y manos al bribon de su marido, si no hay alguien que la aconseje. Si sirvo yo para algo, incluso para romperle un esternon á Jacobito...»

De nuevo se detuvo Diógenes dudoso, por no saber á punto fijo si Jacobo podia tener uno ó más *esternones*, y dispuesto sin duda á romperle cuantos tener pudiera, prosiguió al cabo:

«...avísame y ahí me tienes. Yo sigo tan campante con mis sesenta y dos á cuestas, caminito, caminito de esa cama del hospital

que tantas veces me has pronosticado. ¿Llegará en el sesenta y tres?»

Y dando con esta pregunta por terminada la carta, firmóla como Antonio Perez las suyas á Milady Richs.

«Perro desollado de vuestra señoría, *Diógenes.*»

«P. D.—Un beso á Monina.»

Y aquí se detuvo otra vez perplejo, meneó lentamente la gran cabezota, y su rostro granujiento tomó una expresion indefinible de ternura y de tristeza.

Aquella Monina, bellísima criatura de cuatro años, ídolo de su corazon, por un fenómeno semejante al que hace á los grandes perrazos encariñarse con los niños, que le tiraba de las patillas y le hacia andar á cuatro pies guiándole ella por una oreja, habia rechazado un dia un beso de sus aguardientosos labios, diciéndole con infantil repugnancia:

—¡No... que apesta!...

Y Diógenes, el cínico Diógenes, que se burlaba de la opinion del mundo entero, y hacia gala de revolcarse en los más inmundos lodazales, sintió ante la repugnancia de aquel ángel, que una gran vergüenza invadia

su corazon y subia hasta su frente, tiñéndola de carmin, y asomaba á sus ojos llenándolos de lágrimas... Por tres dias enteros estuvo sin beber una copa; al cuarto rindióle el vicio otra vez, mas jamás volvió á besar á la niña.

Y entónces, á tan gran distancia del bello angelito, creyó faltar á su propósito escribiendo en aquella postdata la palabra *beso,* y borrándola con grandes tachaduras, puso en su lugar:—«A Monina, que le llevaré un muñeco que dice papá y mamá.»—Despues escribió en el sobre:

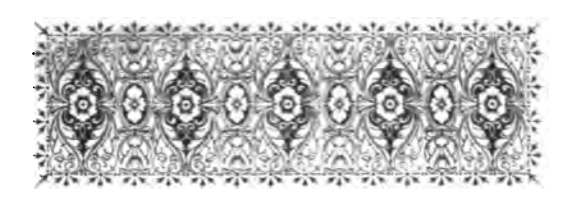
Madame.

M.me LA MARQUISE DE VILLASIS.

Villa María.

Biarritz.





VII

EL capricho de una soberana hizo en poco tiempo de un villorrio olvidado, uno de los centros más á la moda, entre los semidioses que regulan sus costumbres, su lujo, sus necesidades y hasta su conciencia á veces, por las extravagantes leyes de esta tirana caprichosa.

La emperatriz Eugenia levantó en Biarritz *la ville Eugenie*, y Biarritz quedó al nivel de Trouville, Dieppe y Etretat. Los españoles lo invaden en verano, los ingleses en invierno y los rusos en otoño, como si por turno quisieran disfrutar sus comodidades bastante problemáticas y sus encantos harto discutibles.

El lujo se apresuró á levantar allí *villas* y palacios, la especulacion, hoteles y casinos: sólo la piedad se quedó con las manos quietas. En Biarritz apénas si existe una iglesia.

En la carretera de Bayona, hay hacia el lado del mar una *villa* deliciosa, que se asienta en un reducido parque, como una paloma en su nido de verdura: extiéndese aquel á lo largo del camino, cerrado por una gran verja de hierro, en cuya puerta campea á uno y otro lado este letrero:—*Villa María*.—Da ésta entrada á una gran calle, que sombreada por árboles magníficos, describe tres caprichosas vueltas, salta un diminuto riachuelo, y lleva á una plazoleta semicircular, atestada de flores, especie de *square* delicioso, que sirve como de patio de honor á la casa.

Tres gradas de mármol blanco dan ingreso al piso bajo, destinado sólo á recibimiento, y adornado con esa pulcra sencillez que adopta todo lo bello y destierra todo lo suntuoso, y constituye el buen gusto y la elegancia, en el decorado de un palacio de campo. En el fondo del vestíbulo abríase la puerta del salon, y llegábase por este á un peque-

ño gabinete, tapizado todo de cretona, con grandes flores cobrizas. Ocupaba uno de sus frentes una chimenea de mármol blanco, y formaba el otro una gran ventana de cristales, abierta de arriba á abajo, que dejaba entrar el sol á raudales, y permitia ver la verdura del parque en primer término, la arena de la playa más léjos, y el azul del mar en lontananza.

Las once habian dado ya en el reloj del torreoncito de la *villa,* y dos señoras, sentadas á uno y otro lado de la chimenea, hablaban en el gabinete. Una lloraba en silencio: la otra parecia consolarla.

Representaba ésta más de cuarenta años, y su falta absoluta de pretensiones, en nada disimulaba la sorda lima del tiempo. Un sencillo peine de concha sujetaba su abundante cabellera, blanca casi por completo, y su rica bata de paño labrado con vueltas de terciopelo, léjos de prestar realce alguno á su persona, parecia más bien recibir ella misma del talle airoso y noble de la dama, la severa elegancia de su corte y de sus pliegues.

Su rostro, algo moreno y nada correcto en sus rasgos, tenia sin embargo esa móvil be-

lleza que da la expresion, y viene á ser con respecto á la fisonomía, lo que el colorido con respecto al dibujo; belleza más bien moral que física, que se escapa siempre al pincel, y constituia el principal encanto de aquella señora, dotada de cierta viveza natural que no le quitaba señorío, cierta gracia espontánea y cariñosa, que unida á un ligerísimo ceceo, acusaban su procedencia andaluza.

Era la otra mucho más jóven, parecia abatida y estaba enferma: su rostro descolorido formaba un óvalo perfecto, y llamaban en él la atencion los ojos por lo dulces, la boca por lo triste. Aquéllos grandes, azules, de mirada vaga, un poco alta, como lo es en medio del dolor, la mirada de la esperanza: ésta, pálida, caida por los extremos, con esa curvatura que indica el sufrimiento habitual, y es el primer signo que estampa la agonía en los enfermos desahuciados y en los condenados á muerte. Traia puesto un sombrero oscuro, sin velo, un largo abrigo de piel de nutria, y escondia sus enguantadas manos en un manguito de la misma piel.

Era esta señora la Marquesa de Sabadell,

y la otra, en cuya casa se hallaba, era la de Villasis, su amiga íntima.

El correo de aquella mañana habia traido á las dos señoras noticias importantes; la Villasis habia recibido la carta de Diógenes, y otra larga y detallada del P. Cifuentes. La Marquesa de Sabadell, por su parte, encontróse al volver de Misa con una carta, que hizo vibrar en un instante cuantas fibras sensibles existian en su corazon: por un momento, creyó la infeliz mujer que iba á desmayarse.

Diez años se le habian pasado sin ver la letra de Jacobo, y áun ántes de fijar los ojos en el sobre, ese algo certero y misterioso que en circunstancias dadas agita el corazon y fija de repente el pensamiento en un punto remoto y olvidado, le avisó de quién era la carta.

Tambaleándose entró en su alcoba, bebió con mano trémula un sorbo de agua, y dejóse caer sin fuerzas en una butaca, mirando la carta que tenia en las manos, sin osar abrirla.

El pasado entero se le vino á la memoria de un golpe, como una de esas grandes olas

que revientan en la playa, borrando por completo la espuma de otras menores. Sus breves dias de ventura, cuando enamorada perdidamente de su esposo y creyéndose de él correspondida, habíase creido en posesion del falso objeto de la vida, que es la dicha, y se habia olvidado del objeto verdadero, que es Dios, se le pusieron delante.

Esta fué su única culpa; culpa de hijos ingratos, en que incurre la inmensa mayoría del linaje humano, que se olvida de Dios en la felicidad y sólo le recuerda en el llanto, porque cuadra más á su condicion egoista pedir remedios que agradecer bondades. ¡Harto lo conocia ella entónces, y harto lo estaba expiando!...

Vinieron luego las pequeñas infidelidades y los pequeños desencantos, sufridos sin reproches, perdonados sin restriccion, que no lograron derribar el ídolo de aquella alma enamorada, manso rio sin borrascas, arpa eolia en que hasta los mugidos del huracan se transformaban en suspiros... Despues vinieron las grandes ofensas, y á poco los terribles descubrimientos de vicios enormes, que brotaban como setas monstruosas bajo el as-

pecto seductor de aquel esposo adorado; de inclinaciones depravadas, pasiones indómitas, costumbres disolutas é innumerables defectos, que nacian y vivian en su alma como en la carne podrida los gusanos asquerosos.

El ídolo hízose monstruoso, y la infeliz mujer quiso arrojarlo de su corazon indignada, como se arroja lo que ofende, lo que mancha, lo que deshonra; mas el alma íbasele detrás, llena de angustia y de vergüenza, porque el ídolo seguia siempre de pié, siempre reinando en ella, y no por ser monstruoso, dejaba de ser ídolo!...

Llegó al fin la ruina, y tras la ruina vino luego el abandono, los largos dias solitarios, esperando en vano una carta mil veces contestada ántes de ser escrita, aguardando siempre la demanda de un perdon ya de antemano concedido, acostándose con la agonía de despertar... de despertar al dia siguiente para hallarse de nuevo sola ¡sola! en la arena del combate y del dolor, preguntándose á sí misma como el infortunado Delfin de Francia, á su madre María Antonieta: ¿Hoy es todavía ayer?... ¡Y el ayer era siempre hoy, y el ídolo era ídolo siempre!...

Y en aquel momento, al revolver aquella carta despues de tantos años, aquel turbio oleaje de penas abrumadoras, punzantes desdenes, ofensas terribles, negras ingratitudes, lágrimas solitarias y despreciados sacrificios, veia la infeliz levantarse en su corazon el amor á su marido, vivo siempre, fuerte, avasallador, resistiendo al olvido, al desden, al insulto, al tiempo mismo y á la ausencia misma, viviendo sin esperanzas que le mantuvieran y le dieran savia, y por eso inmortal como el alma.

La pobre mujer tuvo miedo de sí misma, y un llanto amarguísimo brotó de su corazon á raudales. Acordóse de su hijo, cuyo ángel de la guarda era ella, encargada de defender sus intereses y su educacion contra su padre mismo, y temió que aquel amor apasionado fuera en su corazon el punto flaco que la llevara á pactar con el enemigo, la planta viciosa que arrebata á cuantas la rodean los jugos de la tierra, apropiándose ella sola la savia que vivifica y da frescura y lozanía...

Habia en el fondo de la alcoba un tríptico precioso, sobre un reclinatorio sencillísimo, y en este se arrojó la Marquesa, llorando á

mares para leer á los pies de la Vírgen la carta inesperada.

Jacobo, sin preámbulos de ningun género, anunciaba á su mujer su próxima llegada, para tratar con ella de asuntos importantes, cuyo arreglo le habia *aconsejado* el P. Cifuentes, excelente persona que habia conocido en París, *llenando su corazon abatido, de esperanza y de consuelo...*

La Marquesa creyó haber leido mal aquel último párrafo de la breve carta, y tornó una y otra vez á leerlo. La hipocresía era el único vicio que jamás habia observado en Jacobo, y ó aquella carta la rebosaba por todas sus letras, ó Dios habia hecho en él uno de sus prodigios. ¿Confortado con esperanzas y consuelos del P. Cifuentes, aquel corazon cuyo frio egoismo le mantenia siempre fresco é insensible, como un cadáver entre témpanos de nieve?...

Absurdo era esto; pero era posible, era su oracion cotidiana hacia doce años, su plegaria más ardiente, su súplica más repetida, y ¡Dios era tan bueno, tan grande, tan Padre!...

Y aunque algo duro é inflexible se alzaba

en el fondo de su corazon, gritando que aquello era una farsa, una nueva vileza, la Marquesa ahogaba esta voz sin darse cuenta de ello, para dejar entrar allí un rayo de sol que disipase las tinieblas de su triste abandono, para dejar que la esperanza y el deseo levantasen juntos y á su placer, un bello castillo en el aire.

Sin acordarse de desayunar siquiera, ni detenerse más tiempo que el preciso para lavarse en el tocador los ojos llorosos, corrió Elvira á casa de la Marquesa de Villasis, haciéndose la ilusion de que iba á buscar en el claro entendimiento y en el cariño acendrado de su amiga un consejo prudente, y yendo en realidad en busca de algo que con la autoridad de aquella, pudiera robustecer y dar cuerpo á su esperanza...

La Villasis sabia muy bien á qué atenerse, porque el P. Cifuentes le daba en su carta cuenta detallada de su entrevista con Jacobo. Habíasele presentado este disimulando bajo su arrogante petulancia, el encogimiento y la especie de miedo receloso que suelen infundir los jesuitas á las personas mundanas que sólo les conocen por las mil patrañas

que en pro y en contra de ellos, corren contadas ó escritas.

Mas al ver delante de sí aquel hombre pequeñito, insignificante en su persona hasta la vulgaridad, llano en el decir hasta el desaliño, que jamás sacaba las manos de las mangas, como no fuera para tomar rapé en su tabaquera de cuerno, y ponia de manifiesto con deplorable frecuencia, un pañuelo de yerbas insolente de puro feo, á cuadros azules y amarillos, con algunos vivitos verdes, trocóse su recelo en desprecio, y con la desdeñosa frialdad que guarda el grande orgulloso, para el pequeño que juzga empingorotado sobre una superioridad usurpada, manifestóle su *deseo* de reconciliarse con su mujer, olvidando todo lo pasado, y expresóle su *voluntad* de que fuera él mismo quien aconsejara á la esposa abandonada, acceder á sus pretensiones.

Y entónces fué cuando Jacobo quedó convencido de que el P. Cifuentes era un infeliz, un cuitadito sin pizca alguna de mundo, como el tio Frasquito le habia dicho ántes.

Las manos del jesuita se hundieron más y más en lo profundo de sus mangas, y muy

alborozado y satisfecho, opinó que nada habia más conforme á la moral cristiana que la paz de la familia y el perdon de las injurias... Pero,—y aquí apareció de nuevo la tabaquera de cuerno, para suministrar á los dedos del P. Cifuentes un polvo digno del gran Federico,—en cuanto á aconsejar él á la señora Marquesa, que accediese á las pretensiones del Sr. Marqués, habia de tener en cuenta el Sr. Marqués, que la señora Marquesa nada le habia consultado, y que la primera condicion del consejo prudente, es la de ser pedido...

Jacobo abrió la boca para replicar; pero el pañuelo á cuadros azules y amarillos con algunos vivitos verdes salió á relucir, y el P. Cifuentes añadió que creia, tenia entendido, le parecia probable que la señora Marquesa de Sabadell estaba á punto de salir de Biarritz, y que en el caso de no encontrarla, lo más prudente y oportuno para el Sr. Marqués, seria dirigirse á la señora Marquesa de Villasis, persona muy su amiga, de grandes luces y mayores virtudes, para la cual se brindaba á darle una carta suplicándole que las tomase ella en el asunto.

El tio Frasquito, que con gran falta de delicadeza hija de su deseo vehementísimo de seguir las peripecias del drama, se habia constituido en testigo de la conferencia, metió entónces su cucharada, asegurando que aquello estaba muy bien pensado, que su sobrino el P. Cifuentes tenia razon hasta por encima del solideo, y que lo más derecho para su sobrino Jacobo, era dirigirse desde luego á su sobrina Villasis, porque lo que ésta no alcanzase de su sobrina Sabadell, nadie en el mundo, fuera ó no sobrino suyo, podria alcanzarlo.

Jacobo meditó un momento el plan que le proponian, y pensando escribir desde luego á su esposa, para detener su marcha con la noticia de su ida, aceptó á todo evento la carta para la Marquesa de Villasis, y despidióse del P. Cifuentes, llamándole D. Gregorio. En todo el transcurso de la plática, habia evitado con marcada afectacion designarle con el nombre de *Padre,* llamándole siempre Sr. Cifuentes.

El Sr. Cifuentes acompañó hasta la puerta á la aristocrática pareja, con sus manos siempre metidas en las mangas, y al verla des-

aparecer en el coche, permitióse murmurar del sobrino de su tio y de su tio mismo, diciendo para su sotana:

—¡Exacta alegoría del mundo!...—La necedad amparando al vicio.

Y sin perder un momento, púsose á escribir á la Marquesa de Villasis, dándole un juicio sobre los planes de Jacobo, que coincidia por completo con el dado ya por Diógenes, suplicándole que evitase á toda costa que Elvira y su marido se viesen, á fin de que éste no pudiera engañarla, y encargándole tambien con grandes instancias que ahuyentara para siempre con algun recurso de su femenil ingenio, á aquel desdichado que pretendia explotar á su infeliz mujer, con grave riesgo de su inocente hijo.

Guardóse muy bien la Villasis de comunicar á Elvira estas noticias, y como el experto médico que debilita en varias dósis un brevaje demasiado fuerte, trocándolo de veneno en medicina, dispúsose á desengañar á la infeliz, poco á poco y por partes. Leyó, pues, atentamente la carta que agitada y temblorosa le presentaba Elvira, y devolviósela sin

decir palabra. Ella la interrogaba con los tristes ojos preñados de lágrimas; la Villasis dijo entónces moviendo lentamente la cabeza:

—Eres turco y no te creo...

Elvira bajó anonadada la suya, porque le pareció que aquellas palabras derrumbaban de un golpe, el castillo que allá en el fondo de su corazon, levantaran ántes la esperanza y el deseo. Dos grandes lágrimas se desprendieron de sus ojos, mientras murmuraba tímidamente:

—¡He rezado tanto!... ¡He llorado tanto!...

—¡Es verdad!... ¡Pero ha mentido tanto!... ¡Ha rodado tanto!...

—Dios puede hacer un milagro...

—Y el hombre puede hacerlo inútil.

—Yo espero que no...

—Yo temo que sí.

—¿Pero á ti quién te lo dice?...

—¿Y á ti quién te lo asegura?

El llanto de Elvira se trocó entónces en sollozos, y como si aquella pena fuese nueva para ella, sintió en toda su plenitud la primera necesidad de todos los débiles en la desgracia; buscar unos brazos amigos en que

arrojarse, un pecho leal en que esconder el rostro lleno de lágrimas...

La Villasis la recibió en los suyos, estrechándola contra su corazon, besándola en la frente, hablándola al oido, con la voz suave y cariñosa con que se habla á un niño enfermo ó desolado. Ella, sollozando sin cesar, repetia:

—¿Y qué hago?...—¿Qué hago?...

—Irte.

—¿Pero á dónde?...

—A Lourdes...—A esperar junto á la Vírgen Santísima que pase la tormenta.

—Irá allí á buscarme...

—No irá...—Yo me encargo de detenerlo.

—¿Pero y si fuera verdad, María?—tornó á decir Elvira aferrándose á su idea. ¿Y si su arrepentimiento es cierto, y se encuentra el pobre con que le cierro la puerta?...

—Entónces sabré yo conocerlo y te lo llevaré á Lourdes yo misma... Iremos los tres á buscarte; él, yo y tu hijo.

—¡Ay Alfonsito!...—¡pobre hijo de mi corazon!... ¿Y que hago con él? ¿Me lo llevo?...

—No: déjalo en el colegio.

—¡Oh, no, no, eso no!—exclamó Elvira

fuera de sí. ¿Y si su padre va á verlo y se lo lleva y me lo quita?... ¡Hijo de mi alma!... ¡verme yo sin él!... ¡Me muero entónces... me muero!...

Y ante esta idea que la aterraba, la infeliz mujer, abrumada por el dolor y debilitada por la inanicion, sufrió un ligero desvanecimiento. Hízola la Marquesa tomar una taza de caldo y una copa de vino generoso, y poco á poco logró al fin tranquilizarla.

Entónces concertaron su plan: Elvira habia de partir aquella misma noche á Lourdes, acompañada de Mlle. Carmagnac, señora muy respetable, que habia sido aya de la única hija de la Marquesa de Villasis. Esta dictó á Elvira una carta, que habian de entregar á Jacobo, cuando se presentara en casa de su esposa: decíale en ella que asuntos muy urgentes le impedian esperarle en Biarritz, y que la Marquesa de Villasis quedaba con ámplios poderes para tratar con él toda clase de asuntos, conformándose Elvira desde luego con lo que ambos concertaran.

A todo asentia la Marquesa de Sabadell, con esa especie de inercia moral que enerva

la voluntad, cuando en cualquier negocio de la vida se apaga la fe y muere la esperanza. Mas en las naturalezas heróicas, crecen las fuerzas en la misma proporcion que crece el dolor del sacrificio, y sin derramar una lágrima ni mostrarse ya acongojada ni afligida, ocupóse tan sólo de sus preparativos de marcha.

Las dos señoras almorzaron juntas en casa de la Sabadell, entregó ésta á su amiga algunos papeles importantes que la Villasis queria tener á mano, por si en su conferencia con Jacobo le fueran necesarios, y marcharon despues ambas á Guichon, pequeña aldehuela situada entre Bayona y Biarritz, donde los jesuitas expulsados de España por la Revolucion, habian abierto el colegio en que Alfonsito Tellez se educaba.

Despidióse Elvira de su hijo sin decir cuándo ni á dónde iba, y el Rector del colegio que conocia á fondo todas las pesadumbres de la dama, quedó encargado de no permitir que el niño recibiese otra visita que la de la Marquesa de Villasis, durante la corta ausencia de su madre. Dos horas despues despedíase aquélla de Elvira en la estacion de la

Negresse, y volvia triste y preocupada á la *Villa María,* dando al punto órden de no recibir á nadie.

Encerróse temprano en su gabinete y pasó gran parte de la noche repasando y estudiando los papeles de Elvira, y escribiendo una especie de documento, en forma de artículos numerados. Levantóse muy de mañana al otro dia, fuése á la capilla de Santa Eugenia, oyó dos Misas y comulgó devotamente; la prudencia de la mujer habia tirado la noche ántes sus cálculos, y la fe de la cristiana iba á buscar entónces en el Sacramento, la gracia divina que necesitaba para vencer en la lucha.

La mañana estaba magnífica y prometia uno de esos espléndidos dias de invierno en que los miembros se desentumecen, el alma se alegra y el barómetro sube, como si quisiera descubrir á lo léjos la llegada de la primavera. A las tres de la tarde, hallábase abierto de par en par el mirador de cristales del gabinete que ya conocemos, y el sol entraba á raudales, llenándolo todo de luz, de colores y de reflejos. La Marquesa amaba el sol y el aire con la pasion con que los aman

los pobres, y odiaba ese misterioso y coquetuelo *petit jour*, en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo. Uníanse en el jardin las carcajadas de Monina que saltaba la cuerda, con los mugidos del mar que azotaba la costa, como si en aquella naturaleza tan bella, tan en calma, tan espléndida, se armonizara lo inocente con lo terrible, el mar y el niño, la extrema debilidad y la extrema fiereza.

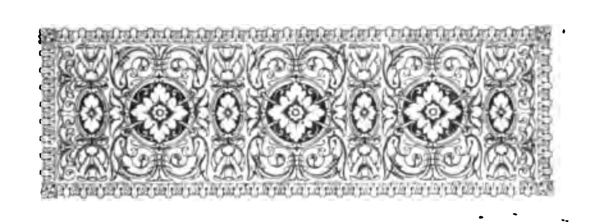
La Villasis, apoyada en la ventana, seguia con la vista los juegos y carreras de aquel bello ángel, que ocupaba y llenaba por completo su corazon, con ser este tan grande. Era aquella niña su nieta, hija de su única hija, muerta al darla á luz cinco años ántes, y huérfana tambien de padre.

De repente, la Marquesa cerró la ventana, y sentóse junto á ella, al lado del pequeño *secrétaire* en que solia despachar su correspondencia ordinaria. Habia escuchado á lo léjos el ruido de un coche, que se deslizaba sobre las enarenadas calles del parque, y á poco, un criado anunciaba en el gabinete, al Marqués de Sabadell.

La Marquesa se santiguó vivamente, no

bien desapareció el lacayo, fijó un momento sus grandes y vivos ojos negros en un cuadro bellísimo de la Vírgen, que habia en el testero, y volvióse hacia la puerta, tan risueña, tan señora y tan serena, como cuando recibia en Madrid á sus amigos íntimos.







VIII

PARA que el lector pueda comprender toda la importancia que tenia para Jacobo aquella entrevista, preciso es ponerle en aquellos antecedentes que el tiempo y la casualidad han suministrado hasta hoy, haciendo alguna luz en las tinieblas que rodean á crímines todavía impunes, y á intrigas no del todo desenredadas.

Nadie ignora que la masonería quedó triunfante en España al estallar la Revolucion de 1868; pareció, sin embargo, con harta razon á algunos caciques de la secta, que no estaba aún maduro el pueblo de España para plantear la República, y resolvieron entronizar mientras tanto á un monarca constitucional, que fuera entre sus manos un mero

instrumento. Fué entónces elegido á este propósito el Duque de Aosta, y encargáronse de ofrecerle la corona como delegados de la secta, el general Prim y D. Manuel Ruiz Zorrilla, nombrado más tarde Gran Oriente honorario del Supremo Consejo de España.

Estallaron con estas causas graves disidencias en el seno mismo de las logias, que vinieron á dar por resultado el asesinato del general Prim, mientras la comision encargada de ofrecer oficialmente la corona de España al Duque de Aosta, volvia de Florencia.

Formaba parte de aquella comision cierto personaje, hombre práctico y prudente, cuya memoria nos guardaremos bien de deshonrar, suponiéndole sin dato alguno fidedigno que lo pruebe, afiliado á las sectas: es, sin embargo, cierto, que dicho personaje tomaba caluroso partido por la política de una de aquellas fracciones, y llevaba consigo en aquel viaje, con designio misterioso, papeles de gran importancia que comprometian á muchos de los secuaces de la política contraria.

La muerte sorprendió al personaje en Génova el 11 de Diciembre, é ignórase al presente por qué mano fueron á parar entónces

aquellos papeles á cierta logia de Milan, que los remitió más tarde á Víctor Manuel como armas preciosas que podian muy bien afianzar en España el trono siempre vacilante de su hijo, atando de pies y manos á ciertos políticos venales, modelo en todas las épocas de deslealtad y de impudencia.

Acertó entónces á llegar á Milan, fugitivo de Constantinopla, el Marqués de Sabadell, perdido y arruinado, y presentóse en aquella logia, donde años ántes le habia iniciado Garibaldi. Acogiéronle los venerables como á enviado del Gran Arquitecto, y presentáronle al punto á Víctor Manuel, como el hombre á propósito para llevar á España documentos é instrucciones, é imprimir á la política de D. Amadeo el rumbo deseado en Italia.

El refuerzo llegó, sin embargo, tarde, y ya hemos visto cómo la caida del Duque de Aosta destruyó en París las cuentas galanas que no sin probable fundamento tiraba Jacobo. Vióse entónces de nuevo solo y arruinado, y la necesidad, mala consejera siempre y móvil las más de las veces de empresas descabelladas, sugirióle la idea de utilizar en

provecho propio el precioso depósito, y aquí comenzaron las complicaciones y los peligros, los planes trazados y abortados.

Era su idea madre poner sus preciosas armas al servicio de alfonsinos ó carlistas, segun tuvieran éstos ó aquéllos más ó ménos probabilidades de triunfo, y para destruir por de pronto el mal efecto que en los primeros habia causado su repentina presencia en París, apresuróse á propalar por medio del tio Frasquito la novelesca historia de la Cadina, que tan *gloriosamente* justificaba su fuga de Constantinopla.

Mas érale preciso al mismo tiempo y ántes que nada, hacer perder la pista á los masones chasqueados, y á este propósito ideó Jacobo reconciliarse con su mujer y oscurecerse á su lado por un año, durante el cual viviria tranquilamente de las rentas de ésta, garantizaria con ellas en lo posible el pago de sus deudas, y tantearia el terreno despacio y sin ruido, hasta encontrar el mejor postor á los servicios que pensaba sacar á pública subasta.

Su reconciliacion con Elvira era, por lo tanto, la clave del arco que habia fabricado,

y tratábase de colocarla en aquella entrevista. Entró, pues, en el gabinete, armado de toda su osadía, sereno, risueño, y con aire de amigo que prepara á otro con su presencia, una sorpresa inesperada y agradable. Al verle entrar la Marquesa, tendióle la mano con grande afecto, diciendo cariñosamente:

—¡Adiós, Jacobo!...—¿Cómo te va?... Pero ¡Dios mio, si por ti no pasa el tiempo!... Te encuentro lo mismo, lo mismo que cuando nos vimos hace cinco años en Bruselas. ¿Te acuerdas?... Jacobo apretó cordialmente entre las dos suyas, la mano que la dama le tendia, y le contestó con no menor cariño y agasajo:

—¡Ya lo creo que me acuerdo...—Los encuentros contigo no se olvidan fácilmente... Pero tú sí que te has plantado en los veinticinco años: siempre tan...

—¡Jacobo, por Dios!...—Que abofeteas á la verdad por decir una galantería... ¿No me ves la cabeza?... ¡Blanca!...

—¡Cá!...—Eso es refinamiento de coquetería; que te empolvas el pelo, como las marquesas de la corte de Luis XV...

—Ya voy teniendo algun punto de contacto con ellas—exclamó riendo la Marquesa. A lo ménos, en lo añejo de la fecha.

Jacobo habíase sentado mientras tanto en una silla, al otro lado del pequeño *secrétaire*, que vino á quedar entre ambos: encontróse algun tanto embarazado despues de este primer saludo, y esperando que la Marquesa entrase la primera en el terreno en que uno y otro deseaban encontrarse, púsose á hablar de la afluencia de hombres políticos de todos colores que llegaban en aquellos dias á Biarritz: parecia aquello, la costa á que la República de España fuese arrojando los restos del naufragio de la monarquía saboyana.

La Marquesa dió entónces el primer paso, diciendo con intencion marcadísima:

—Sí...—Parece que Biarritz es el teatro escogido para las negociaciones diplomáticas.

Hízose Jacobo el sueco, y contestó con tono doctoral de hombre político:

—Dudosas se presentan...—No creo que cuaje ninguna...

—¿Ninguna?—preguntó riendo la Marquesa. ¿Ni tampoco las mias?...

—¡Ah! ¡ya eso es otra cosa!—replicó jo-

vialmente Jacobo. A la diplomacia de las faldas, no hay quien resista. Recuerdo haberle oido á Castelar, que el mundo es de las faldas y de las faldas; es decir, de las enaguas y de las sotanas.

—Pues téngaselo V. por dicho, señor de Bismarck... Porque supongo sabrás que estoy nombrada plenipotenciaria...

—Sí,—replicó Jacobo; ya me han entregado las credenciales.

Y al decir esto, puso sobre la mesita del *secrétaire* la carta que, dictada por la Villasis misma, le habia escrito Elvira la víspera. Leyóla atentamente la Marquesa como si le fuera desconocida, y devolviósela á Jacobo diciendo:

—Me parece que están en regla...—Puede el Sr. Bismarck cuando guste, exponerme la marcha de su política.

—Yo creo más correcto que el señor...

Jacobo se detuvo sonriendo, como si ignorase el nombre de su antagonista diplomático, y la Marquesa le apuntó muy formalmente.

—Antonelli... Así no saldremos de faldas.

—...que monseñor Antonelli exponga án-

tes la suya... El Nuncio ha sido siempre el decano del cuerpo diplomático.

—Y por lo mismo debe de hablar el último; con que cayó V. en un renuncio, señor de Bismarck... Pero no hay que apurarse por ello, que yo expondré la mia con una sinceridad impropia del oficio... Mi política es esta: «Padre nuestro que estás en los cielos... hágase tu voluntad... Perdónanos nuestras deudas, *como nosotros perdonamos á nuestros deudores*... No nos dejes caer en *la tentacion*... Líbranos de *mal*.»

La Marquesa supo dar tal inflexion á algunas de estas palabras, que su política fué perfectamente comprendida por Jacobo. Aquello de que los deudores quedaban perdonados, sentóle muy bien, y le llenó de esperanza.

—¡Política italiana!—dijo moviendo la cabeza. Es la más hábil.

—Italiana no, romana,—replicó vivamente la Marquesa. ¡Es la más santa!...

Jacobo creyó llegado el momento de dejar ese tono humorístico, tan peculiar á los españoles hasta en los más graves asuntos, y se dispuso á entrar en materia: colocó los guantes que se habia quitado, sobre la mesa

del *secrétaire*, y apoyando en ella ambos codos y dando vueltas al magnífico brillante que en uno de sus meñiques tenia, comenzó á decir mirando sus reflejos:

—Mira, María... Me alegro de tratar contigo este asunto mejor que con Elvira, porque eres una mujer de mundo, y sabrás comprender mi situacion y ponerte en mi caso... Elvira es un ángel... con alas de cisne; tú eres tambien un ángel, pero con alas de águila...

La imágen resultaba bonita, y la Marquesa agradeció el cumplido con una ligera sonrisa.

—Mi situacion actual,—prosiguió Jacobo, puede concretarse en esta fórmula: «He corrido mucho, y me he cansado pronto.» Recuerdo haber leido en Confucio...

La Marquesa no pudo contener la risa al oir el santo Padre que con tan pedantesca formalidad alegaba Jacobo, y corrido éste algun tanto, preguntó contrariado:

—¿Te ries?...

—No, hombre, no...—Me rio del autor, no de la cita... Veamos la sentencia.

—Y bien profunda que es,—replicó Jacobo. «Subí á la montaña de Tam-Sam, y el

reino de Sú me pareció pequeño: seguí subiendo al monte de Tai-Sam, más elevado aún, y el imperio me pareció pequeño.» Así me ha sucedido á mí: mientras más alto me han elevado los eventos de mi vida, más despreciables me han parecido mis triunfos.

—Pues verdaderamente que el Sr. Confucio no anduvo desacertado en la parabolita,—dijo la Marquesa. Pero al aplicarte tú el cuento, te las calzas al revés, amigo mio... No debes de decir *subí,* sino *bajé;* porque esos *triunfos* de tu vida no te han ensalzado, sino rebajado mucho... Por eso debistes decir: «Bajé al charco de Tam-Sam, y la idea de la virtud la perdí de vista; me hundí en la cisterna de Tai-Sam, mucho más profunda, mucho más cenagosa, y las ideas del honor y del deber, se borraron del todo...

Esta brusca é inesperada arremetida desconcertó por completo á Jacobo, y mordiéndose los labios, dijo amargamente:

—¡Política romana, con todas sus intransigencias!

—¡Política *bismarckiana* la tuya, con todas sus criminales,—¡nótalo bien!— sus criminales condescendencias!...

Jacobo bajó en silencio la cabeza, pálido de ira, y se puso á estirar sus guantes sobre la mesa; comprendió que ese tergiversado criterio moral, que disfraza con pomposos nombres, ruines defectos y vicios enormes, se lo rechazaban allí por falso: que la *política romana* llamaba al pan pan y al vino vino, al vicio vicio, á la infamia infamia, y á las *pequeñeces* monstruosidades, y convencióse por ende de que habia errado el camino, tratando de justificar el pasado. Resolvióse, pues, á cantar la palinodia por completo, y á echar mano al mismo tiempo de lo que juzgaba él su artillería de reserva.

La Marquesa, por su parte, habíale acometido tan brusca y cruelmente para ensanchar el campo en que queria examinarle, y no descubrir con una confianza harto prematura y harto crédula, el lazo que tendia ella al farsante con su estrategia.

—Tienes razon, María,—dijo al cabo gravemente. Pero no podrás ménos de concederme, que algo indica y algo merece el amor propio que se doblega hasta hacer esta confesion, y que no es caritativo ni cristiano retirar á quien quiere salir del charco, la mano

que puede ayudarle... El P. Cifuentes, añadió con triste sonrisa, con ser más *romano* que tú, me ha concedido ambas cosas.

—¿Qué te ha dicho el P. Cifuentes?...

—Me dió para ti esta carta—contestó Jacobo entregándole una.

Leyóla tambien la Marquesa como si le fuera desconocida, y aparentando darle un alcance que por ningun concepto tenia, dijo vivamente con aire de satisfaccion grandísima.

—Esto es ya otra cosa...—El voto del P. Cifuentes, es para mí decisivo, y me tienes por completo de tu parte. Exponme ahora tus deseos, claros y concretos.

¡Castelar tenia razon!... ¡Indudable era que las sotanas partian con las faldas el imperio del mundo!... Y mientras esto pensaba Jacobo con cierto rabioso despecho, que le hacia aún más antipático al P. Cifuentes, púsose á trazar un plan encantador, un verdadero idilio aristocrático, mitad campestre, mitad feudal, que fué exponiendo poco á poco y por partes.

Él no tenia deseos, ni podia concebir otros que los que Elvira tuviese: él era el vencido,

el perdonado, y no podia tener otras aspiraciones, que obedecer en todo y por todo, y resucitar aquel tiempo lejano en que tan felices habian sido ambos, amándose tanto, tanto... Y aquí pareció Jacobo muy comovido, y dió muestras de su erudicion, trayendo á la memoria aquello de Dante:

Nessum maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria,

y parafraseándolo con aquello otro del Marqués de Santillana:

La mayor cuyta que aver
Puede ningun amador,
Es membrarse del placer
En el tiempo del dolor.

La Marquesa parecia encantada y tambien conmovida, y le instó á que dejando á un lado honrosas delicadezas, le manifestara el plan de vida que seria su gusto entablar, supuesta, *como ya podia suponerse*, su reconciliacion con Elvira.

Creyóse ya Jacobo con esto dueño del campo, y su vanidad inmensa le hizo sentir la satisfaccion de haber sabido engañar, ántes que el goce de haber logrado su objeto. Las mil

frases bonitas que habia leido y conservado en la memoria para matizar con ellas su pintoresca elocuencia, acudieron en tropel á sus labios saliendo á borbotones. ¿Qué plan de vida podia tener él, como no fuera pasar la suya entera adorando á Elvira, con una pasion humilde, discreta, satisfecha con arder á lo léjos, como en la última grada del altar el cirio de un pobre?...

Allá en tierra de Granada tenia él un castillo antiguo, la torre de Tellez-Ponce, con terrenos de labor y montes espesísimos, donde desengañado de la Revolucion habia soñado muchas veces combatirla, realizando el ideal del Grande de España antiguo, apoyado en el arado y en la espada, siendo á la vez señor y protector de la comarca, padre de sus colonos, y al mismo tiempo su caudillo.... ¿Querria Elvira ayudarle en aquella obra, encerrándose con él en aquel retiro?...

¡Ah! si la Grandeza entera de España, comprendiendo al fin sus intereses hiciera lo mismo, y dejando á los ricos improvisados y á los políticos de pacotilla, el lujo con sus vicios, el poder con sus truhanerías, fuese ella caritativa en los campos, mientras eran ellos

usureros en la corte, diese ella su mano al pobre campesino, mientras ellos le rechazan con altanería, el pueblo, el verdadero pueblo comprenderia al fin cuáles eran sus amigos sinceros, y el lodo de la política podria fermentar en la corte, producir revoluciones, lanzar sobre el país decretos inmundos... Mas toda aquella insolencia espiraria sin fuerza sobre la yerba de los campos, y la ola de cieno no mancharia jamás el dintel de sus iglesias y castillos, defendidos por un baluarte de caseríos!...

La Marquesa miraba y escuchaba á Jacobo con entusiasmo, con admiracion... con admiracion tan grande y profunda, como que algo parecido á aquella hermosa perorata lo habia leido ella en Veuillot hacia varios años; como que allí mismo, en el *secrétaire* que tenia delante, hallábase guardada entre los papeles de Elvira, la escritura de venta de la torre de Tellez-Ponce, sacada á pública subasta por los acreedores de Jacobo, y comprada bajo cuerda por Elvira misma, para salvar de los usureros aquel último recuerdo histórico de la familia á que pertenecia su hijo.

La bondadosa sonrisa de la Marquesa no

desapareció, sin embargo, ante farsa tan innoble, y entusiasmada y conmovida, apresuróse á asegurar á Jacobo que no podia imaginar un plan más al gusto de Elvira, y que ella lo aceptaba desde luego, y lo refrendaba en su nombre.

—¿No es verdad que mi idea es profunda? —exclamó Jacobo cegado por la vanidad de orador, que era la más grande y la más mimada de todas sus vanidades.

¡Ah! ¡muchas y tristes experiencias le habia costado concebirla y desarrollarla!... Y lo que en aquel momento le hacia encontrarla más oportuna, más cara á su entendimiento y más grata á su corazon, era que ella misma venia á orillar el único reparo que al intentar su reconciliacion con Elvira se le habia puesto delante: reparo de delicadeza, de hombre de pundonor que quiere ponerse á cubierto de las hablillas del vulgo...

Habíase enterado en París por el tio Frasquito, de que Elvira habia ganado un pleito de interés, que era á la sazon muy rica, y esto estuvo á punto de retraerle, porque el mundo era muy malévolo y mil lenguas murmuradoras se apresurarian á decir, que no

eran el desengaño y el arrepentimiento, sino el dinero de su mujer y la ruina propia, los que le impulsaban á dar aquel paso... Mas retirándose á Tellez-Ponce, podian vivir con las rentas de aquella finca, suya, de él propia, y conservar el caudal de Elvira intacto, para patrimonio de su hijo.

Aquella era la primera vez que en todo el transcurso de la conversacion nombraba Jacobo al niño, y hacíalo para asegurar una fraudulenta impostura. La Marquesa sintió que el corazon se le oprimia oyéndole hablar de aquel arrepentimiento en que no entraba la idea de Dios; de aquel amor á su mujer en que no entraba la ternura hacia su hijo, y dulcificando con un esfuerzo de su poderosa voluntad más y más su sonrisa, y dando á su acento más marcado tinte de confianza y de cariño, dijo moviendo desdeñosamente la cabeza:

—¡Bah!...—No pienses en eso...

—Sí,—María, sí; hay que pensar en ello, porque lo que se cuenta de los hombres, sea ó no cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en sus vidas, como lo que realmente han hecho. ¡Bien lo sé yo por experiencia propia!

—¡Obrar bien, que Dios es Dios!—dijo sentenciosamente la Marquesa. ¡Ese es mi lema!

—Y el mio tambien... desde hace algun tiempo. Pero no hay que perder de vista, que si la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinion ajena.

—Pues ya tienes en favor tuyo la de las gentes honradas...—¿Qué más quieres?...

—Nada, nada más quiero,—replicó Jacobo. Por eso, en cuanto el P. Cifuentes me lo aconsejó, cesaron al punto mis dudas.

—Y ademas de eso,—añadió la Marquesa con ingenuidad sencillísima, tu pensamiento ha coincidido con el mio... ¡Claro está! un hombre decente no podia pensar otra cosa; y por eso, habia yo previsto para acallar tus escrúpulos, un remedio facilísimo...

—¿Cuál?—preguntó Jacobo algun tanto suspenso.

La Marquesa levantó la tapa del *secrétaire*, y sacando el documento escrito por ella misma la noche ántes, púsoselo á Jacobo ante los ojos, diciendo con su sonrisa habitual, tan franca y tan simpática:

—Con firmar este papel, estamos ya del otro lado.

Jacobo comenzó á leer el documento con algun sobresalto, y á medida que recorria sus renglones, contraíanse sus labios y tornábanse color de grana sus orejas. La Marquesa fijaba en él una mirada de compasion profunda: él, al terminar su lectura, arrojó el papel sobre la mesa, murmurando:

—¡Pero María!...—¡Imposible!... ¡Imposible!... ¡Yo no firmo eso!...

El documento era una renuncia completa y explícita, á toda intervencion y á todo derecho que pudiera concederle la ley á la administracion de los bienes de su mujer, y al usufructo del caudal de su hijo, tan perfectamente detallada, meditada con tal prudencia, que la codicia y la rapacidad de Jacobo, quedaban atadas de pies y manos con sólo poner allí la firma...

Antonelli habia vencido á Bismarck: el ángel con alas de águila, habia cogido bajo el pié, al demonio con alas de murciélago.

Jacobo, herido en su vanidad, derrotado en sus planes, revolvíase furioso al verse cogido en sus propias redes, mientras la Mar-

quesa, muy sorprendida y admirada preguntábale sin perder un punto de su aparente ingenuidad y su señoril aplomo:

—¿Pero por qué no quieres firmar?... ¿Qué encuentras en ello de malo?...

—Porque... porque... porque firmar eso, es renunciar á mi dignidad de marido.

¿A tu dignidad de marido?... ¿Pues no decias hace un momento que tan sólo el reparo que este papel allana, te habia hecho vacilar al intentar lo que intentas?...

—Es que ese papel rebaja mi dignidad...

—Ese papel realza y asegura tu dignidad en la opinion pública.

—Cuando se trata del honor, hay que prescindir de la opinion.

—¿Prescindir de la opinion?... ¿Pues no decias ahora mismo, que lo que se dice de los hombres, sea ó no sea cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en su vida como lo que realmente han hecho?...

—Hay casos en que el testimonio de la propia conciencia, es para el hombre de honor suficiente.

—¡Pero hombre... de honor!... ¡Si me decias hace un momento, que aunque la virtud

depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinion ajena!...

Jacobo forcejeaba como el lobo cogido en la trampa, para buscar una salida, y no hallándola, exclamó al fin rompiendo el freno de las formas, último que suele romper el más inepto de los diplomáticos.

—¡Política romana, con todas sus hipócritas bajezas y sus intrigas de sacristía!...

—¡Cuidado con lo que dices, Jacobo!—exclamó enérgicamente la Marquesa. ¡Mira que me autorizas á pensar, que tu política *bismarckiana* ocultaba alguna vileza!

—¡La tuya, sí que oculta una intriga en que asoma la mano del P. Cifuentes!...

—¿La mano del P. Cifuentes?...—¡Pobre P. Cifuentes!... La descubrirás tú sin duda, desde aquella montaña de Tai-Sam á que subiste hace poco... Yo, como vivo en terreno llano, no la descubro.

Jacobo, golpeando con ambos guantes la tapa de la mesa, guardaba silencio. La Marquesa le preguntó al cabo, sin perder su serena calma:

—¿Con que decididamente no firmas?..

—No firmo,—replicó Jacobo con ira.

—Pues conste, que si la reconciliacion no se efectúa, tú tienes la culpa: que tu mujer ha cedido cuanto es posible ceder, y tú... tú... tú mismo, por una obcecacion bien sospechosa, destruyes todo lo hecho...

—Destruyo lo que tú ó ese bendito Cifuentes habeis urdido; pero yo me entenderé con Elvira...

—Es que Elvira no vendrá á Biarritz.

—Pues iré yo á buscarla.

—¿A qué no vas?...

—¡Pero, señor!—exclamó Jacobo exasperado. ¿Son estas las gentes timoratas?... ¿De dónde saca mi mujer esos aires de independencia?... Nosotros no estamos separados legalmente, y la ley me autoriza para reclamar cuando quiera á mi mujer y á mi hijo.

La Marquesa se irguió entónces en su butaca arrogante y amenazadora, desplegando por vez primera sus poderosas alas de águila. Con el puño cerrado dió un fuerte golpe sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

—¡Inténtalo!... ¡Atrévete!... ¡Inténtalo, y en el momento en que dés el primer paso, presenta ella ante esos tribunales una de-

manda de divorcio que te hunde por completo!...

El aspecto, la voz, el enérgico desprecio de aquel reto, sobrecogieron á Jacobo por un momento: recobrando, sin embargo, bien pronto su audacia, replicó lleno de rabia:

—¡Que la presente si quiere!...—¿Dónde tiene las pruebas?...

—¡En su poder las tiene... Suficientes para alcanzar un divorcio: bastantes para hacer poner el capuchon... á cualquiera que lo merezca!...

—¡María!

—¡Jacobo!...—¿Te habias pensado tú que por el solo hecho de ser buena, habia de ser tu mujer siempre mártir?... La paciencia tiene un límite que marca á veces el decoro, y ¡ay! de las zorras, el dia en que las gallinas se cansen de ser gallinas!...

La terrible indicacion de la Marquesa amedrentó á Jacobo en medio de su aturdimiento y de su rabia, y quiso sondear si la existencia de aquellas pruebas era una mera amenaza.

—¡No se me asusta á mí con leones de paja!—exclamó irónicamente. Mi conciencia

me dice que esas pruebas no existen, y no creo en ellas...

—Pues á ver si tus ojos convencen á tu conciencia,—replicó vivamente la Marquesa.

Y abriendo de un tiron el cajoncillo del *secrétaire*, mostró á Jacobo, desde léjos, un paquete de cuatro ó cinco cartas, diciendo:

—¡A fe que la letra de Rosa Peñarron y la tuya propia, son lo bastante claras para que no necesiten en los tribunales de peritos que las reconozcan!

La sangre entera de Jacobo refluyó á su rostro, y por uno de esos brutales impulsos, con que en el hombre de la naturaleza y no de la civilizacion, se manifiesta el instinto, hizo ademan de arrancárselas á la dama. Mas ésta, veloz como el rayo, abrió de un solo golpe la ventana de cristales, y echando fuera el busto entero, y la mano en que tenia las cartas, gritó con gran fuerza:

—¡Monina!...—¡Que te vas á caer!... No saltes más... Medemoiselle, quite V. á la niña la cuerda...

Y volviéndose despues á Jacobo; un poco pálida, pero perfectamente serena, añadió sin abandonar la ventana:

—¡Creí que se mataba!...—¡Con estos diablos de niños no se gana para sustos!

Jacobo habíase quedado aplanado en su asiento, y tartamudeó entónces:

—¿Tienes aquí á Monina?...

—¿Pues no la habia de tener?....—¿Quién me separa á mí de mi niña?... Tú no la conoces?... ¿Quieres verla?...

Y sin esperar respuesta, volvió á gritar desde la ventana:

—¡Mademoiselle!...--Traiga V. aquí á la niña...

A poco entraba Monina seguida del aya, y corria á echarse en el regazo de su abuela, mirando á Jacobo con esa media sonrisa de los niños mimados, acariciados por todo el mundo, que parece decir al extraño: ¿Pero no me dice V. que soy muy bonito?...

Jacobo, aturdido por completo no le decia nada, intentando en vano adivinar por dónde habian llegado á manos de Elvira aquellas cartas, pruebas irrefragables de uno de los episodios más vergonzosos y comprometedores de su vida.

La Marquesa abrazaba á su nieta como hubiera abrazado al Angel de su guarda,

dando gracias á Dios desde lo íntimo de su pecho, por haber dado á Jacobo el golpe de gracia con una espada de hoja de lata. Porque aquellos terribles papeles con que su presencia de espíritu y su enérgica audacia, habian anonadado al farsante, eran simplemente tres ó cuatro cartas de sus administradores, que en el cajoncillo del *secrétaire* estaban guardadas. El hecho vergonzoso era cierto; mas las pruebas no existian, y muerta la Peñarron, único cómplice, dos años ántes, imposible era que Jacobo descubriese ya el engaño.

El astuto Antonelli habia atado para siempre á Bismarck, con un hilo de araña.

Jacobo, sin hacer una sola caricia á la niña, despidióse friamente, y Monina le miró marchar, chupándose, con altivez de dama ofendida, tres dedos al mismo tiempo.

Aturdido todavía y lleno de saña, entróse precipitadamente Jacobo en el carruaje y dió órden al cochero de volver á Bayona, al Hôtel de Saint Etienne, donde se habia apeado la víspera. Biarritz era demasiado pequeño para permanecer oculto, y evitar embarazosos encuentros con los emigrados alfonsinos

y carlistas, que desde mucho tiempo ántes poblaban todos los contornos, y los hombres políticos y medrosos de todo jaez, con que la caida de D. Amadeo y la proclamacion de la República, engrosaban en aquellos mismos dias el número de españoles dispersos.

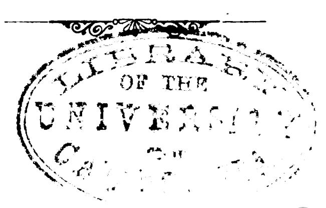
El desengaño habia sido cruel, y tornábase de nuevo angustiosa la situacion de Jacobo, al ver hundirse todas sus ilusiones, dejando tan sólo en su ánimo zozobras y rencores terribles, que encendian en su corazon contra la Marquesa de Villasis y el P. Cifuentes, la rabia implacable que siente el perverso, contra todo aquel en quien se ve forzado á reconocer el derecho de despreciarle.

De las heridas que el derrotado plenipotenciario de Constantinopla llevaba en el alma, ninguna escocia tanto á su vanidad, ninguna irritaba tanto su soberbia, como el que fueran sus vencedores una beata y un fraile.

En el paroxismo de su furor, imaginábase estrangular algun dia á la taimada Villasis, con el pañuelo á cuadros azules y amarillos del hipócrita Cifuentes.

FIN DEL LIBRO II

ÍNDICE



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Coleccion de Lecturas Recreativas.— Un tomo de 626 páginas con grabados.

	Pesetas.
En rústica	3,50
En tela	5
Edicion de lujo en **dos** tomos	8
Del natural (copias varias). Un tomo de 196 páginas en 8.º Contiene: *Era un santo.—Mal alma.—El cazador de venados.—¿Qué seria?*	
En rústica	1
En pasta	1,50
Cuentos para niños, en rústica..	1
Id. en tela.....	1,50
La Gorriona, nueva edicion, en rústica	0,50
Id. en tela	1
Juan Miseria, en rústica	1
Id. en tela	1,75
Por un piojo, en rústica	1
Id. en tela	1,50
Pilatillo, nueva edicion, en rústica..	0,30
Id. en tela	0,80
¿Qué seria? en rústica..	0,25
Mal-alma, en rústica	0,20
El Cazador de venados, en rústica	0,20
Era un santo, en rústica	0,20

Estas obras se hallan de venta en la Administracion de EL MENSAJERO, Bilbao (*Vizcaya.*)

